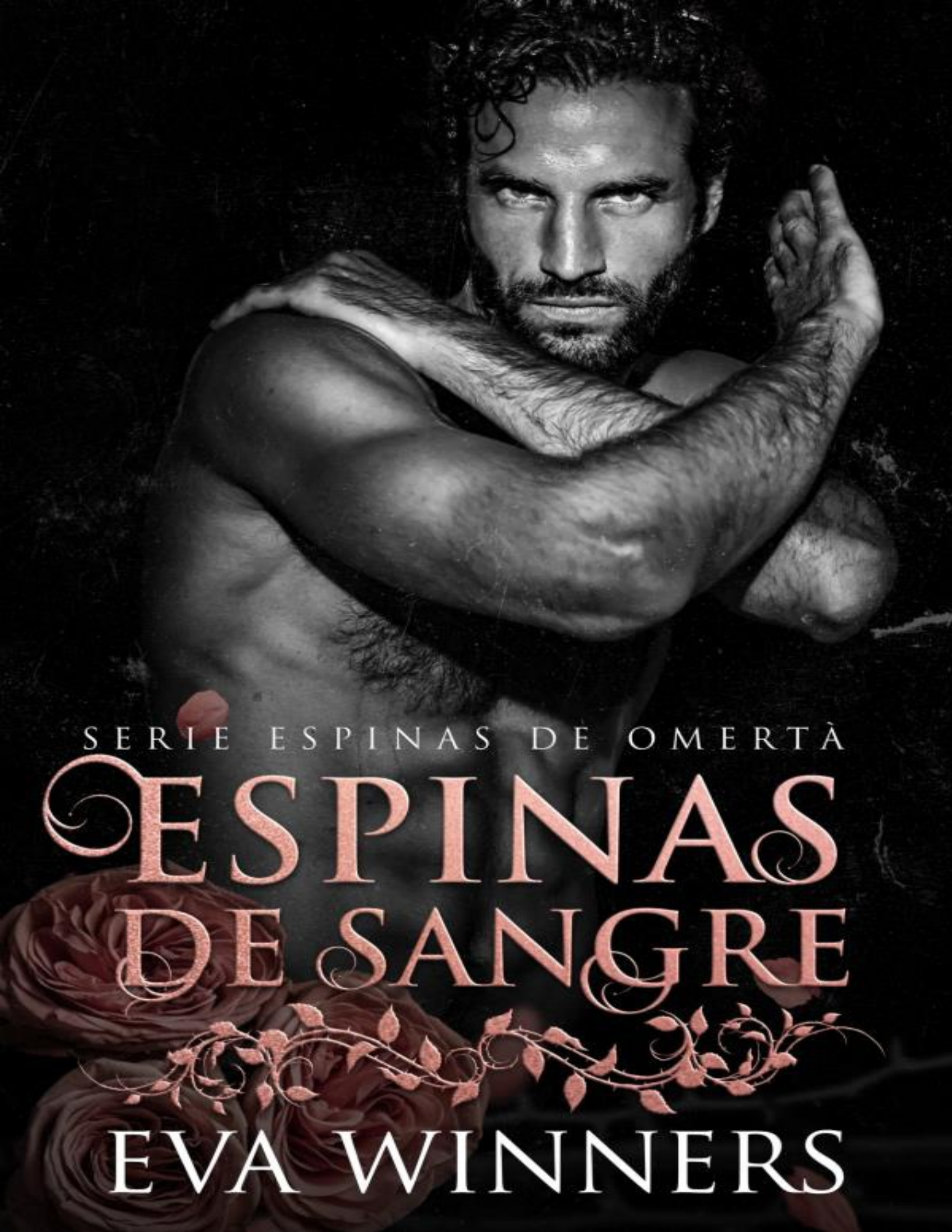

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ
ESPINAS DE SANGRE
EVA WINNERS

ESPINAS DE SANGRE

SERIE ESPINA DE OMERTÀ

EVA WINNERS

Copyright © 2024 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñadora de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafo: Wander Aguiar

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e

Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q

Instagram: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ
LISTA DE REPRODUCCIÓN
NOTA DE LA AUTORA
SINOPSIS

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

¿QUÉ SIGUE?
Acerca del Autor

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

*Cada libro de la serie **Espinas de Omertà** puede leerse por separado, a excepción de **Espinas de Lujuria** y **Espinas de Amor**, la historia de Tatiana Nikolaev.*

***Espinas de Sangre** es completamente autoconclusivo, pero hace referencia a los acontecimientos de **Reinado** y parte de la línea de tiempo coincide con **Capo Insaciable**.*

Para más información sobre los libros de Eva Winners, por favor, visita: www.evawinners.com.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

https://spoti.fi/3L9nwHX

NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores.

Por favor, tengan en cuenta que este libro contiene algunos elementos oscuros y escenas perturbadoras. Se recomienda proceder con cautela. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

SINOPSIS

Había pasado toda mi vida atrapada en una jaula de oro, rodeada de villanos.

El hombre cruel con el que me obligaron a casarme me vio como una lección que había que enseñar, despojándome de cada pedazo de mi espíritu hasta que lo único que quedó fue mi sombra. Me dejó en la oscuridad, sola, salvo por el único destello de luz en mi miserable existencia: mi hija adoptiva.

Y luego también me la arrebataron.

No me mató, pero algo muy dentro de mí murió aquel día.

O eso pensé.

Giovanni Agosti me secuestró para “salvarme”, o eso afirmó.

Sin embargo, me harté de ser el peón en el juego de todos. Le demostraría a este secuestrador, de mirada ardiente y de peligroso atractivo, que nadie tocaba a Liana Volkov sin sufrir las consecuencias.

Ni siquiera el hombre que yo misma deseaba.

Este va para todas las mujeres a las que ya no les importa ni creen en el amor. Porque detrás de cada una de ellas hay una chica a la que alguna vez le importó demasiado.

"Tu peor pecado es que te has destruido y traicionado a ti mismo por nada." —Fyodor Dostoevsky

PRÓLOGO

LIANA



Ocho años atrás

Siempre supe que había nacido con la violencia corriendo por mis venas, destinada a convertirme en la oscuridad de la luz de mi hermana gemela. Lo que no sabía era que sería una decisión tomada aquí, en una gélida noche de diciembre, la que me pondría en el camino directo hacia el infierno.

El aire invernal aullaba con amargura, acogiéndome en su abrazo implacable. Cada centímetro de piel expuesta estaba en carne viva por el frío, mas no me molestaba. No como a Lou. Ella odiaba el frío; yo prosperaba en él.

La noche sin luna se asentó sobre mí como un manto, guiándome por todos los rincones de la propiedad de mi madre que conocía de memoria.

De vez en cuando contenía la respiración mientras me dirigía al punto de encuentro acordado. Mis botas hacían crujir la nieve fresca de Siberia, y di las gracias a quienquiera que fuera el ser supremo responsable de que las ráfagas de viento enmascararan el sonido.

Hice todo lo posible por cubrir mis huellas, recurriendo a toda la información de rastreo que había acumulado a lo largo de los años. Era lo que me había inspirado para recoger esta rama de un pino caído y usarla para barrer la nieve en polvo sobre mi rastro. Porque eso era lo que les gustaba a los guardias de por aquí: les encantaba cazar, pero les gustaba aún más alardear de ello.

Había conseguido llegar hasta aquí, y primero muerta antes de guiarlos hasta Kingston y Louisa.

Una parte de mí deseaba que fuéramos solamente mi hermana y yo las que huyéramos, sin embargo, no había forma de separar a los amantes, y de ninguna maldita manera permitiría que alguien se interpusiera entre mi gemela y yo. Compartíamos un solo corazón, y la mera idea de estar lejos de ella era inconcebible. Así que me aguantaría y aceptaría que, al menos por el momento, yo sería la tercera rueda.

Si Louisa y Kingston huían, yo también. Sobre todo porque Ivan, ese hijo de puta, intentaba utilizar a Louisa como peón para acercarse al Cártel Tijuana. Era tan jodidamente codicioso, desesperado por meter sus sucias garras en su negocio de tráfico de personas. Y no confiaba en mi madre, la gran Sofia Volkov, para protegerla. No, ella firmaría con quien Ivan decidiera que Lou se casara, sin hacer preguntas.

A nuestra madre no le gustaba el aborrecimiento de mi hermana hacia el mundo criminal

tanto como odiaba su corazón blando. Lou quería la paz mundial, mientras que yo quería sumir en el caos a todo el puto mundo, especialmente a sus hombres.

El sonido de unas botas pesadas cerca de mí me produjo una sacudida de alerta. Me giré, entrecerré los ojos mientras observaba la oscuridad.

Entonces, una voz se escuchó en el aire.

—Miren esto. ¿Tenemos a una fugitiva?

—*Nah*, parece que solo está dando un paseo —contestó otra voz. Esa la reconocí, y el corazón se me subió a la garganta.

Girando, los vi. Ivan Petrov con el jefe del Cártel Tijuana y su repugnante hijo. Mi rostro palideció al ver a los dos hombres que me miraban con lascivia. Sus guardias se acercaban a mí, rápidos y firmes, como buitres sobre animales muertos.

—¿Cuál gemela es esta? —La sonrisa del más viejo se ensanchó—. No es que importe.

Los ojos de Ivan se entrecerraron hacia mí. Nunca pudo distinguirnos. La bilis me subió por la garganta cuando una idea revoloteó en mi mente. Una que cambiaría la vida de todos, aunque entonces no lo sabía.

Era joven. Demasiado joven para saberlo. Por algo dicen que los adolescentes creen saberlo todo. Vi una oportunidad para escapar de la casa de los pecadores que estaba a punto de arder, y la aproveché. Debería ser más fácil escapar del cártel que de la prisión de mi madre que estaba mejor vigilada que la casa de cualquier presidente.

Lou y Kingston ya estaban escapando, y yo me negaba a quedarme atrás.

Así que respiré profundamente y levanté la barbilla en señal de desafío.

—Soy Louisa. ¿Qué…? —Me interrumpí cuando recordé que Lou era más reservada, rara vez hablaba con tanta libertad, y luego controlé mi tono—. ¿Qué está pasando?

Ivan, el maldito idiota, me sonrió sombríamente.

—Louisa, te presento a Santiago y a su hijo, Santiago.

—Déjame adivinar, todo el mundo le dice *Junior*.

De repente, un fuerte brazo me rodeó por detrás y todo mi cuerpo se convirtió en hielo mientras me arrojaban bruscamente al suelo duro cubierto de nieve.

—Mostrarás respeto.

Me mordí la lengua, tragándome lo que iba a contestar. Louisa podía tener sus reparos ante la confrontación, mas *no* se rendiría sin luchar. Esperé con la respiración contenida mientras uno de los matones de Santiago se inclinaba sobre mí, y entonces me di la vuelta y rápidamente le di un rodillazo en las pelotas a Junior. Luego me puse de pie de un salto, levantándome del todo y poniendo las manos en alto para protegerme la cara.

Apenas me puse de pie, un peso me golpeó desde el costado, empujándome de nuevo sobre la nieve suave, mientras una pistola se amartillaba ruidosamente. Parpadeé para despejarme del mareo y descubrí que me estaba apuntando.

Ivan se dirigía hacia mí con el rostro lleno de malicia. Cuando estuvo a escasos centímetros, me rodeó la garganta con un agarre de hierro. Jadeé bruscamente, mirando fijamente aquellos ojos negros, sin querer mostrar miedo, hasta que Junior dio un paso adelante y su palma conectó con mi mejilla. *Bofetada*.

Siseé y escupí una bocanada de sangre sobre la nieve.

—Golpeas como una niña.

Las palabras se me escaparon antes de que lo pensara mejor.

Ivan dio un paso atrás y miró al jefe del Cártel Tijuana.

—Es toda tuya.

Y luego se marchó. Unas manos ásperas me agarraron y me arrojaron sobre un hombro. Tragué un grito de dolor y levanté la cabeza para descubrir que Santiago y Junior me seguían.

Se miraron el uno al otro, sus expresiones sádicas alcanzando nuevas dimensiones.

Detrás de ellos, los primeros destellos del alba se asomaban a través del denso bosque, proyectando tonos de color azul celeste, amatista y coral en el horizonte. Pude distinguir partes de la propiedad mientras mis captores me alejaban, y lancé una súplica silenciosa a mi hermana para que encontrara la forma de salir de este infierno.

Fue entonces cuando hice un juramento. Prometí convertirme en su peor pesadilla, que los haría sufrir. Ni siquiera Dios podría salvar a quien se atreviera a interponerse en mi camino.

El mundo vería lo malvada que podía ser Liana Volkov. No habría más villanos en este mundo, solo yo.

La villana.

UNO

GIOVANNI



Presente

Me paré frente a la enorme mansión, preguntándome si estaba cometiendo un error. No le debía nada a la chica Volkov, sin embargo, aquí estaba. Me había estado carcomiendo durante los últimos ocho años. Me sentía responsable, ya que no hice nada cuando conocí a la otra gemela Volkov… en su boda con mi tío.

Así que fue eso. Una conciencia culpable me llevó a la puerta de Kingston Ashford y Louisa Volkov en Portugal. A pesar de lo tarde que era y de estar a las afueras de la ciudad, las *Avenidas Novas* rebosaban de gente, música y risas.

Aunque mi atención se centraba en los muros elevados que tenía frente a mí… Unos que, imaginaba, ofrecían una sensación de seguridad a los que estaban al otro lado. Cerca había algunos puestos de vigilancia más pequeños, lo que reducía el riesgo de francotiradores, pero las cámaras de vigilancia que patrullaban todos los ángulos de la propiedad enviaban un mensaje claro.

Si alguien aparecía sin avisar, sería acorralado por los guardias y fusilado en el lugar sin dudarlo.

Encendí un cigarrillo, me lo llevé a la boca y di un paso adelante, colocándome justo delante de la reja. Como era de esperar, la puerta se abrió y dos guardias aparecieron de la nada. Kingston Ashford los había entrenado bien.

—¡Manos arriba, donde podamos verlas! —vociferó uno de los guardias en un inglés con acento muy marcado. El clic de una pistola sonó detrás de mí—. Ahora.

Con el cigarrillo en la boca, hice lo que me decían y me giré lentamente. Un guardia sostenía una pistola a su lado, su atención puesta en mí, mientras otro me apuntaba con una AK-47.

—¿Se-ñor A-Agosti? —balbuceó, con los ojos desorbitados.

—El único.

Relajó su postura y enfundó el arma.

—Mis disculpas, llegó un día antes.

Sonreí, sacándome el cigarrillo de la boca.

—Estaré ocupado durante las próximas semanas. Supuse que a mis amables anfitriones no les importaría. Desde luego, la próxima vez no haré la misma suposición. —Frunció el ceño y compartió una mirada con el otro guardia, pero no dijo nada. Le hice un gesto cuando

permaneció inmóvil—. Ahora, llévame ante tu jefe.

Sacó el pecho.

—Enseguida, señor Agosti. —Vaciló, su tono vacilante cuando continuó—: ¿O debería llamarlo señor Tijuana?

Apreté los dientes ante el apellido, el amargo recuerdo de la traición y las mentiras de mi madre.

—Agosti está bien.

El apellido Agosti aparecía en mi acta de nacimiento. Era el nombre con el que crecí. De niño y de joven, estaba orgulloso de él. Infundía respeto y miedo.

Sin embargo, resultó que yo no era un Agosti en absoluto. Imagínense la sorpresa de todos cuando Santiago Tijuana se puso en contacto conmigo y me nombró *su* único heredero. *Oh*, qué maldita ironía.

De todas las personas del mundo, mi madre le abrió las piernas al hermano de Santiago Tijuana. Y como Santiago, mi tío, según resultó, tenía un sentido del humor enfermizo y había perdido a su único hijo, me convertí en el jefe del Cártel Tijuana.

A pesar de descubrir que no compartíamos lazos de sangre, Mateo Agosti me nombró su único heredero provisional, hasta que su hijo tuviera edad suficiente para ocupar el puesto de la parte de la *Omertà* de los negocios de los Agosti en Italia. Sinceramente, a estas alturas, no me sorprendería saber que mis hermanos, Romeo y Cristiano, y mi hermana, Marissa, también fueran ilegítimos, teniendo en cuenta las numerosas infidelidades de mi madre.

Atravesamos el patio, con un guardia detrás de mí y otro por delante, y pude distinguir cámaras con luces parpadeando que vigilaban todos mis movimientos. Una vez dentro de la mansión, me condujeron por los pasillos hasta una gran biblioteca.

—¡*Ah*, Giovanni, llegaste! —exclamó Louisa, con su cabello rubio enmarcándole el rostro.

Mi mirada recorrió la hermosa sala llena de libros encuadernados en piel. Kingston estaba sentado detrás de un escritorio de madera oscura, y su mujer estaba sentada en el sofá de piel con su hija recién adoptada, Lara. Kingston y Lou la encontraron durante una de sus misiones y la tomaron bajo su protección.

—Me llamaste. Aquí estoy —respondí—. Aunque, la última vez que nos vimos, dijiste ser Liana. —Levanté una ceja mirando a la elegante mujer.

Ella se rio con incomodidad.

—Es una larga historia.

—Me lo imagino —murmuré, saludando a Kingston con un asentimiento. Cuando me crucé con esta mujer el pasado noviembre, casi un año atrás, ella creía que era Liana. Había escuchado que, desde entonces, había descubierto que en realidad era Louisa Volkov.

Un hombre que reconocí como Alexei Nikolaev surgió de entre las sombras. El ruso tenía las mismas maneras maniáticas y frías que Kingston. Aquellos dos bien podrían ser hermanos; tenían más en común entre ellos que con sus hermanos de sangre.

Nos saludamos con una inclinación de cabeza antes de acercarme y tomar asiento frente a Kingston.

—¿Quieren explicarme de qué se trata todo esto?

—Lara, ve con tus maestros y empieza con tu tarea —dijo suavemente Louisa—. Cuando termine aquí, iré para allá.

Ella abrió la boca para protestar, pero Kingston intervino con voz firme:

—Esto es únicamente para los adultos, Lara.

Sus hombros se hundieron antes de asentir y, sin decir una palabra más, salió

apresuradamente de la habitación.

En cuanto la puerta se cerró, gruñí:

—Tengo asuntos de la *Omertà* que atender a partir de mañana, así que aceleremos esto.

Louisa se levantó de un salto y se colocó detrás de Kingston. Alexei, la sombra siempre silenciosa, estaba junto a la puerta.

—Yo… *nosotros* necesitamos tu ayuda —declaró Louisa, y Kingston gruñó, encorvando los hombros y volteando a mirarla. Ella simplemente puso los ojos en blanco—. La necesitamos. Él es nuestra vía de acceso al tráfico de personas.

Mis cejas se alzaron.

—Perdona, ¿qué?

—Eres el jefe del Cártel Tijuana —señaló Kingston, como si eso lo explicara todo. Sí, con la reciente muerte de mi tío, me habían metido de lleno en las operaciones, mas ya había empezado a hacer preparativos para poner fin a nuestra participación. De hecho, incluso antes de su muerte, había empezado a interceptar algunos de sus cargamentos y a colocar a las mujeres en refugios.

—Nunca he traficado con personas —gruñí—. Y desde luego no voy a empezar ahora.

—¿No quieres saber por qué nos interesa? —Alexei habló por primera vez.

—Sinceramente, no.

Louisa me miró fijamente.

—Necesito encontrar a mi hermana, y de alguna manera está envuelta en ese mundo. Tú eres mi única forma de entrar.

Fruncí el ceño y recordé la breve interacción con la joven novia de años atrás. Era realmente sorprendente lo parecidas que eran ambas. No obstante, la hermana a la que se refería Louisa tenía los ojos más dorados que avellana, y yo aún no había encontrado a alguien con unas facciones tan inusuales, aunque hermosas.

—Tu gemela está muerta —comenté en tono sombrío. Mi tío me había contado suficientes historias explícitas al respecto como para saber que era la verdad—. Han pasado ocho años desde que tu gemela cayó en las garras de Santiago. Sobrevivir a él podría haber sido una posibilidad, pero a Perez Cortes…

No hacían falta más palabras. Las mujeres no sobrevivían a Perez Cortes, no a menos que enviaran a la caballería.

—No, está viva —aseveró Louisa con una obstinada inclinación de barbilla que me resultaba demasiado familiar—. Obtuvimos el ADN de un dedo que le enviaron a Kingston. Es de mi gemela.

Dirigí una mirada de incredulidad a Kingston. Quizá su mujer había perdido la cabeza.

—No esperábamos esta noticia —explicó Kingston—. Pero Sofia compartió cierta información antes de su…

—Muerte prematura —concluí por él—. Sin embargo, no estarás sugiriendo en serio que meta a tu mujer… —O era Louisa su esposa ahora—… en una subasta, otra vez. Porque, francamente, la última vez también fue un plan estúpido.

Louisa se burló.

—No lo fue.

—Lo fue —gruñó Kingston, frunciendo el ceño. Al menos estaba de acuerdo conmigo—. Y Lou no correrá ningún riesgo esta vez.

Moví la cabeza de un lado a otro. Dudaba en creer en su información. Sofia Volkov no era conocida por su honestidad y compasión, y no podía imaginarme que eso cambiara, ni siquiera a punto de morir.

Y para colmo, *sabía* que nadie sobrevivía a mi tío y a Perez. Sí, la chica que conocí hace ocho años no era menos aterradora, tal vez más que Sofia Volkov, pero todo el mundo acababa quebrándose. Santiago y Perez eran expertos en destrozar mujeres.

Las historias a menudo atormentaban mis sueños, clavando sus garras en mí.

—Estás cantando una melodía muy diferente a la de nuestro último encuentro —le recordé —. Si hubiera apoyado la trata de personas, habría tenido el mismo final que mi tío. —Ella suspiró, pero la mirada en sus ojos era de pura determinación—. Ya te lo dije antes, Louisa. No encontrarás un cierre, sino más preguntas. Perez Cortes está muerto. ¿Planeas apoderarte de su imperio y escarbar en busca de información?

Ella fallaría porque Kian Cortes ahora era dueño de ese imperio, y él no se andaba con rodeos.

—No es una mala idea… —murmuró, dándose golpecitos en la barbilla.

Era una *muy* mala idea, y a juzgar por la expresión de los rostros de Kingston y Alexei, ellos también lo sabían. Como era de esperar, Louisa era la única que se negaba a reconocer una derrota.

—Puede que eso avive las llamas de tu esperanza, mas no hará que esté menos muerta —le advertí, y vi que Kingston hacía una leve mueca ante mis palabras tajantes.

—Si fuera yo, ella vendría a buscarme —dijo mientras su postura se ponía rígida y se enderezaba—. No dejaré de buscarla hasta que la encuentre.

—Viva o muerta, *¿eh?*

—Está viva. —Ahí estaba de nuevo esa expresión de terquedad familiar de nuestro último encuentro—. Puedo sentirlo.

Negué con la cabeza, observándola atentamente.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez, si está viva, no quiere que la encuentren? No ha intentado comunicarse contigo, Louisa.

—No la conoces como yo. —Levantó ambos brazos—. Además, le envió un dedo a Kingston. Si eso no es un intento de comunicarse, no sé qué es.

Miré a Kingston. Su rostro era una máscara inexpresiva, y la tensión se desprendía de él en oleadas.

—Aunque estuviera viva, puede que no te guste la versión de Liana que encuentres —le advertí. Suponiendo que estuviera viva. Sobrevivir a mi tío sería un milagro, pero ¿a Perez Cortes…? Imposible.

—Tal vez, pero ella estará conmigo —aseveró obstinadamente—. Y si me ayudas, estaré en deuda contigo.

Suspiré para mis adentros.

—Ya estás en deuda conmigo. Ya te salvé una vez. ¿Recuerdas?

Tal vez debería haber compartido la poca información que sabía, mas no tuve el valor de apagar la esperanza en sus ojos.

DOS

LIANA



Me paré frente al hombre sentado en la silla de metal, con los brazos amarrados a la espalda y los pies atados a las patas de la misma.

Reconocí al *Repartidor* de los días en que trabajaba como intermediario de Perez Cortes con el cártel. Le habían dado el apodo por sus excepcionales habilidades a la hora de mantener a las mujeres a su cargo bajo… control, llamémosle.

Yo era una de esas mujeres.

Y ahora, estaba lista para dar rienda suelta en lo que se había convertido la "|novia tímida" como él probablemente me recordaba.

—Bienvenido —lo saludé. Tenía las facciones rígidas, la mandíbula tensa y el rostro golpeado—. Tardamos un poco en encontrarte.

Levantó la mirada, aquellos ojos crueles y malvados se encontraron con los míos, y lo que vio en ellos hizo que su agarre a los brazos de la silla se volviera blanco.

—Lo maltratamos un poco, jefa —informó mi asistente—. Sin embargo, no nos da nada.

Me giré para mirar a José, mi mano derecha, que era un tremendo gigantón y llevaba conmigo desde que escapé de las garras de Perez Cortes y de mi esposo, Santiago Tijuana. Cuando las pesadillas me atormentaban, parecía que había sido ayer, pero ya habían pasado tres años de esconderme en las sombras, en mi pequeño rincón del mundo.

Incluso ahora que sabía que Santiago había muerto, no salía a la luz.

Tenía todo lo que necesitaba aquí mismo.

Alto, ojos oscuros, cabello castaño oscuro rapado cerca de la cabeza, hombros anchos y brazos que rivalizarían con los de un boxeador de peso pesado. Aunque nada de eso me importaba tanto como su lealtad, y él era leal hasta la muerte. A su familia y a mí. Y en cierto modo, José también tenía mi lealtad.

Él y Kian Cortes me ayudaron a salir del infierno hace tres años, cuando no confiaba en nadie más que en mí misma. Había recorrido un largo camino y, por suerte, José no me echaba en cara mi pasado. Sabía que me habían quitado la confianza a golpes.

—Parece que no conoce nuestra reputación —señalé con frialdad.

—Me importa una mierda tu reputación —dijo apretando los dientes. Luego, como si estuviera decidido a dejar claro su punto de vista, me escupió a los pies y añadió—: Zorra.

José dio un paso amenazante hacia adelante, pero levanté la mano, deteniéndolo. Sabía que quería acabar con él. Lo había hecho muchas veces sin que yo se lo pidiera. Y si le hacía un gesto con la cabeza, también se desharía de este parásito.

Aunque esto era personal, y yo misma me encargaría del *Repartidor*. Pagaría por cada chica que hubiera entregado.

—No has escuchado como trato a aquellos que me han hecho daño —pronuncié con un *tsk*, sacudiendo la cabeza—. Puede que sea una mujer, sin embargo, mi tacto está lejos de ser suave. Aunque eso ya lo sabes, ¿no?

—No te tengo miedo —se burló, pero sus dientes rechinaron y la piel de sus muñecas enrojeció por el esfuerzo.

Sonreí con maldad.

—Estúpido, estúpido hombre.

Se rio.

—Todos saben que no te gusta ensuciarte las manos. Así que, ¿qué demonios vas a hacerme?

—¿Todos? —me mofé—. ¿Quiénes son todos, teniendo en cuenta que *todo* el mundo cree que estoy muerta?

Su mirada se posó en mi mano, observando el dedo meñique que me faltaba.

—Perez empezó a rebanarte, ¿*eh*?

Sin dignarme a responderle, solté una carcajada insensible antes de asentir con la cabeza a José. Le siguió un puñetazo en la garganta. Di un paso adelante, lo bastante cerca como para ver las gotas de sudor correr por la cara de mi prisionero, aunque lo bastante lejos como para no tocarlo nunca. Tenía razón, yo no tocaba a los hombres. De hecho, no tocaba a nadie aparte de Amara.

—¿Sentiste mi ira? —pregunté mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, con los pies a escasos centímetros de los suyos.

—No —respondió.

Maldito idiota.

—*Ah*, pero tal vez tu adorable familia sí la sienta —añadí, y sus ojos brillaron. Ah, no esperaba mi meticulosa investigación. Era un idiota. Mi misión era aprender todo lo que hubiera que saber sobre los hombres que me habían creado—. La esposa que te espera en casa, las hijas que no han experimentado el infierno en esta tierra… todavía.

Como yo. Como Amara. Como tantas otras chicas y mujeres. Por culpa de hombres codiciosos y malvados como Perez Cortes, Santiago Tijuana, mi propia madre y… yo. ¿Cuántas niñas y mujeres sufrieron por mi culpa y mi participación en las subastas?

Sus ojos volvieron a posarse en los míos y sonreí con satisfacción.

—Dime, *Repartidor*, ¿crees que por el hecho de que yo sea mujer tú o tus socios se salvarán? —inquirí con un tono de voz más duro y los ojos clavados en los suyos.

Su familia de verdad debía de significar algo para él, teniendo en cuenta cómo había cambiado su comportamiento. Eso me sorprendió. No creí que le importara nadie más que él mismo.

—N-no, señorita. —Maldito tartamudeo. Cobarde imbécil.

—Verás, yo creo en el karma. —Mi voz no vaciló—. Lo que me han hecho a mí se lo harán a todos los que tuvieron algo que ver. Y a sus familias.

—No, por favor…

—No servirán de nada las súplicas —aseguré, interrumpiéndolo. A mí no me había servido de nada, y seguro que a este lamentable hombre tampoco.

A pesar de mis mejores intentos por alejar la oscuridad, los recuerdos de la última vez que vi a este hombre inundaron mi mente como una presa rota.

Ligera.

Me sentía ligera y desorientada, no obstante, el pánico y la necesidad de luchar se encendieron en mi interior. Excepto que no podía moverme.

Parpadeé furiosamente, esperando que la gran sala de conferencias se enfocara. Apoyé las palmas de mis manos en la fría madera de caoba para ponerme de pie, pero por una vez mis tacones Christian Louboutin se negaron a ayudarme. Mi vestido Chanel me apretaba demasiado y su tela me arañaba la piel.

Me balanceé sobre mis pies, derribando un vaso de agua.

—Llévatela a Brasil. —Escuché las palabras y reconocí la voz—. A él. La está esperando.

A él.

Perez Cortes. Una pesadilla viviente. El hombre que me había estado mirando como un trofeo potencial durante años.

Una pequeña parte de mí estaba realmente aterrorizada porque, quizás por primera vez, sabía lo que significaba.

—Tú… no puedes. —¿Por qué me costaba tanto hablar? Mis ojos se posaron en el vaso que rodaba por los relucientes pisos de madera y la comprensión atravesó mi cerebro aletargado.

«Me habían drogado. Para garantizar mi obediencia».

El odio a mí misma por mi cuerpo débil y maltratado se encendió, y mi corazón y mi alma se llenaron de entumecimiento. Sin embargo, el sentimiento más fuerte en mi interior era la necesidad de sobrevivir.

—Cosechas lo que siembras —soltó Santiago, riendo amenazadoramente, y supe exactamente a qué se refería mi marido—. Tú puedes impulsar la nueva y mejorada subasta.

Los Acuerdos de Marabella. Mi gran vergüenza.

Las subastas existieron durante los últimos doscientos años, un negocio de venta de princesas ilegítimas de la mafia. Pero el negocio sufrió en la última década, así que lo renové todo. Lo amplié, incluyendo a las hijas ilegítimas de figuras notables y prominentes que jodieron a Perez Cortes y al Cártel Tijuana, entre otros, y las hice accesibles a través del dark web.

La idea había surgido de golpe, como un rayo, cuando, cinco años atrás, apareció una bebé como pago de una deuda de Gio DiLustro, un mafioso malnacido de New York.

Amara.

Hasta su nombre era una señal. Tenía la intención de mantenerla a salvo a toda costa, incluso si eso significaba poner a otros en peligro.

Al modernizar la idea y hacerla más accesible, hice que Marabella fuera más rentable que nunca.

Oh, qué ironía.

La ejecutora se convertiría en la ejecutada.

Me habían utilizado y abusado de mí a lo largo de los años, mas había perseverado. Me hice valiosa para asegurar mi supervivencia y la de mi hija. Debería haber sabido que me apuñalarían por la espalda. Al fin y al cabo, no era la primera vez. Pero la confianza a veces era una perra, porque estaba tan jodidamente segura de que me había probado a mí misma ante Santiago.

Una vez más, no tomé en cuenta lo lejos que llegaría una mujer celosa.

Aunque la broma fue para mí, ¿no?

Traicioné la pizca de decencia que tenía dentro de mí y la retorcí en algo horrible cuando ayudé con Marabella. No importaba que todo lo que quisiera hacer fuera garantizar la seguridad de mi hija, y que tantas otras niñas se vieran perjudicadas por ello.

Y mírame ahora.

¿Cómo diablos podía dormir por la noche, sabiendo lo que había hecho? Me había convertido en aquello que juré erradicar, aunque era mucho más que eso. Me había convertido en una pecadora de la peor calaña, pero ¿quién habría escuchado mis súplicas y plegarias?

Nadie.

Mi madre me había enseñado a ser fuerte. Inhumana. Incluso cruel.

Aunque no era rival para Perez y Santiago. Sí, les seguí el juego, sin embargo, cada día perdía más y más de mí misma hasta que dejé de reconocer a la mujer del espejo.

—Llévate también a esa niña rara —añadió la Amante*, indicando que se nos había acabado el tiempo.*

Se rio como si hubiera escuchado el chiste más gracioso de su vida. Quería lanzarla por la ventana.

No sabía cómo se llamaba, pero sí que fue la amante de su hermano y que, tras su muerte, había pasado a ser la amante de Santiago. Sin embargo, mi esposo no era lo único que me había arrebatado. La Amante se había llevado algo mucho más valioso.

Aquel dolor familiar se expandió por mi pecho, extendiéndose por todo mi cuerpo, mientras el odio y la repulsión se instalaban en la boca de mi estómago. El odio hacia mi cuerpo, y hacia aquella mujer, se intensificó a medida que el agujero negro se acercaba y me precipitaba hacia él.

—Ya la escuchaste, Repartidor *—decretó Santiago, con un tono aburrido, como si estuviera hablando de un mal partido de fútbol y no de la vida de una niña inocente y su esposa.*

Me aparté bruscamente de la mesa, tropezándome con mis tacones y perdiendo completamente el equilibrio. El alboroto que se produjo a mi alrededor me indicó que los hombres de mi marido habían llegado, pero en ese momento apenas podía distinguir formas. El mareo me asaltó, mi corazón galopó hasta el punto en que mi cuerpo empezó a temblar.

Quería gritar mi miseria y mi dolor al universo mientras degollaba a cada uno de aquellos hombres. Y si no estuviera drogada, lo habría hecho.

Sin embargo, lamentablemente no sería ese día.

Tropecé con los muebles, intentando evitar a los guardaespaldas de Santiago, que habían caído sobre mí como un enjambre de moscas. Podía escuchar risas de fondo, pero las hice a un lado, concentrándome en llegar a la puerta trasera. Justo cuando estaba a punto de escapar, unas manos ásperas me agarraron del cabello y tiraron de mí en la dirección opuesta.

Intenté luchar. Supliqué y supliqué, pero fue en vano. Momentos más tarde, sentí que me metían en una camioneta de transporte, mis ojos incapaces de enfocar la oscuridad que me rodeaba, las ventanas tapadas con una lona. No había asientos, así que me tumbé sobre la superficie fría y sucia. Y eso era algo que nunca *olvidaría.*

Me puse de rodillas, dispuesta a luchar de nuevo, pero el Repartidor *me abofeteó con fuerza, haciendo que la cabeza me diera vueltas más deprisa, antes de cerrar la puerta de golpe. Me derrumbé sobre el suelo haciéndome bolita, con el dolor mezclado con la desesperación.*

*Fue entonces cuando el aroma familiar de Amara atravesó la niebla y el dolor. «*Por favor, Dios*», recé, «*que sea ella*». Intenté moverme, pero al final desistí. En lugar de eso, busqué a tientas entre las mantas esparcidas hasta que la encontré. Estaba demasiado caliente, con la piel húmeda y la ropa empapada. En mi lucha, ni siquiera me había dado cuenta de que la arrastraban conmigo.*

La atraje hacia mí, obligándome a murmurar palabras reconfortantes, aunque no podía escuchar mi propia voz.

La camioneta arrancó y luego el zumbido del motor nos adormeció temporalmente a las dos. Cuando despertamos después, ya había comenzado otra pesadilla.

Sacudí la cabeza, ahuyentando los recuerdos dolorosos y centrándome en el hombre que tenía enfrente y en mi venganza. Él me había llevado al infierno y yo pretendía hacer que lo probara él mismo.

Ya no me quedaba compasión en el corazón. Ni lágrimas. Solo furia y hambre de venganza.

Estos días me dediqué a castigar a los que me habían hecho daño.

Ahora, esperaba a que la justicia me alcanzara. Eso era lo único que seguía haciendo.

Aguardaba. Cazaba. Esperaba.

—José —pronuncié, extendiendo mi mano, sin necesidad de más palabras. Levantó la lata de gasolina que había junto a la puerta y me la acercó. Me entregó la lata, la destapé, me acerqué al *Repartidor* y se la puse bajo la nariz—. Lo último que verás serán las llamas envolviéndote. Lo último que olerás será la carne quemándose de tus huesos. Y lo último que escucharás serán tus propios gritos de dolor.

Con eso, empecé a derramar el líquido sobre él muy lentamente.

—¡¿Y mi familia?! —gritó, agitándose y tirando de sus ataduras—. ¡Perra psicópata!

—No te preocupes, también me *ocuparé* de tu familia. —Le mostré una sonrisa amenazante, dejando volar su imaginación. No había lugar para la debilidad en este mundo. En cuanto la mostrabas, perdías tu ventaja.

Una lección difícil de aprender.

Su familia era su debilidad, igual que Amara y Louisa eran la mía. Fue la razón por la que me mantuve alejada de mi gemela. No podía hacer lo mismo con Amara. Ella me necesitaba; no tenía a nadie más. Fue el por qué la había tomado bajo mi protección y la consideré mía en primer lugar.

«*Y ese maldito hígado…*», susurró mi mente, no obstante, aparté ese pensamiento por el momento.

En lugar de eso, vertí el contenido del recipiente sobre el enfermo hijo de puta que tenía ante mí y lo dejé caer al suelo, el sonido resonando por toda la habitación. José se apresuró a entregarme una caja de fósforos.

Los tomé, sin apartar los ojos de mi víctima. Me agaché, a la altura del hombre que me entregó al infierno con una sonrisa en el rostro hace tantos años. El miedo que había en ellos me inyectó poder y me recordó que ya no necesitaba estar asustada.

—Ahora, dime una cosa.

—Cualquier cosa, lo que sea… Por favor…

—Escuché que el nuevo jefe del Cártel Tijuana está moviendo carne. —El hombre más despiadado de Boston. Escuché que no solo era el estratega sino también el cerebro del imperio Agosti.

Giovanni Agosti.

Debía admitir que me sorprendí cuando me enteré de que el hombre se había aventurado en el tráfico de personas. Se sabía que la *Omertà*, de la que formaba parte la familia Agosti, se oponía a ello. No es que me importara, pensaba acabar con toda la estirpe de los Tijuana.

—¿Qué pasa con eso?

—Quiero todo lo que sepas sobre el próximo cargamento.

—Mi familia…

—Podría perdonarlos si me das la información. —La palabra clave fue “podría”. No los

mataría, mas no dudaría en analizar sus hígados.

—Me necesitan —susurró.

—Y yo necesito la información —repliqué.

—No lo sé —respondió, y luego trató de suplicarme un poco más.

—Respuesta equivocada, imbécil —indiqué mientras sacaba un fósforo de la caja y lo encendía, con la llama parpadeando—. ¿Últimas palabras?

—No lo harás —aseveró, pero luchaba con más fuerza contra sus ataduras.

Me reí de su estupidez.

—Ni se te ocurra dudar de mí —gruñí, acercándole el fósforo. Lentamente. Pasaron unos segundos tensos, el fósforo quemando la madera, calentándome los dedos, mientras yo me deleitaba con su desesperación.

Estuve a punto de dejarlo caer cuando soltó:

—Las Vegas. Dentro de dos días.

Era toda la información que necesitaba. Retrocedí unos pasos y vi alivio en su rostro antes de lanzarle el fósforo.

Y entonces sus gritos llenaron el aire.

No me quedé para confirmar su muerte. Sabía que era cuestión de segundos.

Salí, con José justo detrás de mí, e inhalé aire fresco con avidez. Mis ojos parpadearon hacia el claro cielo azul y dejé que los rayos de la mañana bañaran mi rostro. En otros tiempos, tenía que pasar semanas sin verlos, y había aprendido a apreciarlos.

Después de lo que me parecieron horas, aunque sabía que apenas fueron minutos, José abrió la puerta del coche y asintió en silencio mientras me deslizaba en el asiento trasero.

—¿Cuáles son tus mandatos para el cargamento? —preguntó José cuando se sentó en el asiento del conductor.

Yo misma conduciría, pero nunca había aprendido a hacerlo. Tampoco había aprendido a nadar. Ni a bailar. Ser secuestrada, mantenida en cautiverio durante años, torturada… Bueno, no era precisamente propicio para dedicarse a pasatiempos. Pero no importaba, había salido adelante.

Y en ese instante, sí, quería aprender esas habilidades en particular, pero me negaba a pedirle a alguien que me enseñara. En realidad, tacha eso. No confiaba en nadie lo suficiente como para que me enseñara.

—Envíale un mensaje a Emory DiLustro —ordené. Habíamos interceptado un cargamento que ella había dejado entrar en su territorio, habíamos devuelto a las chicas a sus familias y lo habíamos reemplazado por un nuevo cargamento.

—¿Qué tipo de mensaje?

Lo miré fijamente.

—¿Tenemos chicas muertas de las subastas?

Eso no le gustó. José era un pecador con conciencia. Por desgracia, yo tenía que sobrevivir, y eso significaba que no había lugar para la moral. Era un lujo que no podía permitirme.

Con todo lo que había hecho, nunca podría salir. Sin embargo, valdría la pena, porque vería a Amara vivir para convertirse en una mujer joven, una mujer joven *normal*.

—Sí. Una de ellas es la sobrina de Bogdan Dragović —refunfuñó, para nada dispuesto a ponerse en el lado malo del Don serbio. Demasiado tarde, maldición.

—Inclúyela con el cargamento. Asegúrate de que Bogdan reciba una pista anónima unos días después de la entrega.

Me estaba quedando sin opciones y, lo que era más importante, sin tiempo. Si no encontraba

pronto un donante compatible para Amara, tendría que localizar a su madre biológica. Y una parte de mí estaba aterrorizada por eso.

Después de todo, yo debería saberlo mejor que nadie… Los lazos de sangre eran más fuertes.

TRES

LIANA



Cinco años atrás

El hogar de Santiago en Venezuela era de todo menos cálido.

Hasta ahora.

Me quedé helada, mirando al pequeño e indefenso bebé que tenía en brazos. Y de pronto me sentí perdida y torpe. No era exactamente una sensación con la que estuviera familiarizada. Ni tampoco esta cálida emoción en mi pecho. No la había sentido desde…

Desde la noche en que perdí a mi propio bebé.

Me invadió un sentimiento feroz de protección hacia ese pequeño que tenía en mis brazos. No pude proteger a mi bebé en aquel entonces, pero protegería a este.

—¿Es niño o niña? —le grité a Santiago, que me había empujado el bulto sin advertirme de que era una criatura. Un bebé de verdad, que respiraba.

—¡Una niña! —Ladró, sin molestarse en mirarme mientras discutía en voz baja con Gio DiLustro. Por primera vez en mi vida, no me importaban los negocios de los mafiosos ni sus planes.

En cambio, me fascinaba cada arruguita de la cara de la niña, temerosa de que se me cayera. O de hacerle daño.

Nunca había cargado a un bebé. Ni siquiera había visto uno en persona. En la residencia de mi madre en Siberia no había precisamente un ambiente familiar.

Se agitó en mis brazos, balbuceando y arrugando la frente, y no pude evitar sonreír. Y entonces suspiró, el sonido más hermoso que jamás había escuchado, y sentí que el corazón se me iba flotando.

—*Shhh, shhh…* —susurré, presionando mis labios contra su frente como había visto una vez en una película—. Debemos permanecer en silencio.

Como si me hubiera entendido, guardó silencio, y yo sonreí con orgullo.

—Haremos de ti una sobreviviente.

La soledad y el dolor de los últimos años parecieron apagarse de repente con esta bebé en mis brazos. Sin pensarlo, rocé con mis dedos la cabecita calva y solté un grito de asombro.

—Es tan peludita —murmuré.

Parpadeó, sin ver, y me pregunté si tal vez le pasaba algo malo a su vista.

—Los bebés no son peludos. —Una voz me sobresaltó, y me acerqué la bebita al pecho antes

de levantar los ojos para encontrarme con la mirada oscura y cruel de Gio. Normalmente estaba más atenta a lo que me rodeaba, pero algo en esta niña hacía que el mundo desapareciera—. Aunque esta puede que sí, ya que viene de una larga estirpe de perras —se mofó.

Santiago se rio, pero a mí no me hizo ninguna gracia.

—Solo tú, Gio, llamarías perras a tu difunta esposa, a tu hija y a tu nieta.

Rebusqué en mi memoria. Mi madre nos había hecho aprender a mi gemela y a mí los nombres y miembros de las familias de todas las organizaciones criminales, y eso incluía a la familia DiLustro. Teniendo en cuenta que la esposa de Gio llevaba un tiempo muerta, supuse que esta bebé tenía que pertenecer a Emory Amara DiLustro.

—Buena suerte con la criatura —comentó Gio, ignorando el comentario de mi marido, luego se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

Me quedé boquiabierta. Ya no había demasiadas cosas que consiguieran sorprenderme, pero que un hombre dejara a su nieta en este infierno, desde luego que sí.

—¿No se la llevará con él?

—Obviamente no.

Nos quedamos solos en medio del vestíbulo, Santiago estudiando a la niña clínicamente, casi como si fuera un objeto. Me sentó mal.

Levanté la barbilla.

—Entonces la bebé se queda conmigo.

Mi marido levantó sus ojos fríos y oscuros y me fulminó con la mirada.

—No puedes darme un hijo sano y, sin embargo, quieres cuidar a la bastarda de otro hombre.

Apreté los dientes, ocultando mi rabia bajo una máscara de indiferencia. Sus palabras me calaron hondo, sobre todo sabiendo que podría haber tenido un hijo sano. De no ser por su amante.

Ahora Amara, *mi Mara*, era lo único que me importaba en este mundo. Podía ser muchas cosas, pero no era ninguna tonta, y Santiago y sus guardias no eran precisamente paternales. Así que haría todo lo que estuviera en mis manos para mantener a Amara conmigo.

—Leí en alguna parte que tener niños cerca aumenta la fertilidad de una mujer. —Mentira. A estas alturas, era infértil y no había arreglo; sin embargo, estaba decidida a mantener a la niña conmigo.

—Tal vez puedas mostrarme algo de gratitud y dejaré que te lo quedes.

—Ella —corregí.

No estaba impresionado.

—¿Y qué harás para mostrarme tu agradecimiento?

La repulsión y el odio se me enroscaron en la boca del estómago, pero no se lo demostraría. No a él. Ni a ningún hombre.

—Primero deshazte de tu amante.

La mirada de mi esposo se clavó en mí de un modo retorcido y repugnante, y en el fondo supe que solo era cuestión de tiempo antes de que impusiera su voluntad y me forzara. Otra vez.

—¿Qué nombre le vas a poner? —preguntó Santiago, cambiando de tema.

Miré a la pequeña en mis brazos, ahora plácidamente dormida, acurrucada contra mí como si instintivamente supiera que necesitaba protección.

—Amara —contesté, aunque me parecía estúpido ponerle el nombre de la mujer que le había dado la vida. Tal vez una pequeñísima parte de mí quería conmemorar a la mujer que trajo algo, un diminuto ser humano, que me hizo sentir por primera vez en años.

Ese día, le di demasiado poder a Santiago. Sin embargo, incluso en ese instante lo sabía…

Estaba dispuesta a condenar mi alma al infierno por ella.

CUATRO

LIANA



Presente

El recinto que había construido para mantener a salvo a Amara se extendía a lo largo de la costa rocosa en la parte de Venezuela que a nadie le importaba. El pueblo más cercano, Puerto La Cruz, de donde provenían todos nuestros suministros, estaba a kilómetros de distancia y, lo mejor de todo, ninguno de los lugareños nos molestaba.

Toda la propiedad era grande, un terreno con acceso restringido y tres edificios. Aparte de la residencia, uno albergaba al personal de seguridad y el otro almacenaba nuestros vehículos. Este último tenía un discreto sistema de túneles que bajaba hasta el océano y alojaba mis botes de emergencia.

«Esconderse a plena vista», recomendó Kian.

Después de rescatarnos, mi plan era dejar atrás el mundo criminal, mantenerme en el buen camino y tener una vida algo normal. Recurrí a las labores de sirvienta y al servicio doméstico en un lugar turístico para mantenernos con vida. Incluso me topé con Royce Ashford durante mi corta carrera.

Sin embargo, eso no funcionó.

Mi temperamento era demasiado fuerte y las facturas médicas de mi hija demasiado costosas.

Así que tomé cartas en el asunto y recurrí a lo único que sabía hacer: dirigir un imperio criminal.

Mi primer paso fue contactar a Kian Cortes.

Así nació el complejo *Casa Segura*, cortesía de Kian. Había comprado un gran terreno en Venezuela para mí, justo debajo de las narices de Santiago, mientras mi esposo y el hermano de Kian me buscaban por todo el mundo.

Por supuesto, tuve que prometerle a Kian mi alianza y lealtad a cambio de fondos para poner en marcha mi propio "negocio" y un complejo que nos mantuviera a salvo a Amara y a mí. Él cumplió, y desde ese día, empecé a convertirme en mi madre.

Quizás estaba paranoica, pero después de años de estar prisionera contra mi voluntad, no tenía intención de volver a estarlo. Casi muero cuando luché contra mis captores. Casi muero cuando lo acepté en silencio. No se podía ganar con ellos. No obstante, jamás volvería a quedarme en silencio.

Sacudiéndome los pensamientos sombríos, me centré en el aquí y el ahora.

Mi hija estaba a salvo y viva, aunque las máquinas que la rodeaban, con sus constantes pitidos, eran una cuenta regresiva hacia lo inevitable.

Observé el frágil cuerpo de Amara, envuelto en sábanas, y luego salí a tomar aire fresco. Su enfermedad la cansaba demasiado para salir a jugar, así que lo convertimos en nuestra rutina.

Todos los días la llevaba a los acantilados, donde miraba el mar con avidez.

A menudo decía que vivíamos en el cielo, sin darse cuenta de que había conocido al mismísimo diablo y no recordaba el día en que me la trajeron. Había probado el infierno, y no habría forma de que volviéramos a él. Se merecía algo mejor. Se merecía el maldito mundo entero.

Hacía calor, mas Amara seguía estremeciéndose en mis brazos a la par que la acercaba a mi pecho. Mientras recorría de arriba abajo el desgastado sendero de la cima del acantilado, me di cuenta de que se me estaban acabando las opciones. La niña necesitaba un hígado y solo se me ocurría una persona compatible garantizada de forma inmediata.

Su madre biológica.

Sin embargo, me aterrorizaba traer a Emory DiLustro a la vida de Amara. No quería perderla ni arriesgarme a que me viera de forma diferente. Quería seguir siendo todo su mundo, igual que ella era el mío. De lo contrario, no me quedaría mucho después de ejecutar mi venganza.

Una voz pequeña y débil me sacó de mis pensamientos.

—¿Madre Liana?

—¿Sí, mi tesoro? —Me encontré con sus profundos ojos azules, apagados por el dolor. La visión me desgarró, pero saber que podía acabar con eso haciendo que me trajeran a Emory me aterrorizó aún más. ¿Y si perdía a mi hija a manos de su madre biológica?

—¿Echas de menos el frío?

Suspiré cansada. Sí extrañaba la nieve, las montañas cubiertas de hielo y el aire gélido que me azotaba la piel. Cuando Kian me ofreció una salida del infierno en el que Perez nos mantenía a mi hija y a mí, incluso me planteé la posibilidad de volver a Siberia, pero sabía que sería el primer lugar donde me buscarían.

Así que nos quedamos en Venezuela, donde Amara estaba a salvo, y me abrí camino a través de mi lista de venganza. Solamente quedaba una persona, la *Amante*, y pronto se arrepentiría del día en que nació. Experimentaría en carne propia lo que era la ira de Liana Volkov.

—¿Lo echas de menos, madre Liana? —repitió la débil voz de Amara, recordándome que seguía esperando una respuesta.

—A veces —manifesté con sinceridad, caminando de un lado a otro mientras la acunaba en mis brazos—. Pero estar contigo es lo más importante para mí.

—Tienes que prometerme algo —murmuró, con sus ojos clavados de nuevo en el vasto horizonte azul.

—Lo que sea, mi tesoro —prometí.

—Cuando me vaya, irás a donde haya mucha nieve.

Un dolor intenso lanzó chispas por todo mi cuerpo. La sola idea de estar sin ella me sacudía todo mi ser y temí lo que sería del mundo.

—No irás a ninguna parte —aseguré, con la voz más aguda de lo que pretendía—. No dejaré que te pase nada, mi hermosa Mara. —Volví a recurrir a la versión abreviada de su nombre, haciéndole una promesa a ella y a mí misma—. Aunque sea lo último que haga, tendrás una larga y hermosa vida por delante.

Esta personita era mi última conexión con la humanidad. Sí, mi gemela estaba en algún lugar de este planeta, mas ese capítulo había terminado. Ella odiaría a la mujer en la que me había

convertido. La viva imagen de nuestra madre.

—Puedo sentirlo —musitó, con los ojos cerrados y las pestañas oscuras contrastando con sus pálidas mejillas hundidas.

Fue precisamente en ese momento cuando decidí hacer un trato con Atticus Popov y hacer que me trajeran a Emory DiLustro.

Y, para hacerlo, traicionaría al único hombre que me había ayudado.

CINCO

GIOVANNI



Habían pasado unas semanas desde que visité a Louisa en Portugal.

Después de ocuparme de los asuntos de la *Omertà*, regresé a Boston, ciudad que consideraba mi hogar más que ningún otro lugar.

—¿Qué tal el viaje? —me preguntó Mateo Agosti, cuyos consejos siempre escuchaba, mientras se sentaba en el sillón frente al mío, con un vaso de *whisky* en la mano. Puede que no fuera mi pariente biológico, pero seguíamos siendo cercanos.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—¿Cuál?

Dio un sorbo a su bebida y me miró.

—El de la *Omertà* y la visita a Venezuela para el cártel. ¿A menos que hayas manejado algo más?

Terminé la mitad de mi *whisky* de un trago.

—Antes fui a Italia y luego a Portugal.

—¿Por qué Portugal?

—Créeme, yo me hago esa misma pregunta —murmuré.

—¿Por qué?

Sacudí la cabeza.

—Me reuní con Louisa Volkov.

—Una buena aliada para tener de tu lado.

Suspiré.

—Podría no serlo si ella se equivoca. —Me lanzó una mirada que exigía una explicación—. Está convencida de que la esposa de Santiago, su gemela, está viva.

—¿Y tú no lo crees? —inquirió en voz baja—. ¿O te preocupa que esté viva y exija las riendas del Cártel Tijuana?

Hice una mueca. Una mujer controlando el cártel no sería bien recibido y podría atraer a demasiados hombres ávidos de poder que quisieran tomarlo para sí mismos. Santiago consiguió mantenerse en el poder porque era despiadado y no dudaba en matar a las esposas e hijos de sus enemigos. Por supuesto, su alianza con Perez Cortes también le ayudó.

—No —dije con dureza—, no obstante, me cuesta creer que su gemela hubiera sobrevivido a Santiago y a Perez.

Me lanzó una mirada.

—A menos que alguien la ayudara.

—Pero ¿quién?

Mateo levantó su vaso, con una expresión pensativa en el rostro.

—¿Tal vez su hermano, Kian?

—No pensé que los dos estuvieran en contacto en ese entonces —comenté—. Sin duda, Kian no formaba parte del negocio del cártel durante el régimen de su hermano. Es un hecho conocido que Kian no estaba de acuerdo con los métodos de Perez y su implicación en el tráfico de personas.

Fue solamente después de la muerte de Perez que Kian se hizo cargo.

—Por lo que sé, Kian no estaba involucrado, aunque siempre tuvo una mano en las organizaciones criminales. Con Perez muerto, Kian se hizo cargo del cártel. Lo convirtió en algo poderoso.

—Tal vez esté dispuesto a darme respuestas —reflexioné—. O al menos indicarme la dirección correcta.

—Conocí a Kian una vez. Tiene mi edad, sabes. Es viejo —agregó Mateo en voz baja. Al igual que él, Kian era reservado, sin embargo, no llamaría viejo a ninguno de los dos. Que tuvieran el cabello canoso no significaba que sus mentes fueran menos agudas o que fueran menos letales—. El rumor era que él y la esposa de Gio DiLustro tenían *algo.*

—¿Algo?

Inclinó la cabeza.

—Una aventura.

—Eso debió de salir bien —expresé secamente, conociendo muy bien las implicaciones de las relaciones extramatrimoniales entre las familias despiadadas del bajo mundo. Con un hijo ilegítimo de por medio, la cosa siempre se ponía fea.

Se encogió de hombros.

—Tan bien como te imaginas. Pero siempre me he preguntado...

Fruncí el ceño.

—¿Sobre qué?

—No mucho después de que naciera Emory DiLustro, la esposa de Gio intentó huir. Siempre me intrigó por qué se llevó a la niña, pero dejó atrás a su hijo. A menos que…

No necesitó terminar la frase. El significado era tan claro como el agua.

—¿A menos que? —Lo animé a terminar la frase—. ¿Crees que Emory no es una DiLustro?

Asintió.

—Posiblemente.

Fruncí el ceño, con las alarmas sonando en mi cabeza.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Liana?

—Gio le entregó su nieta a Santiago para saldar una deuda hace cinco años. —La conmoción vibró en mi interior, impidiéndome encontrar las palabras adecuadas al darme cuenta—. Luego esa niña fue entregada a Perez. No sería descabellado que Kian salvara a esa niña junto con la única madre que había conocido. Sobre todo, si sabía que era su nieta.

Asentí tajantemente con la cabeza, mi mente daba vueltas a todas esas teorías. Tal vez Louisa tenía razón y su gemela estaba sana y salva, escondida en algún lugar de este mundo gracias al único hombre que siempre había pasado desapercibido.

—Es hora de visitar a Kian.

Mateo asintió.

—Ese sería un buen lugar para empezar.

Esa noche me encontraba en el Stanford Club que pertenecía a mi cuñado, que resultó ser el jefe de la Mafia Irlandesa de Boston. El muy controvertido club que había comprado para mi hermana estaba situado en la zona industrial de Boston y atraía a todo tipo de gente: los que venían a bailar, a pasar un buen rato y ocasionalmente a un espectáculo *voyeur*. Y luego estaba el tipo de hombres que venían a manosear.

Como este pequeño cabrón que estaba frente a mí.

Agradecido de que mi cuñado tuviera una oficina y una habitación libre especialmente para este tipo de mierdas, no me molesté en contenerme. Mi brazo se llenó de fuerza cuando estampé el puño contra la nariz del imbécil, y sus huesos se hicieron añicos bajo mis nudillos. Se lo merecía por pensar que era buena idea agarrarle el culo a mi hermana.

Mi hermano menor, Cristiano, no fue menos gentil y le dio un puñetazo en las tripas al flacucho.

—Me dijeron que alguien le tocó el trasero a mi mujer —demandó Declan, mi cuñado, apareciendo de la nada.

—Ya era hora de que aparecieras —repliqué, curvando los labios. Cristiano y yo dimos un paso atrás, dejándole espacio a nuestro cuñado—. Es todo tuyo.

El club de Declan era el más exclusivo de Boston. Obtener una membresía era difícil y estrictamente por recomendación. No hacía falta decir que este hombre perdería la suya permanentemente.

Tomé el vaso que Romeo me ofreció, lo llené de hielo y, como el hermano sobreprotector que era, volví a centrar mi atención en mi hermana, que estaba junto al minibar en un rincón de la oficina de Declan. No podía dejar de preocuparme por ella, a pesar de que estaba casada. A pesar de que acabara de cumplir treinta años.

Tomé asiento en el sofá y me troné los nudillos mientras observaba a Declan ocuparse del idiota, un cristal de privacidad a prueba de sonido y unidireccional que nos separaba del resto del club, donde la gente bailaba despreocupadamente. Mi cuñado arremetió contra él, clavándole la rodilla en el estómago hasta tal punto que pude ver cómo se le salían los ojos. Sus ágiles puños descargaron un golpe tras otro en su ya inflamada cara.

Mi hermana, Marissa, por su parte, estaba sentada en el bar, sorbiendo una bebida rosada mientras observaba todo el calvario con una expresión de aburrimiento. Estaba deseando salir de aquella oficina y volver a donde estaba la gente. Así era mi hermana, una pequeña mariposa social que se metía en líos. A menudo.

Incluso después de saber que no compartía el mismo padre que mis hermanos, habíamos permanecido muy unidos. Tenía mucho que ver con las actividades sadomasoquistas de nuestra madre y sus constantes aventuras. Julia, nuestra madre, podía ser una auténtica diabla cuando quería, pero eso nos unía aún más a mis hermanos y a mí. Siempre me aseguré de protegerlos todo lo posible de Julia y de estar a su lado.

—Vamos, cariño. —Marissa finalmente interrumpió la sesión de puñetazos de su esposo—. Échalo para que podamos volver a divertirnos.

—¿Por qué debería dejarlo? —cuestionó Romeo—. El hijo de puta fue tan estúpido como para tocar lo que no era suyo, y ahora tiene que pagar.

La verdad era que mi hermana podría haberse encargado ella misma del pervertido, pero me pidió que lo hiciera yo por culpa de sus tacones de quince centímetros que, al parecer, eran nuevos y ridículamente costosos. Después de todo, ¿para qué estaban los hermanos?

—Mañana me voy a Brasil —le comenté a Romeo, sin apartar la mirada de la escena que teníamos ante nosotros.

—Yo también voy.

Le lancé una mirada.

—No, no vendrás.

—Sí, iré.

Dejé escapar un suspiro sardónico. Romeo podía ser un maldito testarudo cuando se le metía una idea en la cabeza.

—Deberías quedarte y ayudar a Mateo.

Se burló.

—Cristiano puede ayudarlo. Yo me voy de aquí. —Me dedicó una sonrisa—. Alguien tiene que cuidarte la espalda.

—¿Y crees que tu imprudente trasero servirá de algo? —A veces no estaba seguro de si mi hermano deliraba o estaba completamente loco—. Más bien hará que me maten.

Empezó a parlotear sobre no sé qué mierda mientras yo lo ignoraba, devolviendo mi atención a Declan, que seguía dándole una paliza al manoseador de culos.

Romeo, que se había sentado a mi lado en el sofá, me dio un codazo.

—Giovanni, ¿me estás escuchando?

Giré la cabeza y lo fulminé con la mirada.

—No.

—Me necesitas.

—Como a un agujero en mi cabeza. —Hice un gesto hacia nuestro cuñado—. Pero si quieres ser útil, pon fin a esa pelea.

Romeo agarró su bebida, se la tomó de un trago y luego se limpió la boca con el dorso de la mano antes de ponerse de pie.

—Eso haré, no obstante, luego volveré aquí y continuaremos esta conversación.

Romeo jaló al tipo, escupiendo y ahogándose, fuera del alcance de Declan, con la cara ensangrentada. Mi cuñado intentó agarrarlo de nuevo, pero Romeo empujó al hombre aturdido hacia dos de los hermanos menores de Declan.

—Sáquenlo de aquí antes de que Declan lo mate.

Marissa exhaló un gruñido mientras escoltaban al pervertido fuera de la habitación privada y del local. Luego volteó a fulminar a su esposo con la mirada.

—Se suponía que sería una noche de diversión, no una pelea de boxeo.

—Lo siento, nena. —Declan hizo una mueca, agarrando un vaso de *whisky* de la mesa más cercana y dirigiéndose hacia Marissa. A decir verdad, a pesar de los difíciles comienzos de nuestras familias, su unión era lo mejor que le había pasado a Boston en décadas. Antes de su matrimonio con Declan, los irlandeses y los italianos de Boston siempre estaban enfrentándose. Ya no—. Te lo compensaré —le prometió.

Ella arqueó una ceja cuando él se detuvo frente a ella.

—*Oh*, ¿sí? ¿Cómo?

Se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Lo que sea que le haya dicho le ocasionó un sonrojo, y gemí para mis adentros.

—Sí, no queremos saber de qué están hablando. —Romeo apareció a mi lado, con la boca estirada en una gran sonrisa—. ¿Deberíamos darle una paliza a él también?

Arqueé una ceja.

—¿Y así quieres venir conmigo y cubrirme la espalda?

Su sonrisa se amplió.

—No te arrepentirás.

—Ya lo hago.

Tomó otra bebida y le dio un trago justo cuando nuestra hermana se unió a nosotros con su esposo, y nuestro hermano Cristiano justo detrás de ellos.

—¿Por qué sonríes como un idiota? —preguntó Marissa mientras tomaba asiento frente a mí.

—Yo también quiero saberlo —contestó Cristiano, mirándome de reojo.

—Me voy con Giovanni a Sudamérica.

Solté una carcajada.

—No, no lo harás.

—Escucha, Giovanni —insistió Romeo—. Iré contigo, y me lo agradecerás más tarde. Con el cártel no se juega.

Marissa puso los ojos en blanco.

—Él está al mando de uno de esos cárteles, ¿sabes?

—Pero no el de Brasil. —Romeo dejó caer de golpe su vaso de alcohol—. No podemos tener al jefe de la *Omertà* de la familia Agosti cruzando fronteras sin protección.

Asentí pensativo.

—Quizá sea hora de nombrar a otra persona jefe de la familia Agosti en la *Omertà*.

Romeo me miró con los ojos entrecerrados.

—Que ni se te ocurra, joder.

Podía contar con mi hermano para todo *menos* para esa responsabilidad. Aunque podríamos decir que éramos los más parecidos en personalidad y más cercanos en edad, la principal diferencia era que Romeo era el psicópata de gustos dudosos. Ocultaba sus oscuras emociones tras una máscara alegre, pero incluso esa máscara se le caía de vez en cuando, y yo simplemente esperaba el día en que se le cayera del todo. Ese sería el día en que Romeo causaría el caos en este mundo.

No obstante, eso era un problema para otro día.

Volteé a ver a Cristiano, quien me sonrió y levantó las palmas de las manos.

—Soy el bebé de la familia. No puedes echarme esa mierda encima.

—Disculpa —intervino Marissa, con sus ojos brillando—. *Yo* soy la bebé de la familia.

Puse los ojos en blanco.

—¿Alguno de ustedes pretende asumir alguna responsabilidad?

Marissa puso cara de asco y arrugó la nariz.

—¿Acaso yo parezco la responsable?

Les clavé a todos una mirada lo más severa que pude.

—Podrías serlo.

Romeo se encogió de hombros, sonriendo.

—Eres el único responsable aquí.

El guardaespaldas de Declan abrió la puerta y todos giramos la cabeza en su dirección. A través del cristal unidireccional, pude ver a los hermanos de Declan arreglándose las mancuernillas y pavoneándose como si estuvieran en una pasarela mientras las personas se apartaban como el mar Rojo para ellos mientras se dirigían hacia nosotros.

Cuando entraron a la oficina, la puerta se cerró detrás de ellos.

—¿De qué estamos hablando?

Marissa se encogió de hombros.

—De personas excesivamente responsables.

Los dos se mofaron, y lo interpreté como que estaban más interesados en una vida de ocio.

Declan extendió las manos.

—Parece ser un denominador común aquí.

—Debe de ser esta generación más joven —murmuré.

—Se escabullen como roedores cuando se trata de asumir responsabilidades. Sin embargo, empieza una pelea y estarán ahí en un santiamén.

Eso provocó una acalorada discusión entre nuestros hermanos mientras nosotros dos nos reclinábamos en una silla, observándolo todo con diversión.

—¿Así que en serio irás tras Liana Volkov? —inquirió Declan mientras nuestros hermanos discutían.

Levanté un hombro.

—No tengo nada mejor que hacer.

Resopló.

—Ya lo creo. Pero ¿una advertencia?

Ladeé la cabeza en su dirección.

—¿Sí?

—No hay que subestimar a ningún hijo de Sofia Volkov.

Alcé una ceja.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió de hombros.

—Somos irlandeses. El padre de Liana Volkov era irlandés. ¿Qué puedo decir? Bebemos cerveza Guinness y hablamos.

Solté una carcajada.

—No te tomaba por un tipo que bebe Guinness.

—No lo soy —murmuró Declan en voz baja—. Pero me gusta la parte de hablar. Es la mejor manera de enterarse de las últimas operaciones y, en muchos casos, de chantajear.

—¿Y qué es lo que sabes?

Me lanzó una mirada sombría.

—Liana podría estar más loca y ser más cruel de lo que jamás fue su madre.

Apreté la mandíbula.

«Sí, puede que no esté muy equivocado».

No era un misterio, al menos para los que nos gustaba seguir de cerca a los miembros de otras organizaciones criminales, que Liana Volkov había sido sometida a un intenso entrenamiento bajo la tutela de su madre. Creció rodeada de asesinos y psicópatas creados por el hombre, aunque no era que tuviera elección. Tal vez la mujer simplemente había hecho lo necesario para sobrevivir. Si es que sobrevivió.

Nunca podría describir la mezcla de inocencia y oscuridad en sus ojos que habían cautivado mi atención desde el momento en que la vi. O tal vez simplemente era un ciego hijo de puta que sentía una fascinación enfermiza por aquella mujer.

Mis labios se curvaron ligeramente al recordar a la mujer que dejó inconsciente a su prometido. No había vuelto a ver a Liana desde entonces, pero una parte de mí estaba emocionada ante la perspectiva de volver a verla.

Suponiendo que realmente estuviera viva.

SEIS

GIOVANNI



Una semana después, estaba rebotando en el asiento trasero de una camioneta todoterreno en medio de la selva brasileña

Kian Cortes era un hijo de puta reservado que parecía prosperar en uno de los climas más calurosos y peligrosos del mundo. Era la única explicación que se me ocurría para encontrarme con él al borde del maldito Amazonas, rodeado de animales salvajes, insectos, reptiles y Dios sabía qué más.

El sudor se acumuló en mi frente mientras salíamos del Jeep negro que me había recogido en el aeropuerto y me llevaba a través de Manaos hasta las afueras de la ciudad. Era el lugar donde se rumoraba que estaba el complejo de los Cortes, pero tras horas conduciendo por caminos de tierra, empezaba a preguntarme si el conductor planeaba deshacerse de mí en la selva cuando accionó el freno de mano y señaló con la cabeza hacia uno de los complejos más grandes que jamás había visto.

Había un vasto océano de verde en el lado este y una jungla salvaje en el oeste, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Kian Cortes se había hecho cargo de este complejo hacía un año, cuando ayudó a Amon Leone a recuperar a su esposa. Después de que Amon, Kian y sus amigos salvaran a Reina Romero y a otras mujeres retenidas aquí en virtud de los *Acuerdos de Marabella* y otros tratos jodidos, Kian desmanteló el complejo y lo reconstruyó.

—Sígame. —El conductor, un tipo alto y delgado, me llevó por la acera curva de concreto rodeada de enredaderas trepadoras llenas de flores tropicales a ambos lados.

Resultaba difícil conciliar el cuidado paisaje y el alegre canto de los pájaros con un lugar donde antes reinaban la miseria y el dolor.

Aún no me había cruzado con Kian Cortes, a pesar de su alianza con la *Omertà*, y con muchos otros en el bajo mundo y en el mundo legítimo.

Tenía curiosidad por conocerlo, pero al mismo tiempo desconfiaba. El hecho de que estuviera emparentado con Perez Cortes no le favorecía, aunque también sabía lo fácil que era que te juzgaran mal en este mundo. Manteniendo mi mente abierta por el momento, seguí al conductor hasta el nuevo líder del Cártel Cortes.

Las enredaderas terminaron y me detuve frente a la casa y el complejo más espectaculares que jamás había visto. Y ya había visto bastantes.

Unas quince casitas con cubiertas de tejas rojas estaban colocadas estratégicamente en una pendiente, con un edificio gris de tres pisos que se alzaba a un lado con un techo plano de hierba.

En otra parte de la propiedad había menos casitas, pero más grandes y separadas por exuberantes flores de colores.

Un edificio, una mansión de ladrillo con ventanas y puertas francesas y amplias terrazas a ambos lados, las dominaba todas. Imaginé que sus vistas compensaban el hecho de vivir aquí, en medio de la nada. Una gran piscina estilo laguna comenzaba junto a la terraza y se extendía hasta el borde del bosque.

Era como una utopía tropical.

El aislamiento, la grandeza y las vistas panorámicas constituían un santuario privado, rodeado por una milicia privada.

Empecé a subir los escalones de piedra que conducían a la mansión en lo alto del acantilado. Hacía ejercicio con regularidad, aun así, cuando llegué, notaba cómo se me acumulaba el sudor en la nuca. El aire a ese nivel era frío, pero ligeramente húmedo, y me llenaba los pulmones cada vez que respiraba.

No obstante, joder, las vistas eran increíbles. Subiría estos escalones todos los días de buena gana a cambio de un trozo del paraíso. Los contornos vagos de los edificios se alineaban a un lado de la ciudad en la distancia, con el océano y vastas extensiones de bosque denso al otro.

Mi guía me condujo a una mesa con bebidas y aperitivos. Levantó una cubierta de bronce para mostrar una ensalada, embutidos y pescado, todo delicadamente preparado.

—El señor Cortes estará con usted en un minuto —notificó el mayordomo, y luego me dejó solo. Sin guardias. Sin personal. Ni cámaras.

Metiéndome las manos en los bolsillos, admiré el paisaje mientras esperaba a mi anfitrión. Me sentía como en las nubes e intenté recordar la última vez que había estado en un lugar tan remoto.

El sonido de unos pasos me hizo darme la vuelta y vi a un hombre caminando hacia mí. Alto como yo, aunque definitivamente mayor, mas no menos peligroso.

El cabello canoso enmarcaba su rostro, que era todo ángulos afilados y barba oscura salpicada de canas. Gracias a mi hermana y sus amigas, sabía que era un aspecto que las mujeres encontraban atractivo.

Me quedé pensando por qué este hombre era conocido como un lobo solitario.

Su alta estatura gritaba peligro y autoridad de un modo que hizo que todos mis instintos se dispararan. Puse la expresión fría de siempre en mi rostro: el perfecto caballero.

Mis trajes italianos, mis modales galantes y mi encanto siempre engañaban a la gente. Esperaban menos de alguien arrogante y que, por lo general, nunca me veían venir.

—Encantado de conocerte por fin cara a cara, Giovanni Agosti. —Fue el saludo de mi anfitrión mientras me tendía la mano—. Kian Cortes.

—Gracias por aceptar reunirte conmigo —repliqué, estrechándole la mano con firmeza.

Kian asintió y me hizo señas para que me acercara a la terraza con sus elegantes muebles de bambú.

—Es un lugar extraordinario —comenté mientras nos sentábamos.

—Nos gusta este lugar.

—¿Te criaste aquí?

—Más o menos —respondió vagamente antes de que sus ojos se desviaran hacia las puertas de cristal y diera una orden en portugués. Una anciana con la piel envejecida salió con una bandeja, con tazas humeantes de café y té—. Me había mantenido alejado la mayor parte del tiempo cuando mi hermano vivía, pero cuando el complejo fue arrasado y a él lo mataron, lo reconstruí.

Ella me dedicó una sonrisa y luego habló con cuidado, como si se estuviera buscando en su cabeza para encontrar las palabras en inglés. Me pregunté cuántos huéspedes vendrían por aquí, con qué frecuencia podría servir el almuerzo en este jardín.

—El té y el café son locales, pero si necesita algo más suave, no dude en pedírmelo —me dijo, con los ojos brillantes y una pizca de orgullo brasileño.

Era un reto, si es que alguna vez había oído uno, y no pude contener una sonrisa.

—Gracias.

Luego, para demostrar que no iba a necesitar nada más *suave*, me tomé un buen trago de café y el líquido caliente se deslizó por mi garganta. Para ser local, no estaba nada mal. De hecho, era uno de los mejores cafés que había probado en mi vida. Profundamente intenso, pero terroso, con un perceptible sabor amargo. Muy sabroso.

Les lancé una mirada de sorpresa y Kian soltó una risita.

—Es mi afición. Cultivar café.

—Vaya, definitivamente no abandones esa afición —lo halagué—. Si lo vendes, compraré un cargamento.

—Gracias, señora Cabrera —le agradeció Kian, con voz cálida, y ella desapareció dentro de la casa. Luego volvió a centrar su atención en mí—. Ahora, Giovanni, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó, relajándose en su silla.

Y fue precisamente eso, su comodidad, su tranquilidad a mi alrededor, lo que me dijo que este tipo era letal. No necesitaba seguridad. No necesitaba quitarme mis armas del cuerpo antes de reunirse conmigo para garantizar su propia seguridad. Puede que yo fuera el jefe más reciente de un cártel rival, sin embargo, este hombre poseía cierta cualidad que me decía que no se acobardaba.

—Necesito información sobre Liana Volkov —manifesté, dando un sorbo a mi café.

No se inmutó, pero algo oscuro se reflejó en su rostro.

—¿Y por qué crees que yo la tengo? —Su mirada se centró en mí—. Y si la tuviera, ¿qué te hace pensar que la compartiría contigo?

Mi mano se detuvo cuando se dirigía a mi boca, mis ojos se centraron en el hombre sentado frente a mí.

—Si sabes lo que te conviene a ti y a ella, lo harás —siseé.

—¿Cómo dices? —Kian se rio y sacudió la cabeza—. Tienes agallas.

Apreté la mandíbula y sentí que mis dedos se flexionaban sobre la taza. La dejé sobre la mesa y me incliné hacia delante.

—Sí que las tengo, aunque lo más importante es que sé que el rastro de Liana Volkov termina aquí. Bajo tu difunto hermano.

—¿No se te ha ocurrido pensar que el rastro termina aquí porque ella murió? —inquirió.

—Está viva —pronuncié con una convicción que no sentía. Si su gemela afirmaba que lo estaba, tenía que creerlo, pero eso seguía sin explicar qué me había poseído para acceder a esta locura y ayudar a Louisa. No le debía nada, y desde luego no estaba sacando nada de esta mierda.

Aunque, si era sincero, mi breve encuentro con Liana ocho años atrás podría haber tenido algo que ver. No se parecía a ninguna otra mujer con la que me hubiera cruzado.

Su madre la había educado entre engaños y mentiras. Me sentía identificado.

Kian me miró con desconfianza. Podía ver cómo sopesaba sus opciones, decidiendo si valía la pena su tiempo, y el de Liana, para darme pistas sobre su paradero.

—Tienes razón —expresó finalmente Kian tras una larga pausa. Me miró atentamente y me

pregunté si podría leerme el pensamiento—. Liana Volkov, aunque se hacía llamar Louisa cuando nos cruzamos, efectivamente está viva.

Como no quería perderlo, continué.

—¿Cómo escapó?

Se encogió de hombros.

—Supongo que tuvo suerte.

—De algún modo lo dudo. —Fruncí el ceño, cuestionándome sobre el hombre que tenía frente a mí. Era un rompecabezas difícil de descifrar—. ¿Dónde está?

—Venezuela.

Dejé escapar un suspiro sardónico. *Por supuesto que sí*. Qué ironía que yo mismo acabara de estar allí. Habría sido útil saberlo entonces.

—¿Quieres decirme que ha estado escondida allí todo este tiempo?

—No hay mejor lugar —señaló Kian—. Créeme, tuve la tentación de dejar a mi hermano en manos de la chica rebelde y dejar que lo matara, pero temí que él matara primero a su protegida, así que le ofrecí una salida. Por supuesto que la aceptó. Por el bien de la pequeña Amara.

—¿Quiénes son los padres de Amara y cómo llegó a estar bajo la protección de Liana?

Kian parecía como si hubiera hablado con demasiada libertad, no obstante, luego se encogió de hombros.

—Una bebé fue entregada a Santiago hace cinco años para saldar una deuda de Gio DiLustro; Liana la tomó bajo su protección. Eso es todo lo que necesitas saber.

Mi cerebro daba vueltas a toda esta información, aunque sabía que tenía que seguir mientras pudiera.

—Solo me encontré con Liana una vez, pero no me pareció del tipo maternal.

Su mandíbula palpitó, mas aparte de eso, su expresión permaneció impasible.

—Bueno, puedes pensar lo que quieras al respecto —dijo en tono calmado—. Pero que te quede claro. No te conviene acercarte a esa mujer. Está rota, sin remedio y es una psicópata. Se parece a su madre, supongo.

—¿Es digna de confianza?

—Lo suficiente como para proteger a una niña inocente —afirmó, y realmente creí que, si este hombre pensara que Liana era irredimible, habría acabado con su vida, a pesar de que cada instinto de mi cuerpo me decía que eso iba en contra de su carácter.

Me recosté en la silla y me pasé una mano por mi rostro.

—Ni siquiera sé qué decir.

Kian ladeó la cabeza.

—Pensé que tenías agallas. Si te asusta Liana Volkov, es mejor que te mantengas alejado. Te comerá como si fueras su desayuno.

Eso me dejó desconcertado.

—No le tengo miedo. Simplemente no puedo creer que esté viva. O que Louisa tuviera razón.

Kian levantó una ceja.

—Si llamas a eso estar viva.

—Explícate.

Kian resopló una risa seca, dejando su taza sobre la mesa.

—Esa mujer sobrevivió a tu tío y a mi hermano, y a esa zorra loca de Sofia. No puedes pensar que salió ilesa. —Sentí que me rechinaban los dientes, que se me apretaban las manos—. Lia… La destrozaron, hasta el último fragmento de su corazón se congeló en piedra, sus entrañas ardiendo de odio al rojo vivo. Lo único que la mantiene con vida y algo cuerda es la niña.

—Así que su hija es su debilidad —comenté pensativo.

Levantó la vista y me miró.

—Si le quitas a su hija, causará el caos en el bajo mundo.

—¿Qué te hace pensar que le quitaría a su hija?

Yo no era el monstruo que era mi tío.

—Porque su hija le pertenece a Killian Cullen y Emory DiLustro. —Esto confirmó parte de la información que Mateo había compartido conmigo, y antes de que pudiera decir algo más, Kian continuó—: Ella salvó a esa niña, y es el tipo de amor que mira más allá de las ofensas que uno pueda hacer a otros y solamente llama al alma. Esa niña es lo único que le impide sumergirse en las profundidades del infierno y no mirar atrás.

—Conociendo a Emory DiLustro, no descansará hasta encontrar a su hija —señalé.

—Efectivamente.

—¿Y cómo es que ahora sabes tanto sobre la vida de Liana? —Había algo en este hombre que no me cuadraba. Sabía que era muy reservado, aun así, estaba claro que estaba metido en diferentes organizaciones y que cobraba favores de familias prominentes y poderosas.

—Me mantengo informado —respondió vagamente—. Cualquier hombre de negocios inteligente —traducción, *criminal*—, vigila a sus amigos y enemigos.

—Me parece que hay algo más que no me estás contando. —Estudié al hombre que tenía enfrente en busca de alguna reacción, mas no la hubo. Aun así, aprendí hace mucho tiempo a no ignorar mis instintos—. Algo grande.

Dejó escapar un sonido sardónico.

—No hay nada pequeño en cualquier cosa que hace Liana.

—¿Qué significa?

Pasó un latido de silencio antes de que preguntara:

—¿Has escuchado hablar de los *Acuerdos de Marabella*?

—Apenas recientemente —admití, recordando que surgió durante una de las actualizaciones de la *Omertà*—. Se utilizan para vender a los hijos de personas prominentes, pero el acceso a ellos es limitado.

Asintió con la cabeza.

—¿Sabías que Liana ideó el plan de negocios hace cinco años y lo hizo más rentable para Santiago y Perez? —La conmoción se apoderó de mí—. No mucha gente lo sabe, no obstante, en cuanto se enteren, todos irán tras ella, igual que fueron tras Benito King. —Benito King tenía un negocio similar, pero lo llamaba *Bellas y Mafiosos*—. Necesitará protección, y su complejo secreto ya no se la proporcionará ni a ella ni a Amara.

Guardé esa información para usarla más tarde, si era necesario.

—¿En qué parte de Venezuela está Liana Volkov? —indagué en voz baja.

—No quiere que la encuentren —empezó con calma—, aunque, teniendo en cuenta que hace poco secuestró a Emory DiLustro y el hecho de que Killian está a punto de ir tras ella, te lo diré. Si podemos evitar más muertes innecesarias, deberíamos.

—¿Por qué secuestró a la madre de la niña? —inquirí—. ¿Quiere hacerle daño a Emory?

Tal vez Liana Volkov estaba mucho más perdida de lo que Kian Cortes creía. Los que tenían un mínimo de moral se negaban a lastimar a mujeres y niños. Era una regla no escrita, sin embargo, parecía que Liana no la respetaba.

—Amara está enferma, y si tengo que adivinar, Liana está desesperada por ayudarla.

—¿Qué le pasa? —Nada de esto tenía sentido, y tenía aún menos sentido que este hombre supiera tanto.

—Su hígado está fallando —respondió como si eso lo explicara todo—. Ahora, necesito tu promesa.

—¿Y cuál sería?

Me observó fijamente y una sonrisa cruzó sus labios mientras bromeaba:

—Le concederás a Liana su deseo de venganza.

Me quedé mirándolo, con la respiración entrecortada. No sabía qué esperar hoy, pero seguro que no era esto.

—¿Qué está tratando de hacer?

Sus ojos se volvieron fríos.

—Encontrar a todos los que le han hecho daño y vengarse. Creo que se ha reducido a una persona.

—¿Quién es? —cuestioné.

Se encogió de hombros, dándome una respuesta vaga.

—Una mujer.

—Bien, tienes mi juramento —gruñí, harto de juegos—. Ahora. ¿Dónde. Está. Ella?

Sonrió, sacando su móvil.

—Te enviaré las coordenadas.

Mi teléfono sonó con la notificación y me puse de pie.

—Gracias por tu tiempo.

—Buena suerte. La necesitarás.

SIETE

GIOVANNI



Ocho Años Atrás

Fue una boda lujosa, con lirios blancos, rojos y amarillos hasta donde se alcanzaba a ver.

Mi tío estaba de pie ante el altar, con un brillo de superioridad en sus ojos, esperando a su novia.

Yo había llegado esta mañana, así que aún no la conocía. Sin embargo, había escuchado hablar mucho de ella por mi madre, que estaba sentada a mi lado en la banca con una expresión de disgusto en el rostro. No le gustaba la idea de que Santiago Tijuana se casara con alguna joven y tuviera descendencia masculina que pudiera empujarme más abajo en la línea de sucesión.

Como si eso me importara un carajo.

Estaba listo para que esto terminara y poder regresar a Boston.

—Esto es ridículo —siseó, inclinándose más cerca para que nadie más pudiera escucharla—. Él es por lo menos cuatro veces mayor que ella.

Puse los ojos en blanco.

—El amor funciona de manera milagrosa.

Aunque sabía de primera mano que mi madre no creía en el amor ni en la fidelidad. Ni qué decir que enterarme de mi verdadera paternidad el año pasado había sido una sorpresa.

Desde mi nacimiento, había estado ligado al imperio Agosti que mi padre, o el hombre que yo *creí* que era mi padre, y su familia habían construido, y eso no cambiaría hasta mi muerte. Cuando mi linaje salió a la luz, estaba seguro de que Mateo, el jefe de la familia Agosti, me rechazaría, pero me sorprendió.

En lugar de borrarme del árbol genealógico, me nombró jefe de nuestra familia en Italia, bajo las *Espinas de Omertà*. Nos dio un mayor alcance con mis conexiones de sangre con la familia Tijuana y la inducción en la *Famiglia* Agosti.

Empezó la música y todo el mundo volteó a mirar a la novia. Todos menos yo.

Me quedé mirando la elaborada cruz hecha de oro y decorada con rubíes como sangre mientras se acercaban los suaves golpes de los tacones.

El aroma a flores silvestres perfumaba el aire cuando la novia pasó junto a la banca y se unió a su prometido al final del pasillo. Le lancé una mirada curiosa, ligeramente sorprendido por su tamaño. Era pequeña, con una figura esbelta bajo un vestido de satén blanco que se ceñía a su

cuerpo. No era el tipo de mujer que le gustaba a Santiago; normalmente le gustaban con curvas.

Parecía que estaba cautivado por la joven que lo miraba fijamente en ese momento, con un velo que cubría cada centímetro de su rostro y que parecía una princesa de la nieve.

Entonces le levantó el velo y, por un breve instante, me quedé boquiabierto. No por su piel de porcelana. No por su bello rostro. Sino por la valentía y la esperanza que brillaban en sus ojos. Por la obstinada inclinación de su barbilla.

No me sorprendió que mi tío hubiera cambiado de tipo.

—Yo, Santiago Tijuana, te tomo a ti, Louisa Volkov, por esposa. Prometo serte fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Te amaré y te honraré todos los días de mi vida.

Jesucristo, no sonaba sincero en lo más mínimo, y me compadecí de la joven.

No pasó mucho tiempo antes de que él se inclinara, sonriendo con avidez, mientras tomaba su boca para darle un beso brusco. La novia, Louisa, se puso rígida y arrugó la nariz por un instante.

Los invitados estallaron en una ovación, aplaudiendo y asintiendo como si acabaran de presenciar un cuento de hadas hecho realidad de primera mano, y no a una belleza casándose con un viejo cabrón salvaje. A pesar de todo, Louisa interpretó bien su papel.

A medida que avanzaba el día y los invitados se turnaban para felicitar a los recién casados, el ambiente era todo lo relajado que podía ser una boda de la mafia. La novia estaba guapísima, todo el mundo estaba de acuerdo en eso. Excepto mi madre.

A medida que cada invitado iba felicitando a la feliz pareja, uno a uno, aparecía la primera grieta. Vi cómo Santiago le indicaba a Louisa que se colocara un paso detrás de él. También vi cómo ella le lanzaba una mirada fulminante, sus labios una fina línea en su rostro majestuoso. Me arrancó la primera sonrisa genuina de todo el día.

—Felicidades por su matrimonio —pronuncié mientras le extendía la mano. Santiago me puso una mano en el hombro, sonriendo como un tonto.

—¡Mi heredero! —exclamó con voz estruendosa—. A menos que mi esposa me dé un hijo. —Le dediqué una sonrisa tensa, mientras la mirada de Santiago se posaba en su joven novia, que permanecía de pie con expresión estoica—. Este es tu sobrino, Louisa. Salúdalo como es debido.

—Encantada de conocerte —contestó robóticamente, extendiendo la mano. Cuando nuestros ojos se encontraron, su mirada era distante. Tomé su mano, fría y húmeda, entre las mías, pero su rostro no delató nada.

Seguí adelante, dejando que otros invitados felicitaran a la pareja, y durante las siguientes horas, los recién casados estuvieron rodeados de personas que les deseaban lo mejor, tanto falsas como auténticas.

Decidí que había llegado el momento de escabullirme y recorrí los cuatro mil metros cuadrados de la casa cuando, al pasar por delante de una puerta entreabierta, encontré a la novia sentada en el escritorio con las piernas cruzadas, bebiendo vino y fumándose un puro. *«Dios mío, ¿quién era esa mujer?»*.

Nos observamos fijamente, nuestras miradas chocando y desafiándonos. Se produjo un cambio cuando la comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

Dejé escapar un suspiro sardónico, debatiéndome si morder el anzuelo o no.

No debía. No lo haría.

A la mierda, lo hice.

Metiéndome las manos en los bolsillos, entré a la habitación y encontré a mi tío inconsciente junto al escritorio en el que ella colgaba despreocupadamente sus piernas cruzadas.

—¿Qué le pasa? —inquirí.

Se encogió de hombros.

—Pensó que podía seguirme el ritmo.

—¿Seguir el ritmo de qué?

—*Shots* de vodka —explicó, su voz demasiado suave para coincidir con la dura mirada que le dirigió a él.

—No es la mejor manera de empezar un matrimonio —señalé. Puso los ojos en blanco y apartó su mirada de mí.

—No me diga que cree en el amor, señor…

Encantador, la mujer ni siquiera recordaba haberme conocido.

—Se despertará de mal humor —advertí—. Y no es agradable cuando está de mal humor.

—Yo tampoco. —Algo brilló en sus ojos y me fulminó con la mirada—. No respondiste a mi comentario.

—¿Qué comentario?

—¿Crees en el amor?

Me encogí de hombros.

—Lo he visto una o dos veces, así que sí, creo en él.

Se burló.

—Suenas como un… soñador.

A pesar de lo extraño que era este encuentro, me divertía. La chica era sorprendentemente fuerte, y a pesar de ser desconocidos, esperaba que mi tío no apagara la chispa de sus ojos.

—Y tú pareces realista —contesté—. No es muy original.

Se rio, un sonido que me recordó a los primeros rayos de sol tras un largo y gris invierno.

—Mi gemela es una soñadora.

Fruncí el ceño.

—¿Son dos? Eso es peligroso.

Echó la cabeza hacia atrás y su risa parecida a una campana volvió a llenar el espacio. Luego se deslizó por el escritorio, cayendo de pie con elegancia, y acortó la distancia que nos separaba.

Su voz era áspera, susurros de dolor bailaban en sus expresivos ojos.

—No tienes ni idea.

Llevó su pulgar a mi mejilla y la rozó suavemente mientras yo la observaba, fascinado. No se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido.

Cuando pasó a mi lado, el aroma de las flores silvestres perduró tras de mí, y ella nunca volteó a mirarme.

OCHO

LIANA



Presente

Era el día en que operaban a Amara.

El miedo que odiaba sentir se coló en mi corazón y en mi alma, amenazando con asfixiarme.

Fue la razón por la que insistí en que José entrenara conmigo hoy. Necesitaba aliviar esta tensión antes de ir a verla. Mi hija tenía una extraña habilidad para detectar las emociones de la gente, y no podía permitir que se diera cuenta de que algo andaba mal.

Mi madre me había enseñado desde pequeña que pelear era la forma de resolver las emociones. Mi gemela lo odiaba, y yo… Bueno, me acostumbré. No era como si tuviera elección.

—Otra vez —ordené, respirando con dificultad. Agachada, con el cuerpo preparado para luchar, observé cómo José me rodeaba desde mi posición en medio de la colchoneta.

Mi piel estaba empapada de sudor y probablemente también un poco de sangre.

Gruñó, moviendo la cabeza en señal de desaprobación, mientras cruzaba la colchoneta de mi gimnasio privado y corría hacia mí.

Me quedé quieta, anticipándome a su ataque, pero justo cuando estaba a punto de hacer contacto, salté a un lado, giré sobre mí misma y enganché mi brazo alrededor de su garganta, lanzando mi cuerpo hacia abajo.

Me solté rápidamente y aterricé de costado, mientras José golpeaba con fuerza la colchoneta. Su cabeza rebotó contra la madera y, durante un breve segundo, no se movió.

Me quedé inmóvil mientras la preocupación me invadía, pero entonces, inesperadamente, una risa áspera vibró desde su pecho.

—Te estás volviendo demasiado buena en esto —comentó—. Me estás pateando el trasero sin parar.

—Bien. —Inhalé profundamente, intentando calmar el caótico golpeteo de mi corazón mientras me secaba el sudor de la frente—. La cuestión es volverme invencible.

Me miró con preocupación mientras se apoyaba en los codos y fruncía una ceja oscura en mi dirección.

—Nadie es invencible, jefa. —Necesitaba ser la más fuerte. Por mi propia tranquilidad y para proteger a Amara. Cuando no respondí, añadió—: Hoy estás un poco distraída. —Desde luego,

tenía razón, aunque no se lo admitiría—. No te preocupa la operación de Amara, ¿verdad? ¿O es nuestra invitada?

Estaba muy preocupada por la operación, y aún más por cómo le iría a la madre biológica de Amara, pero no me hacía ningún bien pensar en ello. Mi hija era mi prioridad.

—No, no estoy preocupada. Simplemente pensaba en los negocios —alegué, agarrando la toalla y pasándomela por la frente. Me coloqué mis sandalias y tomé mi botella de agua, dando un buen par de tragos.

Se quedó callado y agachó la cabeza, observándome salir a grandes zancadas del gimnasio y dirigirme por la mansión hacia mi dormitorio.

Me detuve en la habitación de Amara y me sorprendió encontrarla despierta y mirando una pantalla de televisión en blanco. Últimamente dormía más de la cuenta.

—¿Qué pasa, tesoro? —pregunté, entrando. Mis pasos, pese a mi calzado, no hacían ruido contra el suelo pulido—. ¿Necesitas que te ponga algo para ver?

Amara negó débilmente con la cabeza, sus rizos cortos apenas se movían, y se me oprimió el pecho. Más le valía a ese maldito médico arreglar esto o acabaría con él y con toda su familia.

Tomé asiento en la silla junto a su cama de hospital y tomé su mano pequeña y fría entre las mías.

—¿Por qué estás mirando al espacio?

—Estoy esperando a que regresen las imágenes del océano.

—Vivimos cerca del océano —le recordé suavemente.

Se encogió de hombros.

—No puedo verlo desde aquí.

Dios, odiaba que Amara estuviera confinada a esta habitación, a este complejo, a este maldito país. Era como un *déjà vu*. Mi madre nos había hecho prisioneras en nuestra propia casa, y lo último que quería era hacerle lo mismo a Amara.

En cuanto estuviera mejor, me la llevaría lejos de aquí. Empezaríamos una nueva vida, quizás esta vez consiguiéramos encontrar algo de normalidad.

—¿Quieres dar un paseo? —Ofrecí, aunque sabía que no era prudente con su cirugía a pocas horas. No obstante, si eso era lo que ella quería, tomaría su frágil cuerpo en mis brazos y caminaría por todo el planeta, hasta el final de la tierra.

—¿Crees que algún día aprenderemos a nadar? —preguntó en cambio, encontrándose con mi mirada. Siempre me desgarraba ver en sus ojos azules una madurez superior a la de su edad. Ninguna niña de cinco años debería experimentar tanto dolor como ella había padecido.

—Lo haremos —juré. Aprendería a conducir y a hacer todas las cosas normales que nos habíamos perdido, en cuanto estuviera sana.

—¿Me lo prometes?

Apreté mis labios contra su frente.

—Lo prometo.

La luz de su mirada que parecía el Mediterráneo parpadeó y sonreí. Era raro ver sus ojos brillar, pero cada vez que lo hacían, me robaba el aliento de los pulmones.

—No puedo esperar. —Estaba a punto de levantarme cuando su suave voz me detuvo—. ¿Puedo volver a ver su foto?

No había ningún malentendido sobre de que estaba hablando. Solamente habíamos compartido una foto y era de sus padres biológicos.

Tomé mi teléfono y busqué entre las imágenes, la mayoría de Amara a lo largo de los años, hasta que la encontré. Emory DiLustro y Killian Cullen.

—Toma —murmuré suavemente, colocando el teléfono en sus pequeñas y débiles manos y ayudándola a sostenerlo en posición vertical—. Tu *papa* se llama Killian y tu *mamma* se llama…

—Emory —concluyó.

—Así es.

—Me gusta mirarlos —musitó, con sus ojos cada vez más cansados—. Me hace sentir calientita por dentro. Como cuando me abrazas.

Tragué saliva, decidida a no dejar que el miedo me dominara por completo.

En el fondo, deseaba que Amara fuera realmente mía. Mi hija biológica, sin la amenaza de que me la arrebataran.

Hasta el día de hoy, nunca había podido comprender qué me impulsó a contarle sobre Emory y Killian. Tal vez fue la esperanza de que, si algo me sucedía, ella encontraría el camino hacia ellos y no estaría sola en este mundo.

—Lo sé —repliqué—. Siento lo mismo cuando te miro. Es amor. —*Creo*. Se suponía que las madres lo sabían todo y, sin embargo, a menudo me encontraba perdida cuando se trataba de las emociones que a los demás les surgían de forma natural.

—Yo también te quiero, madre Liana.

Me puse de pie y le di un beso más en la mejilla.

—Bueno, voy a darme una ducha y vuelvo enseguida. Antes de que el médico comience.

Salí de la habitación y me dirigí por el pasillo hacia donde había dejado a Emory. Estaba en el mismo piso, mas en un ala diferente de la casa. Una vez allí, miré por la pequeña ventana de cristal de la puerta y encontré a mi prisionera dormida.

En la última semana, se pusieron en marcha los acontecimientos que me habían conducido hasta aquí. Me puse en contacto con Atticus Popov y le prometí la información que tan desesperadamente deseaba, a cambio de Emory DiLustro.

Atticus cumplió, y yo también.

Los acontecimientos que me ayudarían o me destruirían estaban a punto de desencadenarse, y no pude evitar sentirme un poco ansiosa al respecto. No podía concebir la vida sin Amara, aunque también sabía que, si Emory moría en aquel quirófano, los *Capos de la Mafia*, también conocido como *Sindicato*, su hermano y sus primos, vendrían tras de mí. Sin mencionar al esposo de Emory. Tendríamos que escondernos y posiblemente vivir huyendo.

Sin embargo, escondernos había sido nuestra vida. Al menos así, Amara estaría sana.

Con una determinación de acero, desbloqueé la puerta con un suave clic y la abrí para que mi prisionera nos encontrara. Luego me dirigí a prepararme para la operación de mi hija.



Bip. Bip. Bip.

El sonido constante del latido del corazón de Amara era lo único que me mantenía cuerda mientras el médico comenzaba la operación. Mi hija por fin tendría su trasplante.

Y ahora el procedimiento estaba en marcha. Mi precioso tesoro ya no sufriría dolor, sino que estaría en camino de recuperarse. Por fin, por primera vez en su corta vida, podría correr libre y feliz.

Me sentí en paz mientras observaba a Amara y Emory, cada una en su mesa quirúrgica, mientras el viejo doctor trabajaba en el trasplante de hígado que mantendría con vida a mi hija adoptiva, mi protegida.

De pronto, se produjo un alboroto cuando un hombre irrumpió en la sala de observación.

Alto. Imponente. Desentonaba en este lugar con su traje de tres piezas.

Mis ojos se clavaron en él, su cuerpo musculoso envuelto en un traje costoso. Sus llamativos ojos verdes eran difíciles de ignorar, pero lo que captó mi atención fue el tatuaje de su mano izquierda. Un extraño símbolo en la boca de una calavera. Había visto uno así antes. En Kian Cortes y en mi difunto marido, entre otros.

El desconocido rompió el silencio.

—Liana Volkov. —No lo formuló como una pregunta, me miró como si me conociera. Pero si así fuera, estaría huyendo—. Nos volvemos a encontrar.

El *shock* vibró a través de mí, y me encontré congelada en el lugar. Para el mundo, yo estaba muerta. Podía contar con los dedos de una mano el número de personas que sabían que estaba viva.

Mi mirada chocó con unos ojos verdes que me recordaron a la naturaleza siberiana en pleno verano. Sin embargo, la cicatriz que le recorría el ojo derecho… Sí, era una advertencia que gritaba peligro.

No podía apartar mi mirada de él.

No porque lo encontrara atractivo, aunque no había discusión al respecto.

Sino porque había aprendido a reconocer demasiado bien esa expresión despiadada que prometía un dolor agonizante. La dominación y el poder estallaron en él, envolviéndome en una nube de tormenta. Era el tipo de oscuridad que únicamente podía provenir de los hombres.

Cuando su mirada me recorrió, me estremecí mientras el agujero negro de mi mente se abría, invitándome a caer en él y dejar que todos mis recuerdos me rozaran hasta que no quedara nada.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz del doctor me recordó su presencia y me impulsó a moverme mientras el invasor me agarraba el antebrazo con sus largos dedos. A su vez, los retorcí y doblé, pero antes de que pudiera romperlos, me empujó contra la pared, haciéndome aflojar mi agarre.

El sonido de instrumentos metálicos al caer nos hizo mirar hacia la fuente. El médico estaba parado, temblando, con los ojos muy abiertos clavados en nosotros.

—¡Continúa! —le bramé, metiendo una mano bajo mi vestido y sacando la navaja que llevaba atada a la parte interior del muslo. Al abrirla, aproveché la distracción de mi atacante y le corté el antebrazo.

Apenas reaccionó, salvo un gruñido y unos ojos que me fulminaban.

Me agarró los dedos y los apretó con fuerza, y yo, instintivamente, lo arañé. Siseó, empujando su palma contra mi mano, y sentí el inconfundible desgarramiento de mi uña del índice.

Mis ojos se posaron en el lugar donde la había agarrado, y lo cierto es que mi manicura impecable ya no lo era tanto.

—Me rompiste la uña —siseé, fulminándolo con la mirada.

Su ceja se arqueó.

—¿Estás bromeando?

Solté mi mano de su agarre.

—No, no bromeo. —Agité la mano a centímetros de su rostro—. Mira.

—¿No deberías estar más preocupada porque intenté matarte?

—Como si alguna vez pudieras hacerlo —me burlé—. Además, puedo soportar la muerte. Uñas rotas y astilladas, no, demonios.

Levantando la rodilla, fui directo a su punto más vulnerable, mas no llegué a tocarle la ingle. La atrapó y la tiró a un lado, antes de que su enorme mano me diera la vuelta a la fuerza. Mi

mejilla chocó con la pared fría y una mano me tapó la boca. Luché contra el agarre firme del desconocido, mordiendo y agitándome.

—¿Adónde intentas ir, *Flor Salvaje*? —Su voz y sus palabras sonaban intimidantes presionadas contra mi oído. *¿Quién se creía este tipo para llamarme Flor Salvaje?*

Mis ojos se desviaron hacia el doctor, que se esforzaba por mantener su atención en la operación mientras yo me agitaba, y entonces un agudo pinchazo se clavó en mi nuca.

La pesadez arrastró mi conciencia hacia abajo, abajo, abajo… Hasta que todo se volvió oscuro.

NUEVE

GIOVANNI



Envolví un brazo alrededor de la espalda de la joven y el otro bajo sus piernas y la levanté, su cabeza rodando hacia atrás y su larga cola de caballo rubia colgando flácida.

Bip. Bip. Bip.

Los monitores marcaban los latidos de las dos pacientes en las mesas de operación, pero de algún modo, el único corazón que me importaba era el de la mujer que había luchado contra mí como si fuera su enemigo de nacimiento.

Dios debía de estar riéndose, porque la única mujer que me había fascinado había vuelto a mi vida.

Odiaba tener que hacerle daño. Las palabras de Kian en mi mente eran un recordatorio constante por lo que ella había pasado. Lo último que quería era ser otra persona causándole dolor. Sin embargo, no tenía elección. Si la hubiera dejado, Killian Cullen y su caballería seguramente la habrían matado. Si me hubiera llevado a la niña, Emory habría venido a cazarla en cuanto se hubiera despertado de la operación. Era una situación imposible.

Mi mirada se posó en la mujer inconsciente que tenía en mis brazos, quien tenía un vestido con una abertura que le permitía moverse con más facilidad y luchar contra mí. La parte superior del vestido tenía flores silvestres estampadas por todas partes.

Incluso olía a flores silvestres, igual que hacía ocho años.

Me dolía el brazo donde me había cortado. La pequeña fiera casi me pateó también en las pelotas. Jesucristo, cuando Kian me advirtió de su mal genio, no esperaba que estuviera tan dispuesta a apuñalarme. Después de todo, no era como si hubiera venido a atacarla.

Vine a ayudarla en nombre de su gemela, maldita sea. Las circunstancias arruinaron mi plan, y ahora tendría que lidiar con las consecuencias. Qué suerte la mía.

Mientras observaba la cara de Liana, su máscara confiada se había transformado en una expresión rota y vulnerable, y dudé si había tomado la decisión equivocada.

Por supuesto, aún podía llevar a Liana con su gemela a Portugal. Habría sido lo más inteligente, pero por razones desconocidas, decidí que no lo haría.

«Por su propio bien y el de su gemela».

Mi remordimiento de conciencia me lo reprochó, pero lo reprimí con firmeza.

La extraña atracción que sentía en el pecho, la misma que había sentido ocho años atrás en su presencia, había vuelto, y esta vez me debía a mí mismo cumplirla. Y quién mejor que yo para garantizar su protección.

Así que acabaría este trabajo, no obstante, sería a mi manera.

Liana Volkov fue forzada a una situación de mierda, primero por su madre y luego por Santiago. Ella no eligió nada de esto. Era una víctima como cualquier otra, y yo la mantendría protegida a toda costa. En ese momento, simplemente tenía que convencerla de mis buenas intenciones.

Estudié a la mujer, cuya respiración era lenta y constante, mientras recorría su rostro con la mirada. Sus largas pestañas rubias descansaban sobre unas mejillas pálidas, sin maquillaje. Pómulos suaves. Sus labios carnosos y entreabiertos la hacían parecer inocente y jodidamente hermosa.

Pero también lo parecía mi madre, que sabía exactamente cómo utilizar sus artimañas para manipular a los hombres.

Solté un suspiro. Este vaivén mental iba a hacer que me mataran.

El estruendo de una explosión me obligó a entrar en acción, y levanté la atención para encontrarme con el médico que estaba en plena operación. Estaba situado entre dos cuerpos, el de una mujer y el de una niña.

No hacía falta ser Einstein para deducir que probablemente se trataba de la hija adoptiva de Liana, Amara, y Emory DiLustro.

Lo que significaba que Killian Brennan Cullen estaba aquí.

—¿Debo detenerme? —preguntó el doctor, con las manos temblándole ligeramente.

—No, continúa y haz las cirugías.

Entonces me di la vuelta y salí a toda velocidad de la casa, bajando por la escalera secreta que conducía a los acantilados donde me esperaba mi barco. Gracias a Dios que Kian me había dado los planos de este lugar.

En cuanto mis pies tocaron la cubierta de mi yate, Romeo corrió hacia mí.

—Maldita sea —murmuró, bajando los ojos hacia la mujer inconsciente que tenía en mis brazos, y soltó un silbido—. Es preciosa, joder. —La irritación me subió por el cuello y apreté los dientes—. ¿Quieres que la lleve a su camarote?

—Sobre mi cadáver.

Se me escaparon las palabras y su mirada se encontró con la mía, sorprendida. El enfado se encendió en mi pecho. El hecho de que quisiera arrebatármela de los brazos… Bueno, por alguna razón, me enfurecía. Estaba a mi cargo, así que era yo quien debía llevarla a su camarote. Nadie más.

Ella era mía por el momento.

—Espérame en mi oficina —reviré, y luego procedí a llevar a mi invitada al camarote del otro lado del yate, más cerca del mío. Este yate era mi hogar. Aunque poseía media docena de residencias repartidas por todo el mundo, rara vez permanecía mucho tiempo en alguna de ellas. Era la mejor y más segura forma de alejarme de mi madre. La mujer odiaba los barcos, sufría violentos mareos cada vez que pisaba uno.

Una vez dentro de la *suite*, la dejé sobre la cama suave, su falda subió dejando al descubierto la piel suave y pálida de sus muslos tonificados.

Bajé la tela. Sí, me encantaba ver a una mujer hermosa, sin embargo, me parecía mal mirarla embobado en ese estado. Por suerte, aún me quedaba *algo* de moral.

Con eso, me di la vuelta y la dejé en la habitación, sin molestarme en cerrarla con llave.

El yate ya estaba en marcha para abandonar la zona. Para cuando Liana se despertara, no tendría dónde desembarcar a menos que fuera una buena nadadora.

Llegué a mi oficina en la cubierta principal y encontré a mi hermano esperándome.

—¿Cómo está nuestra bella durmiente? —preguntó Romeo—. Es más bonita de lo que

hubiera imaginado.

—Aquí no hay ninguna *nuestra* —solté entre dientes. Mi hermano tenía un don con las mujeres y siempre se le tiraban encima. La idea de que Liana cayera rendida a sus encantos me hizo luchar contra las ganas de darle un puñetazo en su rostro engreído.

Sacudí la cabeza ante aquel estúpido impulso. Probablemente, a la mujer no le importaban los encantos de ningún hombre y preferiría matarnos a considerar nuestras proposiciones.

—¿Qué carajo pasa contigo? —cuestionó, entrecerrando los ojos sobre mí. Yo no era precisamente conocido por ser posesivo, especialmente cuando se trataba de mujeres.

Me coloqué detrás del escritorio y tomé asiento, observando por la ventana la costa de Venezuela que desaparecía. El tenso silencio que siguió se cerró con fuerza, a punto de estallar. No respondí a su pregunta porque no tenía respuesta.

—Fija el rumbo a Boston —le ordené, cambiando de tema.

Romeo frunció el ceño.

—Creí que nuestro próximo destino sería Portugal.

Negué con la cabeza.

—Cambié de idea.

Romeo sonrió, frotándose las palmas de las manos con impaciencia.

—*Oh*, mierda. Habrá guerra.

Puse los ojos en blanco ante su entusiasmo.

—No parezcas tan entusiasmado —repliqué secamente, aunque su sed de sangre podría resultar útil si era a eso a lo que nos dirigíamos.

—Esto no es un concurso de belleza. Sé que no puedo pedir la paz mundial.

Suspiré, pellizcándome el puente de la nariz. A veces temía que Romeo hiciera que lo mataran por su forma de comportarse.

—Algún día lo harás —pronuncié—. Cuando encuentres a alguien con quien sentar cabeza.

—¿Es eso lo que está pasando hoy? —inquirió con curiosidad—. Encontraste a tu mujer.

¿Por qué lo formuló como una afirmación y no como una pregunta?

Antes de que pudiera seguir reflexionando, escuché disparos. Mi hermano y yo nos levantamos de un salto con las armas en mano. Lo primero que pensé fue en un ataque, no obstante, mi capitán me aseguró que no había barcos en el radar en kilómetros a la redonda.

Mi hermano y yo salimos corriendo de la oficina y bajamos a cubierta. Dos de mis hombres estaban muertos y un tercero gemía de dolor.

—¿Qué pasó? —bramé.

—La zorra psicópata se encerró ahí adentro —siseó señalando a la habitación. En unos pocos pasos, me encontré allí. Pateé la puerta, la cual rebotó contra la pared con un fuerte estruendo, haciendo que los objetos y los marcos de los cuadros cayeran de sus estantes y se hicieran añicos contra el suelo.

Cuando entré, me encontré a Liana parada en medio de la habitación con un arma apuntándome al corazón.

—¡¿Dónde estoy?! —reviró. No había miedo en su voz, ni temblor en las manos que empuñaban la pistola.

—¿Cómo es que estás despierta? —objeté.

Romeo se puso detrás de mí, apuntándole con su arma.

—Dile a tu amiguito que te dispararé antes de que tenga la oportunidad de apretar el gatillo —amenazó, señalando a mi hermano con la barbilla.

El brillo gélido de sus ojos no era algo que estuviera acostumbrado a ver en el sexo opuesto.

Normalmente caían rendidas a mis pies y coqueteaban hasta meterse en mi cama. Pero Liana no era una mujer cualquiera, ¿verdad?

—Si vas a disparar —señalé, ladeando la cabeza—, mejor asegúrate de matarnos a ambos. No tengo reparos en matar a una mujer en defensa propia.

Su labio se curvó, enseñando sus dientes blancos.

—Baja el arma —gruñó Romeo.

—¡Antes prefiero morir! —le gritó a Romeo—. ¿Quién demonios eres?

La mujer tenía agallas. Aunque también había algo en sus ojos que me inquietaba. No era exactamente temor. Más bien… pánico. Terror, incluso.

—Soy Giovanni Agosti. Y este es mi hermano Romeo. No queremos hacerte daño.

—Claro. Eso es lo que dicen todos los hombres —se burló—. Por eso me atacaste. Me secuestraste.

Romeo dio un paso amenazante hacia adelante, y ella le apuntó.

—Un paso más y disparo.

Le lancé a Romeo una mirada que esperaba que interpretara que se *retirara*, mas lo único que obtuve de él fue un gesto con los ojos en blanco.

—¿Qué quieres de mí? —exigió.

—A ti. —Era la verdad, por más de una razón—. Me envía tu hermana.

Sus ojos se oscurecieron con sombras.

—No quiero verla.

—Es tu gemela —razoné, sorprendido al escuchar su respuesta, a pesar de que encajaría bien en mis planes.

Aunque, me dejó pensando… *«¿Por qué Liana no querría verla? Desde que conocí a Louisa, su gemela era lo único que le importaba. Incluso cuando creía que estaba muerta, buscaba respuestas»*.

Liana interrumpió mis pensamientos.

—Puedo ofrecerte mucho dinero si me dejas seguir mi camino.

Me reí y abrí los brazos.

—¿Te parece que necesito tu dinero?

—¿Entonces qué? Todo el mundo quiere algo que no puede tener.

Me pasé la lengua por los dientes, con tantas ideas rondándome por la cabeza. Aunque no creía que ella apreciara ninguna de ellas.

—Odio repetir lo que digo, pero haré una excepción por última vez —informé con seriedad —. *A ti*.

Que lo interpretara a su manera.

Movió las cejas como si quisiera fruncir el ceño, no obstante, lo sacudió de la cabeza rápidamente.

Entonces sus ojos se desviaron entre nosotros y el vasto océano que nos rodeaba. Sus ojos castaños se entrecerraron y supe que probablemente estaba llegando a la conclusión de que no tenía adónde huir.

Sin embargo, su siguiente movimiento me conmocionó.

Apretó el gatillo y la bala alcanzó el brazo de Romeo antes de volver a apuntarme.

—Dile a tu capitán que dé la vuelta al barco o serás el siguiente.

—Me estás empezando a enfurecer, *Flor Salvaje* —siseé mientras me abalanzaba sobre ella, corriendo de izquierda a derecha para evitar las balas que me disparaba.

Sonó un fuerte estallido y el dolor me atravesó el brazo. La maldita mujer me disparó. Antes

de que pudiera volver a disparar, mi hombro chocó con el suyo y nos tambaleamos, su espalda golpeándose contra la ventana de cristal que tenía detrás.

La pistola se le escapó de las manos y la agarré antes de que cayera al suelo. En el siguiente suspiro, un objeto duro me golpeó en un lado de la cabeza y juré que las estrellas estallaban en mi visión. Levanté una mano y sentí un líquido pegajoso que se deslizaba entre mis dedos y bajaba por mi cuello.

Mi paciencia se hizo añicos. Estiré la mano y rodeé su cuello con los dedos. A horcajadas sobre sus caderas, apreté el agarre lo suficiente para que se calmara.

Romeo estaba parado detrás de mí, silencioso, con su ira reverberando en él.

Sin embargo, él no era mi prioridad ahora. Era esta mujer, que no dudaría en matarnos a los dos si tuviera la oportunidad.

Como si me hubiera leído el pensamiento, distinguí por el rabillo del ojo una larga navaja plateada y sentí cómo Liana me atravesaba el antebrazo, profundamente clavada al músculo.

Con un rápido movimiento, le golpeé la sien con la culata del arma.

—Mierda —murmuré mientras su cuerpo se desplomaba contra mí. Le tomé el pulso presionando mis dedos contra su garganta, dejando marcas de sangre. El alivio se apoderó de mí, sintiéndolo retumbar firme y fuerte.

—Eso fue como ver el juego previo. En una puta pesadilla —refunfuñó Romeo mientras se colocaba detrás de mí, sujetándose el brazo que le sangraba—. Estás loco por ella, ¿verdad?

Incapaz de apartar mi mirada de la mujer inconsciente, ni siquiera me molesté en negarlo mientras las palabras de advertencia de Kian rebotaban en mi cráneo.

DIEZ

LIANA



Tenía la boca seca como un algodón. Un mechón de cabello me hizo cosquillas en la mejilla y estiré la mano para apartarlo, aunque no pude. La confusión nubló mi mente mientras intentaba comprender lo que me rodeaba.

Tal vez estaba soñando, pero algo no encajaba. Abrí los ojos y parpadeé ante la luz brillante.

Mi corazón se estremeció cuando vi mis muñecas atadas a los postes de la cama.

—No, no, no. —Respiré, con el pánico creciendo rápidamente en mi interior. Los recuerdos de despertarme en otra cama, de las pesadillas a las que había sobrevivido, empezaron a tragarme lentamente cuando una voz hizo que todo se detuviera.

—Me alegra ver que por fin te despertaste.

Presa del pánico, volteé a ver a Giovanni Agosti, el hombre que firmó su sentencia de muerte al secuestrarme, recostado en la silla, con las piernas cruzadas mientras tecleaba en su celular. El cabrón ni siquiera se dignó a mirarme. Quería que viera mi furia, que viera en mis ojos la promesa de su muerte… y él estaba escribiendo un maldito mensaje de texto.

—Eres hombre muerto. —Carraspeé, con la voz ronca—. A menos que me desates.

—Qué lástima. —Siguió escribiendo en su teléfono—. Tenía ganas de que nos conociéramos mejor. —Me tensé—. Con palabras. Deja de pensar en otras cosas.

Nunca pensaba en otras cosas. El hombre debía ser un idiota para creer que yo querría algo con él. O con *cualquier* hombre en realidad.

—¿Dónde está mi hija? —No contestó y el pánico burbujeó en mi interior, arañándome las entrañas, mas resistí el impulso de gritar. Nunca me había servido de nada, y desde luego no lo haría ahora. Así que cambié de táctica. Por el momento.

»Dime lo que quieres —demandé, tirando de las sogas en mis muñecas—. Y lo de conocernos, queda descartado.

No podía creer mi maldita desgracia. Estar a merced del Cártel Tijuana. Otra vez. Supe quién era este tipo en cuanto pronunció su nombre. El tatuaje en su mano lo confirmaba. Mi pecho no podía soportarlo, cada instinto en mí luchando contra el impulso de refugiarme en mi propia mente o luchar hasta mi último aliento.

—¿Qué crees que quiero? —inquirió, sin molestarse en levantar la vista. No obstante, había algo en su tono seco y desinteresado que me sacó del abismo—. Aparte de tu seguridad.

Lo fulminé con la mirada, con el pulso acelerado mientras el odio me quemaba las venas.

—Simplemente dímelo, maldita sea, tú… tú… —Busqué la palabra y finalmente me decidí por la que consideraba que eran todos los hombres de este planeta—. Psicópata enfermo.

—Si soy un psicópata, nos llevaremos de maravilla. —Finalmente levantó la vista, el destello de su mirada verde me penetró—. Tengo una propuesta para ti.

Me burlé.

—No.

—Aún no has escuchado de qué se trata.

—A menos que implique devolverme a mi propiedad y no volver a verte, no me interesa.

—Ella ya no está allí, ¿sabes? Killian vino a buscar a su mujer y a su hija. —Su voz era baja y suave, pero esas palabras enviaron terror a través de mí—. No hay de que preocuparse. Sus padres se están asegurando de su bienestar y seguridad.

Yo debía garantizar la seguridad de Amara. Era mi hija. Sin embargo, parecería que la biología prevalecería y yo sería olvidada una vez más.

Todos mis años de cautiverio, furia y amargura salieron a la superficie, y mis ojos brillaron.

—Voy a matarte —afirmé con frialdad.

Me dedicó una sonrisa.

—Por eso estás atada.

—Cuanto más tiempo me dejes atada, más larga será tu tortura —siseé.

Por desgracia, mi amenaza no tuvo el efecto deseado.

—Estarás atada hasta que sepa que te comportarás. No puedo permitirme perder más hombres en este barco.

Este. Hijo de puta.

Imágenes de varios métodos de tortura pasaron por mi mente.

—Tú empezaste esto, pero créeme, Giovanni, yo lo terminaré.

Este hombre me tocó. Me sacó de mi casa y me alejó de mi hija. Me ató. *Oh*, las formas en que lo haría pagar.

Miré al techo, sabiendo que la clave era mantener la cabeza fría.

—No esperaba menos de un Tijuana. Tu madre hizo de las suyas allí, *¿eh?*

Debí de tocar un punto sensible, porque la temperatura de la habitación bajó en picada y antes de que pudiera pestañear ya se había levantado de la silla y estaba delante de mí. Si una mirada pudiera matar, yo estaría muerta.

—¡Cierra la puta boca!

Me reí, vertiendo toda mi amenaza en ella.

—¿O qué? Únicamente expongo los hechos, Giovanni Agosti. —Hice una pausa, fingiendo remordimiento—. Mi error, debería decir Giovanni *Tijuana*, aunque seas el producto bastardo de tu madre…

Se me cerraron las vías respiratorias cuando me tapó la boca de golpe con la palma de su mano.

El asco de que me tocaran me recorrió mientras lo miraba fijamente, negándome a mostrarle debilidad alguna y plenamente decidida a explotar la suya.

Aunque no en ese momento.

Así que, inhalando profundamente para calmarme, ignoré el golpeteo del pulso en mis tímpanos y me moví, sintiendo cómo las sábanas sedosas refrescaban mi piel expuesta y mi temperamento. Un poco.

Cambié de táctica.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —pregunté.

Pasó un latido.

—Kian Cortes.

Mi estómago se hundió y la sensación de plomo se extendió por todo mi cuerpo.

El único hombre al que le debía lealtad después de que su infame hermano me tuviera deseando, suplicando la muerte durante los seis meses más largos de toda mi vida.

Contra mi voluntad, surgieron los recuerdos.

—¡Por favor! —supliqué, tratando de alcanzar a mi hija mientras Perez me sujetaba, casi arrancándome el brazo derecho de su sitio mientras me jalaba hacia atrás—. Por favor, por favor… déjala en paz.

Se rio y sus ojos oscuros brillaron con malicia.

—Tu debilidad. Eres una tonta por dejarme verla.

Abrí la boca para decir algo más, pero me golpeó contra la pared rugosa. El aire se me escapó de los pulmones y los ojos se me llenaron de lágrimas mientras rezaba para que alguien, quien fuera, nos salvara.

Mi razón me decía que nadie lo haría.

Ni mi hermana. Ni mi madre. Nadie.

Cuando dejé que esos hombres malvados creyeran que yo era Louisa, ocupando su lugar en el arreglo enfermizo que el amante de mi madre había hecho con Santiago, mantuve la esperanza de que mi hermana vendría a buscarme.

En vez de eso, me dejaron sufrir sola.

Hasta que me quebraron. Hasta que Amara llegó.

—Podemos usar sus órganos —se mofó Perez, con los ojos clavados en el frágil cuerpo de Amara—. No sirve para nada más.

Dejando que la adrenalina entrara en mi organismo, solté un grito de guerra y me lancé contra Perez con las manos apretadas en puños, ignorando mis articulaciones adoloridas.

—¡Malvado hijo de puta! —grité, golpeándole la cara con los puños una y otra vez. Mientras la atención de sus guardias se centrara en mí, dejarían en paz a Amara, así que descargué mi furia contra él.

Mi nariz chorreaba sangre. Las lágrimas me nublaban la vista.

Pero me negué a parar.

No me detendría hasta que exhalara mi último aliento, lo que podría ser más pronto de lo esperado en este momento.

—¡Sujeten a esta gata salvaje! —demandó Perez ácidamente, con una sonrisa siniestra en su rostro—. Parece que aún no ha aprendido la lección.

Uno de los guardias me jaló hacia atrás, golpeándome contra la pared, cuando de repente cayó al suelo. Muerto.

—¿Qué…?

Cayó otro cuerpo. Y otro más. Perez fue el último en caer al suelo, inconsciente.

Mis rodillas se doblaron y golpearon el suelo mugriento, los escalofríos desgarraron mi cuerpo como un huracán. Parpadeé una y otra vez, mi visión borrosa se negaba a aclararse.

—Amara. —Carraspeé, mas no obtuve respuesta.

—Está inconsciente. —Me puse tensa al escuchar una voz desconocida. ¿Era otro guardia? ¿Qué quería de nosotras?—. No te lastimaré. Te voy a liberar.

Sus palabras se interrumpieron cuando me apartó el cabello de la frente.

Me sobresalté ante su tacto, parpadeando con fuerza mientras lo enfocaba lentamente. Un hombre mayor con unos ojos casi… amables. ¿Demasiado amables? Había aprendido a ser escéptica, y él no era diferente, dijera lo que dijera.

—No me toques —expresé—. Si vas a ayudarnos, hazlo. Pero nunca vuelvas a tocarme carajo.

Exhaló un suspiro.

—Al menos tu espíritu sigue ahí —comentó—. ¿Puedes caminar?

Gruñí, moviéndome y enderezándome como respuesta. Me dolía cada centímetro del cuerpo, mas ignoré el dolor. Me arrastraría si era necesario para sacarnos de aquí.

Con pies temblorosos, me dirigí hacia mi hija. Su ropa estaba sucia y su tez mortalmente pálida. Mi corazón se estremeció de miedo cuando estiré mi mano para tocar su pulso. Aguanté la respiración uno, dos, tres segundos… Ahí estaba. Débil, pero estable.

Me incliné para tomarla entre mis brazos cuando el desconocido me detuvo a mitad de camino.

—Seremos más rápidos si yo la llevo y tú me sigues. —Me invadió la desconfianza y entrecerré los ojos. Debió verlo en mi expresión porque suspiró—. Vendrán más guardias, Liana. No tenemos tiempo para movernos a paso de tortuga.

Un sobresalto vibró a través de mí.

—Soy Louisa —repliqué.

Negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que no lo eres.

La cabeza me daba vueltas, el mareo me abrumaba por el cansancio y los días sin comer. Sin embargo, no estaba dispuesta a poner la seguridad de Amara en manos de otro hombre.

—Dime algo que nadie sepa de ti —expuse por fin, saboreando la sangre en mi boca —. O te mataré.

Pasó un latido mientras me observaba sombríamente.

Con una fría determinación en el rostro, dijo:

—Si compartes esto con alguien y me traicionas, te castigaré. —Tragué saliva, asintiendo con la cabeza—. Hace dos décadas, la madre de Emory y yo íbamos a desaparecer juntos. —Algo que no pude distinguir del todo brilló en su expresión—. En fin, le prometí que cuidaría a su hija. Fracasé hace ocho años; hoy no será así. Las sacaré a ti y a esta niña de aquí.

—Eso no es un gran secreto. —Fruncí el ceño—. Además, Gio DiLustro, su marido, habría ido tras de ti.

—Gio habría fracasado, porque nadie puede ir tras el Líder del Sindicato —Me quedé boquiabierta ante la revelación—. Ahora conoces mi secreto, Liana Volkov. Traicióname y…

No tuvo que terminar la frase.

Kian hizo lo que prometió ese día. Ni siquiera podía reprochárselo porque me lo había advertido. Resultó que no estaba bromeando.

Sabía que lo había traicionado con Atticus, así que me vendió al sobrino de mi difunto esposo.

Sin embargo, Kian no sabía que yo también tenía un as bajo la manga.

Cuando buscaba un donante para el hígado de Amara, desesperada por encontrar un familiar compatible aparte de su madre biológica para su trasplante, rastreé su linaje. Imaginen mi sorpresa cuando me topé con uno de los secretos de Kian.

Giovanni se dirigió hacia la puerta y yo lo seguí con la mirada, planeando su muerte cuando dijo:

—Te traeré algo de comer.

—Vete al infierno.

Se detuvo en seco y sonrió fríamente.
—Demasiado tarde. Creo que ambos ya estamos allí.
Luego me dejó con mis sombras y terrores.

ONCE

GIOVANNI



Jesucristo.

Habría matado a cualquier otro que me provocara como ella. Tuvo el descaro no solo de dispararme a mí, sino de dispararle a mi *hermano*. Eso era imperdonable y merecía morir por ello. No obstante, la idea de ver su cuerpo sin vida me revolvía el estómago y me oprimía el pecho.

Porque había una cosa que sabía con certeza. Liana merecía prosperar y brillar, no luchar y esconderse.

Esta mujer me tenía atrapado. Era una necesidad extraña, visceral, del tipo que no podía explicar y que ni siquiera comprendía. Un hambre que rugía en mi pecho y sangraba en mis venas.

Y luego estaba el hecho de reconocer el peligro que ella representaba para mí. Cada segundo que pasaba en mis garras, mi obsesión crecía y se extendía como un puto cáncer.

La mujer me engañaba tan fácilmente que supe que lo más sensato sería deshacerme de ella. Llevársela a Louisa, dejarla frente a su puerta y no volver a verla.

Sin embargo, no lo haría.

¿Por qué?

Porque era un maldito idiota. Tal vez era tan imprudente como mi hermano, y estaba ansioso por provocar problemas o empezar una maldita guerra. No había duda de que Kingston Ashford vendría por ella.

Aun así, aquí estaba, dirigiendo el rumbo desde Venezuela, lejos de Europa y de su gemela. ¿Por qué? Porque quería explorar mi fascinación por esta mujer. Tomaría un camino más largo hacia Boston, me detendría en todas las islas conocidas para hacer negocios, y tal vez incluso me perdería en el mar durante un tiempo para poder pasar tiempo con ella y explorar esta peculiar atracción que sentía a su alrededor.

Cuando estaba cerca, en lo único en lo que podía concentrarme era en el olor de las flores silvestres y la tentación. Nunca, jodidamente nunca, me había sentido tan fascinado por alguien.

Irónicamente, en el fondo, sabía que Liana no dudaría en acabar conmigo si tuviera la oportunidad. Lo había demostrado, y ahora había encontrado mi punto débil. Lo había hecho sin esfuerzo, lo que demostraba lo peligrosa que era. Esta mujer me provocaría, me haría perder el control. Igual que mi madre siempre hacía perder el suyo a su marido.

¡Maldición!

Sacudí la cabeza sutilmente, despejando mi mente mientras me dirigía a ver cómo estaba mi

hermano mientras una mezcla de furia, arrepentimiento y amargura ardía en mi pecho.

—Déjame adivinar… —La voz de Romeo me sacó de mis pensamientos—. Fuiste a visitar a tu pequeña prisionera.

—No tiene nada de pequeña —murmuré. La mujer tenía un aura que la hacía parecer más grande que la vida misma.

—Pero tú la tienes prisionera —señaló—. ¿Por qué estás tan fascinado con ella?

Me encogí de hombros.

—Probablemente por la misma razón por la que tú eres un dolor de cabeza.

Me dedicó una sonrisa.

—Es lo que te encanta de mí, y lo que vuelve loca a Madre. Así que seguiré siendo un dolor de cabeza. —Puse los ojos en blanco. A mis hermanos les gustaba o ignorar o fastidiar a Julia. Bueno, excepto Cristiano. Seguía indeciso entre lo que sentía por ella, pero era cuestión de tiempo para que viera sus verdaderas intenciones—. Hablando de madre, no para de llamarme.

—¿Y sigues contestando?

Se burló.

—*Sí, claro*. Sigo enviando las llamadas al buzón de voz donde deja mensajes gritando.

—¿Sobre qué?

—Tonterías. Sobre ti. Negocios. Se está volviendo muy molesto. ¿No puedes llamarla?

—No hay nada que decirle —pronuncié—. Ella no debe involucrarse en ningún negocio de Tijuana, Agosti, o la *Omertà*.

Hizo una mueca.

—No creo que le haya llegado el aviso.

—Ella se niega a aceptarlo. Probablemente tendrá que lidiar con ello en algún momento.

—¿Vas a eliminarla?

Era tentador, pero Julia era nuestra madre, y matar a una mujer no me sentaba tan bien.

—No, pero le dejaré claro que no se tolerará su participación en nada relacionado con los negocios. No quiero que se entrometa en ningún asunto de negocios.

—Buena suerte con eso. Odio pensar en su reacción cuando lleves a Liana a las reuniones familiares. Ya sabes cómo es con la competencia.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Julia no puede competir con Liana.

—Tal vez, pero Julia es más astuta. No me agrada tu prisionera, aunque por alguna razón no tengo la sensación de que te apuñalaría por la espalda. Nuestra madre, por otro lado…

En eso no se equivocaba. Julia pisaría a un niño con sus tacones de casi trece centímetros para conseguir lo que quería.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, cambiando de tema.

Levantó un hombro y volteó hacia mí.

—Nada mal para haber recibido un disparo de una mujer. —Me reí entre dientes, y nos dirigimos a la cubierta inferior y hacia la cocina para buscar una bandeja con comida—. ¿Qué? No me digas que estás de acuerdo con la forma en que esa mujer salvaje te hirió.

—No tendrá otra oportunidad. —Entonces fui directo al grano—. ¿Organizaste el cargamento para Kian Cortes?

—Ya está en camino.

—Bien.

Le debía el haberme llevado hasta Liana antes de que la familia de Emory llegara hasta ella, pero conociendo a los DiLustro, esto no acabaría ahí. Vendrían tras ella, y también los otros. No

había forma de que Liana pudiera luchar contra todos ellos por sí misma.

La mejor opción para protegerla era casarla con alguien poderoso.

«Alguien como yo», me decía mi mente. Carajo, esa idea me gustaba más de lo que debería, aunque considerando sus acciones, y el hecho de que no logré protegerla hace ocho años, para mi vergüenza, parecía la única opción viable. Además, sería un tonto si no me diera cuenta de que esta chica era mucho más de lo que parecía.

Ahora bien, ¿cómo podía convencer de mis buenas intenciones a la mujer que había pasado por un infierno gracias a los hombres de su vida? ¿Tal vez podría ofrecerme a ayudarla a encontrar a la mujer de su lista de venganza? O mediar algún tipo de relación con Amara llegando a un acuerdo con los padres biológicos de la niña y los DiLustro.

Era un buen plan, si se me permitía decirlo.

Y si todo lo demás fallaba, sacaría a relucir los *Acuerdos de Marabella*.

Romeo me miró con el ceño fruncido. ¿Me había perdido algo?

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Estás tramando algo, Giovanni.

—¿No lo hago siempre? —murmuré mientras contemplaba la forma de mantener a la mujer salvaje atada a mí.

La obsesión sí que era una perra.

DOCE

LIANA



La puerta se abrió y un escalofrío me recorrió cuando la sombra de Giovanni se movió por el suelo, acercándose a mí como el diablo disfrazado.

Se había quitado el traje y ahora estaba vistiendo un pantalón deportivo y una camiseta blanca sencilla. Gotas de agua pegaban su cabello oscuro a las sienes, indicándome que se había duchado mientras yo estaba aquí atada, incluso había tenido tiempo de vendarse la herida. Sus antebrazos se flexionaban con cada paso que daba para acercarse a mí, con tinta asomándose por debajo de su manga.

—Regresé —me saludó con una sonrisa, como si fuéramos amigos, trayendo una bandeja llena de comida.

Mi estómago rugió, delatando mi hambre. El hombre me sonrió.

—Justo a tiempo, por lo que parece —bromeó mientras se sentaba en el borde de la cama y dejaba la bandeja frente a él. Sus ojos brillaron con resentimiento cuando me aparté instintivamente.

—No tengo hambre —repliqué bruscamente, con mi estómago protestando por la mentira. La expresión de Giovanni contenía una advertencia antes de levantar una cuchara y tomar un líquido blanco que se parecía sospechosamente a un puré de arroz.

—Sí tienes. —Me acercó la cuchara a los labios apretados—. Ahora abre la boca o tendré que alimentarte con una sonda.

Ese maldito…

Abrí la boca y me lancé al ataque, enseñando los dientes y preparándome para morderle los dedos, pero él fue demasiado rápido y apartó la mano.

—Vuelve aquí —siseé—. Abrí la boca como me ordenaste.

Sus ojos se endurecieron, clavándose en los míos mientras me dedicaba su aterradora atención.

—Para comer —gruñó—. No para morderme.

—Es lo mismo. —Le sostuve la mirada y dejé que viera todo mi odio—. Comeré por mi cuenta.

—*Flor Salvaje* —advirtió, imponiéndose sobre mí como una nube oscura, y al instante se me apretó el pecho—. No me quieres como enemigo.

Me burlé.

—Demasiado tarde, porque tú eres mi enemigo.

Se me echó encima tan rápido que un grito me subió por la garganta, sus dedos me abrieron

la boca. Pero todo lo que podía sentir era desagrado al ser tocada. Por tener el cuerpo de un hombre tan cerca, demasiado cerca.

—Abre la boca, Liana, o te juro por Dios que te voy a meter una sonda para alimentarte por la garganta, y te prometo que la experiencia no será agradable.

Me quedé quieta, recordando la última vez que me sometieron a ese tratamiento, y la invasión de recuerdos no deseados que tanto me había esforzado por aislar amenazaron con apoderarse de mí.

—Eres igual a los demás.

Suspiró, casi como si estuviera agotado.

—Me gustaría pensar que no lo soy, y tal vez si me dieras una oportunidad…

No quería escucharlo.

—Dejaste que me quitaran a mi hija, bastardo. Si tenías que secuestrarme, ¿por qué no esperar hasta después de la cirugía y llevarnos a las dos? —Mi voz se elevaba con cada palabra pronunciada—. Así que no, no haré nada que me exijas. Te quiero muerto, ¿entiendes?

La tensión en el aire se estiró como una goma elástica, amenazando con romperse.

—Te salvé, maldita sea. ¿Qué tal si muestras algo de gratitud? —gruñó—. Killian te habría matado en cuanto hubiera visto a su mujer y a su hija en ese quirófano. —El resentimiento se expandió en mi pecho, la necesidad de arremeter me sofocaba—. Debías de saber que este día llegaría —añadió, ahora con un tono más suave.

Sus palabras me irritaron y me mordí el labio, tragándome mi respuesta. Desvié la mirada hacia el techo, fijándola obstinadamente hasta que se me nubló la vista. Me negaba a hablar con él o con cualquiera sobre mi hija. Amara era mía. La sostuve cuando lloraba. La cuidé cuando estaba enferma. La protegí de la gente que la quería muerta.

No Emory DiLustro. Ni Killian Cullen. *Yo*.

Amara y yo nos salvamos mutuamente. Si eso no nos convertía en familia, no sabía qué lo haría.

Una cuchara apareció frente a mi cara con una orden seca.

—Come.

—Prefiero morirme de hambre.

Su risa fue gutural.

—Demonios, sigues siendo testaruda.

Mi cabeza se levantó bruscamente para mirarlo.

—¿Sigues siendo?

Algo que se parecía mucho al arrepentimiento brilló en sus ojos, pero desapareció antes de que pudiera hacer algún comentario.

—Come.

De mala gana, abrí la boca y arrugué la nariz con asco en cuanto sentí el sabor. Tenía razón, me estaba alimentando con comida para bebés. Me la tragué y, cuando me acercó la siguiente cucharada a la boca, aparté la cabeza, exasperada.

—He visto muchas técnicas de tortura —murmuré—. Darme de comer una porquería insípida con una cuchara es algo nuevo, incluso para mí.

—Tienes que comer —gruñó.

—Comida de *verdad* —solté—. No esta maldita porquería.

Su mirada se posó en la bandeja rebosante de comida comestible antes de dirigirse de nuevo a mí.

—No te mereces una comida gourmet —me burlé—. A menos que…

Se interrumpió y me picó la curiosidad.

—¿A menos que?

—A menos que hagamos un trato.

Entrecerré los ojos hacia él. Los hombres siempre tenían un plan.

—¿Qué clase de trato?

—Que prometas comportarte.

—¿Así que la comida de bebé es realmente tu forma de castigar? —dije con incredulidad—. Sospecho que no es muy eficaz.

Me metió en la boca otra cucharada de esa mezcla asquerosa.

—Te sorprenderías.

—Me lo imagino. ¿Qué hace? ¿Hace que tus víctimas se caguen encima? —dije sarcásticamente. El hombre tenía que estar loco—. ¿De todos modos, por qué tienes esa mierda? ¿Tienes bebés a bordo?

Puso los ojos en blanco.

—No, pero tuve invitados con un bebé a bordo no hace mucho.

Mis labios se curvaron.

—Y que, ¿Se comieron toda la comida para adultos y te dejaron con esto?

Suspiró.

—Realmente no te estás ayudando, Liana.

—Bien —refunfuñé, frunciéndole el ceño—. Prometo no morderte —*Solo matarte*—. Ahora, por el amor de Dios, por favor, dame un poco de eso. —Señalé con la cabeza hacia la bandeja.

Torció la mandíbula y supe que se debatía entre confiar o no en mí. Hice un gesto con los ojos, incluso forcé una sonrisa mientras contenía la respiración, esperando a que se la creyera. No tardó mucho.

—De acuerdo, está bien.

Con la habitación envuelta en silencio, me dio de comer, y comí con avidez cada ración que me ofrecía. Huevos revueltos y tocino. Fruta fresca. Jugo.

Aparentemente perdido en sus pensamientos, estudié al sobrino de mi difunto esposo, buscando similitudes y fracasando en encontrarlas. Al menos tenía eso a su favor.

Olía a pino, cigarrillos y algo más. A canela, quizás.

Su complexión era como la de un muro de ladrillo, pero sus movimientos eran los de un caballero. Sin embargo, todo era un disfraz, porque si te quedabas mirando lo suficiente, podías ver peligro en sus músculos tensos y una oscuridad bailando detrás de esos llamativos ojos verdes.

El hombre sostuvo mi mirada con un interés inquietante y la sospecha se encendió en mi interior.

—Tengo una propuesta para ti —indicó, y algo en su expresión me hizo desconfiar—. ¿Quieres escucharla?

Permanecí en silencio, reacia a sus estúpidos juegos.

La diversión iluminó su expresión.

—No me digas que tienes miedo.

Apreté los dientes.

—No tengo miedo. Pero me preguntaste si quería escucharla, y estoy segura de que sabes que no, así que…

Murmuró algunas maldiciones.

—¿Estás preparada para escucharla?

—No.

Su risa era gutural y oscura.

—Bueno, te lo diré de todos modos.

—Entonces, ¿por qué te molestas en preguntar? —Todos los hombres eran iguales maldita sea. Me hacían creer que tenía opciones, cuando en realidad no tenía ninguna.

Me ignoró y continuó como si yo no hubiera hablado.

—Propongo que nos casemos.

Fue como si alguien me hubiera echado un cubo de agua helada encima, congelando cada átomo de mi cuerpo. No había necesidad de pensar en eso.

—No.

Mi tono cortante no pareció disuadirlo.

—Puedo protegerte.

Sonreí dulcemente.

—Puedo protegerme sola.

—Sería conveniente. Ni siquiera tendrías que cambiarte el apellido. Te ahorrarías el papeleo.

Me quedé con la boca abierta. El hombre sí que era bruto.

—¿Sería conveniente para quién? —reviré cuando por fin me tranquilicé. Pero sentía un inquietante galopar en el pecho que nunca antes había experimentado.

—Para ambos —razonó con rostro serio.

—No me importa el papeleo —contesté, aunque en cuanto las palabras salieron de mi boca, una idea parpadeó en mi mente. Mi mirada se desvió hacia la puerta abierta detrás de él y me pregunté si habría alguna forma de matar a todos en este barco. Excepto al capitán; era lo bastante humilde para admitir que lo necesitaría.

—No me digas que tienes miedo. —Odiaba su sonrisa, llena de dientes blancos relucientes y labios carnosos en un rostro apuesto y esculpido.

—Ya quisieras —musité mientras luchaba contra un escalofrío. Mierda sí, tenía miedo. Valoraba mi independencia, había trabajado muy duro para conseguirla a lo largo de los años, así que la idea de atarme a alguien ponía mi mundo patas arriba. Miré por la ventana y dije—: No es así, aunque no has demostrado ser precisamente un candidato deseable.

—¿Crees que aparecerá alguien mejor? —Me tensé ante la amenaza sutil. Se me hizo un nudo en la garganta ante la idea del anillo de cualquier hombre en mi dedo, manteniéndome como prisionera de forma legal—. Nadie puede salvarte de mí, y si aceptas, te ayudaré a vengarte de esa última persona.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué sabes tú de mi venganza?

—Lo suficiente para saber que una mujer está en tu lista.

—¿La conoces? ¿A la *Amante*?

—¿La *Amante*? —La sorpresa brilló en sus ojos, y lo supe allí mismo, no la conocía—. No la conozco, pero sea quien sea, puedo ayudarte a encontrarla —Mantuvo su mirada fija en mí—. ¿Por qué se hace llamar así? ¿La *Amante*? ¿Qué te hizo?

Tal vez pudiera ayudarme y… Sacudí la cabeza sutilmente. No, él no era de fiar. Nadie podía ayudarme a encontrar a la mujer que buscaba.

—Eso no te incumbe —repliqué con tono inexpresivo—. Paso. No necesito tu ayuda.

Sus ojos relucían como esmeraldas, brillando con un borde oscuro mientras su mirada se deslizaba por mi cuerpo, y de repente me arrepentí de ponerme un vestido cuando me secuestró ayer.

El calor de su mirada en mis piernas desnudas me abrasaba, y nunca había odiado mi cuerpo tanto como en aquel momento.

Se me erizó la piel ante aquella reacción física tan indeseada y ante los recuerdos de las cosas sádicas que solían venir después. La necesidad desesperada de huir, de preservar mi libertad y mi paz ganadas con tanto esfuerzo, flotaba en el aire entre nosotros.

—Puedo salvarte.

Levanté un hombro indiferente y actué con frialdad.

—Ves, ahí es donde te equivocas. No necesito que nadie me salve. —*«Porque me salvare a mí misma»*. Como había estado haciendo durante los últimos ocho años—. Y no necesito tu ayuda.

—Sí la necesitas —afirmó—. Necesitas ayuda y protección. La familia DiLustro no será tan comprensiva por haberles ocultado a Amara, su propia sangre.

—Yo no se las robé. —Rechiné con los dientes—. No olvidemos que Gio DiLustro se deshizo de Amara como si fuera basura.

—Puedes discutir todo lo que quieras, pero ambos sabemos a quién culparán. —Tenía razón, mas no lo admitiría aunque mi vida dependiera de ello—. Mis recursos son inmensos, Liana. Podrías tener acceso a ellos y encontrar más rápido a la mujer que buscas. Una vez que las cosas se calmen, negociaré algún arreglo con los padres de Amara para que puedas verla.

La última parte sonaba tan tentadora. La idea de no volver a ver a Amara me desgarraba, y haría cualquier cosa por estar en su vida.

Además, mi instinto me decía que Giovanni no cedería hasta que le diera la impresión de que estaba considerando su “propuesta”.

Mis pulmones se apretaban a cada segundo, y mientras la angustia se extendía en mi interior, forcé las palabras a salir de mis labios.

—Pensaré en casarme contigo, pero si llegamos a eso, será únicamente por escrito. Tócame sin mi permiso y serás hombre muerto. Y créeme, haré que sea una muerte larga y dolorosa para ti.

La repulsión se extendió por mí como ácido al aceptar. Prefería caminar por el infierno antes que estar atada a cualquier hombre nuevamente. Tardé años en quitarme la humillación de la boca, mas recordaba su sabor tan vívidamente.

Giovanni me observó durante un largo segundo, algo ilegible pasó por sus ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué voy a hacer que tu muerte sea larga y dolorosa? —pregunté, alzando las cejas—. Caramba, ¿por dónde empiezo?

—No, ¿por qué aceptarlo? —cuestionó.

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—Primero me haces una propuesta, y ahora que accedí a considerarla, ¿me cuestionas?

—Sí, quiero saber por qué.

Sosteniendo su mirada, esperé y esperé, hasta que encontré mi voz. O tal vez fue valor.

—Tal vez quiero o necesito sexo.

Intenté con todas mis fuerzas mantener el sarcasmo fuera de mi voz. Realmente lo hice.

La verdad era que podía aguantar sin sexo unos cuantos años más, aunque había veces que echaba de menos... el afecto. O algo parecido.

—Acabas de decirme que si te toco seré hombre muerto —señaló.

Fue mi turno de suspirar.

—Porque ningún ser humano debería ser tocado sin su permiso —aseveré, utilizando un tono

que normalmente reservaba para los niños pequeños.

—¿Entonces el sexo no está descartado?

Malditos hombres y el sexo. ¿Era lo único en lo que pensaban?

—Hace años que no tengo sexo, si quieres llamarlo así, y no me precipitaré. —Lo despreciaba por sacarme la confesión a rastras. Me hacía sentir vulnerable, visiblemente rota. Después de todo lo que había soportado, no había una sola parte de mí que lo echara de menos.

—¿Estás jugando con mi cabeza? —gruñó, mirándome con suspicacia.

Hice una mueca.

—Solo porque hago una declaración sobre la falta de actividad sexual en mi vida, ¿me acusas de jugar con tu cabeza?

Los ojos de Giovanni ardieron, y eso encendió algo dentro de mí. Maldito sea.

—¿Quieres tener sexo?

El hombre sonaba demasiado entusiasmado para mi gusto. Dios mío, ¿me estaba metiendo en algo que no podía controlar?

—No hasta que estemos casados. —*«O nunca, maldita sea»*. Aunque era innegable que mi voz sonaba diferente, más ronca y bañada en una duplicidad que esperaba que él no reconociera. Su mirada penetrante me hizo creer lo contrario—. Además, quisiera estar desatada para eso. —*«Así podría pensar en otra forma de matarte»*.

—Y yo quisiera un beso. —Había un tono burlón en su voz, pero yo había aprendido a nunca descartar a los hombres.

—En tus sueños. —Las palabras salieron volando de mi boca, y no hubo forma de retirarlas.

—Tienes razón, me besas en mis sueños —¿Qué. *Diablos*?—. ¿Besar es dónde pones el límite?

Sonrió satisfecho, y decidí que probablemente era bueno que estuviera atada, al menos por su bien.

—Me niego a estar atada si vamos a tener esta conversación.

El latido constante de mi corazón resonó en mis oídos mientras esperaba a ver si mordía el anzuelo. Un paso. Dos. Y efectivamente, empezó a desatarme las muñecas. Me moví sobre las almohadas, lejos de su calor, frotándome la piel sensible mientras lo observaba con el rabillo del ojo.

—Podemos posponer la discusión por ahora, Liana. Y te juro por la vida de mis hermanos que nunca te forzaré ni te tocaré sin tu permiso —aseguró Giovanni, aunque había una clara decepción en su rostro—. No obstante, espero que algún día confíes en mí lo suficiente como para permitirme tocarte y para que me cuentes lo que te pasa.

Me quedé inmóvil, con sus palabras rozando mi corazón congelado. ¿Lo haría? No lo creía. La confianza y la esperanza eran para los tontos, y yo ya no lo sería. Nunca más.

—¿Puedo levantarme y estirarme? ¿O quieres controlar eso también?

Estaba siendo sarcástica, y no había forma de que no se diera cuenta, pero no podía negar mi malestar ante todo esto. ¿Quién era yo para pedir permiso? Liana Volkov no le pedía permiso a nadie, joder. Sin embargo, aquí estábamos, yo esperando el consentimiento de este hombre.

Una vez que asintió con la cabeza, me levanté de la cama. Mis pies descalzos golpearon la fría madera mientras me bajaba el vestido.

Mantuve mi cuerpo relajado y mis movimientos despreocupados mientras daba un paso hacia la ventana que iba del suelo al techo, con una vista completa del océano que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No pude evitar preguntarme a qué distancia estábamos de Venezuela y de mi hija.

Amara. Mi pequeña Mara.

Se me oprimió el pecho, pero elegí no pensar en el dolor. La autocompasión nunca le sirvió a nadie y, desde luego, a mí nunca me había ayudado en el pasado.

—¿Estamos en peligro de ser arrastrados al Triángulo de las Bermudas? —indagué despreocupadamente, con los ojos fijos en el horizonte. Me estaba aferrando a un clavo ardiendo para determinar nuestra ubicación, aunque no tenía nada que perder. Dejaría que este hombre pensara que era una fanática de las teorías de conspiración, no me importaba—. Escuché de barcos que desaparecen en él.

—Solamente estamos a unos trescientos kilómetros de las costas de Venezuela.

Más que escucharlo, lo sentí acercarse por detrás y me obligué a girarme lentamente y encontrarme con su mirada.

—Supongo que los yates se mueven muy despacio.

Arqueó una ceja.

—¿Nunca has estado en uno?

—No.

—¿Has estado en algún barco?

—No.

—Pero…

Me harté de sus preguntas y lo empujé tan fuerte como pude. Lo último que vi antes de salir corriendo fue su cara de asombro al caer hacia atrás.

El dulce sabor de la venganza llenó cada fibra de mi ser, impulsándome a seguir adelante, cuando me agarró del tobillo. Caí al suelo con fuerza, quedándome sin aire, y un jarrón de la mesita se hizo añicos, esparciendo pedazos por todo el suelo.

—No me toques, maldita sea. —Jadeé mientras luchaba por zafarme—. Haré que te arrepientas.

—Tienes que estar bromeando —gruñó entre dientes apretados. Sonaba furioso, pero no podía arriesgarme a mirarlo. En lugar de eso, me concentré en alcanzar el cenicero de cristal, el odio ardiendo en mí, dándome un impulso extra.

Al sentir el frío objeto bajo mis dedos, lo moví alrededor y alcanzó su objetivo. Me soltó de repente y me levanté a toda prisa. Salí de la habitación medio suspiro después, con la adrenalina corriendo dentro de mí y dándome velocidad extra, pero incluso antes de dar la vuelta al pasillo, choqué con un guardia.

Su arma cayó al suelo con un ruido sordo y yo me lancé sobre ella, lo que hizo que me dolieran las rodillas y las muñecas. Ignorándolo, agarré la pistola.

Agarré el frío metal con los dedos y levanté los brazos, apuntando al corazón del hombre. *Pop, pop, pop*. Los disparos cortaron el aire, haciéndome zumbar los oídos.

La sangre me salpicó. El cuerpo del hombre cayó antes de que pudiera levantarme de nuevo y mi visión se oscureció mientras el terror se apoderaba de mí, sintiendo el cuerpo de un hombre sobre el mío por primera vez en años.

Un grito me desgarró la garganta, mas me lo tragué y empujé el cuerpo para quitármelo de encima, con la pistola aún firme entre mis dedos.

Jadeando, aproveché el último destello de energía para ponerme de pie de un salto. Vi a Giovanni al final del pasillo, con la mirada clavada en mi ropa manchada de sangre.

Una vez en la cubierta exterior, mis ojos se fijaron en la puesta de sol a lo lejos. Se me acababa el tiempo. Apoyando una mano en la barandilla para sostenerme, seguí avanzando hasta llegar a las escaleras, donde me detuve en seco.

Una versión más joven de Giovanni estaba frente a mí. *El hombre al que le disparé junto con Giovanni.* Tenía el brazo vendado y una expresión que me decía que no le importaría devolverme el golpe.

Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, penetrando en mi respiración agitada y mezclándose con las olas que rompían contra el costado del yate. Aparecieron más hombres. Guardias. Primeros oficiales. Giovanni.

Y todos me apuntaban con pistolas y rifles.

Si intentaba escapar, me llenarían de plomo.

Cayó la primera lágrima y la desesperanza amenazó con hacer que se me doblaran las rodillas. Me superaban enormemente en número. Era consciente de lo tonto que era mi plan, nacido de la desesperación. Del miedo.

Mientras el viento azotaba mi cabello y mi piel, ese terror frío y familiar me arañaba la piel. Volvía a ser esa chica de dieciocho años con las esperanzas y los sueños rotos.

Brutalizada. Desechada.

Y eso me aterrorizaba.

Miré hacia el mar embravecido, sus profundidades me llamaban. No estaba segura de que hubiera otra forma de escapar de esto.

—Liana. —La presencia de Giovanni rozó mi espalda, sin embargo, me obligué a quedarme quieta—. No hay a dónde ir y lo sabes.

Se me erizó la piel, algo aterrador me susurró al oído y me llamó al borde. Di un paso. Otro.

—Ni siquiera lo pienses —La advertencia de Giovanni me llegó por encima del viento.

Otro paso y cerré los ojos, un solo nombre resonando en mis oídos.

Amara.

TRECE

GIOVANNI



Había calculado todo mal.

Y fue necesario que el cuerpo de Liana cayera al agua para darme cuenta de que, desde el momento en que la saqué de aquel complejo junto al acantilado, lo había hecho todo mal.

Sin pensarlo, salté tras ella, pero la corriente ya la estaba arrancando de mi alcance. Vi su cabeza balanceándose en la distancia, las olas haciéndola dar vueltas como una muñeca de trapo.

«Carajo, me di cuenta de que no sabía nadar». Se lanzó *sabiendo* los riesgos que corría.

Maldición, maldición, maldición.

Nadé más fuerte y más rápido mientras las palabras de Kian resonaban en mis oídos, burlándose de mí por no hacer caso a su advertencia.

La destrozaron.

Deseé que Santiago y Perez estuvieran vivos, solo para hacerlos sufrir. Tal vez regalárselos a esta mujer para que tuviera la última palabra.

La voz de mi hermano ladró órdenes desde arriba, y pronto una balsa salvavidas fue arrojada por la borda.

Nadé en su dirección, decidido a ponerla a salvo. Luchaba por sobrevivir, agitándose y jadeando. La alcancé un instante después, la agarré de la muñeca justo antes de que se hundiera por completo y la atraje hacia mí.

—Mujer loca —murmuré, rodeándole la cintura con un brazo mientras su respiración entrecortada me rozaba el cuello húmedo.

Un sollozo ahogado salió de sus labios y pareció desinflarse.

Una ola se abalanzó sobre nosotros y apreté mi agarre mientras ella se ahogaba y le entraban arcadas de agua salada. Seguí nadando con fuerza y rapidez hasta llegar a la balsa.

Le aparté los mechones rubios de la cara.

—Todo estará bien. Aguanta.

Sus labios parecían casi azules, y me maldije internamente. Lo último que necesitaba era que le diera una hipotermia.

La abracé con fuerza y seguí nadando. Parecía que tardaba horas en llegar a la balsa. O tal vez fueron solo unos minutos, no sabría decirlo.

—Sube —siseé, pasando los dedos por el asa.

Pataleó para intentar subir, sin embargo, sus fuerzas estaban disminuyendo, así que la agarré por los muslos y la ayudé a subir. Me incliné sobre ella y caí de espaldas contra un costado,

levantando los ojos hacia el cielo cada vez más oscuro.

—¡Sáquennos! —grité a mis hombres, fijando los ojos en Liana. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo, revelando sus curvas. Sus dientes castañeteaban y apretó las rodillas contra su pecho, con los ojos desorbitados.

—No sabes nadar —indiqué, con los músculos adoloridos por el esfuerzo.

—No. —No me miró.

—Entonces, ¿por qué saltaste? —La balsa salvavidas se balanceó cuando Romeo y los hombres nos empujaron hacia la cubierta superior—. No me digas que mi propuesta te hizo tirarte de cabeza al océano.

La culpa me corroía y volví a arrepentirme de nuestra conversación anterior, de mis acciones desde que ella subió a mi yate. Con todo por lo que había pasado, ¿por qué pensé que era buena idea mantenerla atada? Insinuarle la idea del matrimonio, aunque le ofrecí la opción de encontrar a esa misteriosa amante que buscaba para vengarse de todo el infierno por el que había pasado.

«Deja que encuentre a todas las personas que la lastimaron y se vengue. Creo que solo le queda una persona». Las palabras de Kian se burlaban de mí mientras se repetían en mi cabeza.

—Nunca la volveré a ver.

Miraba perdidamente, y sus palabras salían en un susurro a través del rechinar de sus dientes. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, por fin vi a la verdadera Liana Volkov.

Y lo frágil y vulnerable que era.

Me senté en mi habitación con un cigarrillo apagado en la mano, mirando a Liana dormir. Después de los acontecimientos de hoy, no tenía suficiente confianza para dejarla sola en la habitación que le había asignado, así que la había metido en mi propia cama, lo que me dejaba elegir entre el sofá o la silla para dormir.

El silencio permaneció en el camarote, con mi hermano sentado a mi lado, y cuando volteé, encontré sus fríos ojos observándome.

Estaba preocupado, con una evidente inquietud grabada en el rostro, y eso me irritó. Sabía que tenía algo que decir, así que esperé a que lo dijera, sin querer romper el silencio.

—Nunca debimos meternos en esta mierda. La mujer está matando a nuestros hombres. ¡Cuatro de nuestros hombres han muerto, Giovanni!

Y ahí estaba.

—Compensaremos a sus familias y nos aseguraremos de que estén bien cuidados. Comprendían los riesgos de trabajar para una organización criminal.

Romeo empujó su mano a través de su cabello, sacudiendo la cabeza.

—Su hermana debería hacer que otra persona se encargue de esta tontería.

Mis músculos se tensaron, me repugnaba la idea de que otro hombre estuviera cerca de ella. Pero me obligué a hablar con calma cuando respondí:

—Tener a las gemelas Volkov de nuestro lado nos da ventaja.

—¿No me digas que Madre por fin consiguió convencerte?

Dejé escapar un suspiro sardónico. Nuestra madre, si es que se le podía llamar así, había estado paranoica con la chica Volkov desde que se casó con Santiago. Le preocupaba que la chica tuviera hijos con él y se interpusiera en el camino de mi, perdón, de la reclamación de mi madre al trono Tijuana.

—Madre no sabe que está viva —advertí, entrecerrando mi mirada sobre él—. Y vamos a

mantenerlo así durante un tiempo.

Me miraba con esos ojos inquisitivos, y me fastidiaba mucho que fuera uno de los raros individuos capaces de leerme tan bien.

—Se sentirá amenazada cuando lo sepa —comentó despreocupadamente, con una sonrisa en los labios—. ¿Estás listo para encargarte de eso?

Ambos sabíamos que Julia únicamente tenía un propósito en la vida y era mantener a sus hijos, y sobre todo a sí misma, en el poder. A cualquier precio.

Sus métodos calculadores se extendían a cada uno de nosotros. Marissa tuvo la suerte de evadir el interés de nuestra madre. Mis hermanos y yo no tuvimos tanta suerte. Romeo, Cristiano y yo experimentamos sus planes y ambición de primera mano. Sin embargo, le puse fin una vez que crecimos lo suficiente, apartándola de cualquier negocio relacionado con la mafia. De hecho, Julia tampoco sabía mucho de mi vida personal, porque la mantenía alejada por esa misma razón.

—Podría protegerla, aunque sería más fácil si se casara conmigo. Y todos vimos exactamente lo que ella pensó de esa idea —señalé, y Romeo hizo una mueca de dolor. Y joder, eso fue un momento totalmente *doloroso* para mí.

—Caray, buena suerte con eso.

Eché un vistazo a la mujer en mi cama, sus respiraciones tranquilas indicaban que estaba profundamente dormida. Intentaba parecer imperturbable ante mi hermano, pero en realidad, estaba conmocionado. La total indiferencia de Liana por su propio bienestar no presagiaba nada bueno. Debía de saber que saltar la barandilla significaba una muerte segura, y sin embargo…

—¿Qué hay en ella que te tiene tan tenso? —inquirió casualmente, haciendo que volviera a prestarle atención.

Le lancé una mirada fulminante que podría haber matado a cualquier otro hombre. Pero la única reacción que obtuve de Romeo fue una pequeña risita.

—¿No tienes trabajo que hacer? —respondí secamente—. Si no es así, te encontraré algo que hacer.

—¿Ves? Esto es exactamente a lo que me refiero. Tan sensible desde que trajiste a esa mujer.

—Tal vez debería mostrarte exactamente lo sensible que soy —refunfuñé—. Aplastando tu bonita cara contra la cubierta de mi barco.

Una sonrisa se dibujó en sus ojos y levantó las manos en señal de rendición.

—Simplemente estoy señalando lo obvio.

Sentía que nada había sido igual desde que supe que Liana estaba viva. No sabía cómo deshacerme de la sensación de nerviosismo que sentía bajo la piel cada vez que pensaba en ella.

Por el amor de Dios, había secuestrado a una mujer a la que me habían enviado a rescatar. ¿Para qué? Quizá para recordarle nuestro encuentro hace ocho años, que ella parecía haber olvidado convenientemente. O tal vez porque incluso después de ocho años, todavía estaba fascinado con la mujer.

Sinceramente, no estaba seguro de qué era peor.

—¿Vamos a sentarnos aquí y ver a esta loca mientras duerme en tu cama? —indagó mi hermano, echándose hacia atrás en su asiento.

—No está loca —renegué.

Arqueó una ceja.

—¿Incomprendida, entonces?

—Estás a punto de ser un incomprendido cuando te rompa los dientes.

Romeo se llevó el vaso de cualquier veneno que estuviera bebiendo a los labios, intentando disimular su sonrisa.

—¿Pero antes puedes decirme qué vas a hacer con ella?

No lo sabía.

La princesa de la mafia estaba claramente decidida a causarle estragos a cualquier hombre que se atreviera a acercarse a ella, y empecé a cuestionarme si la idea del matrimonio era inoportuna.

No obstante, ya estaba decidido y era hora de que me casara. Sería la mejor manera de mantenerla a salvo del Cártel, el *Sindicato* y la *Omertà*.

—¿Giovanni? —llamó Romeo.

Mi mirada se deslizó hacia la mujer que no se sospechaba nada.

—Voy a convencerla para que se case conmigo.

CATORCE

LIANA



Mi infancia y adolescencia las pasé bajo la tutela de mi madre, entrenada y educada para triunfar en el mundo en el que ella había elegido vivir. Sí, tenía la libertad de pasear por el complejo, pero a Louisa y a mí se nos daba muy poca libertad para tomar nuestras propias decisiones. Y así, cuando Santiago Tijuana me llevó, se cambió una prisión por otra.

Me habían metido en un lugar oscuro donde los minutos y las horas pasaban, haciéndose cada vez más insoportables. El nuevo sentimiento de soledad se convirtió en mi único compañero, envolviéndome en sus brazos invisibles. Encerrada. En silencio. Sin esperanza.

Los días, los meses y los años se convirtieron en una pesadilla permanente.

A veces era una bendición que me drogaran mucho, porque en cierto modo adormecía el dolor y la humillación de lo que tenía que soportar. Luego, poco a poco, fui desarrollando una tolerancia a las drogas, e incluso ese pequeño alivio me fue arrebatado. Recé por la muerte en tantas ocasiones, teniendo que soportar las cosas viles que Santiago y Perez diseñaron para mí. De ahí surgió mi aversión a los hombres y a cualquier forma de contacto.

Hasta que Amara llegó a mi vida.

Al principio, la obligaron a dormir en el sótano con los otros niños, pero rápidamente manipulé a Santiago para que la dejara a mi cuidado. Se le permitió entrar a mi habitación, aunque bajo una fuerte protección. Me ayudó a seguir adelante. Incluso después de escapar y comenzar mi nueva vida de venganza profesional, sabía que Amara sería la única persona que me daría un propósito.

Y ahora se había ido.

No me mató, pero sentí como si algo hubiera empezado a morir lentamente.

Y una vez más estaba completamente sola.

Ahora el sol me daba de lleno y miraba por la ventana de la habitación de Giovanni, preguntándome por enésima vez cómo estaría Amara, si la estarían abrazando, si la operación había salido bien.

Por primera vez en mi vida, elevé una plegaria silenciosa, pidiendo que mi hija se mantuviera a salvo y, sobre todo, amada.

Mis ojos se posaron en mi regazo, donde tenía los dedos entrelazados, y se clavaron en la uña rota. Odiaba el aspecto de las uñas sin arreglar, algo en ellas me recordaba la parte más oscura de mi vida. Si tuviera tiempo para sentarme a escuchar a un psiquiatra, probablemente me diría que era una cuestión de control más que de vanidad. Pero tenía cosas mejores que hacer, cosas que *debería* estar haciendo ahora si no estuviera atrapada en este barco olvidado por Dios.

Observé el espacio que me rodeaba, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarme a salir de este lío. La habitación era más grande y lujosa que la anterior. El aroma que flotaba en el aire me decía que pertenecía a un hombre. Y no un hombre cualquiera, sino el dueño del yate.

Estaba acostada en medio de una cama tamaño *King* con su cabecera de hierro, sus cómodas sábanas blancas y su edredón esponjoso. El camarote era amplio y luminoso, gracias al sol que se reflejaba en el océano y brillaba a través de las relucientes ventanas.

¿Cuánto tiempo llevaba atrapada aquí? ¿Tres días, tal vez cuatro?

Maldita sea, tenía trabajo que hacer, producto que mover y cargamentos que coordinar. Con suerte, José seguiría moviendo el producto sin demora. No podíamos permitirnos enfadar a nuestros proveedores ni a nuestros clientes.

Me recosté en las almohadas suaves y respiré profundamente, apartando los negocios de mi mente por el momento. Todavía me dolían los músculos y los pulmones, y no necesitaba que un médico me dijera que tenía que ver con mi intento de fuga.

Por débil que resultara ser.

Sin embargo, no habría más de eso. Me negaba a hacerme la víctima o a huir. Giovanni Agosti pagaría por atreverse a destruir la paz que tanto me había costado conseguir. Estaba harta de ser un peón en el juego de todos.

Le demostraría que nadie tocaba a Liana Volkov sin sufrir las consecuencias.

Al oír el clic de la cerradura y la puerta abriéndose, me giré para ver a Giovanni. Y me quedé helada al verlo.

Estaba de pie en la entrada, vestido únicamente con pantalones deportivos, que le colgaban de la cintura. Intenté apartar la mirada de su pecho desnudo, pero mis ojos tenían mente propia y volvieron a fijarse en los músculos de su torso bien definido.

Jesucristo, incluso sus caderas estaban marcadas.

Mis neuronas se dispersaron temporalmente y no pude evitar admirarlo. Odiaba a los hombres, ¿cierto?

—¿De vuelta tan pronto? —suspiré en un intento de disimular mi reacción.

Se enderezó desde donde estaba apoyado en el marco de la puerta, cerrándola tras de sí, y sus ojos se oscurecieron mientras se acercaba a mí. No llevaba sostén debajo de la camisa extragrande que me dio después de la saga de ayer, en la que casi me ahogo, y mis pezones se endurecieron contra la tela.

Su mirada se oscureció cuando se posó en mi pecho y luego bajó hasta los bóxer que tenía puestos, que también eran suyos.

Luego se sentó en una silla, como un rey que estudia a sus súbditos desde su trono.

—Me gusta que uses mi ropa. —Su voz grave me produjo un escalofrío, y la reacción me enfureció.

—Ya basta de tanta mierda de macho —refunfuñé—. La única razón por la que uso esto es porque mis opciones son limitadas. Ya que me *secuestraste* y me mantienes aquí, ¿o se te olvidó?

Sonrió satisfecho.

—Te encargaré ropa nueva. —Se levantó y se acercó, haciéndome estremecer por instinto—. Relájate, Liana. Por el amor de Dios, deja de tratarme como si fuera un perro salvaje en celo. Tengo más autocontrol que eso.

Mi réplica fue inmediata.

—¿Estás seguro de eso? En mi experiencia, los hombres *son* como perros.

—Algunos —aceptó. Puse los ojos en blanco y estaba a punto de responder cuando se acercó

aún más—. Los débiles que no saben cómo tratar a una mujer.

—¿Cómo *tratar* a una mujer? —resoplé—. ¿Y estoy segura de que estás a punto de decirme cómo no eres como los demás? —me burlé, con las mejillas acaloradas.

—Puedo prometerte que no lo soy. —Su sonrisa se volvió petulante—. Pero no tienes que preocuparte por eso. Después de todo, tendremos mucho tiempo para que te acostumbres a mí.

Típica confianza fuera de lugar. Él era *exactamente* igual.

—¿Y si no lo hago? —Lo reté.

De repente, se puso serio y sus ojos se suavizaron ligeramente.

—Si le das una oportunidad, lo harás. Tu cuerpo ya reacciona a mí.

Me estremecí ante su perspicacia.

—Es simplemente biología.

—Entonces déjame prometerte algo, *Flor Salvaje*.

—¿Qué?

—Ya te lo dije antes, pero quiero asegurarme de que entiendas que nunca… *jamás*, joder… te tocaré sin tu consentimiento.

La sinceridad de su voz y de sus ojos me hizo detenerme por un instante… o dos… pero luego me deshice de eso. Ningún hombre era de fiar, y menos este.

Me intrigaba, aunque me daba un poco de miedo. Era fuerte, inteligente y astuto, todo envuelto en un paquete que podía engañarte fácilmente. Y cuando menos te lo esperabas, te atacaba y te hacía pedazos.

—Siempre te cuidaré —añadió—. Estarás bajo mi protección, y te juro que antes acabaré con todo ser vivo de este planeta que dejar que alguien te haga daño. Y espero, con todo mi ser, que consideres seriamente mi propuesta. Creo que podríamos… trabajar bien juntos.

—No digas cosas que no sientes —siseé.

—Hablo en serio. Quiero una pareja en igualdad de condiciones, en *todos* los aspectos de una relación. —Su expresión se ensombreció—. Y estoy dispuesto a ir tan despacio como sea necesario.

—Claro. —Puse los ojos en blanco y chasqueé la lengua.

La historia de mis padres me había enseñado exactamente lo que podía esperar de una relación, y no quería formar parte de eso. Y ni hablar de mi bendito matrimonio. En toda mi miserable existencia, aún no había visto uno solo que no ardiera en llamas.

—Eres testaruda, Liana, pero deberías saber…. que yo también lo soy.

Levanté mi barbilla, renuente a admitir que el concepto me estaba empezando a gustar. Con lo que sabía de Giovanni y su posición a la cabeza de no una, sino dos organizaciones criminales… Sería alguien valioso a mi lado, aunque solo fuera eso.

—Sabes, me desayuno a los hombres como tú —declaré mientras mi cerebro trabajaba horas extra, contemplando todas las formas en que podría utilizar a este hombre. Tal vez realmente podría ayudarme a recuperar a Amara.

—Desde luego. —Sonrió satisfecho—. Pero si yo soy tu desayuno, es justo que tú seas el mío. —Por primera vez en mucho tiempo, el calor se apoderó de mis mejillas y las encendió. Sus ojos se posaron en ellas y entrecerré los míos, desafiándolo a que dijera algo—. Sabes, tal vez me equivoqué con esta propuesta de matrimonio.

—Haces que suene como si me dieras a elegir. —Me reí entre dientes—. Sin embargo, tal vez deberíamos establecer algunas reglas básicas. —Me miró con una sonrisa arrogante y estuve tentada de arrancársela con las garras—. Quiero que me ayudes a recuperar a Amara.

Negó con la cabeza.

—Eso no será posible sin empezar una guerra.

—Entonces, empieza una guerra —reviré.

Sacudió la cabeza, casi como si estuviera decepcionado con mi exigencia.

—¿Cuáles son tus otras reglas?

—Quiero que te mantengas fuera de mis negocios. No me digas lo que tengo que hacer ni cómo dirigirlos. Tú haz lo tuyo, yo haré lo mío. —Sus ojos brillaron con sorpresa—. Y quiero acceso libre a mi mano derecha.

Una ceja oscura se alzó sorprendida, mas no podía saber que José había estado buscando a la *Amante*. No podría descansar tranquilamente hasta ponerle las manos encima.

—Debes quererlo muerto —pronunció—. Ningún hombre que se respete permitiría que su mujer tuviera acceso a otro hombre.

—Tú difícilmente eres un hombre que se respete, y yo no soy tu mujer —desafié—. Es un socio de negocios, y no lo tocarás, porque si lo haces, el juego se acabó.

Consideró mis puntos no negociables, se reclinó hacia atrás y entrelazó los dedos detrás de su cabeza, la piel de sus abdominales se tensó.

—¿Y?

—Y si aceptas todo esto, lo haré. —Sus ojos verdes brillaron victoriosos. Sin embargo, algo seguía molestándome… —. Pero déjame preguntarte una última cosa: ¿por qué quieres casarte conmigo? ¿Por qué no te asocias conmigo y mantenemos las cosas de forma profesional?

Su mirada se volvió fría y calculadora, algo salvaje y vivo jugueteaba en sus ojos.

—Tal vez sea un romántico empedernido.

—Más bien un soñador —dije seriamente—. No es una buena cualidad en nuestro mundo, deberías saberlo.

—Mis disculpas. Me aseguraré de suprimirlo.

Sus palabras eran divertidas mientras yo lo miraba a la cara y volvía a fijarme en la delgada cicatriz que tenía sobre el ojo derecho. Me pregunté cómo se la había hecho. ¿Sería un castigo? ¿O un simple juego de niños que salió mal? Mi madre nunca dudaba a la hora de imponer disciplina. Dios sabía que también había dejado muchas cicatrices en los demás.

Mi mirada se posó en la mano a la que le faltaba un dedo, agarrando la manta.

Era la única cicatriz que no podía ocultar. Una herida autoinfligida por la desesperación y la tonta esperanza de que Kingston entendiera el mensaje y me salvara. Qué idiota fui, maldición.

—Bien, ¿quieres saber por qué tiene que ser oficial? —Su timbre profundo me sacó de mis pensamientos y continuó sin esperar respuesta—. Porque tú, Liana Volkov, fuiste la pieza clave en los *Acuerdos de Marabella*. La mejora de las subastas empezó contigo. Tus conocimientos son inmensos, lo cual deduzco que es gracias a tu madre, y tú le diste esa información a mi tío y a Perez Cortes, que ejecutaron *tus* planes.

Sentí que la sangre se me drenaba de la cara. ¿Cómo demonios lo sabía? Santiago nunca le daba crédito a quien se lo merecía. Perez Cortes menos aún. No es que fuera algo de lo que me sintiera orgullosa, pero que me condenaran si me justificaba ante alguien.

—¿Y? —Me encogí de hombros, disimulando la culpa que aún sentía.

—Así que una vez que salga a la luz, y *saldrá*, todo el bajo mundo estará detrás de ti, si es que no lo está ya. Necesitarás a alguien de tu lado que cuente con el apoyo del cártel y de la *Omertà*. Me necesitas a *mí*.

Arqueé una ceja mientras mi estómago se revolvía, amenazando con expulsar todo lo que había comido en las últimas veinticuatro horas.

—Podría ir con Kingston y Louisa. —Después de todo, me debían una.

Se levantó de repente, cerniéndose sobre mí como una nube estruendosa, su voz oscura presionándome el oído.

—¿Esperas que me crea que los pondrías en esa situación? ¿Dejar que se enfrenten a la furia de innumerables criminales sin sentimientos, dejar que se enfrenten a la posibilidad de una *muerte* segura, solamente para mantenerte a salvo?

—Sí. —Mi voz salió más fuerte de lo que me sentía, pero que me parta un rayo si le hacía creer que me quedaba algo de decencia.

—¿Y su hija?

Me quedé paralizada, girando para encontrarme con su mirada oscura.

—¿Su hija?

Asintió con la cabeza.

—Sí, una niña que fue víctima de los *Acuerdos de Marabella*.

Las emociones crudas me asaltaron, doliéndome más que nada que hubiera experimentado antes, y me di cuenta de que era inútil seguir intentando huir de la culpa. Sabía que no debía sentir remordimientos por hacer lo necesario para sobrevivir y mantener con vida a Amara, mas estaba *cansada* de todo eso.

Me di cuenta de que mis pecados eran ahora una mancha eterna que nunca podría lavar. Traer a Amara de vuelta a mi vida significaría transferirle esos pecados, y la realidad de eso me golpeó tan fuerte que casi me desmayo.

Estaba verdaderamente sola. La amargura se convertiría en lo único que sostenía mi miserable vida. Sería odiada, como lo fue mi madre. Perdió a su primogénita y esa ira la consumió, convirtiéndola en la temible Sofia Volkov que llegamos a conocer.

Yo estaba a punto de dejar que la pérdida, el odio y la venganza me consumieran.

¿Podría sobrevivir así?

La idea me revolvía el estómago.

Mi mirada encontró la de Giovanni, y supe que había visto mi rendición. Cada fibra de mí se rebelaba ante la idea de estar bajo el control de otro hombre, no obstante, mis opciones eran limitadas. Por el momento.

—Bien —repliqué entre dientes—. Me casaré contigo.

—No es la aceptación más entusiasta —bromeó—, pero Roma no se construyó en un día.

—Sin embargo, se destruyó en un día —señalé.

El hombre se frotó la cara, manchándola de diversión, y yo no quería otra cosa que limpiársela con un puñetazo.

Aunque no importaba. Ya encontraría otra forma de escapar de sus garras. Sospechaba que mis posibilidades de escapar probablemente se habían reducido drásticamente después del truco que hice con mi salto del cisne desde la cubierta superior, pero había vencido peores probabilidades.

Parecía que iba a decir algo más cuando sonaron pasos pesados, fuertes y furiosos, hasta que se detuvieron justo delante de la puerta. Esta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared, y un cuadro que había detrás cayó al suelo, con el marco de cristal esparcido por todo el suelo de madera.

—¿Qué pasa, Romeo? —le preguntó Giovanni, sin apartar su mirada de mí—. Liana y yo acabamos de llegar a un acuerdo bastante especial y estás arruinando el momento.

—¿Seguro que sobrevivirás a ella? —objetó secamente su hermano.

Me burlé.

—Te aseguro que no lo hará —respondí en lugar de Giovanni. Romeo me lanzó una mirada

sin gracia y yo puse los ojos en blanco—. ¿Y qué tal está tu brazo? —Sonreí, sintiendo por fin una ligereza en el pecho después de los últimos días deprimentes.

Me ignoró y volteó a mirar a su hermano.

—La *Omertà* llamó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada sin palabras, y vi cómo Giovanni me daba la espalda antes de desaparecer de la habitación.

—¡Puedo ayudarte, ¿sabes?! —grité, pero sus pasos no se detuvieron y entonces la puerta se cerró de golpe. Escuché voces apagadas afuera y supe que probablemente estaban susurrando como dos colegialas. Por un segundo, me planteé pegar la oreja a la puerta para escuchar a escondidas, pero luego me encogí de hombros y decidí que me daba igual.

Me levanté de la cama, busqué en los cajones hasta encontrar ropa limpia y me dirigí al baño, cerrando la puerta tras de mí. Una vez duchada y de vuelta en la habitación, encontré a Giovanni sentado en una silla frente a la ventana abierta mientras tecleaba en su teléfono.

Encendió un cigarrillo, y la brisa sopló el aroma del humo en mi dirección mientras observaba sus músculos tensos flexionarse.

—¿Malas noticias? —pregunté, acercándome a la silla más alejada de la suya. Sí, había algo hermoso y tentador en ese hombre, no obstante, había aprendido por las malas a mantener mi guardia en alto. Además, no me gustaba demasiado el olor a cigarrillo.

—No.

Definitivamente había malas noticias, pero así era la vida en la mafia. Si no podías manejarla, podías largarte. Había muchos otros más que dispuestos a tomar tu lugar.

—No pensé que fumaras —dije despreocupadamente, dejando pasar lo que fuera que le estuviera molestando—. Estoy segura de que no necesito decirte que es un hábito terriblemente poco atractivo. Y luego está el pequeño problema de que causa cáncer.

—No me digas que te preocupa mi salud.

Me reí.

—Si debes matarte, prefiero que elijas una muerte rápida a una lenta y desastrosa.

No pareció inmutarse.

—No te preocupes, *Flor Salvaje*. Estaré aquí contigo por mucho tiempo.

—Qué reconfortante.

—Aprenderás a confiar en mí, Liana, y a que te agrade. Quizás incluso a amarme.

Tragué saliva. Pocas posibilidades de eso. La verdad era que no quería confiar en él, ni que me agradara, y ciertamente nunca lo amaría.

—¿Por qué sigues llamándome *Flor Salvaje*? —pregunté, en lugar de comentar sobre su optimismo.

Se encogió de hombros.

—Hueles a flores silvestres. —Fruncí el ceño—. Es apropiado, ya que definitivamente te comportas de forma salvaje y hueles a flores.

—No es verdad —espeté a la defensiva—. No hay un solo hueso en mi cuerpo que sea *salvaje.* —Loca tal vez, pero definitivamente no salvaje.

—Pongámonos de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

Puse los ojos en blanco.

—Como sea. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Deberías ponerte una camisa. —Arqueó una ceja—. Simplemente estoy estableciendo expectativas.

Presionarlo ahora no era lo correcto, mas no podía evitarlo. Mi atención seguía puesta en su pecho desnudo y en sus abdominales marcados.

—¿Qué tiene que ver mi camisa con las expectativas?

—Espero que siempre uses una maldita camisa. Y no habrá toqueteos.

Parecía divertido, aunque había algo inquietante en su mirada cuando se clavó en mis labios entreabiertos. Mi respiración se volvió entrecortada y sentí un calor intenso entre las piernas.

«No, la reacción de mi cuerpo no significa nada», me convencí. Y esto… fuera lo que fuera… era biológico.

Asintió con la cabeza, apagó su cigarrillo, se levantó y cruzó la habitación, donde se detuvo con una mano en la manija de la puerta.

—Si me exiges que me ponga una camisa —replicó, girando la manija y abriendo la puerta —, tengo que ordenarte que tú no lo hagas.

Cerró la puerta tras de sí mientras yo me quedaba mirando fijamente, dándome cuenta de que, por primera vez en mi vida, necesitaba una ducha helada para enfriar este calor que hervía en mis venas.

QUINCE

GIOVANNI



En cuanto entré a mi oficina, mi teléfono sonó en mi bolsillo trasero. No necesité mirar el identificador de llamadas para saber quién era. Sospechaba que Kingston y Louisa se habían enterado de mi cambio de ruta en cuanto me desvié del plan.

Dejé que sonara una y otra vez antes de contestar por fin.

—Louisa —la saludé.

—*¿Qué demonios, Giovanni? Habíamos quedado en que la traerías aquí.* —Su voz, tan parecida a la de Liana, atravesó la habitación como un cuchillo.

—No quiere verte.

No era exactamente una mentira, aunque un poco retorcida, ya que no tenía intención de llevarla con Louisa y Kingston aunque quisiera. Después de ocho años, por fin la tenía a mi alcance.

—*Imposible*. —La incredulidad hizo que se le quebrara la voz.

—Posible. Ella es una persona diferente.

—*Es mi hermana. Yo también soy diferente, pero sigo necesitándola. Es parte de mí.*

Mi mirada se posó en el horizonte mientras la estática llenaba la línea. No entendía los lazos entre gemelas, pero sabía que no debía desestimar los sentimientos de Louisa.

—¿Cuánto hace que no la ves, Louisa?

—*Más de ocho años.* —La angustia en su voz era palpable—. *Pero…*

—Te advertí que sería diferente. —Aún quedaba esa mujer poderosa y ruda que vi en Liana hace ocho años. Era innegable que era una mujer fuerte, pero tal como dijo Kian, había pasado por un infierno con Santiago y Perez. Ningún humano volvería cuerdo de eso.

—*¿Hablará con nosotros por teléfono?* —Se escuchó la voz de Kingston, fría y serena, y supuse que Louisa estaba demasiado alterada para continuar.

—No lo creo —mentí. ¿Me sentía culpable? No, la verdad es que no. Ataría a Liana a mí antes de presentarla al mundo. Hasta entonces, que creyeran que estaba muerta. Había demasiada gente ahí afuera que no querría otra cosa más que clavarle los dientes. Por su apellido Volkov, por el imperio Volkov o por venganza.

—*¿Dónde estaba?* —preguntó Kingston.

—Venezuela.

—*El dedo…* —gruñó, interrumpiendo—. *¿Dijo por qué me lo envió?*

—No estamos teniendo exactamente momentos de conversación sincera —refunfuñé—. Aunque, deberías saber, que tiene… tenía… una hija. Una protegida.

—*Quizá podamos crear un vínculo a través de Lara* —intervino Louisa.

—Bueno, *su* hija pertenece a Emory DiLustro y Killian Brennan Cullen. —Dejé que asimilaran las palabras—. Cuando llegué con Liana, había secuestrado a Emory y un médico estaba operando a la mujer.

Escuché su jadeo conjunto y me pregunté cuánto más debía revelar. ¿Tendrían en cuenta sus intereses? ¿La pondrían ante todo?

—*Tienes que mantenerla protegida*. —Bueno, eso alivió mis preocupaciones. Punto para Louisa—. *Los Capos irán tras ella y…* —Su voz se quebró, y si yo fuera un mejor hombre, le habría dicho que planeaba casarme con su hermana para hacer exactamente eso. Mas no lo era. Lo descubrirían a su debido tiempo—. *¿Por qué… en qué estaba pensando?*

—Ella no secuestró a la niña —Podía tranquilizarla *un poco*, no era un completo monstruo—. Gio DiLustro abandonó a la niña, un trato salió mal entre él y Santiago. Liana tomó a la niña bajo su protección y probablemente la salvó en el proceso.

—*Pero ella mandó secuestrar a Emory DiLustro* —señaló Kingston—. *No la perdonarán tan fácilmente.*

Probablemente el mundo no perdonaría ni olvidaría tan rápido la participación de Liana en el tráfico de personas y los *Acuerdos de Marabella*, pero no me pareció prudente mencionarlo. Cuanta menos gente supiera de la implicación de Liana, mejor.

—Tal vez puedas acercarte a ellos —sugerí—. Con eso de que son primos y demás. Puedes asegurarles que Liana estaba destrozada y desesperada por salvar a Amara. Seguramente podrían comprender y apreciar hasta dónde llegaría Liana.

—*Dios, y aquí estábamos pensando que Liana era una víctima de la trata de personas.*

—Aun así, fue una víctima —repliqué, apretando los puños—. Hizo lo que creyó mejor. Sobrevivió.

—*Gracias, Giovanni* —añadió Louisa, con la voz aún temblorosa—. *No creo que mucha gente lo vea de esa manera, pero tienes razón. Hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir.*

—Y ahora, nos encargaremos de que así sea —aseguré con firmeza.

DIECISÉIS

LIANA



Cayendo.

Estaba a punto de ser arrastrada y tragada por la oscuridad.

Enjaulada como un animal. Muerta de hambre. Desnuda. Golpeada.

Los desconocidos se reían mientras yo recitaba en silencio mi juramento de venganza, memorizando sus rostros. El de mi marido. El de su amante. El de el Repartidor.

La puerta metálica se cerró con un fuerte golpe, apagando el último destello de luz, y me quedé sola.

Encadenada. Ensangrentada.

Sentí escalofríos mientras apretaba las rodillas sobre mi pecho y los grilletes de hierro sonaban contra el concreto. Resistiendo el impulso de dejar que mi mente divagara, imaginé todas las formas en que los haría pagar. Todas las formas en que los haría sufrir.

Me concentré en la oscuridad, dejando que me consumiera, que absorbiera toda mi rabia y mi odio hasta que solo pudiera respirar. Hasta que me convertí en lo que más temía: vacía, rota y malvada.

Como mi madre.

Mis párpados se abrieron de golpe, mi pecho se agitó como si acabara de correr un maratón.

Un sueño. *«Solo es un sueño»*.

Pero mientras me quitaba los restos del sueño de los ojos, supe que aquella pesadilla recurrente era mi realidad. Estaba tan cerca de convertirme en mi madre. O tal vez ya me había convertido en ella y ni siquiera lo sabía.

Me sacudí los oscuros pensamientos y miré alrededor del camarote que se había convertido en mi prisión. El tiempo se escapaba entre mis dedos, casi burlándose de mí, recordándome lo indefensa que estaba en realidad.

Hasta que atracara, estaría atrapada en este yate.

Me senté, me levanté de la cama y me dirigí a la ventana, abrí las cortinas y dejé que la luz del sol limpiara los restos del sueño. Era un nuevo día; Giovanni y yo habíamos llegado a un acuerdo a regañadientes, y yo estaba decidida a mirar hacia el futuro.

No tenía ganas de verlo ni de hablar con él, así que entré al baño y abrí la ducha.

Me deshice de la ropa prestada y me metí bajo el torrente de agua hirviendo. Quitarme los pecados y la suciedad que se me pegaban al cuerpo y al alma era una tarea imposible, pero me

esforcé al máximo y comencé mi ritual de limpieza.

Tomé la botella de exfoliante de la estantería y froté… luego froté un poco más. Repetí con jabón. Con el gel de ducha. Hasta que la piel estaba en carne viva, completamente enrojecida.

Sin embargo, el autodesprecio era imposible de limpiar.

Mi respiración entrecortada se mezclaba con el constante repiqueteo del agua de la ducha. *Splash*. *Splash*. Otro suspiro.

La puerta de la ducha se abrió y me sobresalté, haciendo todo lo posible por cubrirme.

Giovanni entró con su traje de tres piezas, zapatos y todo, su rostro parecía una nube de tormenta, y luego cerró el grifo.

—¿Qué estás…?

Me agarró del brazo y me sacó de la ducha, derramando gotas de agua sobre el suelo de azulejos.

La mirada furiosa en su rostro me dijo que había algo que le disgustaba.

—Estás a punto de arrancarte la piel.

Oh.

Agité mi mano libre.

—Eso no es nada.

Sus ojos brillaron peligrosamente.

—¿Nada? —*«¿Por qué gritaba?»*—. ¿Estás a punto de arrancarte la piel y eso no es *nada*?

Se alzaba sobre mí, su costoso traje pegado a su cuerpo como una segunda piel, y mis ojos se arrastraron sobre él, mi centro apretándose. No era bueno.

Me devolvió el gesto, recorriendo lentamente con la mirada mi cuerpo desnudo, y la piel se me erizó.

Me vi en la necesidad de darme otra ducha, aunque esta vez fría.

Me burlé.

—Estás exagerando. —El yate se balanceó suavemente y los dos nos estudiamos fijamente. Se inclinó y acercó su boca a mi oreja, provocándome un escalofrío. Tragué saliva—. Dijiste que no me tocarías —le recordé.

—Dije que no te tocaría en contra de tu voluntad —objetó en tono sombrío—. Tu cuerpo me lo pide.

—Mi cuerpo te miente —solté—. Sabe cómo engañar a los hombres. Lo he hecho muchas veces.

Aquello debió de despertarlo de cualquier hechizo que tuviera, porque se enderezó y dio un paso atrás.

—Tus cosas, como te prometí —señaló, inclinando la barbilla hacia la puerta abierta del baño, donde un montón de lo que parecía ropa nueva se apilaba sobre la cama. Puse un poco los ojos en blanco. *«¿Debía molestarme en preguntarle cómo se las había arreglado para comprar en medio del océano?»*.

Buscó una toalla y me la dio. Me sequé y me envolví el cuerpo con ella, sin apartar mi mirada de él. En mi experiencia, los hombres no se resistían tan fácilmente a su lujuria, y no cabía duda de que al hombre le gustaba lo que veía. Sus ojos lo sugerían y el bulto de sus pantalones lo confirmaba.

—¿Qué significan? —preguntó rompiendo el silencio.

Pasé junto a él y entré a la habitación para inspeccionar la mercancía.

—Vas a tener que ser un poco más específico.

—Los tatuajes de tu espalda. —Mi mano se detuvo, cerrándose con fuerza sobre un vestido

Chanel ajustado de seda—. ¿Qué significan?

Todos esos tatuajes diminutos que cubrían mi espalda: olas, coche, bicicleta, *origami*, birrete de graduación y muchos más, eran cosas que nunca llegué a hacer. Podría mentir. Inventar una historia genial al respecto.

No obstante, lo que salió de mi boca me sorprendió incluso a mí.

—Son las cosas que siempre quise hacer, pero nunca tuve la oportunidad.

El dolor que se había convertido en mi amigo permanente bailaba en círculos a mi alrededor. Esperé. No sabía qué. Tal vez algo, lo que fuera, para ahuyentar los fantasmas que me asfixiaban.

—Ponte un traje de baño.

La voz de Giovanni parecía hacer precisamente eso.

—¿Por qué?

—Porque vamos a tachar algunas de esas cosas, empezando por tus clases de natación.

DIECISIETE

GIOVANNI



Mucho después de haberle dado privacidad, aquellos tatuajes de su espalda aparecían en mi mente una y otra vez. Su espalda estaba llena de pequeños símbolos y palabras de cosas que nunca había llegado a hacer en la vida.

Olas. Bailarina.

Narcisos.

Dos pares de huellas: las de un infante y las de un adulto.

Origami. Birrete de graduación.

Coche.

Resultó que Liana podía matar a un hombre y asegurar un cargamento de armas sin pestañear, mas no sabía conducir un auto, nadar o bailar.

¡Jesucristo!

—¿Tu madre no te enseñó a conducir un automóvil? —pregunté, manteniendo los ojos fijos en el vasto horizonte azul mientras ella se ponía el traje de baño.

—No.

—¿Santiago?

—Una me tuvo prisionera desde el día en que nací. El otro me robó mi juventud y mi inocencia. —Dejó escapar un suspiro sardónico, pero en él había un dolor difícil de ignorar—. ¿Por qué me ofrecería alguno de ellos una forma de escapar?

—¿Liana? —Carraspeé—. ¿Tienes puesto el traje de baño?

—Sí.

Me di la vuelta y la encontré con un bañador blanco y negro de una pieza, su suave piel de marfil ocultaba toda la agitación de su alma y sus perfectas imperfecciones.

—Te queda bien —halagué suavemente.

—Sí.

—¿Te gusta?

Sus ojos dorados miraron los míos.

—Es Chanel. Claro que me gusta.

—Si quieres uno diferente…

—Está bien —interrumpió, con un toque de rosa tiñendo sus mejillas.

Había algo que no me cuadraba, aunque no podía identificar qué era.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De lo que sea que te haya molestado.

—Ja. Estaremos aquí todo el día si empezamos con eso. —Sus labios se curvaron—. Y prefiero aprender a nadar.

—¿Para que puedas saltar al océano y escapar de nuevo?

—Tal vez.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Era la primera que veía en ella y, de repente, sentí como si me hubiera flechado Cupido. Puede que me hubiera sentido atraído por la Liana que conocí hace ocho años, no obstante, conocer a la mujer que *era* ahora me estaba enamorando.

—Todos esos tatuajes en tu espalda. Encontraremos la manera de hacerlos —prometí—. ¿Por qué los narcisos y los pies descalzos?

Se encogió de hombros y la piel que se le erizó en sus delgados hombros se le extendió por los brazos.

—Los narcisos simbolizan el renacimiento y la esperanza, pero también la resistencia. Un día caminaré descalza por un campo cubierto de ellos, más fuerte que nunca.

Sabía que esperaba una reacción, alguna razón para rechazarme, así que fui cuidadoso y controlé mi expresión.

—¿Y el *origami?*

—Quiero convertirme en una experta en hacerlos.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Ladeó la cabeza y miró a lo lejos.

—¿Sabías que la gente solía creer que al doblar mil grullas de papel se cumplían deseos?

—No —admití. Las palabras de Kian resonaron en mis oídos. *Está destrozada*. No hacía mucho que la conocía, pero probablemente podía adivinar lo que desearía.

—¿Lia? —Su cabeza se dirigió hacia mí de golpe—. ¿Está bien si te llamo Lia?

—Supongo.

—Nunca te haré daño ni te retendré, Lia —aseguré suavemente, esperando que pudiera ver la sinceridad en mis ojos.

—¿Estás seguro? —Dio un paso hacia mí, mas se detuvo a medio camino. Era alguien a quien le gustaba mantener su distancia, no es que pudiera culparla después de todo lo que había pasado.

—Sí, estoy seguro.

Dejó escapar un suspiro triste, de esos que pueden hacer pedacitos el alma de un hombre.

—Me estás reteniendo ahora —indicó con fiereza. Las semillas de la duda brotaron—. Me cortaste las alas. Al igual que los demás.

La convicción en las suaves líneas de su rostro me atravesó el pecho. Yo era tan descaradamente malo para ella.

Sin embargo, el enamoramiento era un ser así de egoísta.

DIECIOCHO

LIANA



La vida seguía lanzándome sorpresas, pero esta última parecía diferente a todas las demás. Me sentía completamente fuera de mí.

Después de que Giovanni pronunciara aquella promesa de no hacerme daño, me vi obligada a admitir que él podría ser diferente. Sí, técnicamente me había secuestrado. Sí, no me había dejado otra opción que casarme con él. Pero era diferente porque, a pesar de todas las oportunidades de lastimarme físicamente, no lo había hecho.

De hecho, parecía hacer todo lo posible por ser… amable. Paciente.

No obstante, sabía lo voluble que era la esperanza, el impacto devastador que podía tener en una persona. Así que me negué a pensar demasiado en ello.

En lugar de eso, me centré en la lección que estaba a punto de recibir.

Parada a medio metro del borde de la piscina, aspiré una bocanada de aire, el impresionante tamaño del yate de Giovanni me daba una falsa sensación de seguridad. Mi corazón se aceleró, amenazando con salirse de mi pecho.

—Esto es una mala idea —murmuré más para mí misma que para el hombre que se había tomado dos horas enteras en el desayuno para enseñarme técnicas de natación en YouTube—. ¿Y si me ahogo?

Jalé los tirantes de mi traje de baño negro, agradecida de que el hombre hubiera cumplido. Ya no usaría ropa de hombre, aunque a juzgar por las miradas de Giovanni durante el desayuno, parecía menos que extasiado.

—Podemos hacerlo de dos maneras —explicó, y una parte de mí esperaba que estuviera a punto de continuar con: *olvidémoslo*—. Podemos ir poco a poco, en la parte menos profunda. —Inclinó la barbilla hacia el lado de la cubierta con el *jacuzzi*—. O puedes simplemente arrancar la bandita rápido y lanzarte. Yo te atraparé.

El pánico me arañó el corazón con sus manos invisibles, recordándome mi última experiencia nadando. Aunque sospechaba que tenía más que ver con confiar en alguien que con el ejercicio en sí.

Mis ojos se desviaron hacia el extremo de la piscina para niños con anhelo. No era una cobarde y había sobrevivido a situaciones de mierda inimaginables, aunque en ese momento, esa ruta me parecía la mejor opción. Mental y físicamente.

—Yo entraré primero —indicó Giovanni, dando otro paso hacia el borde de la piscina—. Tú saltas después de mí.

—Estás completamente loco. —Tragué saliva y me enderecé al instante. *«No muestres*

debilidad»—. No dejaré que me atrapes. Sin tocar, ¿recuerdas?

Puso los ojos en blanco.

—Esto no tiene nada que ver con lo sexual, Liana.

Arrugué la nariz.

—Aun así… —Saltó al agua, salpicándome en el proceso, y lo fulminé con la mirada cuando salió a tomar aire, moviendo la cabeza de un lado a otro, con las gotas rebotando en él—. Presumido.

Se rio entre dientes.

—Tú también puedes presumir. —Estiró su mano, pero me di cuenta de que mis pies se negaban a moverse—. Vamos, *Flor Salvaje*. Te atraparé. Te lo prometo.

Tragué saliva.

La confianza no era mi fuerte, obviamente, y vi el momento en que se dio cuenta de que tendría que ofrecerme más.

—Lo juro por la vida de mis hermanos y mi hermana.

—Qué tal si, si no consigues atraparme, los asesino a todos. —Miré por encima de mi hombro, sorprendida de encontrar este lado de la cubierta completamente vacío—. Por cierto, ¿dónde está tu hermano? ¿Y el resto de la tripulación?

—Recibieron instrucciones de mantenerse alejados.

—¿Sabes?, podría matarte.

Las comisuras de sus labios se levantaron y sus siguientes palabras contenían una nota de desafío.

—Tendrás que meterte a la piscina para hacerlo.

Me acerqué y contuve la respiración mientras lo veía levantar los brazos, preparado para atraparme.

Bajé con piernas temblorosas, agarré sus manos y me metí en la parte más profunda. El agua me rozó la garganta y jadeé.

Luché contra las imágenes que inundaban mi mente, las olas golpeándome y arrastrándome a sus frías profundidades, cuando la voz de Giovanni se abrió paso entre ellas.

—Respira hondo y agárrate a mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que sus brazos me rodeaban por la cintura, su calor calmaba la sensación del agua fría de la piscina.

—Lo estás haciendo muy bien —me elogió, y algo en su tono me transmitió paz y confianza. ¿De verdad era tan fácil confiar en alguien?—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

Me aferré a él, aclarándome la garganta, y en lugar de centrarme en emociones complicadas, me concentré en la tarea de agitar las manos y dar patadas con los pies como había visto antes en los tutoriales.

—E-estoy nadando.

Soltó una sonora carcajada que me sobresaltó, y mis ojos se desviaron hacia él. Era la primera vez que veía a un hombre reír tan libre y alegremente. José, el único hombre con el que me molestaba en relacionarme a diario, nunca se reía así.

La piel alrededor de los ojos de Giovanni se arrugó cuando replicó:

—Todavía no lo estás haciendo. Pero pronto lo harás.

Giovanni y yo pasamos la siguiente hora flotando de espaldas, practicando el estilo libre y, mi favorito, estilo pecho. En ningún momento me soltó y, para mi sorpresa, me encontré inclinándome hacia su tacto.

Fue impactante. *Revolucionario*. Y sobre todo… agradable.

Sin embargo, no estaba preparada para evaluar nada de eso.

En vez de eso, me convertí en la mejor alumna, absorbiendo todo lo que me decía o mostraba.

—Bien, es hora de tomar un descanso.

—No —protesté—. Todavía no he llegado sola al otro extremo de la piscina.

—Pero aprendiste a nadar en estilo pecho y a flotar de espaldas cuando necesitas descansar —reprendió—. No te convertirás en nadadora olímpica de la noche a la mañana. —Me empujó hacia el borde y me puso las manos en la cintura.

Me puse tensa y sus movimientos se detuvieron.

—Giovanni…

—¿Sí, *Flor Salvaje*?

Salí de la piscina, con gotas de agua rodando por mi piel. Me di la vuelta y lo encontré de pie con su toalla, secándose. Había que estar ciega para no darse cuenta de que su cuerpo era una obra de arte. Piel bronceada sin fin. Músculos voluminosos. La cantidad perfecta de vello oscuro cubriéndole el pecho y el abdomen, desapareciendo más allá de su traje de baño Tom Ford.

Parecía un dios romano.

—Gracias —murmuré.

Sus ojos brillaban divertidos y su voz ronca me producía escalofríos.

—De nada.

DIECINUEVE

GIOVANNI



En las horas siguientes a nuestras clases de natación, hice algunas llamadas de negocios mientras Liana descansaba, y luego preparé todo para una sorpresa al atardecer.

En cuanto entramos a la cubierta inferior, los ojos de Liana se posaron en los pétalos de narcisos esparcidos por el camino iluminado por velas hasta nuestra mesa. Jadeó, asimilándolo todo, hasta que sus ojos se posaron en el sacerdote que había transportado por aire hasta aquí.

Su expresión de asombro fue rápidamente sustituida por una de incredulidad.

—No, no, no… De ninguna manera… —Sacudió la cabeza, con los ojos clavados en el hombre—. Nunca acordamos una fecha y hora. Absolutamente no.

Nunca había tenido la intención de casarme con una mujer que hiciera cualquier cosa que yo le exigiera, pero joder, no pensé que me casaría con alguien que antes me mataría o se tiraría a un océano para escapar de mí. Sin embargo, había una atracción entre nosotros, y yo había deseado a esta mujer durante los últimos ocho años. Así que no había manera de dejar pasar esta oportunidad. Era un buen punto de partida para este matrimonio.

¿Cierto? Jodidamente cierto.

—Votos sencillos y un anillo de matrimonio, *Flor Salvaje*. No hay nada que temer —le aseguré, aunque a juzgar por el terror en la cara de Lia, era como si acabara de descubrir que yo había asesinado a su persona favorita.

Romeo siendo Romeo tenía que decir algo.

—Aquí vamos. ¿Debería preparar la balsa salvavidas?

Lo fulminé con la mirada, tentado de estrangularlo. Por desgracia, necesitaba un padrino, y él era todo lo que tenía aquí.

Ella se burló, su labio inferior temblando ligeramente mientras murmuraba para sí misma.

—… tiempo de sobra. ¿Cuál es la prisa?

—No tenemos tiempo que perder —respondí, volviendo mi atención a Liana. Esta mujer era despiadada, *peligrosa*, si el hecho de que hubiera eliminado a la mitad de mis hombres la otra noche era un indicio, aunque en ese momento parecía tan aterrada como un cordero a punto de ser sacrificado.

—Tengo sitios en donde debo estar —refunfuñó el sacerdote con impaciencia. No era de extrañar que estuviera tan disponible. Estaba claro que no tenía modales—. No tengo tiempo si alguien está dudando.

—En cuanto esto termine, uno de mis hombres lo llevará de vuelta a tierra firme —declaré, reprimiendo la respuesta mordaz que tenía en la lengua—. Nadie está dudando.

—Podrías haberme engañado —murmuró Romeo.

—Me están entrando muchas dudas —siseó Liana, con la mirada fija con nostalgia en el océano.

—¿Y qué hay de los honorarios que me prometió? —preguntó el sacerdote—. Contaba con eso.

Se me escapó un suspiro sardónico. ¿Por qué un hombre supuestamente devoto estaba tan desesperado por conseguir dinero? Algo me decía que no tendría que escarbar mucho para encontrar lo podrido, sin embargo, él no era mi preocupación esta noche.

—Lo tendrá en cuanto termine la ceremonia.

Aparentemente apaciguado, sus ojos se dirigieron a la futura novia.

—¿Va a ponerse un vestido de novia?

—No —manifestó al mismo tiempo que yo—: Lo hará.

Su expresión se volvió tan sombría que sentí una mueca de dolor de Romeo a mi lado.

Me aclaré la garganta.

—Hay un vestido esperándote ahí adentro.

Hice un gesto con la mano detrás de la pequeña zona del bar que había junto a una puerta cerrada.

Liana me lanzó una mirada, con sus ojos dorados brillando.

—No soy una novia tímida, y definitivamente no soy virgen. ¿Para qué un vestido de novia?

—Quería que tuvieras algo con que recordar este día.

Cruzó los brazos delante del pecho, empujando sus senos hacia arriba.

—Giovanni, me están obligando a casarme. *Otra vez*. ¿Por qué querría recordar esto?

Me miraba fijamente, con la terquedad grabada en cada línea de su rostro. Maldición, era adorable.

—¿Por qué actúas como si fuera una chica normal? Estoy lejos de serlo. No soy dulce ni amable.

—No quiero una chica normal. No quiero una chica dulce. No quiero una chica perfecta. Te quiero a ti, Liana Volkov, porque para mí eres perfecta.

Mierda, estaba siendo muy directo.

—¿Por qué?

—Para protegerte. —Nuestras miradas se cruzaron, la suya brillando en oro y avellana, probablemente tramando cómo convertirse en viuda incluso antes de casarnos.

—Puedo protegerme sola.

—Ponte el vestido, cariño —indiqué, sonriendo alegremente.

—Deberías saber algo sobre mí, Giovanni —objetó, con tono gélido—. No acepto órdenes de nadie, y mucho menos de un hombre.

—No es una orden —aseguré, ignorando su último comentario—. Es una petición. El mundo necesitará convencerse de la boda, y nosotros haremos que suceda. Con fotos. De ti, *vestida de novia*.

Pasó un instante antes de que se diera la vuelta y se dirigiera a la puerta.

—Dos minutos —hablé tras ella—. Por cierto, yo tampoco acepto órdenes.

Me hizo un gesto con el dedo medio por encima del hombro y cerró la puerta tras de sí.

—Con la renuencia de la novia, necesitaré una compensación adicional —comentó el sacerdote, sonriendo débilmente. Si no necesitara al hijo de puta, lo tiraría por la borda. Sea como sea.

—¿Cuánto? —inquirí en tono frío.

—Cien mil.

Dejé escapar un suspiro sarcástico.

—¿Únicamente por leer unos párrafos de las escrituras y declararnos marido y mujer?

—Es una escritura valiosa.

—Bien. —Apreté los dientes.

La puerta de la parte trasera de la cabina se abrió cuando estábamos cerrando el trato con un apretón de manos y justo a tiempo porque, conociendo a Liana, se habría aprovechado de la situación y habría sobornado al sacerdote con una cantidad diez veces superior para librarse de esto.

Me di la vuelta para mirarla y se me cortó la respiración. Era la novia más hermosa que jamás había visto. Me había robado el aliento hace ocho años, pero hoy… Hoy era una mujer que se movía con elegancia y confianza.

Contemplé su larga melena rubia, su piel suave y sus labios rojos como el rubí que se negaban a sonreír. Sus palmas alisaron la suave tela, y fue entonces cuando me di cuenta del temblor de su mano.

El vestido era sencillo, de seda italiana que caía en cascada desde el corpiño hasta la falda, que se movía a cada paso que daba.

—No es Chanel —dijo, pero no había mordacidad en su tono.

Mis labios se curvaron.

—Nunca había conocido a una mujer tan obsesionada con Chanel.

Se encogió de hombros.

—Es clásico.

—Y costoso.

Puso los ojos en blanco.

—Si no puedes costear mis lujos, entonces no te cases conmigo.

Solté una risita.

—Me aseguraré de mantener una cuenta bancaria abundante para satisfacer tus necesidades. —Me dirigí al sacerdote—. Comencemos.

—¿Estás seguro de esto? —Me miró arqueando una ceja—. A mi último marido no le fue muy bien.

Maldita sea, era encantadora.

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida.

—Al menos uno de nosotros piensa así —argumentó—. Sin embargo, no olvidemos una cosa. En realidad, varias cosas. —Me rasqué la barba incipiente de la mejilla, esperando—. No quiero que te metas en mis negocios. Son míos, y yo soy quien manda cuando se trata de ellos. —*Ah*, así que se dio cuenta de que nunca concluimos estos temas la última vez.

—Trato hecho. —Por lo que me importaba, ella también podía dirigir el Cártel Tijuana.

—Amara… —La vi esforzarse por formar las palabras—. Quiero que tenga libre acceso a mí.

Asentí y rodé la mano como diciendo: *¿Algo más?*

—José, mi mano derecha, lo quiero.

Los celos al rojo vivo me invadieron.

—Sobre mi cadáver. Acordé que iríamos despacio, pero que me parta un rayo antes de permitir que otro hombre toque lo que es mío.

Se quedó quieta y soltó un suspiro frustrado.

—Por el amor de Dios, no de esa manera. Necesito su ayuda para continuar mi… —Sus ojos se desviaron hacia el sacerdote que seguía nuestra conversación con interés—. Mis asuntos. Solo

eso.

—De acuerdo. —Acepté—. Es justo, teniendo en cuenta que tengo a mi mano derecha conmigo. —La sorpresa brilló en sus ojos, pero antes de que pudiera decir algo más, añadí—: Ahora, no más retrasos.

Avanzó unos pasos más y se colocó a mi lado, con mis ojos clavados en ella. Aunque quisiera, y no quería, no podía apartarlos.

—¿Por qué me miras así? —murmuró.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras planeando *nuestro* para siempre.

Sonreí ante su perspicacia, reconociendo que era su atributo más peligroso. Veía demasiado.

—No hay nada malo en que sea para siempre. —Antes de que pudiera darle la oportunidad de rebatir esas palabras, le dije al cura—: Puede empezar.

Sus palabras llenaron el fondo de la cubierta cuando empezó a hablar sobre el matrimonio y el significado de los votos. Mi hermano se movió sobre sus pies como si esperara estallar en llamas al menor movimiento.

—¿Le gustaría decir algunos votos? —animó el sacerdote.

Lia sonrió con dulzura, aunque en sus ojos brilló un trueno y me fulminó con la mirada.

—Discúlpeme, no tuve la oportunidad de escribir mis propios votos.

Mi padrino soltó una carcajada que no consiguió más que hacerla fruncir más el ceño.

—Me tomé la libertad de escribir algunos para ti. —Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué una hoja de papel—. Creo que te encantarán.

Frunció el ceño al extender el papel y hojear los votos que le había escrito mientras se cambiaba.

Resopló.

—De ninguna maldita manera voy a decir algo de esto.

—Puedes hacer algunos cambios. —Sonreí, levantando una ceja—. Pero mantén la esencia intacta.

Los ojos de Lia se cruzaron con los míos y sus mejillas se tiñeron de carmesí, probablemente porque se estaba imaginando lo que yo había escrito allí. Era la segunda vez que la veía sonrojarse y tenía que reconocer que era jodidamente adictivo.

Se aclaró la garganta, su máscara gélida cayendo en su lugar mientras se recomponía.

—¿Qué tal si acepto que nos tengamos respeto mutuo?

Romeo ahogó su risa a mi lado.

Me incliné hacia adelante para que mis labios casi rozaran su oreja.

—Supongo que eso bastará. Por ahora.

El sonido de su respiración entrecortada me hizo sonreír.

Carraspeó incómoda, con las mejillas teñidas de rojo.

—Será mejor que lo aceptes ahora que es lo mejor para ti. —Me enderecé, y mis ojos se desviaron hacia sus pechos, que subían y bajaban rápidamente—. Y no pienses ni por un segundo que me pondré un anillo.

—Está bien, *Flor Salvaje*. Todo el mundo sabrá ya a quién perteneces.

El sacerdote intervino, moviéndose incómodo sobre sus pies, y yo le hice un gesto con la cabeza.

—Puede empezar, padre.

No perdió el tiempo, probablemente ansioso por salir de este barco de una maldita vez.

—Giovanni Agosti Tijuana, ¿aceptas a Liana Volkov —el sacerdote levantó los ojos, pero

cuando se encontró con mi mirada fría, los apartó—, como tu legítima esposa, para vivir juntos en sagrado matrimonio, estar siempre contigo, en la salud y en la enfermedad, renunciando a todas las demás, mientras ambos vivan?

—Acepto.

Mi respuesta fue rápida y firme.

Siempre supe que era a ella a quien quería. Todas sus angustias. Todas sus pesadillas. Todo su dolor.

Después de todo, había permanecido en las sombras durante años, esperando la oportunidad de reclamarla.

El sacerdote se dirigió a Liana y ella se agitó, ligeramente incómoda bajo su escrutinio silencioso, y un gruñido de advertencia vibró en mi garganta. Me negaba a tolerar que alguien, incluyendo al sacerdote, incomodara a Liana.

—¿Tú, Liana Volkov —se aclaró la garganta incómodo—, aceptas a Giovanni Agosti Tijuana como tu legítimo esposo para vivir juntos en sagrado matrimonio, estar siempre contigo, en la salud y en la enfermedad, renunciando a todos los demás, mientras ambos vivan?

Liana dejó escapar un suspiro frustrado, luego puso los ojos en blanco.

—Bien.

El cura me miró, luego a ella, antes de decir:

—Necesito las palabras.

Liana lo fulminó con la mirada.

—Sí, acepto.

Girándome hacia Romeo, tomé dos anillos. Una sortija de oro amarillo con diamantes de eternidad y una sortija sencilla a juego, sin diamantes. Tomé la elegante mano de Lia entre las mías y le coloqué el anillo en el dedo. Puse el otro anillo en la palma de su mano y observé cómo lo deslizaba en mi dedo.

—Ahora los declaro marido y mujer —pronunció el sacerdote—. Puedes besar a la novia.

Volteé hacia Lia y una ligera expresión de terror ensombreció su rostro. Sosteniéndole la mirada, tomé su mejilla con suavidad, ignorando cómo temblaba, y presioné mis labios cálidos contra los suyos fríos.

Suavemente. Tranquilamente. Con ternura.

Mis labios se moldearon contra los suyos, cada vez más exigentes, y ella se estremeció ligeramente antes de retirar bruscamente su mano y abofetearme.

Abrí los ojos de golpe y me aparté de ella. *Apenas*.

Nos quedamos allí, mirándonos furiosamente el uno al otro, mas no pude evitar deleitarme con el hecho de que me hubiera tocado. Ella. Me. Tocó. Carajo. *Voluntariamente*.

Y maldita sea, me hizo sentir estúpidamente alegre. Ella *eligió tocarme*.

VEINTE

LIANA



Mi mente había estado reproduciendo el beso durante horas, mis labios hormigueaban incluso en este instante. La boca de Giovanni había sido cálida y suave, a diferencia de las experiencias que había tenido en el pasado.

Romeo había sido el que más había hablado desde que el sacerdote se marchó, y a mí me estaba empezando a doler la cabeza.

Los tres estábamos sentados alrededor de la mesa de la sala compartiendo una cena de celebración. Era íntima y muy diferente de mi primera boda. No es que quisiera repetir aquel desastre.

Había narcisos blancos por todo el lugar y la puesta de sol proyectaba tonos naranjas, rojos y amarillos sobre los *origamis* de todas las formas y tamaños que había esparcidos por la mesa. No sabía muy bien cómo sentirme, sin embargo, lo que más me impactó fue que Giovanni consiguiera… sorprenderme. Tal vez incluso impresionarme.

Nadie se había esforzado tanto por mí. Los ojos me ardían con lágrimas que sabía que no saldrían. Ardían, calientes e implacables, como si mi cuerpo intentara expulsar algo, pero yo no pudiera liberarlo, no encontraba cómo. Mi barbilla temblaba, un temblor que no podía controlar, mi respiración entrecortada en jadeos superficiales y frenéticos. Todo me parecía demasiado estrecho, demasiado apretado. No podía tragar. No podía respirar.

Sin pensarlo, me levanté de golpe. La silla se cayó hacia atrás con un violento golpe que sonó demasiado fuerte, como si el mismísimo mundo se viniera abajo en ese instante. El corazón me latía con fuerza en el pecho, el golpe acelerado retumbaba en mis oídos, ahogando todo lo demás.

—Me iré a la cama. —La boca de Giovanni se torció y rápidamente añadí—: Sola.

No pareció desanimarse. En lugar de eso, tomó mi mano entre las suyas y se la llevó a los labios muy despacio, sin apartar los ojos de mi rostro, y me besó con la boca abierta en el punto del pulso de la muñeca. Sentí que me temblaban las piernas, como si no fueran mías.

—Que pases una buena noche… esposa.

Lo miré a él y a su hermano, luego me di la vuelta y salí corriendo, necesitando esconderme de mi propia confusión emocional que amenazaba con asomar su horrenda cabeza. Este hombre era una ilusión. La esperanza era una ilusión. El pánico me subió por la garganta y un sabor amargo me llenó la boca. Intenté agarrar algo, cualquier cosa, mas mis manos eran inestables, inútiles.

No podía confiar en él. No podía confiar en nadie.

Sí, tal vez era una estupidez. Sin justificación. Sin embargo, no podía evitarlo, igual que un ser humano no podría evitar que se produjera una avalancha. No podía moverme lo suficientemente lejos ni lo suficientemente rápido para escapar de lo que fuera esto, de lo que me estaba comiendo viva desde el interior. Todo lo que había estado guardando dentro de mí durante días, semanas, meses, años, se vino abajo y me tambaleé con su fuerza.

Estiré una mano para agarrarme a la barandilla.

Un relámpago brilló, rasgando el cielo oscuro. Igual que este dolor en mi interior.

Necesitaba retirarme a mi propia mente, donde únicamente residían la oscuridad y la paz. Por primera vez en años, las lágrimas mancharon mi rostro. Mis respiraciones se volvieron cortas y pesadas, mi pecho aún más pesado. Caía más profundamente en la oscuridad, desesperada por dejar de sentir.

No quería sufrir. No quería ser consumida.

Agarrada al frío metal de la barandilla, intenté buscar consuelo en la luna que se reflejaba en la oscura superficie del océano. En su lugar, vi la imagen distorsionada de mis pesadillas, mis pecados y esperanzas observándome fijamente, burlándose de mí.

Me dolía. Me dolía muchísimo, pero no sabía cómo sanar. No sabía cómo seguir adelante. No sabía cómo arreglar los errores que había cometido. No sabía nada.

Levanté mi rostro hacia el cielo, inhalé profundamente y después *grité*. Todo mi dolor y mi furia brotaron de mi alma.

Grité y grité y grité.

Hasta que se me irritó la garganta.

Hasta que me zumbaron los oídos.

Hasta que unas enormes y cálidas manos me estrecharon contra un pecho firme, murmurando palabras que no entendía.

Entonces, de repente, mis pies abandonaron el suelo y me vi envuelta en unos brazos cálidos, acurrucada junto a un latido constante.

Giovanni me cargó de vuelta al camarote, mientras mi mente seguía tambaleándose por las intensas emociones. ¿Qué me estaba pasando? ¿Estaba teniendo un ataque de pánico?

Yo no era así.

—*Shh.* Puedes dejarlo ir. —Apreté mis ojos con fuerza, avergonzada de que me vieran así—. No pasa nada. Te tengo.

Sus palabras susurradas me tentaron a soltarme. Quería ser mejor. Y sobre todo, quería ser normal.

Siguió caminando hasta que estuvimos en su dormitorio, sin detenerse hasta que estuvimos en el baño. Nos vi en el espejo.

Yo, totalmente desarreglada y de aspecto frágil, con el vestido de novia blanco arrugado como mi estado de ánimo.

Él, en cambio, parecía completamente cuerdo, elegante e impecable.

Abrió el grifo, ajustó la temperatura y se acercó a los productos de baño que había pedido para mí antes de echar uno con aroma a flores silvestres.

—¿Con o sin ropa? —me preguntó, buscando mi mirada en el espejo.

Mi respuesta fue un susurro áspero.

—Con.

Sin más preámbulos, Giovanni me metió suavemente en la bañera, con el agua tibia empapando el vestido nuevo. Se enderezó, se quitó los zapatos y los calcetines y luego me sorprendió deslizándose en la bañera detrás de mí.

Debíamos de vernos ridículos, los dos vestidos, empapados y sumergidos en el agua. El silencio se prolongó, el agua que salía del grifo era el único sonido que vibraba contra los azulejos.

—¿Qué pasó?

Su pregunta en voz baja vibró contra mi espalda mientras yo miraba fijamente el inmaculado diseño de azulejos que tenía enfrente. ¿Sería capaz de encontrar el valor para abrir la puerta que había estado cerrada durante tanto tiempo que casi había quedado sellada? Abrirla significaba ser vulnerable y confiar, y no estaba segura de poder hacerlo.

—¿Casarte conmigo provocó algo? —Lo dijo en voz baja, pero clara, y la empatía que creía haber perdido hacía tiempo brotó. A pesar del secuestro y las nupcias forzadas, no quería que se culpara a sí mismo.

—Ver los narcisos y el *origami*… el esfuerzo que habrías hecho para conseguirlos… desencadenó algo —musité entrecortadamente.

—¿No te gustó?

Consideré la mejor manera de responderle sin revelar demasiado. No estaba preparada para enfrentarme a mis miedos.

—Me gustó —admití.

Siguió otro rato de silencio.

Empezó a pasarme los dedos por el cabello, mojándolo, y luego tomó el champú.

—¿Te parece bien si te lavo el cabello?

Me parecía una tontería negárselo, teniendo en cuenta que ambos estábamos en la bañera, aunque al mismo tiempo, la intimidad de la acción… No sabía si podría soportarlo.

No obstante, por primera vez en mi vida, algo cambió. Quería aprender, enfrentarme por fin a los demonios de los que había estado huyendo tanto tiempo.

Quería dejarme llevar.

VEINTIUNO

GIOVANNI



—Lia… —Suavicé mi voz y sus ojos color avellana se desviaron sobre su hombro—. Puedes decir que no.

Asintió con la cabeza, suspirando cansada.

—Puedes lavarme el cabello.

—¿Estás segura?

Incluso desde mi ángulo, pude ver el obstinado fruncimiento de sus labios.

—Sí, estoy segura.

Vertí el líquido en la palma de mi mano y la acerqué a su cabeza.

Se puso rígida, pero mantuve mis movimientos controlados y lentos. Empecé a masajearle el cuero cabelludo con el jabón y, a cada segundo que pasaba, sus hombros se hundían hasta que sus músculos se relajaron por completo.

—Sabes, tu cabello fue lo primero en lo que me fijé cuando te vi hace ocho años. —Se giró y me miró con expresión de confusión.

—La noche que te casaste con Santiago… —Una expresión sombría pasó por sus rasgos—. Lo dejaste noqueado.

—Fue lo mejor de mi matrimonio. —Se volteó, apartándose de mí, pero no antes de que viera su expresión angustiada—. Claro que no tardó en darse cuenta.

Su voz era quebradiza, atormentada.

Tomé su barbilla entre mis dedos y la giré con delicadeza para que me mirara. Intentó mantener la máscara en su sitio, mas yo podía verlo.

Los recuerdos se estaban aproximando. En sus ojos llevaba más dolor del que una persona debería soportar jamás.

—Está muerto. Ya no puede hacerte daño.

—No le tengo miedo. —Tragó saliva—. Me dan más miedo… otras cosas —admitió a regañadientes.

Normalmente escondía esta parte de sí misma tras muros gruesos, pero en ese mismo momento, la vi desnuda. Y cuanto más la observaba, más quería protegerla.

—¿Qué cosas?

—Las cosas que he hecho.

—¿Como *Marabella*?

Su mirada pareció nublarse y se estremeció entre mis brazos.

—Entre otras.

Sentí como si se estuviera desgarrando a sí misma usando sus propios recuerdos como un cuchillo. El hecho de que los fantasmas la atormentaran me decía más de lo que nunca me había dicho.

—¿Lia? —Ni siquiera parpadeó—. Esto suena cursi, pero podría valer la pena hablar con alguien.

Había tantas cosas en su pasado que estaban borrosas, y sospeché que eran demasiado dolorosas. Si bien estaba acostumbrada a luchar sola contra sus demonios, yo quería ayudarla. Ya era mi esposa y estaba bajo mi protección, lo que significaba que esos demonios podían irse a la mierda.

Con el permiso de mi esposa.

—Estoy hablando contigo —señaló.

Mis labios se crisparon.

—Te lo agradezco, y si quieres hablar conmigo, siempre estaré aquí. No obstante, un profesional también podría ayudarte…

—¿A compartimentalizar? —preguntó.

—No, no exactamente. No es un mecanismo de supervivencia fiable. Iba a sugerirte que hablaras con alguien que pueda ayudarte a aceptarlo todo. Para matar a tus fantasmas y demonios, entre otras cosas. —Sonreí.

—¿Mis pecados?

Mi sonrisa se desvaneció.

—No, olvídate del bien y del mal. Olvídate de los pecados.

Estaba demasiado enfocada en las cosas malas que había hecho, ignorando por completo el hecho de que se había visto obligada a hacer esas cosas para sobrevivir. El que sobreviviera a Santiago y a Perez siendo tan joven era bastante impresionante.

—Pero…

—Liana, tus instintos de supervivencia entraron en acción, son los que guiaron la

mayoría de tus decisiones. Protegiste a tu hija. —Ella no estuvo de acuerdo ni en desacuerdo, no es que esperara que lo hiciera. Sí, mis palabras tenían sentido, aunque aceptarlas era algo totalmente distinto—. Una terapeuta puede hablar de cualquier otra cosa que quieras discutir.

—¿Te refieres a las cuentas y los impuestos?

Solté una carcajada ahogada.

—Si quieres.

Permaneció en silencio, y yo continué lavándole el cabello, enjuagando el champú antes de aplicar el acondicionador y hacer lo mismo.

—Sabes, tu gemela mató a Santiago. —Giró la cabeza bruscamente y sus ojos se clavaron en mí.

—¿Por qué?

—Quería vengarte.

Frunció el ceño.

—¿Cómo es que eso no es de conocimiento público?

—Porque solamente ella y yo sabemos la verdad. —Recordé cómo me dio un vuelco el corazón la primera vez que vi a Louisa—. Santiago intentó matarla, pero se nos ocurrió un plan mejor.

Se quedó quieta, dejando que el silencio dominara la habitación mientras procesaba las palabras.

—¿Cómo está? —inquirió en voz baja—. Ella y Kingston… ¿Tienen una vida feliz?

—No lo sé —admití—. Por lo poco que sé, se encontraron hace poco. Algo que ver con la amnesia de Louisa.

—¿Amnesia?

Asentí con la cabeza.

—No conozco los detalles. —No mucha gente lo sabía—. Sé que cuando la conocí, ella pensaba que eras tú.

La espalda de Liana se enderezó al sentarse.

—¿Qué?

—Es algo de lo que puedes hablar con ella cuando la veas. —Reanudó su silencio, y la observé tomar el agua con inquietud, dejándola fluir entre sus dedos—. Volviendo al tema de la terapeuta. Es conocida como la doctora Freud.

Puso los ojos en blanco ante el irónico nombre y luego se burló en voz baja.

—No dejas pasar las cosas, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—A veces sí. Sobre todo con mis hermanos.

—¿Cuántos tienes?

—Dos hermanos menores y una hermana que es la más joven de todos nosotros.

—Yo solamente tuve a Louisa mientras crecía —murmuró.

—Lo sé.

—Mi padre tuvo otros… hijos. —La amargura se deslizó por su tono—. Ellos no cuentan.

—Eso podría cambiar en el futuro. No debemos atribuir los errores de nuestros padres a sus hijos.

De pronto, se levantó, con el vestido de novia empapado y abrazando sus curvas esbeltas. Salió de la bañera sin decir palabra y me miró por encima del hombro.

—Hablaré con tu terapeuta, Giovanni. —Agarró una pijama, unos *shorts* negros y una camiseta de tirantes blanca, y se dirigió a la zona de la regadera en busca de privacidad, pero antes de cerrar la puerta añadió—: Una vez.

VEINTIDÓS

GIOVANNI



Había pasado más de una semana desde nuestra boda y habíamos caído en una rutina. Programamos una cita para que Lia viera a la doctora Freud en cuanto llegáramos a Boston.

Pero hasta entonces, teníamos una especie de hábito.

Desayunábamos juntos y luego pasábamos la mitad del día en la oficina, donde ella se ocupaba de sus negocios con José por teléfono y yo de los míos. Su socio había estado rastreando por todo el mundo desde que la traje a mi barco y, cuando hablaba por teléfono con Lia, intentaba localizarla. Por suerte, mi *software* creado privadamente hacía un trabajo excelente para que fuera imposible localizarla.

Normalmente pasábamos las tardes practicando su natación. Sin embargo, hoy llovió, así que la sorprendí con un libro de instrucciones para hacer *origami*. No había nada que Lia no pudiera hacer. Al igual que se destacaba en natación, aprendió rápidamente las técnicas de plegado de papel. A mí, en cambio, me costaba mucho trabajo, mis manos eran demasiado grandes y torpes. Mas no me importaba, porque mi esposa se acercaba y tomaba mi mano, demostrándome cómo hacerlo correctamente.

Repito: mi esposa me tocaba voluntariamente.

Joder, era increíble, pero a juzgar por las frecuentes miradas de mi hermano, no estaba tan impresionado como yo.

No importaba, porque a partir de ese momento, practicaríamos *origami* todos los días. Lloviera o brillara el sol.

El viaje de vuelta a Boston duró aún más porque teníamos que hacer varias paradas relacionadas con asuntos del Cártel Tijuana. De hecho, aún no habíamos llegado a la costa de Florida. Había ciertos cargamentos, concretamente armas, en el Caribe que prefería gestionar personalmente. Y luego estaba el hecho de que quería mantenerla en este yate y alejada de todos los demás el mayor tiempo posible.

Volvía a mi oficina cuando escuché un ruido proveniente de la habitación de Liana. Me detuve y miré el reloj. Era la una de la madrugada y Liana dormía. O al menos así era la última vez que la había ido a ver.

Suponiendo que había imaginado el sonido, reanudé la marcha con la cálida brisa golpeándome, pero entonces un grito estrangulado se escuchó fuerte y claro, y me quedé paralizado.

Me detuve frente a la puerta y escuché, reacio a perturbar su sueño. Justo cuando estaba a

punto de alejarme de la puerta, convencido de que era el aullido del viento, sonó otro grito.

Me di cuenta de que era otra pesadilla.

Había visto a Lia agitarse de vez en cuando, atormentada por lo que fuera que rondaba sus sueños. La primera vez que ocurrió, acaricié sus mechones rubios y eso la calmó.

Rodeé el picaporte con una mano y abrí la puerta suavemente. Avancé con pasos ligeros en la oscuridad de la habitación, donde la luna la iluminaba con su resplandor.

Cuando se abrió, ella lanzó otro grito ahogado y yo corrí hacia la cama. Yacía enredada en medio de la cama, retorciéndose, empapada en sudor. Había tirado las mantas a un lado y únicamente tenía puestos los *shorts* y la camiseta de tirantes que solía usar para estar más cómoda. Tenía la cara retorcida por la agonía, el cuerpo rígido y enroscado sobre sí mismo, los músculos tensos y contraídos como si se preparara para un golpe.

Tan silencioso y suavemente como me fue posible, apoyé la rodilla en la esquina del colchón y tomé sus mechones rubios.

—*Shhh.* —Arrullé—. Estás a salvo.

Respiraba con dificultad y sus quejidos eran cada vez más fuertes.

Con cuidado, estiré la mano y acaricié su cabello sedoso.

—Lia —susurré, intentando que se despertara sin sobresaltarla. Se revolvió contra el colchón mientras murmuraba repetidamente que *no*, con el cabello húmedo. Mi mano bajó por su cuello hasta llegar a su hombro y le toqué el cuello—. Lia —repetí, esta vez un poco más fuerte. Odiaba cómo temblaba su cuerpo y el terror que se reflejaba en su rostro—. Despierta.

Se sobresaltó bruscamente y soltó un fuerte grito ahogado. Tenía los ojos desenfocados, mirando de lado a lado. Era como si no pudiera verme.

Se quedó inmóvil un instante y luego se abalanzó sobre mí. Todo sucedió muy rápido. De repente estaba de espaldas y ella a horcajadas sobre mí con un cuchillo presionándome el cuello. ¿De dónde carajo había sacado una navaja suiza?

—Lia —llamé, con voz suave. Me clavó el cuchillo en el cuello y sentí cómo un líquido caliente se deslizaba por mi garganta—. Lia —repetí—. Despierta, *Flor Salvaje*. Soy yo.

Se quedó quieta, parpadeando furiosamente, y vi cómo la niebla se disipaba lentamente hasta que me reconoció.

Entonces, un sollozo desgarrador brotó de su garganta.

LIANA

El pánico me ahogó y empecé a temblar, viendo la sangre correr por la garganta de Giovanni.

«Yo hice eso».

—Estás bien —murmuró—. No fue más que un sueño.

No fue solo un sueño, fue una pesadilla, un mosaico retorcido de devastación, los fantasmas de pecados pasados y el agudo aguijón de la pérdida.

Apreté los ojos, intentando alejar las imágenes. Cerrarles la puerta y seguir adelante. Tenía que olvidarlo todo.

—Lia, abre los ojos. —La convincente voz de Giovanni penetró en mi mente rota—. Vamos, déjame verlos.

Y lo hice, aunque mi cuerpo se negaba dejar de temblar.

—Esposo —dije entre dientes rechinantes, desesperada por serenarme. No me gustaba que nadie me viera así.

Sus ojos verdes me miraron y sonrió.

—Así es.

Inhalé profundamente antes de exhalar lentamente. Nos miramos fijamente, con todos mis demonios y pecados al descubierto para que él los viera. Aunque, de algún modo, no parecía importar.

Giovanni se sentó sobre sus piernas, observándome con el ceño fruncido. Sus ojos se clavaron en los míos, el pánico y los fantasmas me arañaban el pecho. Luchaba contra ellos, decidida a no dejarlos ganar, pero últimamente parecían triunfar sin esfuerzo.

Durante el día, creía que el progreso y la victoria eran míos, pero por la noche… era otra historia.

—¿Quieres hablar de ello? —Ofreció, mis ojos clavados en la sangre que tenía en el cuello.

Negué con la cabeza.

—Déjame limpiar la herida —indiqué y él asintió. Entramos al baño, sacó un botiquín de primeros auxilios y me lo dio. Lo coloqué sobre el mostrador y examiné el contenido. Mientras buscaba el agua oxigenada y una curita, musité—: Lo siento.

Las palabras me resultaban extrañas. No recordaba la última vez que me había disculpado con alguien.

—No es necesario. Tuviste una pesadilla.

Su cálida palma se posó en mi hombro, algo reconfortante en su tacto. Y fue entonces cuando me di cuenta. Cada vez me sentía más cómoda con el tacto de Giovanni.

Dejando a un lado aquella revelación por el momento, le limpié la cortada, pero cuando abrí la bandita, me detuve. No era la típica que estaba acostumbrada a ver, sino una de colores con pequeñas… La acerqué para verla mejor… huellas.

—Son huellas de perro.

Le lancé una mirada interrogante, pero me encogí de hombros. Quizás a Giovanni le gustaban los perros. No es que yo supiera mucho de él.

Puse la curita sobre la herida y la examiné clínicamente.

—Adelante, puedes reírte —indicó, con sus ojos centelleando sospechosamente.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué iba a reírme?

—Porque tengo una bandita para niños pequeños en el cuello. —Hizo una mueca—. Ahora debo de verme especialmente irresistible.

Mi boca se retorció y me encontré relajada.

—¿Buscas un cumplido?

Dejó escapar una risa estrangulada.

—Tal vez.

Sacudí la cabeza.

—Te corto el cuello y quieres un cumplido.

Me dedicó una sonrisa irresistible.

—Prioridades.

Había algo en su expresión que encendió mi corazón de emociones. Por un momento, ninguno de los dos nos movimos, y me encontré acercándome a su cuello. Tracé el contorno de la bandita con el dedo y, por primera vez en mucho tiempo, disfruté de la proximidad de un hombre.

Mi respiración se aceleró y un anhelo desconocido se desplegó en la boca de mi estómago. Pero entonces recordé el sueño y al instante me invadió una sensación gélida.

—No tienes nada que temer de mí, Lia.

Lo más aterrador era que le creía. Confianza y esperanza, dos malditas cosas que podían destrozarte tan fácilmente.

—Quizás haya algo que debas temer de mí, Giovanni —afirmé con naturalidad.

No parecía preocupado.

—¿Temer a mi esposa? Jamás.

—He matado a muchos hombres.

Se rio entre dientes.

—Yo también.

Era evidente que nuestro sentido de la moralidad estaba torcido, no obstante, sabía que había ciertas líneas que hombres como Giovanni y la *Omertà* no cruzaban. Yo, en cambio, las había cruzado. Y temía que, si me ponían en la misma situación, volvería a hacerlo. Las espinas de sangre se habían enterrado tan profundamente dentro de mí que ninguna purificación podía alcanzarlas. Ninguna cantidad de peróxido o vendas podría curar esas heridas.

—¿Pero también has causado la muerte de mujeres y niños inocentes? —indagué, preparándome.

Sin embargo, Giovanni me sorprendió, como parecía hacer a menudo.

—Las decisiones tomadas por todos los mafiosos han causado la muerte de inocentes, incluidas las de mujeres y niños. Una pistola vendida ilegalmente afectaba a un inocente de un modo u otro. El tráfico de drogas destruye no solo a los consumidores, sino también a sus familias. ¿*Me juzgas*?

La tensión de su voz dominó a mis demonios. Al menos por ahora.

—No.

Ladeó la cabeza, sin decir nada durante un buen rato.

—Entonces, ¿quién soy yo, o cualquier otro miembro de la *Omertà*, del Cártel o de cualquier otra organización criminal, para juzgarte?

Me quedé quieta, con todos los nervios del cuerpo en alerta.

Sus palabras movieron algo dentro de mí. No sabía lo que era, pero parecía ser exactamente lo que necesitaba escuchar.

—Soñé… que te mataba. —Me tragué un nudo en la garganta—. Quería protegerte, pero…

Ni siquiera pude terminar la frase.

Me estudió en silencio.

—¿Y cómo te sentiste al respecto?

—No me gustó mucho. —Tan solo de pensar en aquel sueño, el dolor me atravesaba el pecho. Sus labios se movieron, mas antes de que pudiera decir algo más, continué—: No creo que sea seguro que durmamos en la misma habitación.

Aunque Giovanni no dormía en la cama conmigo, se negaba a quedarse en otro dormitorio, alegando que necesitábamos compartir al menos algo para que el matrimonio fuera legítimo. Por supuesto, los dos sabíamos que era un mentiroso. La primera noche apenas pude pegar un ojo, sin embargo, a medida que pasaban las noches y él no intentaba nada, me fui relajando poco a poco.

—Puedes esposarme —sugirió.

Puse los ojos en blanco.

—Te ataqué. Probablemente sea más seguro que tú me esposes a mí.

El corazón me dio un vuelco con la oferta. Sinceramente, ni siquiera estaba segura de dónde había salido o cómo se habían pronunciado esas palabras.

Su mandíbula se tensó un poco, pero para mi alivio, negó con la cabeza.

—No lo creo. —Respiré agitadamente y luego exhalé con alivio—. Ahora vamos a intentar dormir un poco.

VEINTITRÉS

GIOVANNI



Me desperté al amanecer, solo había dormido apenas tres horas.

Al girar la cabeza hacia el sonido de una suave respiración, encontré a Lia acurrucada sobre sí misma y con la mejilla apoyada en sus manos cruzadas. Su rostro, parcialmente oculto por su cabello dorado, la hacía parecer un ángel.

Después de curarme la cortada, nos fuimos a dormir. Me gustaba compartir la habitación con ella, su olor perfumando el aire. Me tranquilizaba.

Me levanté, me di una ducha rápida y me dirigí a mi oficina.

Romeo estaba allí, tumbado en el sofá, viendo el partido de los Red Sox de Boston contra los Yankees. Una repetición. Era el pasatiempo favorito de mi hermano, aunque solamente Dios sabía por qué.

Miró hacia mí mientras me hundía en el asiento detrás del escritorio y agarraba la *laptop* protegida que guardaba aquí.

—¿A qué viene esa bandita ridícula? —preguntó Romeo, señalando mi cuello.

—Me corté al afeitarme.

Romeo se recostó, con las cejas levantadas.

—Sí, claro, te ves *muy* afeitado.

Ignoré su comentario y me senté en el escritorio.

—¿No deberías estar trabajando?

—Lo estoy.

—A mí no me lo parece.

—Las apariencias engañan.

—Lo dudo.

Romeo se quedó callado un momento, y eso no solía ser buena señal.

—Mírate en el espejo, hombre. Dices que te cortaste afeitándote, pero tienes barba de tres días. —Se rio entre dientes—. Como dije, las apariencias engañan.

Me reí y centré mi atención en la pantalla. Siguió viendo el partido de béisbol y nos quedamos un rato en silencio.

—Tienes la paciencia de un santo.

—La verdad es que no.

Se burló.

—No hay demasiados esposos dispuestos a dormir en el sofá durante su luna de miel o a aguantar a una esposa que intenta rebanarles el pescuezo.

—No fue su intención.

Romeo se echó a reír.

—*Claro*. —Y luego se puso serio—. ¿Lo dices en serio?

—Ella tiene pesadillas. Creía que me estaba protegiendo.

Sacudió la cabeza.

—Jesucristo, realmente estás hablando en serio. Estás jodidamente loco por su coño, excepto que ni siquiera has tenido su coño todavía.

Seguí tecleando.

—Vete a la mierda, Romeo. Y si vuelves a mencionar a mi esposa y la palabra coño en la misma frase, recibirás una paliza.

—Anotado.

Puse los ojos en blanco.

—Ahora dime, ¿te pusiste en contacto con Asher?

Asher Varangr era algo así como un pirata, cazador de tesoros y, se podría decir, un criminal. No hacía demasiados negocios con él, aunque de vez en cuando me ponía en contacto para obtener ciertos artefactos raros que no se podían conseguir por vías legales.

Como hoy.

Sería un trato de una sola vez, y probablemente no volveríamos a saber el uno del otro hasta dentro de un año, cuando él necesitara armas y yo otro artefacto raro.

—Sí, nos está esperando en Cuba. Y antes de que preguntes, sí, también hablé con los corsos. Están alineados para la entrega justo después de Asher.

—Bien. —Habíamos empezado a entregar productos a los corsos seis meses atrás y había resultado lucrativo, si tan solo esos idiotas se pusieran las pilas—. ¿A qué hora está previsto que dejemos las cajas?

No apartó la vista de la pantalla del televisor.

—A las ocho.

Bien, prefería hacer todos mis negocios por la mañana.

—Llevaremos el bote pequeño a la orilla —le dije.

Esta vez me miró.

—¿Crees que huirá si atracamos?

—No lo hará. —En realidad, no lo sabía, mas no quería admitírmelo, y menos a él—. Pero no me arriesgaré. Lleguemos allí primero, ¿de acuerdo?

LIANA

—¡Jefa!, ¿me estás escuchando? —La voz de José retumbó al otro lado de la línea.

Enderecé la espalda y aparté mis pensamientos sobre Giovanni. No lo había visto en todo el día, y su ausencia me estaba carcomiendo, dándome vueltas en la cabeza. No era una sensación con la que estuviera familiarizada.

Me había arreglado las uñas. Había hecho suficiente *origami* como para desbordar un contenedor. Así fue como me encontré en su oficina, pero él no estaba aquí como yo esperaba.

—Sí, José, no hace falta que grites —respondí. La lluvia constante me rodeaba, el sonido me tranquilizaba. Era como estar bajo la protección de un paraguas—. Ahora, ¿puedes repetir lo que dijiste?

Su suspiro pesado llenó la línea.

—¿Te secuestraron o no? —exigió saber—. ¿Por qué está apagada tu ubicación?

Quería conseguir un grupo de hombres y venir a buscarme. Excepto que él no tenía ni idea de dónde estaba, y yo tampoco. Decirle que estaba flotando por el océano no iba a aclarar mucho las cosas.

—Probablemente es obra de mi secuestrador. Y sí, me secuestraron, pero…

—Entonces debería ir a buscarte.

—No. —Mi voz era suave, pero el mensaje no era negociable—. Todavía no. Si te necesito, encontraré la forma de hacerte saber mi ubicación.

—He estado como loco buscándote. Es como si hubieras desaparecido sin dejar rastro.

—Lo sé. Desde luego que no estaba en mis planes que me secuestraran de esa manera —suspiré cansada. El aire del mar sin duda tenía una manera de cansar a una persona—. Ahora, dime qué hay de nuevo con nuestro negocio.

—Kian exige que lo llames —comentó—. A la primera oportunidad que tengas.

Mi mandíbula se apretó.

El recuerdo de mi promesa fallida y mi traición me trajo un sabor amargo a la boca. No me quedaban muchos escrúpulos, sin embargo, la deslealtad hacia alguien que me había ayudado no me hacía sentir bien conmigo misma.

—¿Sabemos algo de Atticus?

—No, desapareció.

Antes de llamar a Kian, necesitaba saber si Atticus Popov se había puesto en contacto con él. Cada uno de los hombres era formidable a su manera y, aunque mi lealtad estaba ante todo conmigo, le prometí a Kian que no lo traicionaría.

Después de todo, él era una de las razones por las que había sobrevivido a Perez. Atticus, por otro lado, era algo completamente distinto. Él fue capaz de entregarme a Emory y ese hígado que Amara necesitaba tan desesperadamente.

Atticus Popov era un verdadero mafioso disfrazado de caballero legítimo que, junto con su hijo Danil, tenía más poder que la realeza. Convertirlos en enemigos sería estúpido.

—Bien, y la *Amante*. ¿Hemos podido averiguar su identidad?

—Negativo. No tenemos mucho con que trabajar.

—Te di una descripción bastante detallada.

José suspiró.

—¿Sabes cuántas mujeres en este mundo se asemejan a lo que describiste: cabello oscuro, ojos verdosos, de edad avanzada y sonrisa maligna?

—Aparentemente no muchas —repliqué secamente—. Porque aún no has encontrado ni una sola que encaje.

—¿Estás segura de que vale la pena utilizar nuestros recursos para buscarla?

—Sí. —Rechiné los dientes. Quería vengarme, ella tenía que pagar.

—¿Dónde estás?

Levanté los ojos y el horizonte gris y azul tormentoso me rodeó.

—En medio del océano.

—¿Y Amara?

—Ha vuelto a donde pertenece —afirmé, con una opresión en el pecho. Si bien la pérdida de mi hija dolía, una parte de mí sabía que estaba a salvo. La querrían mucho. Como se había merecido siempre—. Solo consígueme la información sobre la *Amante*.

Así yo también podría finalmente descansar en paz. Tal vez podría encontrar un lugar al que pertenecer.

Después de colgar, me dejé caer en el sofá, mi mente inevitablemente atraída por el día que me había destrozado sin remedio. Rara vez me permitía volver a esos recuerdos, pero cuando me tapé con la manta y apoyé la mejilla en la almohada de decoración, me resultó imposible resistirme.

Un trueno retumbó y me sobresalté, mi piel se erizó.

Santiago estaba lejos, dándome paz y tranquilidad en esta casa que se había convertido en mi prisión. Ahora que por fin estaba embarazada, ya no le preocupaba tanto que me escapara. Lo que él no sabía era que yo quería escapar ahora más que nunca. No permitiría que mi bebé creciera en este infierno.

—Un mes más —murmuré, frotándome mi barriga de ocho meses.

No había querido tener un hijo, y menos uno fruto de circunstancias horribles, pero después de llevar la semilla dentro de mí durante los últimos ocho meses, había llegado a amarlo. A considerarlo mío y solamente mío.

Tenía que huir antes de que naciera la criatura. Era lo menos que merecía el bebé: una oportunidad de tener una vida decente. Los exámenes prenatales en este complejo eran un chiste en el mejor de los casos. El médico se negaba a hablar conmigo, solo se comunicaba con la Amante*, según las instrucciones de Santiago. Era tan humillante preguntarle a la amante de tu marido por el estado de tus revisiones prenatales, pero luego sospeché que eso era lo que esos dos trataban de hacer.*

La puerta se abrió y, al ver el reflejo de la mujer en el cristal, me puse tensa.

Girándome hacia ella, porque no confiaba en que no me apuñalara por la espalda, pregunté:

—¿Qué quieres, Amante*?*

No se me permitía saber su nombre, y hubiera preferido llamarla puta, mas no podía arriesgarme a que me diera una paliza. No en mi estado. Además, no necesitaba que la insultara cuando lo que llevaba puesto, un vestido rojo brillante demasiado ajustado y corto para alguien de su edad, hacía el trabajo. Su lápiz labial rojo y sus tacones rojos completaban el conjunto.

—¿Quería ver si necesitabas algo?

Me burlé.

—¿Y me lo vas a conseguir?

Esbozó una sonrisa suave, casi bonita. Me hizo desconfiar aún más de ella.

—Tengo una propuesta para ti. —Sus ojos se posaron en mi enorme barriga. Cuando me quedé callada, continuó—: ¿Y si te ayudo a escapar?

Mi espalda se irguió, la esperanza se encendió como chispas a punto de prender fuego. Aunque con la misma rapidez lo hizo mi desconfianza.

—¿Por qué harías eso?

Pasó un latido.

—Quiero a Santiago para mí. —¿Hablaba en serio? Ella podía quedarse con el viejo. Odiaba su crueldad. Todo sobre él—. Todavía eres joven. ¿Cuántos años tienes, dieciocho, diecinueve?

Tragué saliva.

—Diecinueve.

Sonrió.

—Tienes toda una vida por delante.

La tenía. Y mi bebé también.

—Santiago vendrá tras de mí.

Sus zapatos golpearon el suelo cuando se paró frente a mí. No era una mujer bajita, pero con sus tacones casi me sobrepasaba.

—Lo hará. —Estuvo de acuerdo—. No obstante, será demasiado tarde.

Entrecerré mis ojos hacia ella.

—¿Por qué quieres ayudar?

Su sonrisa no vaciló.

—Como dije, quiero a Santiago.

—Ya lo tienes —señalé—. Eres su amante.

Algo pasó por su expresión, pero lo disimuló demasiado rápido.

—Si quieres escapar, tenemos que hacerlo ahora. El tiempo es esencial, Louisa.

Me llamó por el nombre de mi gemela. Incluso después de un año en cautiverio, la gente no tenía idea. ¿Significaba que mi gemela estaba allá afuera en el mundo con su amante, libre y feliz? Tal vez podría buscarlos. Me ayudarían a mí y a mi bebé.

—De acuerdo.

La victoria brilló en sus ojos y, aunque odiaba verla, me enfoqué en lo que tenía que hacer para conseguir la libertad.

No tendría otra oportunidad como esta, sobre todo después de dar a luz.

Una hora más tarde, corrí por el bosque lo mejor que pude en mi estado. Hice una pausa para recuperar el aliento, apoyándome en un árbol. Miré a mi alrededor, buscando la línea de árboles que me indicara que estaba cerca.

La lluvia caía a cántaros, reflejando el dolor entre mis piernas, y no tardé en empaparme y quedarme sin aliento.

Sabía que no estaría a salvo hasta salir de Venezuela, a miles de kilómetros de Santiago y su cártel. De algún modo, de alguna manera, lo conseguiría. Aunque tuviera que morir. Siempre y cuando mi bebé naciera en un ambiente seguro.

Y así, ignorando el dolor entre mis piernas, empecé a correr de nuevo.

El miedo a que me atraparan me impulsaba a seguir adelante, con la adrenalina corriendo por mis venas y alimentando mi fuerza. Sin embargo, fue la idea de volver a ver a mi hermana, de ser libre por fin, lo que realmente me hizo seguir adelante.

Justo al llegar al final del bosque, me detuve al ver un coche. Lo reconocí inmediatamente. La Escalade negra que estaba reservada únicamente para la Amante. *¿Por qué estaba ella aquí? Eso no era parte de su plan. Iba a mantener distraídos a los guardias y, en lugar de eso, los había traído hasta mí.*

«Una trampa, una trampa, una trampa».

Mi mente repetía las palabras como un disco rayado.

Retrocedí hasta ocultarme entre las sombras de un árbol, tratando de hacerme lo más pequeña posible.

Entonces bajó la ventanilla del coche, y pude ver su lápiz labial rojo incluso desde aquí, dando órdenes.

En el siguiente latido, dos hombres se dirigieron hacia mí y me di la vuelta. Corrí tan rápido como pude, de vuelta a Santiago, sin que se me escapara la ironía. Corrí y corrí, con mis pies tropezando con ramas mojadas.

Y fue entonces cuando me derribaron y mi espalda golpeó el suelo mojado con una fuerza que me dejó sin aliento.

—Es hora de cortarte por la mitad, zorra rusa.

Con un trueno tronando en el cielo, sacudiendo la tierra, me sujetaron mientras se acercaba

un hombre.

—Córtala y ábrela.

Me retorcí contra su agarre firme, gritando y sollozando, con mis súplicas de piedad tragadas por la tormenta. Las lágrimas se mezclaban con la lluvia y corrían por mi rostro como ríos de desesperación.

Entonces llegó el dolor punzante que me desgarraba el estómago. El primer corte, frío y despiadado.

Aullé mi agonía en medio de un trueno ensordecedor, con la voz en carne viva y el alma desgarrada. El mundo se nubló, girando en sombras hasta que todo se disolvió en negro.

Me desperté de un sobresalto, con un par de manos sobre mis hombros y un sueño fresco en mi mente. Parpadeé una y otra vez hasta que vi una figura familiar.

Giovanni.

—Tuviste otra pesadilla —informó, estudiándome atentamente.

El trueno que retumbaba al otro lado de la ventana me recordó otra noche, otra época.

Aún era una adolescente cuando quedé embarazada, fruto de la violación de mi marido. Pero el bebé había sido mío, había crecido bajo mi corazón.

Hasta que también me lo arrebataron.

Desde aquella noche, nunca volví a confiar en otro ser humano. Y me sacudió hasta la médula sentir cómo bajaban mis defensas ante ese hombre que tenía frente a mí.

Mi esposo.

VEINTICUATRO

GIOVANNI



Un paso adelante, dos pasos hacia atrás.

Así fue como sentí este viaje con Lia. Y no me refería a la travesía de surcar los mares o a mis negocios con Asher que se desarrollaron sin contratiempos.

Cuando volví al barco después de terminar la entrega, encontré a Lia dormida en el sofá de mi oficina, atormentada por otro mal sueño. Intenté despertarla, aunque parecía que esta pesadilla la afectaba más que ninguna otra.

Una lágrima rodó por su mejilla y no pude evitar preguntarme qué le había pasado en sus veintiséis años de vida. Sospechaba que en mis casi cuarenta años, yo no había experimentado ni una fracción del dolor que ella había padecido, y mi complicada dinámica familiar apenas arañaba la superficie de la suya.

Mi hermano tenía razón.

Podía ser paciente cuando quería, pero incluso yo tenía límites, y ahora que ella estaba en mi vida, como mi esposa, después de ocho años, notaba que mi paciencia se agotaba.

Aparte del secuestro, no le había dado a Lia ninguna razón para desconfiar de mí. Sin embargo, cada vez que parecía que nos acercábamos, se me cerraba una puerta en las narices.

Incluso estuve tentado en llamar a mi hermana, no obstante, sabía que sería un error. Nunca acabaría de escuchar los reclamos de que me casé sin que mis otros hermanos estuvieran presentes.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Liana, frotándose el sueño de los ojos.

—Simplemente tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

Rodó los hombros, luego cruzó las piernas de esa manera mandona, y no pude evitar comparar esta fachada de ella con la que estaba quejándose y acurrucada sobre sí misma en el sofá, atormentada por una pesadilla. ¿Cuál versión de ella era la real?

—Si me concedes el próximo baile.

Parpadeó.

—No hay música.

Saqué mi teléfono y seleccioné la primera canción que apareció. Cuando sonó la primera melodía de *Gravity*, de Matt Hansen, nos rodearon armonías llenas de sentimiento.

Extendí mi mano.

—¿Qué te parece, Lia?

Ella no se movió, con las mejillas teñidas de frustración.

—Te lo dije, no sé bailar.

Sonreí.

—No hay mejor momento para aprender, ¿verdad?

Se puso de pie, insegura, y colocó su mano sobre la mía. Entrelacé nuestros dedos, amando el aspecto de su piel de marfil contra mi bronceado.

—Voy a rodearte la cintura con mi mano. —Asintió y yo pasé mi palma libre por su delgada cintura, acercándola—. Solo sígueme.

Empezamos a movernos, con su cuerpo rozando el mío y sus ojos fijos en nuestros pies. Nos balanceamos lentamente, sincronizándonos a la perfección, y me pregunté si eso era señal de que nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Su cuerpo se adaptó, moviéndose con la gracia y la elegancia que ahora sabía que era sinónimo de ella.

—Los ojos aquí arriba, *Flor Salvaje* —indiqué.

Cuando los levantó, brillaban con algo cálido, y casi perdí el equilibrio.

—Ten cuidado de tropezar. No tengo intención de atraparte —bromeó.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—*Touché*, esposa.

Podía sentir su ligero temblor a través de mi mano. Mi mano se flexionó sobre su espalda, resistiendo el impulso de acercarla. No quería precipitarme, me preocupaba que volviera a meterse en su caparazón. Tendría que ser suficiente por ahora.

Había sido fuerte durante tanto tiempo que había olvidado que ser vulnerable no era una debilidad.

Sin embargo, me sorprendió cuando apoyó su frente sobre la tela de mi camisa. Inhaló profundamente, permaneciendo así mientras nuestros pies se movían silenciosamente contra la alfombra persa del piso de mi oficina.

—No puedo tener hijos. —Su voz era apenas un susurro, pero percibí el dolor desgarrador en ella.

—No me casé contigo por eso.

Bailamos en silencio, antes de que ella lo rompiera.

—Eres un buen hombre, Giovanni.

—¿Lo suficientemente bueno para ti? —inquirí, rozando con mis labios su dorada cabellera.

—Deberías haberte buscado una mujer buena y normal —musitó en voz baja.

Mis pies titubearon y ella levantó la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—No quiero una mujer normal, Lia. Te quiero a *ti*. Tu corazón y tu alma. Tu cuerpo y tu mente. Todas tus perfectas imperfecciones. Todas tus piezas rotas.

—¿Por qué?

—Porque eres perfecta para mí. —Le rocé ligeramente la frente con mis labios—. Y eres mía.

VEINTICINCO

LIANA



Estuve dando vueltas en la cama durante horas, con los ojos fijos en el hombre que dormía en el sofá. Su respiración era tranquila y reconfortante, y me preguntaba qué tenía que me atraía.

Fuera lo que fuese, la necesidad pura y sin adulterar me dominaba, exigiéndome que hiciera algo al respecto.

Mi orgullo me advirtió que nadie, ningún hombre o mujer, podría amarme después de todo lo que había hecho. La experiencia demostraba que era arriesgado confiar, y el recuerdo de mi bebé siendo arrancado de mí era la prueba definitiva. Además, todo era inútil, no creía en la esperanza, ni en el amor, ni en la felicidad.

Sin embargo, era mi corazón el que me susurraba que lo intentara.

Deslizándome fuera de la cama, con los pies silenciosos en el suelo, me acerqué de puntitas al sofá y me coloqué junto a su cuerpo dormido. La manta le caía hasta la cintura, dejando al descubierto sus abdominales desnudos. El brazo echado sobre sus ojos, la cara descansada y los labios entreabiertos. Era tentación personificada.

Inhalé profundamente su aroma en mis pulmones y, por un momento, me limité a observarlo, con una necesidad extraña en mi interior.

Incapaz de resistirme más, me incliné hacia él, sintiendo su suave respiración en mi rostro. Apreté mis labios contra los suyos durante un segundo antes de apartarme. Me encontré con sus ojos fijos en mí, atentos e intensos, cargados de un sentimiento que coincidía con la agitación que sentía en mi interior.

No dijo nada, simplemente esperó, el silencio entre nosotros era insoportable mientras esperaba a que yo lo dijera. Que me decidiera. Que hiciera algo.

—Hazme tuya.

Se levantó del sofá de un salto, me tomó en brazos y me acostó en la cama. La luz de la luna emitía un resplandor ámbar que atravesaba las puertas de cristal del camarote.

Incliné la cabeza mientras buscaba sus ojos.

—¿Estás segura? —murmuró.

Embriagada por las emociones de las últimas semanas, asentí. Sabía que podía ver mi hambre y mi necesidad de él en mi expresión, igual que yo podía verla en la suya.

Lo miré a los ojos, esos orbes color esmeralda de bosques oscuros que tenían el poder de cautivarme y hacer aflorar los deseos más profundos de mi corazón.

—Sí, lo estoy.

Me agarró la mandíbula, atrayéndome contra él mientras se levantaba, con las rodillas apoyadas en la cama. Esperé, insegura del siguiente paso. O tal vez necesitaba que me asegurara que lo deseaba tanto como yo.

Durante un instante, o diez, nos respiramos mutuamente, antes de que él se inclinara hacia adelante y rozara sus labios con los míos en el más leve de los besos, tan leve que parecía irreal.

—Si hacemos esto —carraspeó contra mi boca—, yo seré tu último todo y tú serás el mío. Iremos juntos por la vida, sin soltarnos jamás. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Y entonces sus labios se estrellaron contra los míos, devorándome. Sabía a salvación. A tentación. Únicamente a él.

Mis manos llegaron a sus hombros, aferrándose a ellos. Sus manos estaban en mi cintura, agarrándome como si tuviera miedo de dejarme ir. La verdad era que yo también lo tenía.

Se apartó, respirando con dificultad, y volvió a colocarse sobre mí. Lo envolví con mis piernas, moviéndome contra el bulto duro como una roca que tenía dentro de sus pantalones deportivos mientras volvía a besarme.

Deslicé mi lengua contra la suya, insegura, consciente de que mis movimientos eran inexpertos. Se estremeció, un profundo gruñido vibrando contra mi pecho, y me aparté para mirarlo.

—¿Así está bien?

Me observó fijamente con una mirada ligeramente desquiciada antes de exigirme con un gruñido:

—Bésame otra vez.

Mi corazón retumbó, enviando pequeñas sacudidas por todo mi cuerpo, y mis pezones se endurecieron hasta convertirse en puntas adoloridas, apretándose contra la tela de mi camiseta de tirantes.

Metí una mano en su cabello y lo atraje hacia mí. Le pasé la lengua por sus labios y profundicé el beso, chupándole la lengua de una forma que hizo palpitar mi centro.

Mi cuerpo se retorcía de sensaciones, una llamarada de fuego se extendía en mi interior. Nos besamos durante un largo rato, probándonos, explorándonos y poseyéndonos mutuamente.

Él se estremecía cada vez que nuestras lenguas se deslizaban juntas, y eso me provocaba una descarga entre las piernas. Me sentía poderosa, dueña de cada una de sus reacciones viscerales, pero él también era dueño de todas las mías.

—¿Todavía estás bien? —preguntó contra mi boca.

Me costó articular palabras.

—S-sí.

—Buena chica. —Algo dentro de mí se derritió bajo el elogio y mi coño se apretó—. Tienes que decirme si llega a ser demasiado, si tengo que parar, porque no voy a cometer errores contigo. Puede parecer que yo tengo el control, pero eres tú quien mueve todos los hilos. ¿Entendido?

Sus palabras hicieron arder mi piel. No había nada más ardiente que un hombre que dejaba que una mujer tuviera todo el poder. Nunca antes lo había experimentado, pero sabía que querría más.

—Sí.

—Te tomaré y te llevaré al límite, mas no te lastimaré. Nunca, joder. Solamente quiero ver tu placer, nunca tu dolor.

Deseaba exactamente lo que estaba describiendo, y mi instinto me decía que cumpliría su

palabra.

Tragué saliva, el pecho me temblaba.

—De acuerdo.

Ante mi aceptación, me rasgó la camiseta por la mitad, el sonido fuerte en la habitación, intensificando los latidos de mi corazón.

Una vez que tiró la tela al suelo, tomó mis muñecas entre sus manos y me levantó las manos por encima de la cabeza.

—Agárrate a la barandilla —ordenó.

—No vas a atarme, ¿verdad? —Mi corazón martilleaba ante la idea de las ataduras—. No tengo buenas experiencias con ello, como seguramente recordarás.

—No voy a atarte. No volveré a hacerlo, ahora veo que nunca debí hacerlo. Si no ha quedado claro, lo siento mucho, Lia. —Sus palabras me tranquilizaron y, aunque agradecí que por fin reconociera su error, esperaba que eso no empañara el ambiente—. Pero te agarrarás a la barandilla como si lo estuvieras.

Mirándolo, me mordí el labio inferior, contenta de sentir que mi excitación seguía ahí, resbaladiza y almizclada mientras me frotaba los muslos.

Luego me bajó los *shorts*, desechándolos mientras yo yacía desnuda en la cama.

—Abre las piernas. —Ni siquiera titubeé—. Qué esposa tan buena y necesitada. Quieres mi polla, ¿verdad?

Santo cielo, Giovanni y su sucia boca ya me estaban haciendo cosas que no creía posibles. Recorrió mis pechos con un dedo, bajó por mi vientre y se detuvo en la cicatriz. Me sorprendió cuando agachó la cabeza y la recorrió con la boca.

Cuando levantó sus intensos ojos hacia los míos, su dedo continuó su camino hasta mi centro.

—¿Quieres mi polla?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, por favor, Giovanni.

Su dedo entró en mí y me apreté a su alrededor.

Había pasado demasiado tiempo desde que había tenido un orgasmo, y mi cuerpo estaba sediento de él. Gemí cuando añadió un segundo dedo y mis manos se aferraron a la barandilla de la cama, incapaces de soltarla. Movió sus dedos dentro de mí con destreza, estirándome mientras su pulgar rodeaba mi clítoris, haciendo que la humedad brotara de mí.

—Este coño es mío, ¿verdad? —preguntó, apretándome con firmeza. Su voz estaba impregnada de seducción y me sumió en la bruma de la excitación.

Exhalé un suspiro tembloroso.

—S-sí.

—¿Qué sientes ahora?

—Estoy tan excitada… ansiosa… por ti —gemí. Podía sentir cómo el calor subía, aumentando, empujándome hacia el clímax—. *Oh*, Dios mío… estoy tan cerca. —Su mano se detuvo y grité mi frustración—. ¿Por qué te detuviste?

—Esperarás como una buena esposa. —Se había subido a la cama para colocarse entre mis piernas, abriéndolas de par en par—. Y te vendrás con mi polla adentro.

La punta de su longitud presionó los labios de mi coño y me estremecí al sentirla. Retorcí mis caderas, mis paredes apretándose ávidamente por más de él. Pero se quedó quieto. Giré las caderas, intentando que se deslizara dentro de mí.

—Por favor, Giovanni… Por favor, fóllame.

Agarró su polla gruesa, envolviéndola con los dedos, y la deslizó desde mi clítoris hasta mi entrada hinchada. Todo mi cuerpo palpitaba de necesidad.

—Estás desesperada por mí, esposa.

Sus palabras en voz baja llenaron el espacio entre nosotros.

—Lo estoy. —Respiré. La punta de su verga me penetró apenas unos centímetros—. Por favor, tómame. Reclámame. Hazme tuya.

Y entonces me embistió, llenándome hasta el fondo. Empecé a temblar, con los ojos desorbitados. Me invadió una sensación inigualable, su miembro estremeció mis paredes mientras entraba y salía de mí.

El clímax me golpeó y mis paredes se cerraron en torno a su gruesa longitud. Su pulgar se acercó a mi clítoris, recorriéndolo y disparando mi excitación cada vez más lejos.

Mientras jadeaba, aturdida por todas las sensaciones extrañas, él entraba y salía de mi coño hinchado y palpitante. Lo miré atónita, los ojos de Giovanni clavados en el lugar donde estábamos unidos mientras entraba y salía de mí.

Con las manos agarrando la barandilla de la cama por encima de mi cabeza, penetrada por él, me sentí realmente poseída por primera vez en mi vida, y me encantó la sensación. Me encantaba rendirme, dejar que me poseyera por completo.

Se movía, con gruñidos y rugidos, mientras me penetraba.

—Sí. —Maullé, moviéndome debajo de él—. ¡Sí, sí, sí!

Se retiró tan despacio que sentí cada centímetro de su dura verga. Mi espalda se arqueó y volvió a penetrarme. Un fuego se encendió en la boca de mi estómago, extendiéndose por mis venas hasta mis músculos, y todo mi cuerpo se iluminó como los fuegos artificiales del cuatro de julio.

Grité mientras me corría, con espasmos musculares y mi corazón retumbando.

Volé más y más alto, hasta que pensé que nunca regresaría. Sin embargo, lo hice, con él embistiendo dentro de mí, frotándome el clítoris.

—Dame uno más —me exigió, hundiéndose en mí una y otra vez.

—Oh, Dios… No sé… —Mi cuerpo se estremeció, hipersensible, mientras él seguía penetrándome tan profundamente que pensé que podría tocarme el alma.

—Uno más. —Lo escuché decir a través de la bruma de placer—. Dale uno más a tu esposo. ¿Sí?

Si bien pensé que me moriría si volvía a correrme, quería darle lo mismo que él me había dado a mí. Así que me rendí, dejando que llevara mi cuerpo a donde nunca antes había llegado.

—Necesito tus palabras, Lia —gruñó.

—Por favor —murmuré—. Dame uno más.

Lo miré asombrada mientras se movía dentro de mí, empujándome a otro orgasmo.

Me sostuvo mientras yo volaba, nuestra excitación y nuestras emociones mezclándose, solo para que él me atrapara cuando caí.

Y fue entonces cuando encontró su propia liberación, derramándose dentro de mí, con su cara enterrada en mi cuello, susurrando palabras dulces que yo no sabía que existían.

VEINTISÉIS

LIANA



Sentí un movimiento a mi lado y abrí los ojos de golpe para encontrarme atrapada bajo el brazo de Giovanni, con mi cabeza en el pliegue de su cuello.

Me levanté sobresaltada, golpeándole la mandíbula sin querer.

—*Ugh*, mierda —gruñó.

—Lo siento —murmuré, sobándome la parte superior de la cabeza, sin saber qué hacer. Normalmente, cuando Amara se lastimaba, le frotaba la zona y luego la besaba. Sin pensarlo, aparté su mano e hice exactamente eso. Cuando me aparté, me estaba observando fijamente.

—*Umm*, es lo que hago cuando Amara se lastima —expliqué.

—Me gustó —dijo encogiéndose de hombros y con una sonrisa irresistible en su rostro—. Creo que deberías lastimarme más seguido.

Dejé escapar una risita.

—Ten cuidado con lo que pides.

Iba a moverme, sin embargo, sus siguientes palabras me detuvieron.

—También quiero un beso aquí. —Se tocó el cuello donde lo había cortado antes, luego el brazo donde le disparé… corrección, donde apenas lo rocé. Los hombres eran unos bebés. Los vendajes ya no estaban, pero todavía había una línea tenue allí—. Para asegurarme de que se mejore.

Incluso mientras sacudía la cabeza con incredulidad, me encontré inclinándome hacia adelante y dándole un pequeño beso en la zona. Sin dejar de sonreír, salí de la cama y me dirigí al baño.

Después de mi rutina matutina y de darme una ducha, volví al dormitorio y me encontré con que Giovanni se había ido y había dejado un mensaje en su lugar.

Ven a buscarme a la cocina.

Cuando salí a la cubierta, intentando averiguar por dónde estaba la cocina, choqué con Romeo.

Sus manos se acercaron a mis brazos para sujetarme. Me sobresalté, empujándolo, y él se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué demonios te pasa, mujer? —gruñó mientras se agarraba de la barandilla—. Solo intentaba sostenerte.

Me llevé una mano temblorosa a la boca. *Jesucristo*, casi lo empujo al mar.

Mi antiguo yo lo habría golpeado, pero mi nuevo yo no podía hacerlo.

—Lo siento —musité—. Reflejos.

Se pasó una mano por su cabello oscuro que me recordaba al de su hermano.

—Son letales, eso es seguro —replicó secamente.

Mi mirada se posó en su brazo vendado y, aunque no lamentaba exactamente lo que había hecho, después de todo había sido en defensa propia, no me gustaba pensar que habíamos empezado las cosas mal.

—¿Cómo está tu brazo? —pregunté.

—Cada vez mejor.

Carraspeé incómoda. Ser una arpía era mucho más fácil.

—*Umm*, supongo que debería disculparme.

Dejó escapar un suspiro, la diversión parpadeando en su expresión.

—¿Supones?

Me encogí de hombros.

—Bueno, fue en defensa propia.

—Mujer, no te estaba atacando.

—Pero tú y tu hermano me secuestraron —señalé—. ¿Qué se suponía que debía pensar? ¿Que ustedes dos planeaban llevarme en un viaje inolvidable alrededor del mundo?

Echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas.

—Bien, de acuerdo. Tienes razón.

—Gracias. —Empezamos a caminar y volteé a mirarlo—. ¿Sabes dónde está la cocina?

—Sí que lo sé. De hecho, voy para allá. —Dio un golpe con los pies y me hizo un saludo de soldado—. Mi hermano me ordenó ir a desayunar.

Las comisuras de mis labios se torcieron con sarcasmo.

—Y tú me pareces el tipo que siempre obedece órdenes.

Sus ojos verdes brillaron con picardía.

—Claro que sí, hermana.

Me detuve.

—¿Cómo me llamaste?

Me lanzó una mirada, sin detenerse.

—*Hermana*. Eres la esposa de Giovanni, mi cuñada. —Se detuvo y giró hacia mí—. Sabes cómo funciona, ¿verdad? —Asentí, poniendo los ojos en blanco. No era una idiota—. ¿Hay algún problema en que te llame así?

Fingí pensar en la decisión antes de responder.

—No.

Caminamos en silencio hasta que algo increíble se filtró en mi nariz. El estruendo de metal y utensilios indicó que estábamos cerca de la cocina, y una vez que entramos, mis cejas se alzaron.

Romeo entró y se dirigió a la cafetera.

—Hola, hermano. Veo que de nuevo estás de humor para cocinar.

—También estoy de humor para *cerrar la boca de mi hermanito*.

Romeo no pareció inmutarse.

—Sabes que eso no funciona conmigo. Lo único que logras es que quiera hablar más.

—Sinceramente, no sé por qué Marissa y tú no se llevan mejor —murmuró Giovanni, moviéndose por la cocina con una precisión casi quirúrgica mientras yo me preguntaba quién era Marissa. Desde luego, no quería que se repitiera lo de mi último matrimonio.

—Porque ella siempre intenta opacarme.

Me quedé parada en la puerta, sintiéndome fuera de lugar, pero también fascinada por la dinámica de su relación. Louisa y yo éramos unidas, aunque siempre tratamos de permanecer juntas y de no molestar a nuestra madre.

Giovanni sostenía un cuchillo, cortando con una eficacia que yo no sabía que existía. Había algo *sexy* en verlo moverse por la cocina, y no tenía nada que ver con sus *jeans* negros que le abrazaban el trasero a la perfección ni con la camiseta blanca que dejaba al descubierto sus bíceps voluminosos y sus antebrazos venosos.

Se detuvo, sus ojos se clavaron en los míos, finalmente dándose cuenta de que yo estaba allí. Me dedicó la sonrisa más deslumbrante mientras me recorría con la mirada.

No importaba que vistiera un sencillo vestido blanco con un cinturón negro y zapatos bajos negros. Por la forma en que me estudiaba, cualquiera diría que me había puesto el traje más *sexy* del planeta y, maldita sea, me gustaba su atención en mí.

—Está bien, ustedes dos —interrumpió Romeo el momento—, me siento sucio viéndolos mirarse así el uno al otro. Intentemos salvar mi inocencia.

—Naciste con pensamientos sucios —replicó Giovanni, sin apartar los ojos de mí—. Esposa, ¿me concederías el honor de sentarte a mi lado?

Entré a la cocina y me tendió la mano. La tomé y él, galantemente, se la llevó a los labios, dándome un beso antes de hacerme girar en círculo por la cocina. Sus fuertes manos me agarraron y mis pies siguieron sus pasos.

—Eres una bailarina nata —dijo sonriendo.

—Tuve un buen profesor.

—Por Dios —murmuró Romeo—. Menos mal que aún no he comido o lo vomitaría todo ahora mismo.

Giovanni lo ignoró y me acercó una silla.

—No le hagas caso a Romeo —comentó, dándome un beso en la mejilla cuando me senté en la silla que me ofreció—. Está celoso porque no tiene pareja de baile.

—Podríamos secuestrar a una chica para él —bromeé.

Romeo sonrió satisfecho.

—Sabía que me caía bien.

—¿A pesar de que casi te mato?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—*Meh*. Es solo un rasguño —contestó mi cuñado.

Sonreí incrédula.

—Es bueno saber que eres tan comprensivo.

Hizo un gesto con la mano.

—No pido mucho. Tan solo mujeres, alcohol, béisbol —miró a Giovanni—, y comida. Me muero de hambre.

—No empieces a quejarte o te haré esperar hasta que lleguemos a Key West para comer.

—¿Iremos a Key West? —inquirí, sorprendida.

Giovanni regresó a la estufa y continuó cocinando antes de contestar.

—Sí, y tengo una sorpresita para ti.

Antes de que pudiera preguntar, Romeo añadió:

—*Oh*, cuéntanos. Me encantan las sorpresas.

—La sorpresa es para mi esposa —indicó Giovanni, sonriendo—. Tú, Romeo, vigilarás el barco por nosotros.

Refunfuñó, pero mi piel se calentó mientras algo en mi pecho se apretaba y mi pulso latía un poco más rápido.

¿Era así como se sentía mi hermana con Kingston? Nunca había entendido su relación, sin embargo, poco a poco comenzaba a hacerlo.

Había pasado casi un mes desde que me sacaron de Venezuela, aunque sentía que había pasado toda una vida. Miré a mi cuñado, que repartía su tiempo entre Giovanni y mirando algo en su teléfono.

Los dos empezaron a hablar de deportes y negocios cuando Romeo se puso de pie rápidamente.

—Mierda, ¿dónde están mis modales? Ni siquiera te ofrecí café. —Fue a pararse frente a la lujosa máquina de café, manejándola hasta que produjo una taza llena, y luego me la trajo.

—¿Una de azúcar o dos? —Negué con la cabeza y sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Qué? ¿Cómo eres tan dulce sin azúcar?

—No coquetees con mi esposa, *stronzo* —advirtió Giovanni mientras ponía la mesa. Aunque debatí si debía ayudar, la cocina no era exactamente mi fuerte. Sabía disparar a matar, pero no poner la mesa. Podía apuñalar a una persona con la precisión suficiente para que se desangrara lenta y dolorosamente, mas ni siquiera sabía hervir agua como se debía.

Bajé la mirada y me fijé en el meñique que me faltaba. Las lágrimas empañaron mis ojos y parpadeé furiosamente, deseando que desaparecieran.

De pronto, una gran mano cubrió la mía, el dedo que me faltaba oculto a mi vista.

No podía derrumbarme en ese momento. Aquí no. No delante de Giovanni otra vez. No frente a Romeo.

Incapaz de encontrar mi voz, dejé que el silencio dominara la habitación. El ruido de la silla contra el suelo, los pasos que se desvanecían, hasta que lo único que podía escuchar era la respiración de Giovanni y la mía.

—¿Estás bien? —Cerré los ojos con fuerza, pero entonces tomó mi cara y me acarició la mejilla con el pulgar mientras me levantaba la cabeza para verme a los ojos—. Háblame.

—Es estúpido. —Me atraganté.

—Si te está afectando, no lo es. ¿Es Romeo? —Negué con la cabeza—. ¿No quieres ir a Key West?

—Sí quiero.

Mi visión se nubló en los bordes y maldije en silencio a las estúpidas emociones. No era una persona que lloraba; era una guerrera. Tal vez no había derramado suficientes lágrimas en mi vida y ahora me estaban cobrando factura.

—¿Entonces qué pasa, *Flor Salvaje*?

—Es una estupidez —repetí. Su mandíbula se tensó, no obstante, cuando me apartó el cabello de la cara, sus movimientos fueron suaves y cuidadosos—. Verte con tu hermano… —Tragué saliva apartando la mirada—. Me hizo…

—Echas de menos a tu hermana. —Asentí, soltando un suspiro tembloroso—. Ella está a una simple llamada de distancia, Lia.

—Pero ¿qué le digo?

—Que la extrañas.

Me mordí el labio inferior, saboreando el cobre en mi lengua.

—Pero también estoy enojada. —Me estudió, esperando a que continuara, e inhalé profundamente antes de soltar el aire—. Estoy enojada porque intenté salvarla y ella no regresó por mí. Ninguno de los dos lo hizo.

Me quedé pensativa y Giovanni instó:

—¿Qué quieres decir?

Me estremecí entre sus brazos.

—Me corté el dedo y se lo envié a Kingston, y aun así no vino a buscarme. Pensé que vendrían a buscarme. Tomé el lugar de Louisa todos esos años atrás; me casé con Santiago, por el amor de Dios. Pasé por un infierno por ella y ellos… se olvidaron de mí.

—Nadie podría olvidarte jamás, Lia.

—Tal vez, sin embargo, no creo que sea por una buena razón —murmuré—. Te conseguiste una mercancía dañada. Con un dedo faltante. Una moral corrompida. Una mujer envuelta en tantos pecados que la redención es imposible.

—Joder, no lo es. —Sonaba convencido—. ¿Crees que yo estoy dañado? Tengo una cicatriz, ¿piensas menos de mí?

Entrecerré los ojos hacia él.

—No seas ridículo. Eres casi perfecto.

Sus labios se retorcieron.

—Casi, ¿*eh*?

—Un cumplido demasiado grande hará que te explote la cabeza —refunfuñé—. Dios, debes pensar que soy patética.

—No, no lo pienso —objetó, levantando mis manos hacia sus labios, luego besando cada dedo, incluyendo lo que quedaba del que corté—. Eres lo más alejado de ser patética que me he topado en mi vida. Eres la mujer más increíble que jamás he visto. Una guerrera. Una sobreviviente. Mi esposa. —Nos miramos fijamente, ahogándonos en la oscuridad del otro—. ¿Sabes cuál es mi mayor arrepentimiento?

Negué con la cabeza.

—No haberte arrebatado de mi tío hace ocho años. Desde aquel día, no he podido dejar de pensar en ti. Me hechizaste. —Dejó escapar un suspiro sardónico—. Sé que no te acuerdas…

—Me acuerdo de ti.

Se detuvo.

—¿Sí?

—No de la ceremonia —repliqué—. Pero recuerdo que entraste cuando estaba sentada en la oficina de Santiago.

Las comisuras de sus labios se levantaron.

—Obviamente no dejé una impresión excepcional.

Suspiré.

—Estaba tan preocupada por sobrevivir a Santiago que no me hubiera acordado del mismísimo Dios si lo hubiera conocido. —Levantando mi mano hacia la cicatriz de su ojo, pregunté—: ¿Santiago te hizo esto?

—Irónicamente, no.

—¿Quién fue? —exigí saber—. Si están vivos, puedo matarlos.

Soltó una carcajada, oscura y diabólica.

—Creo que lo harías, mas en este caso, la cicatriz fue producto de que mentí y protegí a mi hermana y a su amiga. No hace falta matar a nadie.

Asentí sombríamente.

—Pero si lo necesitas, la oferta sigue en pie.

Romeo volvió a entrar, anunciando que se desmayaría si no comía algo, y nuestra conversación terminó.

Varias horas después, estábamos anclados frente a la costa de Key West, y en cuanto desembarcamos, la sorpresa nos esperaba en el estacionamiento.

Un Jeep rojo brillante con la capota abajo y todas las comodidades. Recorrí la superficie del vehículo, sintiendo su suavidad bajo mis dedos.

—¿Qué te parece? —preguntó Giovanni.

—Me gusta el Jeep —le respondí—. Aunque te consideraba un hombre que prefiere los autos deportivos.

—No son precisamente los mejores vehículos para enseñar y tu seguridad es mi prioridad. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo, dejando un rastro de chispas ardiendo a su paso—. Ahora ponte al volante.

Me siguió de cerca y abrió la puerta, indicándome que subiera. En cuanto me senté en el asiento del conductor, dio la vuelta y se sentó en el del pasajero.

—Bien, para empezar, enciende el coche con la llave en la ignición y luego revisa los espejos laterales. —Me incliné un poco hacia atrás para no estar pegada al volante, con la espalda apoyada en el asiento. Miré a la derecha y luego a la izquierda—. No olvides el retrovisor.

Le eché un vistazo y confirmé:

—Todo bien.

—Bien. Coloca las manos en el volante —indicó—. Imagina que es como un reloj y tus manecillas deben estar a las diez y a las dos.

Asentí, sintiendo un vuelco en el estómago.

—Relájate.

Tragué saliva.

—Estoy relajada. Solo dime qué tengo que hacer ahora.

—De acuerdo, hay dos pedales. El de la izquierda es el freno. El derecho es el acelerador. Pisa el izquierdo y pon el coche en marcha.

Mi mano derecha se posó en la palanca de cambios, moviéndola hasta su posición, y mis dedos agarraron con fuerza el volante. Moví las piernas siguiendo sus instrucciones y, de repente, el auto rugió.

—Vas a salir a la calle, justo a la derecha —continuó con otra instrucción cuando el coche se sacudió hacia adelante—. No aceleres mucho al principio, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y levanté el pie del pedal izquierdo para pisar el derecho. El motor se aceleró al instante y yo brinqué en mi asiento, soltando el pedal.

Se echó a reír y lo fulminé con la mirada.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, nunca de ti. —Levantó ambas manos al aire—. Bueno, bueno, vamos a intentarlo de nuevo.

La incertidumbre se deslizó por mi espalda.

—Quizá no estoy hecha para conducir.

Odiaba sentirme inútil e insegura. Me daban ganas de atacar.

Todas estas emociones estaban fuera de control y sentía que me iba a ahogar en ellas. Tal vez años de reprimirlas me estaban afectando.

—Liana, mírame. —El estrecho espacio en el interior del vehículo parecía estar cerrándose sobre mí. Un temblor comenzó en mis manos y se extendió. Agarré con más fuerza el volante—. *Mírame.* —Volteé hacia él, encontrándome con sus ojos intensos—. Si pude enseñarle a Marissa

a conducir, sé que tú lo lograrás en un santiamén.

Mi corazón se paralizó de una forma antinatural al pensar en este hombre con otra mujer.

—¿Quién es Marissa? —indagué, mi voz lo suficientemente gélida como para sumergir el húmedo calor de Florida en dígitos bajo cero.

—Mi hermana.

—*Oh.*

Por primera vez en mi vida, me sentí… estúpida. Tonta. Era la primera vez. Por suerte, Giovanni no se dio cuenta o lo dejó pasar.

—Bien, acelera de nuevo —sugirió—. Despacio.

Seguí las instrucciones. Un poco más de aceleración y sentí cómo los neumáticos giraban sobre el asfalto. Agarré el volante con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos.

—Gira a la derecha aquí.

Seguí sus instrucciones y luego enderecé rápidamente el curso para asegurarme de que continuaba en mi carril.

—Lo estás haciendo bien. —Sonreí. No, resplandecí como un faro con una bombilla de gran potencia—. Tienes talento natural para esto —me elogió.

Mi sonrisa se apagó, un recuerdo centelleó en mi mente.

—Buen trabajo, Liana. —Mi madre sonrió —. Rómpele el cuello y la victoria será tuya.

Ignoré la culpa que sentía. No era exactamente un hombre inocente. Acababa de entregar víctimas de la trata en el complejo, pero al faltarle una, porque tuvo deseos repulsivos, mi madre quiso darles una lección a todos los demás repartidores.

Si dañabas la mercancía, morías.

Todavía encima del cuerpo del hombre, con su cara contra la arena, le agarré la cabeza y, de un solo movimiento, le rompí el cuello.

—Tienes talento natural, Liana. Estoy muy orgullosa de ti.

El neumático rebotó contra el borde de la acera y me hizo volver al presente.

—¡Oh, mierda! Perdón. —Giré el volante a la izquierda, devolviéndonos a la carretera y al carril.

Me sentía avergonzada y frustrada, acostumbrada a esforzarme por alcanzar la perfección. No quería hacer el ridículo delante de él.

—No pasa nada —me tranquilizó—. Es un pequeño golpe. El auto y la acera pueden soportarlo.

—Bueno —dije, exhalando un largo y lento suspiro.

Moví el volante, desviando el coche de un lado a otro para mantenerme en mi carril, y luego me senté más erguida, con los hombros relajados. Al pisar el acelerador, el vehículo se aceleró y mi cuerpo sufrió una ligera sacudida. Instintivamente, agarré el volante con más fuerza y no pestañeé ni un segundo mientras intentaba concentrarme.

El motor rugió, acelerando debajo de mí mientras el coche bajaba a toda velocidad por *Overseas Highway* de Florida Keys, con el agua azul cristalina a ambos lados extendiéndose hasta donde se alcanzaba a ver.

Mantuve la posición en mi carril, sintiendo cómo el coche corría por el asfalto al ritmo de los latidos de mi corazón.

—Lo estás haciendo —animó. El coche retumbó bajo mis pies, haciendo que mi corazón saltara en mi pecho—. Estoy muy orgulloso de ti.

Esbocé una sonrisa, disfrutando de sus elogios.

—¿Podemos ir más rápido? —pregunté.

—Tú dirás. Tú eres la que está conduciendo. —Sonrió, recostándose y cruzándose de brazos —. ¿Ponemos algo de música?

—Claro.

—¿Qué te gusta?

Lo pensé un momento.

—Bueno, me gusta Sarah McLachlan para mis estados de ánimo más tranquilos. —Arqueó una ceja—. Y Eminem cuando yo…

—¿Cuándo tú…? —Me animó a terminar la frase.

Me sonrojé.

—Cuando estoy emocionada o enfadada.

—Emociones fuertes, entonces. —Asentí, relajándome en mi asiento, aunque mi corazón seguía latiendo con fuerza por la velocidad—. Que sea Eminem.

Eligió una lista de reproducción y encendió el estéreo. Empezó a sonar *Love The Way You Lie* y me mordí el labio inferior, con mariposas revoloteando en la boca de mi estómago.

Mi sangre se aceleró y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí libre. Sabía que era una ilusión, pero sentía algo hermoso. Increíble.

Encontré el botón de la ventanilla en la puerta y lo presioné, las ventanillas se bajaron con un suave zumbido, el aire frío alborotando mi cabello mientras sonaba la música. Giré mi cabeza hacia él y lo vi sonriendo.

Pisé el acelerador y, por primera vez en mi vida, eché mi cabeza hacia atrás al viento y me reí.

En carcajadas. Libremente. Felizmente.

VEINTISIETE

GIOVANNI



Cuando regresamos del paseo conduciendo, fui a mi oficina a ocuparme de unos asuntos.

Romeo estaba recostado en el sofá, hablando por teléfono y con cara de fastidio, con una taza de café en la mano.

—Entregamos todo el producto —reviró cuando me senté frente a él—. También lo contamos delante de tus hombres. Si falta algo, es porque tienes un ladrón entre tus empleados.

Podía escuchar la sarta de maldiciones que salían por el teléfono desde mi lugar, y él sacudió la cabeza, luego dejó su taza de café con un ruido fuerte, derramando parte del líquido sobre la mesa.

—Adelante, imbécil. Díselo a tu jefe y yo se lo diré al mío. Pero si nos jodes, acabaremos con los dos. ¿*Comprendes*? —Terminó la llamada y le lancé una mirada interrogante—. Malditos corsos.

—¿Todavía no han descubierto quién les está robando? —pregunté.

Llevábamos seis meses entregándoles productos, pero las dos últimas veces el proceso no había cuadrado. Por supuesto que estaban furiosos, aunque estaba claro que tenían que mejorar y solucionar el problema que tenían entre manos.

—No. —Soltó un suspiro—. Por cierto, madre llamó.

Me quejé.

—Espero que no le hayas dicho que le devolvería la llamada.

Romeo se rio entre dientes.

—No se lo dije, pero lo exigió.

—Puede exigir todo lo que quiera, no la voy a llamar. Me sorprende que no esté metida hasta el culo de su amante. Normalmente es donde está.

La expresión de Romeo se volvió seria.

—¿Crees que lo suyo con Atticus durará?

Atticus Popov.

El hombre tenía algo de cerebro, lo que hacía esta mierda entre él y mi madre aún más confusa. Hacía unos seis meses, me enteré de que los dos eran pareja, y al principio, lo ignoré. Los romances de mi madre nunca duraban. Si un hombre era inteligente, seguía adelante. Si el hombre era tonto, mi madre lo usaba todo lo que podía y luego *ella* seguía adelante.

No obstante, Atticus Popov todavía seguía allí.

—No lo sé —respondí honestamente—. Por lo que parece, debió ser así.

Romeo me dedicó una sonrisa maliciosa.

—No creo que estén follando.

Mis cejas se arquearon.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió de hombros.

—Por lo que me han contado las sirvientas de madre, él nunca se queda a dormir.

Dejando a un lado los asuntos de madre, Romeo y yo pasamos la siguiente hora hablando de negocios.

—Me voy a la cama —agregué bostezando.

Mi hermano se rio entre dientes.

—Puede que nuestra madre no este teniendo sexo, pero seguro que tú sí. Por fin.

Le hice una seña con el dedo, aunque era imposible borrar la sonrisa de mi rostro.

Había sido un buen día.

Sí, Lia tuvo un mal momento en el desayuno, pero estaba convencido que los necesitaba como parte de su recuperación. Había comenzado a confiar en mí y yo no quería romper esa confianza. La había esperado durante ocho años, y ahora había convertido mi vida en una misión para mantenerla a salvo y feliz.

Por primera vez la había escuchado reír libremente de felicidad, y quería más. Rápidamente me estaba volviendo adicto a ella, y la clave para mantener a Lia conmigo era asegurarme de que se deshiciera de los fantasmas de su pasado.

Y ahí era donde entraba la doctora Freud.

Me había puesto en contacto con ella y había aceptado tratar a Lia. El hecho de que estaríamos en Boston lo hizo mucho más conveniente. Si bien la doctora Freud pasaba la mayor parte del tiempo en Europa, su familia vivía en Boston y los visitaba a menudo.

Dejando a un lado los pensamientos sobre la terapia, entré al camarote que compartíamos mi esposa y yo y me detuve cuando escuché un suave zumbido.

¿Son los chorros de la bañera?

Me adentré más en la *suite*, sin que mis mocasines hicieran ruido contra la alfombra.

Cuando entré al baño, encontré a Liana en la bañera, con la cabeza inclinada hacia atrás y sus largas ondas rubias colgando sobre el borde.

Dios, era hermosa. Cuando sonreía, que no era a menudo, resplandecía. Sin embargo, lo mejor era cómo habíamos empezado a crear confianza entre nosotros. Lo quería todo, todo su amor.

La lluvia repiqueteaba contra las ventanas, mas yo solo podía concentrarme en su respiración. Sus mejillas teñidas de carmesí y su pecho, que subía y bajaba sin cesar. Estaba a punto de anunciar mi presencia cuando ella gimió. Sus hombros temblaron ligeramente y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Mi mujer se estaba masturbando.

Mi mano se estiró al instante, deseosa de sentir su piel contra mis dedos, pero entonces me detuve.

En lugar de eso, me acerqué a la bañera, fascinado por el éxtasis que reflejaba su rostro y los ruiditos que emitía mientras montaba su propia mano.

Mi polla se agitó y tardó unos segundos en ponerse dura como una roca y no podía evitar las ganas de quitarme la ropa, meterme en la bañera y follármela hasta que me suplicara que parara.

Sin embargo, no era la forma correcta de actuar, y lo último que quería era traicionar su confianza. Ella había sido traicionada muchas veces, y yo no sería otro nombre en esa lista.

—¿Liana? —pronuncié por primera vez, moviendo la boca por voluntad propia.

Levantó la mirada sobresaltada y se enderezó, sus pechos elevándose por encima de las

burbujas. Sus pezones rosados endurecidos captaron toda mi atención. Unos senos perfectos en forma de gota que en ese momento sabía que cabían perfectamente en las palmas de mis manos.

Estaba tan excitado que temí correrme en los pantalones.

—¿Qué haces aquí? —demandó Liana, sus ojos entrecerrados en mi erección.

Me obligué a mantener la calma y no ceder a mis impulsos de actuar como un cavernícola.

—Compartimos esta habitación —le recordé mientras me maravillaba por mi habilidad para mantener mi tono de voz moderado y mis pies pegados a mi lugar.

Se sentó más arriba en la bañera, claramente sin darse cuenta de cuánto estaba exponiendo de sí misma. Lo único que quería era sacarla de la bañera, inclinarla sobre la encimera y follármela sin sentido mientras ella nos miraba en el espejo.

—Si te vas a quedar en la bañera, te acompañaré —indiqué mientras apartaba mis ojos de ella y agarraba una toalla.

Ella se levantó, moviéndose con elegancia y agilidad, acercándose a mí.

—Ven aquí —pronuncié en voz baja. Como no se movió, repetí—: Ven aquí, *Flor Salvaje*.

Su mirada se cruzó con la mía, y en ella se reflejaba su enfado. Lia odiaba que le dieran órdenes y, aunque entendía por qué, no pude resistir la tentación de ver cómo se le encendían los ojos.

El agua se deslizó sobre su piel y la vi dar un paso, luego otro, arrancándome el aliento de los pulmones con cada uno. Apreté la mandíbula en un intento de mantener el control, de no levantarla en mis brazos y llevármela a la cama.

—Voltéate —murmuré, deslizando mi mano por su brazo hasta rodearle la nuca, con mi pulgar en la garganta. Su pulso estaba acelerado y me pregunté si se daba cuenta de que su cuerpo la traicionaba.

Me incliné hacia ella, aspirando su tenue aroma floral, y ella me observó a través de su mirada entrecerrada.

—Eres jodidamente hermosa.

Acortó la distancia que nos separaba y la besé lentamente, tanteando el terreno. Nunca sabía qué esperar de Lia. Si me besaría o me mataría. Joder, quizá las dos cosas, pero sería una forma gloriosa de morir.

Mis manos recorrieron su cuerpo, su piel resbaladiza y húmeda contra mis dedos.

Se apartó y sus ojos se posaron en mi camisa, ahora mojada y entonces me sorprendió aún más. Llevó su mano a los puntos húmedos de mi camisa, recorriéndolos con sus dedos. Su tacto me encendió.

Le agarré la mano para mantenerla en su sitio y ella se apretó contra mi pecho.

—¿Qué haces? —susurré—. ¿Quieres besarme…? —Lia se sonrojó, algo que nunca había visto que hiciera, y honestamente me impactó, pero fue la visión más hermosa que jamás había presenciado—. ¿O estás contemplando cómo matarme, Lia?

Sonrió, y como todas las otras veces, me robó el aliento.

—Supongo que podemos averiguarlo juntos —señaló, mirándome a los ojos, con un rubor coloreando su rostro. Me preparé—. Ahora mismo necesito a mi esposo. Más que a nada.

La agarré por la nuca y la atraje hacia mí, apretando su cuerpo contra el mío, y la besé como si fuera mi oxígeno. Ella me devolvió el beso con entusiasmo, gimiendo y apretándose contra mí.

Cuanto más fuertes eran sus ruidos, más cerca estaba yo de correrme como un adolescente.

LIANA

Me quitó la toalla del cuerpo con un movimiento rápido, dejándome desnuda delante de él. Sentía un hormigueo en los pechos, los pezones se me endurecían hasta convertirse en capullos adoloridos y palpitaban de necesidad por sus caricias.

Las luces rebotaban en el reluciente mostrador de mármol y un espejo gigante nos reflejaba a ambos. Yo completamente desnuda y Giovanni completamente vestido, sus ojos brillando con una obsesión con la que no sabía qué hacer.

Todo en este hombre me dejaba sin aliento, despertando a la mujer dormida que había en mí. La que intenté matar después de sobrevivir a los abusos de Santiago y Perez.

Sin embargo, cada vez que este hombre me besaba, mi mente se quedaba en blanco y mi cuerpo actuaba por instinto. Reconocía el tacto, ahogándose en el familiar aroma masculino que era mi adrenalina. Mi adicción.

—¿Mi esposa necesita la verga de su esposo? —inquirió, con un tono firme y sereno, pero con un trasfondo violento. Tragué saliva y asentí con la cabeza—. Palabras, Lia. Quiero tus palabras.

—Sí —dije con una calma que no sentía. De hecho, me sorprendió que mi voz sonara tan serena cuando mis entrañas se agitaban como ramas en un huracán.

Una sonrisa de satisfacción asomó a un lado de sus labios y al instante sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en el bosque más tenebroso.

Entonces agarró mis muñecas con una mano. El corazón me latía con fuerza, odiaba cualquier cosa que se asemejara a estar atada, sin embargo, no luché contra él. La confianza tenía que empezar en algún lado, de algún modo.

—¿Esto te molesta? —inquirió, apretándome ligeramente las muñecas. Si bien no me dolió, los recuerdos me hicieron guardar silencio—. *Flor Salvaje*, necesito tus palabras. Tu aprobación.

La tensión se desprendía de Giovanni en oleadas mientras me esperaba, y tardé varios latidos en encontrar las palabras.

—No me gusta estar atada, pero contigo… yo… —Inhalé profundamente antes de exhalar lentamente—. Confío en ti.

Mis labios cosquilleaban, hambrientos de que me besara como si no pudiera saciarse de mí. Igual que yo no podía saciarme de él. Dios, nunca pensé que me volvería a gustar que me besaran.

Mis pensamientos se dispersaron cuando giró mi cabeza y me dio un beso en la boca. Fuerte. Profundo. Nuestras lenguas se enredaron, bailando juntas. Mis gemidos y sus gruñidos.

Entonces me soltó la muñeca y me rodeó la garganta con la mano. No para quitarme el aliento o hacerme daño, sino para demostrarme que nunca me haría daño. Que tenía el control, pero que nunca se aprovecharía de mí.

Su otra mano bajó por mi cuerpo, pasó por mi cadera y desapareció entre mis muslos palpitantes, erizándome la piel a su paso.

Su dedo se introdujo en mi interior y cerré los ojos.

—Abre los ojos. —Carraspeó, con su aliento caliente pegado a mi oreja—. Míranos. Mira lo bien que encajamos, esposa. Mira cómo me posees tanto como yo te poseo a ti.

Me obligué a abrir los ojos y me encontré con nuestro reflejo, mi cuerpo desnudo contra su traje de tres piezas, algo poético.

Sacó su dedo y metió otro más, estirándome, y yo jadeé, con la piel enrojecida por la imagen que teníamos ante nosotros.

Estiró sus dedos dentro de mí y un relámpago de placer recorrió mis venas. Se me enroscaron los dedos de los pies y recosté la cabeza contra su hombro mientras lo veía poseerme. Había

estado en el infierno y lo había saboreado, pero esto… esto era mi primer bocado del paraíso, y quería poseerlo.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas, siguiendo el ritmo desenfrenado de las embestidas de Giovanni. Cada fibra de mí estaba excitada por la intensidad de las emociones.

No podía apartar la mirada de la tormenta perfecta que estaba creando, sus embestidas me hacían llegar cada vez más alto. Me acariciaba el clítoris con destreza y sus movimientos me arrancaban profundos gemidos.

—Eso es, Lia. Déjame escuchar cómo disfrutas. —Sus gruñidos contra mi oído eran como un afrodisíaco—. Muéstrame cuánto me deseas.

Mis muslos temblaron y el orgasmo me golpeó como una luz cegadora, cuya intensidad me hizo vibrar.

Retiró su mano de entre mis piernas y, antes de que pudiera lamentar la pérdida, se desabrochó el cinturón y pude sentir cómo su dura erección rozaba mi entrada. Un escalofrío me recorrió, la anticipación del placer me hizo jadear.

Mi mano encontró su muslo y hundí mis dedos en sus músculos, luego sus dedos volvieron a mi garganta.

—¿Estás lista para mí, esposa?

Esperó mi respuesta mientras yo jadeaba buscando aire, cada fibra de mí temblando de anticipación.

—Sí, fóllame ya, esposo.

Un gruñido vibró en su pecho y la tela de su traje rozó mi espalda mientras me penetraba. Gemí por todas las sensaciones que me golpeaban, mis jugos goteando por mis muslos.

—Tan jodidamente apretada. —Sus gruñidos llenaron mis oídos mientras nos acoplábamos al ritmo sin esfuerzo. No tardamos nada, unas cuantas embestidas, y el placer aumentó, mis gemidos resonando en el aire. Los dos mirábamos fijamente el espejo, un reflejo de él poseyéndome y devorándome viva.

Mi piel estaba sudorosa, ruborizada, y nuestros cuerpos se amoldaban el uno al otro a la perfección. Con su mano alrededor de mi garganta, parecía que estaba completamente a su merced, pero él también estaba a la mía.

—Mira cómo me posees, *Flor Salvaje*. Estamos hechos el uno para el otro. Eres mía y solamente mía. Te pertenezco a ti y a nadie más.

La oscura posesividad de sus palabras aumentó mi placer mientras me follaba hasta casi matarme. Me penetró con fuerza y rapidez, luego lento y profundo. Mis pechos rebotaban y me dolían de la excitación, el placer salvaje creciendo en mi interior.

De pronto, me apretó la garganta y, de la nada, me corrí. El éxtasis se apoderó de mí y Giovanni me inclinó sobre el mostrador, me agarró fuertemente por la cintura y me folló hasta el orgasmo.

Me penetró más profundamente, con más fuerza, se retiraba para luego volver a arremeter una y otra vez. La forma en que tomaba y daba hacía que mis muslos estuvieran húmedos y pegajosos de excitación. No paraba de follarme, y la intensidad de su penetración me arrancaba gemidos y quejidos de la garganta.

Otro orgasmo se apoderó de mi centro, extendiéndose por todo mi cuerpo mientras Giovanni me follaba con más fuerza, con sus embestidas golpeándome tan profundamente que no sabía dónde empezaba yo y dónde terminaba él. Entonces sentí una calidez en mi interior mientras él se estremecía contra mí, con su aliento caliente en mi oído.

—Mía —gruñó, y por primera vez en mi vida me encantó la idea de pertenecer a alguien.

VEINTIOCHO

LIANA



El sudor me recorría la espalda mientras corría por el bosque. La linterna que sostenía con fuerza en la mano trazaba un camino claro sobre la tierra negra. El lejano ulular de un búho resonaba en la noche, por lo demás silenciosa.

El cabello se me pegaba a la cara y respiraba con dificultad, pero lo único en lo que estaba concentrada era en escapar de esto. Escapar de mi marido. Escapar de ella. Era la única forma de escapar del infierno que había vivido durante los dos últimos meses. Desde que asesinaron a mi bebé.

Un escalofrío me recorrió y apreté la linterna con más fuerza mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

No debería haber confiado en nadie. Todo había sido mi culpa.

Me limpié la cara con el dorso de la mano con rabia y me obligué a dejar de llorar. No tenía sentido derramar lágrimas: no había nadie por quien llorar ni nadie que me ayudara.

Había visto la maldad en aquella mujer, pero ignoré mis instintos. Cegada por la esperanza, incluso con toda su maldad frente a mí. Lo había visto una y otra vez.

Tomé mis decisiones, y viviría con ellas.

Era inútil de todos modos. Mi bebé había muerto, y todo lo que podía hacer ahora era huir. Una y otra vez, hasta que me matara. O lograba escapar, y los asesinaba.

Me ardía la garganta por la fuerza de mis emociones, las lágrimas empapaban mis mejillas y se deslizaban por mi boca, haciendo que sintiera el sabor a sal.

Ahora sí que estaba sola en el mundo.

El crujido de las hojas resonó detrás de mí y me di la vuelta observando la oscuridad. El sonido no era constante, así que no podía ser un animal.

Era casi vacilante. Cuidadoso. Me estaban acechando, y cada vez se acercaban más.

Justo entonces, una sombra pasó entre los árboles, pero antes de que pudiera parpadear, ya había desaparecido. Di un paso atrás y mis zapatos deportivos crujieron contra la tierra.

Inhalé profunda y lentamente, concentrándome en los sonidos y sus movimientos. Pero luego desapareció. ¿Quizá había escuchado mal? No había dormido. Asustada por los vivos, aún más por los muertos. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era a mi bebé arrancado de mi vientre y metido en una bolsa. Tanta sangre.

Apunté la linterna en dirección a los árboles donde sospechaba que acechaba la sombra. No hubo movimiento. Ni el crujido de las hojas. Nada.

Tenía que estar todo en mi cabeza.

Si fuera Santiago o sus hombres, ya habrían atacado.

Apenas pensé eso, un dolor estalló en mi costado. Algo me golpeó en las costillas.

Al principio, me quedé inmóvil mirando la mancha de sangre que crecía, sin saber qué había pasado. Cuando levanté la vista, reconocí la sombra.

—¿Adónde crees que vas?

Santiago y la Amante *se quedaron allí, mirándome, mientras uno de los hombres de mi marido me sacaba un cuchillo de las costillas. La sangre brotó de la herida y goteó sobre la tierra.*

Para no caerme, mis dedos se clavaron en el vestido rojo de la Amante *y mis uñas arañaron su piel.*

Ella golpeó mi mano y la linterna resbaló de mis dedos temblorosos. Caí hacia atrás y mi cabeza golpeó el suelo. Un sabor metálico llenó mi boca antes de que la sangre brotara de ella.

Me costaba respirar cuando sentí el peso encima de mí.

Con mis últimas fuerzas, luché y luché, pero el dolor de la puñalada era demasiado intenso. Mis ojos se pusieron en blanco y se cerraron lentamente. Su risa maniática crepitó en el aire.

Las últimas palabras que escuché fueron las de Santiago.

—Vuelve a escapar y te mataré.

Me desperté de un sobresalto y, por un momento, me quedé congelada en el lugar. Tardé varios latidos en darme cuenta de que me rodeaban unos brazos fuertes. Aparté mi cara del fuerte pecho y me encontré con la mirada del bosque que tanto me gustaba.

Me temblaba todo el cuerpo, me rechinaban los dientes y mis uñas se clavaban en su pecho como si buscara un ancla.

—Shhh, te tengo —me tranquilizó la voz de Giovanni—. Haré que todas esas pesadillas desaparezcan, *Flor Salvaje*. Espera y verás.

La sensación de alivio me golpeó y cerré los ojos, hundiéndome en la relajante sensación de confort y seguridad por primera vez en una década.

Tap, tap, tap.

A algunos les habría parecido relajante el ritmo constante del bolígrafo, pero a mí me ponía nerviosa. Tal vez ver a un psiquiatra no era lo mejor para mí, sobre todo teniendo en cuenta el historial de psicópatas de mi familia.

—Cuéntame algo sobre ti.

Mis manos yacían inmóviles en mi regazo, aparentando estar relajadas mientras la sangre invisible las manchaba. Qué interesante sería la conversación si le contara la verdad sobre mí. La idea era tentadora, aunque estúpida.

En lugar de eso, crucé las piernas, con mi falda Chanel color crema impecable, y entrecerré los ojos en el reloj que colgaba de la pared, observando cómo la aguja larga avanzaba lentamente.

Habíamos llegado a Boston hacía apenas unas horas. El yate de Giovanni había atracado en el puerto, y la primera parada que habíamos hecho era reunirnos con la terapeuta. Si eso no era un indicio de cómo iba este matrimonio, y nuestra relación, no sabía qué podía serlo.

El silencio debió de prolongarse demasiado, porque la doctora Freud volvió a hablar.

—Puede ser cualquier cosa. Tan simple o complicado como quieras que sea.

Era una *mala* idea. No me gustaban los extraños, hablar con ellos aún menos. No era como si pudiera decirle quién y qué era yo, lo que había hecho.

La oficina de la buena doctora tenía un ambiente agradable, el espacio decorado con colores cálidos y un sofá que tentaba a cualquier alma perdida a hundirse en él, confesando todos sus pecados. Lástima que probablemente rara vez funcionaba, todos nuestros pecados reconociendo la necesidad de permanecer en secreto por toda la eternidad.

—Mi cantante favorito es Eminem —comenté. Después de todo, ella dijo *cualquier cosa*—. Por supuesto que depende de mi estado de ánimo.

Pasándose una mano por la mandíbula, pensativa, preguntó:

—¿Y cuáles suelen ser tus estados de ánimo?

Me encogí de hombros.

—Feliz, triste, enojada, contenta… Ya sabes, los típicos.

El título de doctorado de Harvard de la doctora Freud colgaba a sus espaldas, como evidencia innegable de sus logros, pero también de una vida bastante normal.

—No hay nada típico sobre los sentimientos, Liana.

—No me digas —añadí, con un tono sarcástico.

La miré a los ojos, estudiando a la mujer que parecía de mi edad, pero pulida y arreglada. No tenía ni un solo mechón de cabello fuera de lugar y su maquillaje natural acentuaba sus rasgos. La doctora Freud procedía de la alta sociedad, había tenido una infancia despreocupada y probablemente seguía llevándose bien con su familia. Así que lo que más me interesaba entender era por qué un día decidió trabajar exclusivamente con criminales.

—Podemos hacer esto de dos formas —afirmó con calma—. Dejas el sarcasmo y me dices cómo puedo ayudarte. O terminamos esta sesión, y nos vamos cada quien por su lado.

Mi cabeza casi se echa hacia atrás por la sorpresa. La mujer tenía agallas y me resistía a admitir que lo admiraba. Me gustaba una actitud directa y sin rodeos.

—Eso no es muy… propio de una doctora —señalé—. Pensé que el propósito de un médico era no rendirse nunca con un paciente.

Sacudió la cabeza.

—Tal vez, pero que yo me rindiera contigo no sería una cuestión de vida o muerte para ti, y prefiero dedicar mi tiempo a alguien que quiere recibir ayuda.

Sonreí.

—Me parece justo.

Su mirada titubeó.

—Entonces… ¿qué va a ser?

Golpeó un bolígrafo contra el bloc de notas que tenía enfrente… *Tap, tap, tap*… a intervalos iguales mientras esperaba mi decisión. Enfoqué mi mirada en el brillante título que colgaba detrás de ella y solté un suspiro cansado.

—Tengo pesadillas. —Hubo un retraso apenas perceptible en su repiqueteo antes de que lo reanudara—. Pesadillas muy vívidas que a veces me vuelven violenta.

Dejó de dar golpecitos.

—¿Violenta? —repitió lentamente.

—Me despierto con las manos alrededor del cuello de alguien. —Esa era la razón por la que nunca permitía que Amara se metiera en mi cama por la noche. Pasara lo que pasara—. O lista para pelear con alguien.

—Ya veo. —Realmente no pensé que lo hiciera—. ¿Y cómo te hace sentir eso?

Dejé escapar un suspiro sardónico. Esa pregunta debe estar entretejida en todas las tesis de posgrado.

—Quizá deberías preguntar cómo se siente la persona que duerme a mi lado —repliqué secamente.

—Estás casada, ¿verdad? —Estaba a punto de negar con la cabeza cuando me detuve. Era mi instinto mantener ocultas partes de mi vida, pero la doctora Freud probablemente conocía mi estado civil, teniendo en cuenta que Giovanni fue quien la llamó.

—Sí.

—¿Te preocupa eso por la seguridad de tu esposo? —preguntó.

—No. —*Sí.*

Hizo una pausa.

—¿Entiendes que preocuparse por alguien no es una debilidad? —La miré inexpresivamente. Estaba muy equivocada, porque era una debilidad. Tu enemigo podía aprovecharse de ella y manipularla, utilizarla para alimentar su poder sobre ti—. En realidad, se podría decir que te hace más fuerte.

La mujer era tan despistada viviendo en su burbuja segura y aislada.

—Acordemos no estar de acuerdo —murmuré.

Levantó una ceja.

—Es curioso, no me pareces una mujer que se rinda fácilmente.

La fulminé con la mirada.

—No lo soy.

—Entonces no lo hagas —declaró—. Confía en mí y, lo que es más importante, confía en ti misma. Puedes vencer a tus demonios o lo que sea que te atormente, pero no lo lograrás si te rindes.

Maldita fuera esta mujer.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? —pregunté, entrecruzando y descruzando las piernas, intentando parecer indiferente.

—Sé sincera. Si no lo eres conmigo, hazlo contigo misma. —Su mirada se clavó en la mía—. Hazlo por las personas que quieres. Hazlo por ti, porque te lo mereces. —Levantó una ceja, como si esperara que dijera algo, y cuando no lo hice, añadió—. La venganza a veces puede traerte más caos que paz, Liana. Seguir adelante es más dulce.

Sus palabras duplicaron el ritmo de mi corazón, haciendo que me temblaran las manos en el regazo. La afirmación parecía irrelevante, fuera de lugar en aquel momento.

—¿Cuál es su mayor temor, doctora? —le pregunté.

No dudó.

—Las arañas.

—El mío es convertirme en mi madre.

Sus ojos bajaron hasta las notas que tenía en mi expediente. No podía ser mucho, porque Sofia Volkov de algún modo seguía siendo un enigma para el mundo exterior.

—¿Por qué?

Había tantas razones, pero ninguna de ellas podía decirse en voz alta. No aquí. Nunca.

—Porque los hombres la convirtieron en un monstruo. —Igual que me convirtieron a mí en uno. Le robaron a su amada primogénita. Ellos asesinaron al mío—. No quiero convertirme en ella, pero puedo ver que ya lo soy. —Cada cosa mala que le sucedía, ella se la devolvía al mundo multiplicada diez veces. No le importaba si lastimaba a gente inocente en el proceso. Al parecer,

a mí tampoco.

Esperó a que continuara y, cuando no lo hice, comentó:

—Tú no eres tu madre. Puedes cambiar la trayectoria de tu vida sanándote a ti misma.

El dolor me atravesó el pecho e inhalé profundamente para calmar mi respiración. Bajé los ojos hacia mis manos apretadas. Quizá tenía razón. Tal vez si sacaba a la luz toda la oscuridad, podría encontrar la forma de seguir adelante.

—Pensé que estaba bien, que estaba mejorando. Pero entonces algo tan simple como una tormenta eléctrica me detona, y siento que vuelve ese temblor familiar. —Retorcí mis dedos en mi regazo, preguntándome si ella veía lo desesperada que estaba por ser normal. Por Giovanni. Por mi gemela. Por mí misma—. Empiezo a pensar que el pasado nunca quedará realmente en el pasado.

—Los recuerdos dolerán —afirmó tranquilamente la doctora Freud—. El dolor estará ahí, pero tienes que desprenderte del pasado, dejar que forme parte de ti, pero no de lo que eres, y entonces podrás empezar a sanar. Entonces podrás vencer.

Yo simplemente quería una victoria, con o sin sanación.

VEINTINUEVE

GIOVANNI



El concepto de maternidad le era ajeno a Julia Agosti.

Mi padre o, mejor dicho, el hombre que me crio como si fuera suyo, nos colmaba de afecto a mis hermanos y a mí, mientras que madre nos ponía a unos contra otros. Ella únicamente tenía un propósito: conseguir el poder costara lo que costara.

De ahí sus indiscreciones.

Tomaba amantes y luego mentía y manipulaba para conseguir lo que quería. Pero eso terminó en el momento en que asumí el poder.

Desearía poder decir que nunca la vería o hablaría con ella de nuevo.

Sin embargo, estando parado en la puerta de su casa, a las afueras de Boston, supe que era solo eso: un deseo. La casa, de tres pisos y fachada de ladrillo gris, estaba situada en un gran terreno, rodeada de jardines perfectamente cuidados y con una piscina en la parte trasera, lo que hacía pensar a cualquiera que madre era una mujer sofisticada cuyo único propósito era asegurarse de que su casa tuviera un aspecto impecable.

Los que la conocíamos mejor sabíamos que para eso tenía personal.

Así que no me sorprendió que uno de ellos me recibiera.

—La señora Agosti lo está esperando —anunció el mayordomo en cuanto atravesé la entrada, y sentí que me envolvía la tensión familiar. Me dirigieron hacia la sala, donde los muebles de estilo barroco dominaban la decoración.

Tenía puesto un sedoso vestido verde con cinturón dorado y tacones a juego, y estaba sentada en el sofá como si fuera su trono personal. Su aspecto era el mismo desde que tenía uso de razón. Su cabello oscuro le caía hasta los hombros, haciéndola parecer más joven de lo que realmente era.

Los ojos de mi madre, tan parecidos a los míos y a los de mis hermanos, se entrecerraron y sus labios se curvaron en una sonrisa fingida.

—Veo que por fin te has dignado a honrarme con tu presencia —declaró, con un notable desprecio en la voz.

—Mi yate está siendo reparado en el muelle —le dije con una sonrisa falsa—. Así que no puedo quedarme mucho tiempo.

Quería asegurarme de estar de vuelta a la oficina de la doctora Freud para cuando Lia terminara con su cita. Destiné guardias y a mi hermano para vigilarla, pero sabía que, si mi esposa quería deshacerse de ellos, lo haría.

Madre se levantó, con la postura rígida, y se acercó a mí, con los tacones chasqueando contra

la madera.

—Supe que volviste con una invitada.

—¿Me estás vigilando? —respondí con una pregunta de la que sabía la respuesta. Mi madre tenía un harén de hombres en Boston, que espiaban a escondidas y cumplían sus órdenes. Aunque su poder no se extendía más allá de eso y nunca lo haría.

—¿Dónde está Romeo? —Sus ojos miraron detrás de mí como si esperara que apareciera de la nada.

—Está haciendo un trabajo para mí. —No le debía ninguna explicación y sus juegos se estaban volviendo molestos—. Tú y yo tenemos que hablar.

—Suenas muy serio. ¿Alguna posibilidad de que hayas recapacitado? —Un brillo codicioso en sus ojos me miraba fijamente mientras yo luchaba por mantener la calma—. Los imperios Agosti y Tijuana son tu derecho de nacimiento —me explicó.

Sonreí satisfecho.

—Difícilmente, teniendo en cuenta que no soy un Agosti. ¿O acaso olvidaste que engañaste a tu esposo?

—Escucha, Giovanni, tengo un plan y…

—No —la interrumpí, sin dejarla terminar otro pensamiento que probablemente costaría vidas—. Sea cual sea el plan que tienes en la cabeza, voy a ponerle fin ahora.

—Pero podrías dirigir tanto la *Omertà* como el cártel, y luego…

—Madre, esto es una simple visita de cortesía. No hay más *Omertà* para mí. Me retiraré.

—¡Chico *insolente*! —espetó ella. Levantó la mano, pero antes de que pudiera golpearme en la mejilla, la atrapé y la sujeté con fuerza—. No tienes ni idea de lo que he hecho. Todo por ti, ingrato pedazo de…

—*Oh* sí, estoy seguro de que abrirte de piernas fue una terrible penuria. Mis más sinceras disculpas, madre.

Me miró fijamente, sin palabras, pero no duró mucho.

—Es por *ella*. —Arqueé una ceja mas no confirmé ni negué—. ¿Cómo te atreves a tirar por la borda todo lo que he hecho por ti? —Prácticamente gritó—. Te mereces algo mejor que las sobras dañadas que esa chica pueda ofrecerte.

Una ira al rojo vivo afloró a la superficie y di un paso amenazante hacia adelante, elevándome por encima de ella.

—¡Basta! —gruñí—. Tendrías suerte de ser una fracción de la mujer que es mi esposa.

Me miró atónita.

—Una… pero… ¿tú qué?

—Mi. Esposa. —Palideció visiblemente, pero al menos guardó silencio—. Y no toleraré ni una palabra más contra ella. ¿Entendido?

Aún le quedaba algo de autoconservación porque asintió. Aunque no me engañé pensando que esto sería lo último que escucharía sobre el tema. Estaba demasiado hambrienta de poder para eso.

Me di la vuelta para salir de allí cuando sus palabras me detuvieron.

—Verás lo equivocado que estás, Giovanni.

La miré por encima de mi hombro.

—No, madre. Tú lo harás si no dejas tus juegos.

TREINTA

LIANA



Los siguientes días en Boston los pasé adaptándome a mi nueva vida. Estudié el mapa de la ciudad y aprendí la ruta más rápida para escapar en caso de que fuera necesario. Ciertos hábitos eran difíciles de eliminar.

Aunque, de momento, no había nada de qué escapar.

Pasaba los días dirigiendo un negocio, recibiendo información de José sobre la búsqueda de la *Amante* y haciendo las temidas pero necesarias visitas a la oficina de la doctora Freud. Pasaba las noches retorciéndome bajo el fuerte cuerpo de Giovanni, gimiendo su nombre. Sin embargo, lo que me rompía el corazón era despertarme por la mañana y contemplar el océano Atlántico. Me recordaba la promesa que le había hecho a Amara, y me destrozaba no haber podido cumplirla.

No obstante, no podía pensar en eso. En cambio, me tomé un minuto extra para asimilar la idea de conocer a la familia de Giovanni. Por alguna razón que no pude comprender, insistió en que arrancáramos esa bandita y me aseguró que me aceptarían.

Era triste, porque había crecido con la idea de que mi gemela y yo éramos el equivalente a la realeza de la mafia y que cualquiera tendría suerte de tenernos.

Y aquí estaba yo ahora, preocupándome por cosas tan triviales como conocer a una familia. Nunca me habían preocupado mucho las costumbres, pero él y su hermano parecían tan normales. Temía que el resto de su familia también lo fuera y no me aceptaran. Todos mis pecados vendrían a atormentarme y a quitarme la luz que Giovanni había empezado a hacerme ver.

Necesitando un minuto más para ordenar mis pensamientos revueltos, miré mi reflejo en el espejo antes de salir del dormitorio, siguiendo el parloteo de voces y risas.

Antes, me había sentido como un fraude con el vestido rosa suave que había llegado con las cajas y cajas de ropa que los hombres de Giovanni habían entregado cuando llegamos a la ciudad. Su color y su forma me hacían parecer una joven inocente y vulnerable. Así que opté por un vestidito negro de Chanel, sintiéndome más segura y como yo misma al usarlo.

Con mis tacones repiqueteando contra el vestíbulo de mármol de la casa de Giovanni, me dirigí al comedor, las voces alegres acercándose cada vez más a cada paso.

Abrí las puertas de un empujón y todas las miradas se dirigieron hacia mí a la vez.

Nunca me había molestado llamar la atención, pero en aquel preciso instante se me erizó la piel al sentirme el centro de atención mientras estudiaba a la familia sentada alrededor de la mesa del comedor.

Giovanni estaba a la cabeza de la mesa, su traje negro de tres piezas se amoldaba a sus músculos como si hubiera nacido para llevarlo. Sus dedos fuertes que sabían cómo provocar placer estaban en punta a la altura de la barbilla, ambos codos apoyados en la mesa, y las afiladas líneas de su mandíbula dominaban su rostro.

Sonrió, luego me guiñó un ojo, y algo de opresión en mi pecho se aflojó.

Sus hermanos, Romeo y Cristiano, estaban sentados a su derecha, observándome con la mirada calculadora y verde que me recordaba a mi esposo. El hombre que reconocí como Mateo Agosti estaba sentado en la mesa más pequeña, junto a una mujer joven, probablemente su esposa, y tres niños. Al otro lado de la mesa, la hermana de Giovanni, Marissa, estaba sentada junto a su esposo, el mafioso irlandés de Boston, Declan O'Connor.

El entrenamiento de mi madre y mi costumbre de estar al tanto de quién es quién y qué es qué me estaban resultando muy útiles.

Mientras que el lenguaje corporal de Mateo Agosti era tenso y cauteloso, el de Marissa y su esposo era todo lo contrario. Relajados, pero no me engañaba pensar que Declan no era una persona temible.

Marissa me ofreció una sonrisa, saludándome con un gesto demasiado entusiasta, y yo se la devolví, aunque con torpeza.

Una pequeña mujer de cabello castaño largo y ojos marrones se levantó y se acercó a mí mientras me tendía la mano. Brianna Agosti. La esposa de Mateo.

—Encantada de conocerte, Liana —saludó mientras le estrechaba la mano—. Siempre supe que Giovanni quedaría flechado y la boda se celebraría sin demora. Siento no haber estado allí.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Lo mismo digo. Para mí también fue una sorpresa.

—Ah, otro secuestro. Parece que suelen ser lo normal para estos hombres.

Sus ojos, llenos de desaprobación cómica, se dirigieron a Giovanni, que la ignoró y le dio una palmada a la silla vacía que tenía al lado.

—Ven a sentarte conmigo, esposa.

Me sonrojé al acercarme a él, la muestra de afecto me hizo perder el equilibrio.

—Bienvenida a la familia. Somos numerosos y ruidosos, aunque la mayoría ladra y no muerde —anunció Marissa, sonriendo mientras yo tomaba asiento, y aquello me golpeó como una tonelada de ladrillos. Nunca había formado parte de una gran familia.

Se suponía que solo seríamos Amara y yo por el resto de nuestras vidas, pero tal vez este era mi destino. La doctora Freud me estaba ayudando a ver que esta complicación podría convertirse en el mejor resultado para ella. Lo único que deseaba era poder verla y formar parte de su vida, por pequeña que fuera.

El silencio cayó sobre la mesa del comedor durante un segundo demasiado largo, con mi máscara firmemente en su sitio. Hacía mucho tiempo que había aprendido que mostrar mis debilidades era una forma segura de que se aprovecharan de ellas y, *de nuevo*, las palabras de la doctora Freud resonaron en mis oídos. *Confía*.

Puede que me convenciera de que tenía que dejar entrar a mi esposo, pero extender esa misma cortesía a su familia me llevaría algún tiempo.

Así que, cerrando herméticamente mis emociones, esperé a que alguien rompiera el silencio.

Los hermanos Agosti no eran como los demás que había conocido, alegres, optimistas y francamente felices. Probablemente nunca habríamos sido amigos si nos hubiéramos conocido de niños.

—Presenta a tu esposa, hermano —Fue Romeo quien finalmente habló—. Aunque es

bastante famosa, fingiremos que nunca hemos oído hablar de ella.

Todos rieron entre dientes, pero Giovanni se abstuvo de hacer presentaciones cuando el personal eligió ese momento para aparecer, trayendo bandejas con comida. Sirvieron la sopa y el plato principal, una especie de filete, y cuando se marcharon, Giovanni tomó la palabra.

—Todos, esta es mi esposa, Liana —Una mano se acercó a mi rodilla por debajo de la mesa, y fue entonces cuando me di cuenta de que la había estado moviendo nerviosamente. Me quedé quieta al instante, dándome cuenta de que eso no me había pasado nunca—. Lia, ya conoces a Romeo. A su lado está mi otro hermano insoportable, Cristiano —este último le hizo un gesto con el dedo, ignorando la sopa y lanzándose directamente a la carne—, mi hermana, Marissa, mi tío Mateo Agosti y su esposa, Brianna. Y por último, pero no menos importante, mi cuñado, Declan.

—No te olvides de los niños —regañó Brianna en voz baja—, Dante nunca te perdonará si lo haces.

—Ah, sí. Qué tonto soy —Giovanni guiñó un ojo a sus primitos—. Emma, Dante y Aspen, saluden a su nueva… prima, tía… lo que sea que seamos.

Los pequeños saludaron, volviendo su atención a su comida y comiendo mientras fijaban su mirada en el iPad. No pude resistir una risita, los pequeños siempre eran los más fáciles de lidiar.

Me aclaré la garganta y les ofrecí algo parecido a una sonrisa.

—Encantada de conocerlos a todos.

—¿Así que es verdad que te casaste con la hija de Sofia Volkov? —Interrumpió Cristiano.

Giovanni levantó la comisura de los labios.

—Eso parece.

—Tengo una pregunta —Cristiano hizo una pausa con un bocado de filete a medio camino de su boca—. ¿Es cierto que tu madre era un poco… *pazza*? ¿Un parásito en el mundo criminal?

Entrecerré los ojos, y por mi mente pasaron imágenes de todas las formas en que podía hacerlo sufrir. O tal vez lo simplificaría y le prendería fuego.

—Mi madre fue producto de su entorno —dije fríamente.

—Déjate de estupideces, Cristiano, o puedes irte ahora mismo —La voz letal de Giovanni atravesó la habitación como un látigo.

Cristiano intentó justificarse.

—Pero…

Marissa fulminó a su hermano con la mirada.

—Compórtate, carajo. Y qué más da que su madre fuera una *loca*. Tú eres una peste y no ves que nadie lo señale. ¿Sabes por qué? Porque tenemos modales.

La expresión de espanto de Cristiano se dirigió a su hermana.

—Pero, vamos. No me digas que te parece bien que Giovanni se case con la supuesta esposa muerta de su tío.

Giovanni abrió la boca, probablemente para salir en mi defensa, pero levanté mi mano, sin apartar la mirada de su hermano menor.

—No tuve mucho que opinar sobre este matrimonio, ni sobre el matrimonio con Santiago —declaré con calma, aunque algo en mi interior ardía. Si no fuera el hermano de Giovanni, lo mataría aquí y ahora. Estaría muerto antes de que la cena estuviera servida—. No es que sea asunto tuyo.

—Basta, Cristiano —le advirtió su hermana en un siseo.

Él la ignoró.

—Entonces, ¿por qué te casaste con Giovanni? —El ojo derecho de Cristiano se contrajo—.

¿Para recuperar el control del Cártel Tijuana?

—No tengo intención de recuperar nada. Y para que quede claro, nunca tuve el control del Cártel Tijuana —El silencio que se apoderó del comedor fue, por decir lo menos, incómodo—. Y lo que Giovanni y yo hagamos es cosa nuestra. Asunto *nuestro*, no tuyo. ¿Está claro?

Sentí que mi esposo miraba mi perfil con orgullo. Pude ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa mientras me apretaba el muslo por debajo de la mesa apoyándome suavemente.

Solté el aliento que había estado conteniendo desde que mencionaron a mi madre y todas las miradas se volvieron hacia mí. Nunca pensé que el apoyo de alguien significaría tanto.

—¿Por qué hacerte pasar por muerta? —preguntó Mateo, que había sido el jefe de la Mafia Italiana de Boston, con una leve curiosidad en su voz.

Giovanni lo fulminó con la mirada, pero la atención de su tío no se desvió de mí.

—Era más seguro seguir muerta —afirmé con calma—. Debido a la naturaleza del apoyo que le había dado a Perez Cortes, proteger a mi hija… —Se me quebró la voz, mas continué después de tragar saliva—. Proteger a mi hija *adoptiva* era lo único que me importaba. Además, fue una venganza bastante buena. Estaba en todas partes, pero nadie podía localizarme.

No les diría que, después de dos décadas como prisionera, sentirse libre era embriagador y que no tenía intención de volver a ser atrapada. Por fin podía escribir mi propia historia.

Sin embargo, la broma era contra mí, porque aquí estaba. Aunque esta vez era diferente. Era diferente con Giovanni.

—Me pregunto si habrás ensayado todas estas respuestas —preguntó Cristiano mientras volvía a comer.

—Cristiano —advirtió Giovanni.

—Es sospechoso, hermano. ¿Por qué no te das cuenta? —Resopló, y juré que lo escuché decir en voz baja—: Puedes conseguir alguien mucho mejor que *ella*.

—Silencio —gruñó Giovanni, y toda la habitación se quedó en silencio. Bueno, todos menos Mateo, que siguió comiendo y molestando a sus hijos como si fuera un lunes cualquiera.

—Supongo que visitaste a tu madre, Cristiano —La atención de Mateo se posó en su sobrino.

—Eso no tiene nada que…

—Responde a mi pregunta —Lo interrumpió.

—Sí —Apretó los dientes.

—¿Qué. Te. Dijo? —Mateo exigió saber.

—Probablemente algo psicópata —comentó Romeo, riendo en voz baja pero deteniéndose cuando la atención de Mateo y Giovanni se desvió hacia él.

Mateo se negó a ser desviado del tema.

—Tu madre y sus opiniones hacen más mal que bien. Así que hay que tomarlas con cautela.

Cristiano soltó un sonido burlón, pero no dijo nada más. Apreté la mandíbula y enfoqué mi mirada en un punto por encima de él mientras mi corazón retumbaba. No había esperado que la familia de Giovanni me recibiera con los brazos abiertos; habría sido una tontería. Además, tan solo mi nombre despertaba dudas en las organizaciones criminales.

Pero algo en la hostilidad de Cristiano y la aparente desaprobación de la madre de Giovanni me dolía.

Escarbé en mi memoria en busca del árbol genealógico de los Agosti, pero no conseguí dar con los padres de Cristiano, probablemente porque no tenían un papel prominente como criminales. Giovanni Agosti como heredero del lugar en la *Omertà* de la familia Agosti y del Cártel Tijuana era difícil de olvidar, pero su familia no tanto.

Durante la hora que siguió, los hombres hablaron principalmente de deportes y política,

mientras yo me concentraba en mi plato y solamente hablaba cuando Brianna o Marissa me hacían una pregunta. Esperé y esperé el momento oportuno para retirarme, y la oportunidad llegó cuando Giovanni se llevó a su tío y a sus hermanos a su oficina para hablar de negocios.

Una vez que desaparecieron, me apresuré a marcharme y subir corriendo las escaleras. No fue hasta que estuve en la habitación que respiré profundamente, tomando asiento en la cama.

—Carajo, es más fácil matar a una persona que lidiar con la familia —murmuré para mis adentros, con los hombros caídos.

Estaba acostumbrada a que no me quisieran, pero la inseguridad era una emoción nueva. Inhalé profundamente, apoyé mis codos en las rodillas, puse mi cara entre mis manos y cerré los ojos mientras reflexionaba sobre los acontecimientos de esta noche.

Al parecer, no era tan inmune a la necesidad de ser aceptada como pensaba. ¿Y si Giovanni acababa poniéndose del lado de Cristiano? No se equivocaba precisamente al desear algo mejor para su hermano. Yo tampoco habría querido a alguien como yo como pariente.

Huh, ¿quién lo diría? Parece que sí tenía corazón, y la idea de Giovanni con otra me lo estaba rompiendo.

Sonó un golpe en la puerta y me enderecé.

—¿Quién es?

Marissa abrió la puerta, y vi a Brianna por encima del hombro, que preguntó, —¿Podemos quedarnos aquí contigo, por favor? Giovanni está regañando duro a Cristiano.

Levanté una ceja sorprendida por la excusa tan tonta. Los hombres estaban en la oficina, así que no era como si estuvieran en medio de su discusión.

Pero en lugar de echárselo en cara, me escuché decir,

—Claro.

Me levanté y las guie hasta la pequeña sala de nuestra habitación, donde las tres nos sentamos en los sillones de piel. El silencio volvió a dominar mientras esperaba a que dijeran algo, cualquier cosa.

Como ninguna lo hizo, me decidí a hacerlo.

—Estoy segura de que saben que hay muchas más habitaciones en esta casa para escapar de las payasadas de Giovanni.

Brianna se aclaró la garganta.

—Solo queríamos saber si estabas bien.

—Lo estoy.

—Mi hermano puede ser demasiado protector —soltó Marissa—. Pero no es más que un gran oso de peluche. Ladra, pero no muerde.

—Todos sentimos curiosidad por ti —añadió Brianna—. Eres como una leyenda por aquí.

Me burlé.

—Para nada, teniendo en cuenta que todos me daban por muerta.

Marissa sonrió.

—Eso demuestra lo ruda que eres.

—Dale tiempo a Cristiano. Ya se le pasará —afirmó Brianna—. Le cuesta un poco más acostumbrarse a la gente nueva.

Sonreí en lugar de expresar mi dolor.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, porque no iré a ninguna parte.

Y lo dije en serio.

—Exactamente lo que quería escuchar —Marissa se relajó en su asiento—. ¿Así que mi hermano realmente te obligó a casarte con él?

Asentí.

—Estos mafiosos realmente necesitan ser más creativos —murmuró Brianna—. Si alguno de ellos obliga a mi niña a casarse algún día, lo pagará muy caro.

Marissa intercambió una mirada con su cuñada.

—¿A ti también te obligaron? —pregunté.

—No me malinterpretes, no lo lamento —aseguró Brianna con calma, cruzando sus esbeltas piernas—. Pero no es exactamente la forma correcta de hacerlo.

—Bueno, mi hombre no me obligó a nada —añadió Marissa.

Brianna soltó una risita.

—Probablemente porque te tiene miedo, loca de remate.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—Aunque, si lo hubiera hecho, quizá habríamos estado juntos antes.

—Todo pasa por una razón —comenté, lo cual sonó tan patético, pero no había forma de retractarme de las palabras.

—Tienes razón —Brianna estuvo de acuerdo, su expresión se volvió soñadora—. Lo principal es que todo resultó para bien y Mateo sí que me hace… feliz.

—Y Declan es una bestia insaciable.

Se rieron y sonreí. Algo en su franqueza me atrajo, me hizo sentir menos sola. Estaba claro que amaban a sus esposos y eran felices, y aquí estaban, ¿compartiéndolo *conmigo*?

—¿Puedo preguntarte algo, Liana? —La voz de Brianna era baja, vacilante.

—Claro.

—¿Tu motivo para permanecer oculta fue realmente para vengarte?

Marissa se inclinó.

—Es jodidamente brillante si ese era tu plan.

Me encogí de hombros.

—Cuando escapamos por primera vez, mi objetivo principal era sobrevivir. Pero cuando volví al negocio, disfruté provocando a Santiago y a Perez. Haciéndoles creer que iría tras ellos, para que se vieran obligados a vivir con miedo a cada segundo de cada día…

Igual que nos hicieron vivir con miedo a Amara y a mí.

Sus labios se entreabrieron ante mi respuesta.

—Ojalá te hubiéramos conocido cuando tuvimos que deshacernos de ese cuerpo —murmuró Marissa.

Mis cejas se alzaron sorprendidas, sin comprender. Brianna añadió en voz baja,

—Es una larga historia, pero lo más importante es que mi ex intentó secuestrar a mi hija. Lo matamos y nos deshicimos del cadáver.

El corazón me dio un vuelco. —¿Tu esposo no te ayudó? —Volteé a ver a Marissa—. ¿O el tuyo?

Brianna hizo un gesto con la mano.

—Fue unos años antes de conocer a Mateo.

—Y Declan y yo no nos hablábamos en ese momento —Marissa se encogió de hombros—. De todos modos, era su primo, así que habría sido un poco complicado pedirle que nos ayudara a deshacernos del cuerpo.

Se me escapó una carcajada de asombro.

En ese mismo instante decidí que esas dos me agradaban. Mucho.

Y mientras hacíamos planes para reunirnos para almorzar la próxima semana, me di cuenta de que tal vez no éramos tan diferentes.

TREINTA Y UNO

GIOVANNI



Me senté en la silla, dejando que mi mente se despejara y mi furia disminuyera. Pensé que una ducha me ayudaría, pero ni siquiera eso podría extinguir la ira que hervía en mi interior. Sabiendo que el sueño no me encontraría, me puse un pantalón de pijama y me quedé mirando la oscuridad que rodeaba mi propiedad.

Debí haber sabido que mi madre no dejaría pasar la noticia de mi matrimonio con Lia. No tardó nada en clavar sus garras en Cristiano e intentar su manipulación, como quedó claro tras ese desastre de cena "familiar".

Maldita sea esa jodida mujer.

Sí, me trajo a este mundo, sin embargo, no tenía un solo hueso en su cuerpo que se preocupara por alguien que no fuera ella misma.

Romeo y yo no éramos muy cercanos a nuestra madre, pues fuimos testigos de sus *muchas* crueldades hacia los demás a lo largo de los años, aunque Cristiano se libró de verlas. Esa era la razón por lo cual la veía con mejores ojos, y al mismo tiempo, ella lo utilizara para conseguir lo que quería del resto de nosotros.

Un gemido atrajo mi atención hacia la cama, donde encontré a Lia en posición fetal, con los ojos cerrados y el ceño fruncido, como si sintiera dolor.

Abrió y cerró la boca varias veces, mas no pronunció ninguna palabra, únicamente quejidos y gruñidos. Si bien su cuerpo temblaba, el dolor grabado en su rostro era como una daga directa a mi corazón.

Me levanté y me acerqué con cuidado a la cama. Me arrodillé y acaricié la cara de Lia.

—No, por favor. —Gimoteó, con las lágrimas rodando por sus mejillas y cayendo sobre mis pulgares—. No… no… por favor.

—Lia, mi amor. Despierta.

Agitó la cabeza y supe que una pesadilla la tenía atrapada.

—No le hagas daño, por favor. ¡Por favor! —Lloriqueó.

—¿Quién? —pregunté en contra de mi buen juicio, manteniendo la voz suave—. ¿Quién le está haciendo daño, Lia?

Todavía había cosas que ella ocultaba, enterradas bajo sus capas, y hasta que todo saliera a la luz, temía que siguiéramos encontrándonos con obstáculos.

—Por favor…

Su cuerpo temblaba con más fuerza, sus gritos se hacían más fuertes y repetía sus súplicas una y otra vez.

—Lia, nadie volverá a hacerte daño. —Agarré su cara con fuerza, salpicando besos en todas partes y saboreando lágrimas saladas—. Estás conmigo. Despierta, *Flor Salvaje*.

Esperaba que mi tacto la sacara de la pesadilla y la trajera de vuelta a mí.

—Duele —sollozó.

—Estás aquí conmigo. Nunca dejaré que nadie te haga daño. Estás a salvo —le hablé con suavidad, con la esperanza de liberarla de su pesadilla y de los demonios que parecían querer perturbar su paz—. Estoy aquí —murmuré—. Siempre estaré aquí.

Como si mis palabras hubieran llegado por fin a ella, las líneas de tortura del rostro de Lia se suavizaron, pero seguía temblando y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Mi boca rozó la suya mientras intentaba aliviar su dolor de la forma que mejor parecía funcionar.

Sus temblores finalmente se calmaron y abrió los ojos, confundida, mientras miraba frenéticamente a su alrededor. Parpadeó y se apartó.

—Estás a salvo conmigo, Lia —aseguré en voz baja.

Sus ojos encontraron los míos e, incluso en la oscuridad de la habitación, pude ver la devastación en ellos.

—¿Yo… te ataqué?

—No.

Deslizó su cuerpo empapado de sudor desde la cama hasta mis brazos en un movimiento tan impropio de ella que casi me caigo, llevándomela conmigo. Era como si buscara protección y me hubiera elegido a mí.

En cuanto su mejilla tocó mi pecho desnudo, se derrumbó de nuevo, sollozando incontrolablemente.

—Eso es. Desahógate. —La tranquilicé—. Ahora estás a salvo.

—Lo mataron. —Sus palabras apenas se entendían entre lamentos—. Me quitaron todo.

Acaricié su cabello, manteniéndola cerca de mí.

—¿Quiénes?

—La *Amante*. Santiago. Perez. —Lloró.

Deseé por enésima vez poder matar a esos hijos de puta.

—¿Qué te hizo esa *Amante*? —Porque cuando encontrara a esa mujer, pensaba enterrarla a dos metros bajo tierra. Viva.

—Ella me arrebató a mi bebé. —Mi mano se detuvo un instante antes de volver a acariciar su cabello—. Mató… a mi bebé. Tiró su pequeño cuerpecito dentro de una bo-bolsa de basura y se mofó. —Sus palabras se entrecortaron por el hipo, su angustia presente en cada sílaba—. Creo que era un niño, pero ni siquiera estoy segura. Ni siquiera llegué a sostenerlo.

Apreté mi mandíbula, la rabia hirviendo en mi sangre. Ningún ser humano debería soportar lo que esta mujer tuvo que soportar para sobrevivir.

—¿Esta mujer tiene nombre?

Negó con la cabeza.

—No lo sé. He estado investigando.

Tomé su barbilla entre mis dedos y levanté su cabeza, mirando sus ojos color dorado.

—La buscaremos juntos. —Le di un beso en la sien. Luego la cargué y la metí a la cama, deslizándome detrás de ella—. La encontraremos, Lia, y la haremos pagar por todo. Juntos.

Con mi mano sobre su corazón y su delicada palma sobre la mía, repitió en un suave susurro:

—Juntos.

La *Amante*, quienquiera que fuera, lamentaría el día en que puso sus ojos en mi Lia, porque

nadie hacía llorar a mi mujer y vivía para contarlo.

TREINTA Y DOS

GIOVANNI



Kian: Reúnete conmigo en el Long Wharf. Tú y tu esposa me lo deben.

Kian estaba en Boston. No me sorprendió, pero esperaba que no volviera hasta dentro de unas semanas.

Lia y yo debatimos reunirnos con él toda la mañana. Ella estaba en contra, pero no quiso explicarme por qué, así que prevaleció mi decisión, considerando que Kian no estaba equivocado. Se lo debía, y mi mujer también.

Mientras mi chofer recorría la larga y sinuosa carretera que conducía a un lugar que había sido una importante entrada comercial y punto de partida hacia Boston, Romeo me observaba mientras Liana veía el paisaje pasar por su ventanilla, con su mirada calculadora clavada en los innumerables guardias de seguridad colocados en cada esquina de la propiedad.

—No sabía que Kian fuera el dueño de Long Wharf —murmuró Romeo—. No debería estar en nuestro territorio.

Me limité a encogerme de hombros, aunque me preguntaba lo mismo. ¿Por qué carajos Kian Cortes era dueño de algo en Boston?

—Esto fue una pésima idea —comentó Lia, con los ojos aún fijos hacia afuera de la ventana —. Al menos deberíamos haber traído refuerzos.

Romeo soltó una risita.

—Yo *soy* el refuerzo. Dame algo de crédito.

Lo miró, puso los ojos en blanco y volvió a observar por la ventana. Era genial ver a mi hermano y a mi hermana haciendo un esfuerzo con mi esposa. Ojalá Cristiano se animara. Durante las últimas semanas que habíamos estado en Boston, se había mantenido a distancia, probablemente con mi madre susurrándole veneno al oído.

Parecía que había llegado el momento de encargarse de ella de una vez por todas. Mateo la odiaba a muerte y se mantenía alejado de ella como si tuviera la peste, pero yo empezaba a pensar que eso era un error. Lo que necesitaba esa mujer era que le pusieran una correa y le recordaran cuál era su lugar.

—Este tipo vive como un puto rey con una seguridad propia de un líder criminal —afirmó Romeo, mirándome a los ojos.

—*Es* un líder criminal —señaló Lia—. Por si no lo sabías, dirige varias operaciones ilegítimas, la más reciente es el Cártel Cortes.

—Pensé que dirigía una empresa de operaciones de seguridad.

—Así es —confirmé—. Aunque sospecho que es más que nada una fachada.

—Puede que tu esposa tenga razón, entonces —refunfuñó Romeo—. No deberíamos estar aquí.

—Convertir a Kian en un enemigo no sería prudente —respondió Lia a regañadientes, repitiendo mis palabras de nuestra discusión de esta mañana. Sospechaba que no sería la última. Lia era testaruda y estaba acostumbrada a hacer las cosas a su manera.

Se me levantaron las comisuras de los labios. Pero ella se apresuró a poner fin a la discusión.

—No seas engreído, Giovanni. No te queda bien.

Sonreí.

—Simplemente estoy contento de que mi esposa esté de acuerdo conmigo, eso es todo.

Revisé mi teléfono y ojeé mis mensajes. Me invadió la decepción al ver que el texto que esperaba no había llegado todavía.

Me había puesto en contacto con Nico Morrelli, un mafioso de Baltimore especializado en reunir información, con la esperanza de averiguar la identidad de la mujer que había asesinado al bebé de Lia.

Romeo checó su propio dispositivo y luego levantó la cabeza, reajustándose las gafas con los dedos.

—Tengo que decir, Romeo —comentó Lia, estudiándolo—, no sabía que usaras anteojos. Te hacen parecer muy… distinguido.

—No te equivoques al pensar que soy menos letal, Lia —replicó mi hermano. Odiaba ponerse lentes, pero a veces, cuando se le inflamaba la córnea, no le quedaba más remedio.

Ella sonrió.

—Ni en sueños.

Romeo me clavó una mirada.

—Corre el rumor de que Kian tiene intenciones ocultas.

—¿No las tenemos todos? —me burlé—. Pero le debemos esta reunión, y no quiero preocuparme por él, aparte de todo lo demás.

—¿Como qué? —Romeo exigió saber—. Las cosas por fin van viento en popa. Nuestra posición en la *Omertà* y en el Cártel Tijuana es sólida. No tenemos por qué temerle.

Todavía no le había dicho a mi familia que me retiraría de la *Omertà*. Mateo no estaría contento, pero él tenía opciones. Yo no las tenía. Si la implicación de Lia en los *Acuerdos de Marabella* salía a la luz, la *Omertà* exigiría su muerte. No podía permitirlo.

Era la única opción, porque mi esposa siempre estaría primero.

—Vamos a hacer esto, Romeo —dije cuando el coche se detuvo. Salí, me abroché la chaqueta y extendí una mano hacia Lia.

Un guardia de seguridad nos indicó que nos dirigiéramos a la entrada norte. Por la información y la vigilancia que había reunido, este lugar tenía cuatro alas, que formaban un enorme rectángulo.

Entramos al vestíbulo donde una estatua con ojos que parecían mirar en todas direcciones nos dio la bienvenida.

—Eso no es para nada escalofriante —susurró Romeo, con la postura tensa y su mano en la pistola.

Seguimos al hombre por las grandes escaleras de mármol hasta llegar a una oficina. Se detuvo, enderezándose, antes de tocar a la puerta.

—Adelante.

Reconocí la voz grave de Kian.

El hombre abrió la puerta y me indicó con la cabeza que entrara. Lia me lanzó una mirada antes de tragar saliva y entrar, Romeo y yo detrás.

Encontramos a Kian relajado en su oficina, leyendo un periódico. Vestía camisa y pantalones de diseñador. No llevaba chaqueta ni corbata, que parecía evitar a toda costa. Su cabello color plateado estaba peinado y sus rasgos eran afilados.

Kian dobló el periódico con cuidado y lo deslizó sobre la mesa, con un inusual anillo en su dedo índice en el que no me había fijado antes, y sus ojos oscuros se clavaron en mi esposa.

Se tomó su tiempo y luego se levantó.

—Bienvenidos. —Me tendió la mano y la estreché con firmeza.

Me señaló el sofá, me desabroché la chaqueta y me senté, consciente de la postura tensa de Liana cuando se colocó a mi lado, Romeo optó por quedarse detrás de nosotros. Siempre le preocupaba una emboscada.

—Gracias por reunirse conmigo. —La profunda voz de Kian rompió el tenso silencio.

—No es que tuviéramos muchas opciones —musitó Lia, mientras su mirada observaba discretamente los alrededores, probablemente memorizando las posibles salidas.

—Siempre hay una opción, Liana —replicó Kian—. ¿Quieren beber algo?

—Tomaré *bourbon*.

—Excelente elección.

—¿Liana?

—Nada para mí, gracias.

Lanzó una mirada interrogante a Romeo, quien negó con la cabeza, y luego Kian cruzó la oficina hasta su minibar y nos sirvió una copa a los dos.

Cuando volvió, bebí un sorbo antes de volver a hablar.

—¿Vamos directamente al grano?

—*Mmm*. —Con su bebida en la mano, apoyó los codos en sus rodillas. Su expresión no cambió, aunque pude percibir su mente calculadora—. Pensé que tal vez podría darle a Liana la oportunidad de explicarse primero.

Mi mujer permaneció inalterable, y no pude evitar sentirme orgulloso de ella.

—Me sorprende tu generosidad, Kian —indicó, con sarcasmo en la voz.

Se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta que mantuviste a salvo a Amara todos estos años, diría que te lo debo.

"Pero". Quedó en el aire mientras ambos se miraban. Odiaba no saber qué era lo que Kian tenía sobre Liana, no obstante, confiaba en ella. Que Dios me ayudara, lo hacía.

—Sin embargo, creo que tú también me debes una —afirmó Kian—. Si no le hubiera revelado tu ubicación a Giovanni, estarías muerta.

—Puedo defenderme por mí misma —lanzó Lia, echando los hombros hacia atrás.

—Quizá contra Killian, pero no contra Danil Popov y el resto de la pandilla de los DiLustro. No contra Bogdan Dragović.

Bogdan Dragović era el Don serbio carente de emociones que gobernaba su imperio criminal con puño de hierro. Era notoriamente solitario y era dueño de varios equipos de fútbol *soccer* y fútbol americano. Kian no se equivocaba. Meterse con él podría ser un error mortal.

—Puedo manejar a la pandilla de los DiLustro. Incluso a Danil.

El significado implícito quedó flotando en el aire. Lia sabía que no era rival para Dragović.

—Atticus es quien los llevó a todos hasta ti. —Los labios de Kian se curvaron en una sonrisa cruel—. Cometiste un gran error cuando me traicionaste con él.

¡Joder!

—No tuve elección. Amara se estaba muriendo —replicó entre dientes mi esposa, apretándose las manos en el regazo—. Pensé que *tú*, más que nadie, lo entenderías.

—¿Y por qué es eso? —Los labios de Lia se fruncieron mientras sus ojos brillaban peligrosamente, mas permaneció en silencio—. Le prometí a Francesca que velaría por su hija, no que pondría en peligro —hizo comillas en el aire—, "mi labor de toda una vida" por ella.

—¿Me estás jodiendo, Kian?

Kian levantó una ceja, pareciendo impresionado.

—No, pero parece que me jodiste la vida cuando hiciste un trato con Atticus.

—Escucha, Kian —intervine, harto de esta conversación en clave—. ¿Por qué no nos dices lo que quieres para que podamos llegar a un acuerdo y seguir adelante?

Me miró antes de volver a centrar su atención en Liana.

—Te advertí que es…

—Por el amor de Dios —soltó ella de golpe—. Es tu nieta, ¿y me echas en cara que hice todo lo que estaba a mi alcance para salvarla? ¡Vete a la mierda, Kian!

—Giovanni —advirtió Romeo mientras comenzaba a levantarme de mi asiento.

Kian, por su parte, parecía no tener palabras. Tardó un segundo en recomponerse.

—Estás haciendo suposiciones, Liana —replicó con ironía—. Creí que eras más inteligente que eso.

Ella soltó un suspiro sardónico.

—Hombres —se burló—. A veces están tan ciegos. Los hechos están frente a tus narices, pero, por favor, ignóralos.

Kian estaba agitado, eso era obvio. No es que pudiera culparlo, recordando exactamente lo alterado que estaba yo cuando supe quién era mi padre biológico.

Tomé un trago y me relajé en mi asiento. Kian parecía deberle a mi mujer más de lo que ella le debía a él. Desde luego, esta no era la conversación que esperaba, pero era una buena posición en la que estar.

—¿Qué pruebas tienes de esta… teoría? —exigió Kian, con los ojos entrecerrados en Lia.

—La prueba de paternidad de Emory, y también la de Amara. Todo lo que quedaba por hacer era un poco de matemática básica —se mofó, y luego se puso seria—. Pensé que lo sabías, teniendo en cuenta que nos salvaste.

—Francesca me aseguró que Emory no era mía —explicó Kian en un tono medio exasperado, medio resignado—. De hecho, lo juró por su vida.

—Obviamente mintió —indiqué con naturalidad—. Ahora bien, ¿eso cambia el propósito de esta reunión?

Kian se llevó su bebida a la boca, tomándose su tiempo para saborearla mientras contemplaba sus siguientes palabras.

—¿Sabes para qué quería Atticus la información? —preguntó a Liana.

Ella se encogió de hombros.

—Me preocupaba más salvar la vida de Amara que averiguar sus motivos. —Bajó su mirada hacia su regazo—. Ni siquiera le pregunté.

—¿Se lo contaste a alguien más? —continuó interrogándola.

—No.

—¿Ni siquiera a tu esposo?

De acuerdo, esto empezaba a enfurecerme.

—¿Supongo que Atticus te encontró? —inquirí.

Kian sonrió ante eso, el sadismo que brillaba en sus ojos difícil de pasar por alto.

—¿No me digas que lo mataste? —expresó Lia.

—No lo maté. —Kian habló con total despreocupación, mas sospeché que sabía exactamente lo que estaba haciendo—. Atticus y yo tenemos algo en común. —Kian sacudió la cabeza y luego me sonrió—. Y cuando llegue el momento, *ambos* me ayudarán.

Entrecerré los ojos.

—¿Con qué?

—Sí, ¿con qué? —estalló Lia—. No me gusta la idea de que pongas a mi esposo en peligro.

«Le importo». Las palabras se repitieron en mi cabeza y las comisuras de mis labios se torcieron.

Kian se levantó y todos hicimos lo mismo.

—Estaré en contacto.

Lia y yo compartimos una mirada.

—Espero que nunca llegue ese momento —refunfuñé.

TREINTA Y TRES

LIANA



Tres años atrás
El complejo Cortes, Brasil

Me despertó un crujido y jadeé, con la piel empapada de sudor.

Parpadeando con fuerza y sintiéndome desorientada, miré a mi alrededor, pero no vi nada, nada más que oscuridad y el mismo sótano húmedo.

La tenue luz del exterior de mi prisión mostraba sombras que se movían por la pared. Se me erizó el vello de la nuca y supe que había alguien allí, observándonos.

Los susurros y los fantasmas se convirtieron en mi compañía, burlándose de mí. Desafiándome a luchar, a sobrevivir a este horror. Horas, días, semanas, meses… Eran tan largos que todos se mezclaban. Lo único que me mantenía en pie era el pulso de Amara. Lo revisaba cada mañana y cada noche. Era mi razón para seguir luchando.

Los escalofríos y el castañeteo de los dientes de Amara atravesaban la pesadilla, y me concentré en ese ruido. Me concentré en proteger sus oídos de los gritos que desgarraban el pasillo, partiéndome el cráneo y el corazón en dos.

Pero mantuve sus orejitas protegidas, tarareando una canción y rezando para que fuera lo único que recordara de este infierno si conseguíamos salir.

Otro crujido y la puerta se abrió con un fuerte golpe metálico.

La pesadilla misma, en carne y hueso, apareció en la puerta de la celda. No venía solo, sus refuerzos venían detrás de él.

Perez se acercó, con sus pasos ruidosos contra el cemento, su sonrisa malvada y sus ojos calculadores puestos en la niña que tenía en mis brazos, y un grito salió de mi garganta. Estiró su mano y me arrancó a mi hija arrojándola sobre la sucia cama individual. Forcejeé y luché, desesperada por llegar hasta ella.

—Deja de luchar. —Ronroneó, y mis ojos se clavaron en el pequeño cuerpo tendido sobre el colchón.

—Si te le ace-ercas, te m-mataré. —Mi voz tembló tan violentamente como mi cuerpo.

—Eres una fiera.

Me observó con una emoción repugnante en los ojos, proyectando todo tipo de imágenes en mi mente de las formas en que podría ultrajarme. O peor aún, a Amara.

—¡Jódete! —espeté.

A estas alturas, debería saber que no debía enfrentarme a él. Al hombre le gustaba demasiado el desafío, y caí en su trampa.

—¿Qué dijiste? —siseó Perez, con la voz cargada de veneno.

—¡Jódete! —repetí, con el estómago revuelto por las náuseas. Tenía hambre y sabía que Amara también—. Acércate más y acabaré con tu miserable vida.

De la nada, sacó una navaja y se abalanzó sobre Amara en un santiamén. La abrió y la cerró, y luego le apretó la afilada punta contra el cuello.

Amara lloró y gimió, sus ojos inocentes se movían de un lado a otro. Era demasiado pequeña para comprender lo que ocurría, pero lo bastante mayor para saber que estaba en peligro.

—¡Aléjate de ella! —grité, arrodillándome y arrastrándome hacia ella a pesar de las cadenas que limitaban mis movimientos. Eso me costó una bofetada. Uno de sus hombres me dio una patada y un aullido salió de mi boca. Apoyé la espalda contra la pared de piedra, observando y esperando hasta que pudiera asestarle un golpe mortal.

Una palabra, una y otra vez, resonaba en mis oídos. *«Matar, matar, matar»*.

Como si Perez pudiera leer mis pensamientos, hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, que acortó la distancia hasta la cama de mi hija y se agachó, agarrando con su enorme mano su pequeña garganta y la levantó en el aire. Ella se ahogó y lloró, pero no era más que una niña. No era rival para él.

—¡Por favor! —Lloré, intentando alcanzar a mi hija mientras Perez me sujetaba, casi arrancándome el brazo derecho de su lugar mientras me jalaba hacia atrás—. Por favor, por favor… déjala en paz.

Se rio, sus ojos oscuros brillaban con malicia.

—Tu debilidad —se burló—. Fuiste tonta al dejarme verla.

A Perez le gustaba jugar con sus víctimas. Disfrutaba con su sufrimiento, por eso hacía mucho tiempo yo había dejado de luchar cuando me torturaba. Pero ella no. Tenía dos años y estaba enferma. Su hígado fallaba lentamente, y cada día sin medicinas la debilitaba más.

Si alguna vez salía de este infierno, juraba que nunca le rogaría nada a nadie. Me convertiría en el reflejo de mi madre, la gran Sofia Volkov, y aterrorizaría a cualquier hombre que osara tocarme o cruzarse conmigo.

—Ella todavía tiene algunos órganos que funcionan —incitó Perez—. Veamos qué podemos hacer con ellos.

El terror se apoderó de mí y jalé fuertemente mis ataduras, gritando:

—¡Tócala y te mato! ¡Te mataré, maldición!

Me estrellaron contra la pared rugosa. El aire se me escapó de los pulmones y lágrimas sin derramar ardieron en mis ojos mientras rezaba para que alguien, quien fuera, nos salvara.

Mi razón me decía que nadie lo haría.

Ni mi hermana. Ni mi madre. *Nadie.*

Cuando dejé que esos hombres malvados creyeran que yo era Louisa, ocupando su lugar en el arreglo enfermizo que el amante de mi madre había hecho con Santiago, mantuve la esperanza de que mi hermana vendría a buscarme.

En vez de eso, me dejaron sufrir sola.

Hasta que me quebraron. Hasta que llegó Amara.

—Podemos usar sus órganos —reviró Perez, con los ojos clavados en el frágil cuerpo de Amara—. No sirve para nada más.

Dejando que la adrenalina penetrara en mi organismo, solté un grito de guerra y me lancé contra Perez con las manos en puño, ignorando mis articulaciones adoloridas que forcejeaban

contra las cadenas. Estaba impotente, encadenada como un animal, pero eso no me impidió intentar matarlo.

—¡Malvado hijo de puta! —exclamé, golpeándole la cara con los puños una y otra vez. La atención de sus guardias se centró en mí en ese instante, dejando en paz a Amara.

Sangre brotaba de mi nariz. Las lágrimas me nublaban la vista.

Sin embargo, me negué a detenerme.

No me detendría hasta que exhalara mi último aliento, lo que podría ser más pronto que tarde en este momento.

—Mantén quieta a esta gata salvaje —demandó Perez amargamente, con una sonrisa siniestra en el rostro—. Parece que aún no ha aprendido la lección.

Uno de los guardias me jaló hacia atrás, golpeándome contra la pared de piedra de la celda, cuando de repente cayó al suelo. Muerto.

—¿Qué…?

Cayó otro cuerpo. Y otro más. Perez fue el último en caer, inconsciente.

Mis rodillas se doblaron y golpearon el suelo mugriento, los escalofríos desgarraron mi cuerpo como un huracán. Parpadeé una y otra vez, mi visión borrosa se negaba a aclararse.

—Amara. —Carraspeé, pero no obtuve respuesta.

—Está inconsciente. —Me puse rígida al escuchar una voz desconocida. ¿Era otro guardia? ¿Qué quería de nosotras? Como si pudiera leer mis pensamientos, añadió—: No les haré daño. Las sacaré de aquí.

Sus palabras se interrumpieron cuando me apartó el cabello de la frente.

Me estremecí ante su contacto y parpadeé desesperadamente mientras lo enfocaba lentamente. Un hombre mayor con unos ojos casi… amables. ¿Demasiado amables? Había aprendido a ser desconfiada, y él no era una excepción, dijera lo que dijera.

—No me toques —pronuncié—. Si vas a ayudarnos, hazlo. Pero jamás me toques, demonios.

Exhaló un suspiro.

—Al menos tu espíritu sigue intacto —dijo, liberándome de las cadenas—. ¿Puedes caminar?

Gruñí, moviéndome y enderezándome como respuesta. Me dolía cada centímetro de mi cuerpo, pero ignoré el dolor. Me arrastraría si eso significaba que saldríamos de aquí.

Con pies tambaleantes, me dirigí hacia Amara, cuya tez estaba mortalmente pálida. Mi corazón temblaba de miedo cuando estiré la mano para tocarle el pulso. Aguanté la respiración uno, dos, tres segundos… Ahí estaba. Débil, pero estable.

Me incliné para cargarla en mis brazos cuando el desconocido me detuvo a mitad de camino.

—Seremos más rápidos si yo la llevo y tú me sigues. —La desconfianza me recorrió mientras dudaba. Debió de notarlo en mi rostro, porque suspiró—. Vendrán más guardias, Liana. No tenemos tiempo para movernos a paso de tortuga.

La conmoción vibró a través de mí.

—Soy Louisa —objeté.

—Ambos sabemos que no lo eres. —Me dirigió una mirada—. Aunque, sinceramente, da igual qué gemela Volkov seas.

La cabeza me daba vueltas, el mareo me abrumaba por la fatiga de la lucha y los días sin comer. Mas no estaba dispuesta a poner la seguridad de Amara en manos de otro hombre. No sin saber algo sobre él.

—¿Quién eres?

—Kian Cortes —respondió rápidamente, lo que me hizo hacer una pausa. *«¿Estaba diciendo la verdad?»*. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¿Por qué me salvas?

—Porque es la voluntad del *Líder del Sindicato*.

Fruncí el ceño. Nunca había oído ese término.

—¿Te refieres a los *Capos*? ¿*El Sindicato*?

Se rio entre dientes.

—No, no me refiero a eso.

—Dime algo que nadie sepa de ti —inquirí por fin, saboreando la sangre en la boca—. O te mato.

Pasó un latido mientras me observaba sombríamente.

Con una fría determinación en el rostro, dijo:

—Si compartes esto con alguien y me traicionas, te castigaré. —Tragué saliva, asintiendo con la cabeza—. Hace dos décadas, la madre de Emory DiLustro y yo íbamos a desaparecer juntos. —Algo que no pude distinguir del todo brilló en su expresión—. En fin, le prometí que velaría por su hija. Fracasé hace ocho años; hoy no lo haré. Te sacaré a ti y a esta niña de aquí.

—Eso no es un gran secreto. —Fruncí el ceño—. Además, Gio DiLustro, su marido, habría ido tras de ti.

—DiLustro habría fracasado, porque nadie puede ir tras el *Líder del Sindicato*. —Subestimó la personalidad obsesiva, aunque loca, de Gio. Ese hombre odiaba perder cualquier cosa, especialmente mujeres—. Ahora conoces mi secreto, Liana Volkov. Traicióname y…

No tuvo que terminar la frase.

—No lo haré —juré—. Pero mi hija…

Su tono era suave cuando habló a continuación:

—No es tuya, Liana.

—Es *mi* hija —siseé, sin molestarme en volver a corregirlo sobre mi nombre—. Es mía.

Ladeó la cabeza, la mirada de lástima en sus ojos me dijo que lo sabía todo. No era mía, al menos no por mucho tiempo. No sin un hígado nuevo. Él lo sabía. Me negué a reconocerlo.

—Con Gio vivo, es más seguro que Amara esté contigo —agregó finalmente, y luego completó—: Por ahora.

«No, no por ahora. Para siempre».

Pero me guardé esas palabras para mí y en su lugar, ignorando el dolor de mi cuerpo, enderecé la espalda y le clavé la mirada.

—¿Cómo puedo estar segura de que este no es otro de los retorcidos juegos de Perez en el que estás participando?

—Supongo que no puedes estarlo.

Cerré los ojos, el estado vulnerable de Amara pesaba en mi mente. No tenía más remedio que confiar en ese hombre, aunque solo fuera para que ella sobreviviera.

Con ese pensamiento, me concentré en el objetivo: llevar a Amara a un lugar seguro.

—Tenemos que irnos —dije finalmente, y durante las dos horas siguientes, Amara y yo nos sentamos en la parte trasera de un viejo Jeep del ejército, con los dientes rechinando con cada bache del camino de tierra. Dos horas de silencio, Amara profundamente dormida mientras yo vigilaba a Kian Cortes.

—¿Adónde nos llevas?

—Tengo una casa segura remota en Venezuela.

Me puse tensa.

—¿T-tú… nos llevarás de vuelta a Santiago?

De ninguna manera iba a volver con ese monstruo. No sería mejor que Perez e igual de

dañino para la vida de Amara.

—No —respondió, estacionando el Jeep y acercándose para abrir la puerta. No me atreví a mirar a mi alrededor, temerosa de que mi supuesta buena suerte estuviera a punto de llegar a su fin. Toda mi atención estaba puesta en el hombre que nos sacó a mi hija y a mí del infierno en el que estábamos destinadas a morir.

—¿Por qué te detuviste?

—Vamos a registrarnos en el hotel al otro lado de este viñedo.

—¿Por qué?

—Para que tú y la niña puedan asearse mientras esperamos por los documentos nuevos para ambas. Van a comenzar una nueva vida en Venezuela, escondiéndose a plena vista.

Estudié nuestro entorno.

—¿Dónde estamos?

—Todavía a uno o dos días de nuestro destino.

—¿Y el coche?

—Vamos a cambiar de vehículo a partir de ahora.

—¿Por qué?

—Para que llamemos menos la atención —explicó en un tono medio exasperado, medio resignado—. Conducir a Venezuela en este Jeep atraerá atención indeseada.

—¿Por qué?

Sacudió la cabeza y me sonrió.

—¿Es esa tu pregunta favorita?

—Yo no diría eso, no —admití—. Pero no confío en ti.

Tomó en brazos a Amara, que aún no se había despertado, y empezó a caminar hacia el noreste, mirando por encima del hombro.

—Entonces será mejor que me sigas el ritmo, o estaré muy lejos de ti con la única carta que tienes para negociar.

Me levanté de mi asiento y caminé rápidamente hacia él, ignorando el dolor palpitante en cada centímetro de mi cuerpo.

—Amara no es ninguna carta para negociar —refuté al cabo de unos minutos—. Y los que se atrevieron a hacerle daño se arrepentirán de haber vivido.

Se detuvo y se volteó para clavarme una mirada de desaprobación.

—La venganza es veneno, chica. Únicamente los tontos beben de esa copa.

—¿Qué otras opciones tengo? —expresé con desprecio—. ¿Buscar justicia? Eso es un cuento de hadas que no me puedo permitir. Mas la venganza… la venganza quema y devora. La venganza satisface.

Si supiera entonces cuánta verdad había en las palabras de Kian.

TREINTA Y CUATRO

LIANA



Presente

Tictac. Tictac. Tictac.

Era la cuenta regresiva de una bomba a punto de estallar. Al menos así lo sentí mientras observaba el dije que colgaba del cuello de mi terapeuta y que no había visto en mi última visita.

El símbolo era idéntico al tatuaje de la mano izquierda de Giovanni. Un emblema asentado en la boca de una calavera.

—Es un dije interesante —murmuré, incapaz de apartar los ojos de él.

La doctora Anna Violet Freud me miró.

—Perteneció a mi hermana pequeña.

—¿Perteneció? —Asintió con la cabeza—. ¿En pasado?

—Correcto. —Tomó la medalla y la retorció con los dedos, mientras mi mente repasaba todos los hombres a los que les había visto ese símbolo. En mi marido. Kian Cortes. Y en otros —. Es la única pista que tengo sobre su muerte.

El tictac del reloj llenó el denso silencio mientras la doctora Freud me observaba con una expresión oculta tras una máscara, pero fueron sus ojos los que la traicionaron. Dolor. Apetito de venganza. Y la más devastadora: esperanza. Contra todas las probabilidades, esperaba que su hermana estuviera viva.

—Una vez me dijeron que la venganza era un acto de tontos. Estoy parafraseando, fue hace mucho tiempo, pero se entiende lo esencial.

—¿Y estás de acuerdo? —me desafió.

Me encogí de hombros.

—La venganza es dulce.

—¿Pero?

—¿No fuiste tú quien me dijo que seguir adelante es más dulce que la venganza?

—Seguir adelante con respuestas, sí, y todavía las estoy buscando —aclaró, con su voz quebrándose en la última palabra—. Sin embargo, hoy se trata de ti. ¿Qué significa para ti la venganza?

—Seguir adelante —repetí sin dudar—. No puedo seguir adelante sin… —*Matarla*. A la *Amante* que me había quitado tanto. Sin embargo, no podía pronunciar esas palabras. El mundo

no debía escucharlas—. No puedo seguir adelante hasta que obtenga mi venganza.

La oscuridad se transformó en una casa de espejos, las pesadillas reflejándose y enfrentándome a mis demonios y pecados.

—¿Por qué no buscar justicia?

Me reí entre dientes.

—Creo que ambas sabemos que la justicia es un cuento de hadas. Pero la venganza… quema y devora. La venganza satisface —La fulminé con la mirada—. Lo entenderás cuando llegue el momento de vengar a tu hermana.

Se quedó quieta, con el miedo acumulándose a su alrededor como un estruendo.

—¿Sabes algo?

Me debatí en decírselo. No podía soportar ver en sus ojos la esperanza de encontrar a su hermana por algún milagro, no mientras pasaban las imágenes por mi mente. El vídeo de una joven gritando mientras la torturaban. Luchó contra ellos con uñas y dientes, arrancándole exactamente esa cadena del cuello antes de sumergirla en una bañera llena de solución transparente. Luego, como si nunca hubiera existido, su carne se disolvió.

La mujer que murió en mi lugar cuando Santiago decidió entregarme a Perez. Fue para convencer al mundo, y a mi madre, de que yo había muerto.

—Si es así, debes decírmelo —exigió la doctora Freud.

¿Era piedad extinguir esa esperanza? Realmente no lo sabía.

—Sé que está muerta —pronuncié finalmente en voz baja, sintiendo su dolor como si fuera el mío propio. La esperanza y la desesperación estaban en guerra en sus ojos—. No sabía quién era, pero estuvo prisionera en uno de los *Acuerdos de Marabella*. Como yo.

Las palabras estaban dichas y al descubierto. Era cobarde no decirle que yo era la responsable de todo aquello, y tan jodidamente irónico que yo y mi protegida acabáramos siendo también víctimas de ello.

—El hombre que…

—Está muerto —susurré, con la voz entrecortada.

Se llevó la mano al collar y retorció el dije con dedos temblorosos.

—¿Y esto? ¿Qué significa este símbolo?

Por un momento me planteé hablarle del *Sindicato* y de Kian Cortes, aunque la verdad era que no entendía en qué consistía aquella organización. Había visto ese símbolo en Kian, pero ya lo había traicionado bastante. Había perdonado una ofensa, no perdonaría otra, a pesar de que salvé la vida de Amara.

—Lo siento —dije, soltando un pesado suspiro—. No sé nada más.

Ladeó la cabeza, con un destello oscuro y vengativo en los ojos. Antes del siguiente latido, vi cómo se colocaba una máscara, y no pude evitar notar similitudes entre mi forma de afrontar los traumas y la suya.

—Gracias por eso. —Su voz era profesional, al igual que su expresión. Esto era lo que hacía de la doctora Freud una terapeuta muy solicitada. La mujer podía cambiar su modo profesional notablemente bien. Demasiado bien—. Ahora enfoquémonos en ti.

—De acuerdo.

Mis pecados y responsabilidades pesaban sobre mi pecho, negándose a ceder. Su mirada se deslizó hacia mi mano izquierda.

—¿Por qué no usas anillo de matrimonio?

Me encogí de hombros.

—No me gusta sentir el metal sobre mí.

—¿Fue porque te torturaron? —Inhalé bruscamente, aspirando una gran bocanada de aire. Su mirada se cruzó con la mía y añadió—: Es una clásica respuesta humana.

—Cadenas, entre otras cosas —admití con frialdad, y vi cómo la repugnancia se apoderaba de ella. A veces deseaba perder la memoria y olvidarlo todo. Borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo. Un comienzo normal. Pero no se me concedió ese alivio. En cambio, recordaba demasiado bien cómo habían degradado mi cuerpo, cuántas veces había gritado y luchado, solo para ser dominada y golpeada hasta la sumisión.

Como si pudiera leer mis pensamientos, la doctora Freud asintió.

—¿Y has conseguido tu venganza, Liana?

Si aún no sentía la misma sed de venganza que me quemaba por dentro, la sentiría. La presionaría hasta que encontrara sus respuestas, igual que me había estado presionando a mí. Se había retorcido dentro de mí hasta teñir mi alma de algo feo y cruel. No obstante, estas últimas semanas, había estado haciendo todo lo posible para sanar, para descubrir lo que quería en mi vida, después de finalmente confiar que nada más iba a suceder.

Y todo gracias a mi esposo.

Sin embargo, aún quería vengarme. Quería encontrar a la mujer que me lo había quitado todo y me había convertido en este monstruo. Su muerte sería lo único capaz de acabar con mis pesadillas y permitirme seguir adelante con Giovanni.

—Todavía no, pero así será.

—Solamente recuerda que el costo puede ser demasiado grande. —Su expresión no cambió —. A veces es mejor dejar el pasado atrás y centrarnos en nuestro futuro.

Entonces, ¿por qué sentía que recitaba esas palabras como si fuera su deber, no su creencia?

El sol acababa de ponerse cuando Giovanni y yo caminábamos por las calles de Boston, atestadas de gente que corría a sus destinos, coches que tocaban el claxon y vendedores ambulantes que pedían a gritos nuestra atención. Tomamos el tranvía *Old Town* antes de pasear por Acorn Street, recordando el Boston colonial, antes de abandonar la parte antigua de la ciudad y alejarnos de la zona más concurrida.

Todavía estaba asimilando todo lo sucedido en nuestra reunión de ayer con Kian y en mi encuentro de esta mañana con la doctora Freud y había empezado a preguntarme si tal vez ella tenía razón. ¿Había llegado el momento de dejar atrás el pasado y centrarme en el futuro, en reconstruir la relación con mi gemela?

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, y eso me hacía sentir muy optimista.

Con su traje negro, sus ojos verdes y sus rasgos afilados, Giovanni pertenecía a la portada de GQ, no a pasear por la calle y mucho menos a la mafia. Yo llevaba un sencillo vestido azul que me llegaba por encima de las rodillas. El cabello me caía por la espalda y me pinté los labios de un color rosa pálido.

—¿Me vas a decir adónde vamos?

—Ya te dije, tendremos una cita. —Los ojos de Giovanni estaban alerta, aunque su postura parecía despreocupada. Su mano estaba en mi espalda, el tacto tan normal y a la vez tan extraño para mí—. Ahora, disfrutemos de este paseo, esposa, y deja de cuestionarlo todo.

Mis labios se contrajeron, el calor en mi pecho me hizo sentir más ligera que nunca. Me gustaba Giovanni así, manoseador y cariñoso. Podía acostumbrarme a esta sensación, que se hacía más fuerte cada día que pasaba a su lado.

Girando a la derecha, entramos en una zona industrial y nos abrimos paso por calles más aisladas. Con la mirada atenta, exploré la zona, preguntándome adónde me llevaba. Nunca había tenido una cita, pero conocía lo suficiente como para saber que la gente normal no iba a la zona industrial en busca de romances.

Sin embargo, tampoco éramos una pareja normal.

Avanzamos por un callejón oscuro y nos detuvimos frente a una puerta metálica sin rótulo. *Pum. Pum. Pum*.

La pesada puerta no tardó en abrirse.

La cálida palma de la mano de Giovanni en la parte baja de mi espalda me guio al interior del club. Un lujoso bar de granito negro se alineaba en la amplia pared del fondo, y elegantes taburetes rodeaban una pista de baile elevada que me recordó a un escenario.

—¿Un bar? —comenté con incredulidad—. ¿Nuestra primera cita es en un bar?

Se rio entre dientes y me soltó la mano de la espalda.

—En realidad es un club de baile algunos días. Hoy es uno de ellos.

—¿Y otros días? —Incliné la cabeza y seguí adentrándome en el edificio.

—Otros días es un club de *voyeurs*.

Giré la cabeza bruscamente, casi dándome un mareo.

—¿Qué?

Mi sorpresa le hizo gracia.

—No te preocupes, no me gusta todo eso. Simplemente pensé que sería el club más fácil y seguro de visitar, ya que mi cuñado es el dueño.

Mis cejas se fruncieron.

—¿Declan y tu hermana participan en esas cosas?

—No quiero saberlo, pero considerando que lo compró para Marissa… —Sacudió la cabeza sutilmente. Levantó nuestras manos unidas y rozó mis nudillos con sus labios—. Prefiero enfocarme en nosotros. Al fin y al cabo, es nuestra primera cita.

Mis ojos se posaron en nuestras manos unidas, el corazón me latía con fuerza. *Primera cita*. Lentamente, pero con seguridad, Giovanni estaba eliminando cada uno de los puntos de mi lista.

—Eso me gusta —murmuré, con las emociones a flor de piel gracias a él. Aunque a diferencia de mi pasado, no me molestaban. Les daba la bienvenida, y eso era algo importante.

Me condujo a través del mar de gente hasta un rincón privado, donde soltó una sarta de maldiciones.

—¿Qué ocurre? —susurré en voz baja.

—Realmente esperaba que mis hermanos no estuvieran aquí.

Nos detuvimos junto a la cabina.

—¿Qué está pasando? —preguntó Giovanni, con la mirada clavada en su familia.

—¡No estamos aquí por *ti*! —exclamó Marissa mientras ella y Romeo se ponían de pie de un salto, saludándonos efusivamente con un beso en la mejilla—. Vinimos a ver a nuestra chica. —Me dio un pequeño apretón extra, sonriendo de oreja a oreja.

Miré por encima de su hombro y vi que Cristiano había permanecido sentado, pero con la mandíbula apretada y sus ojos verdes penetrantes.

«Sigue sin confiar en mí».

No es que pudiera culparlo. No era como si yo hubiera sido una ciudadana ejemplar o una delincuente con moral. Marissa empujó su hombro contra el de Cristiano, lanzándole una mirada de advertencia, pero eso no pareció inmutarlo en absoluto.

—No te imaginaba del tipo que frecuenta clubes —señaló Marissa, ladeando la cabeza. Me

encogí de hombros, sin molestarme en aclararle que nunca había ido a *ningún* club antes de esta noche—. ¿No te molestará que las mujeres se queden embobadas mirando a Giovanni? —Puso los ojos en blanco—. Las mujeres siempre están adulándolo. Es realmente molesto. Y asqueroso. —Arrugó la nariz.

—No necesito preocuparme por otras mujeres. Imagino que son lo bastante listas como para saber que pueden mirar, mas no tocar.

—Lo mismo digo —añadió Giovanni, sonriendo—. Más vale que ningún hombre se atreva a tocar lo que es mío.

—¿Y si…? —Intentó preguntar Marissa.

—Nada de "y si" —interrumpí—. Giovanni es un hombre inteligente. Sabe que no estoy interesada en compartir.

No se me escapó la ironía de mi cambio de postura en nuestra relación. Pero supuse que todo formaba parte del crecimiento personal. O lo que fuera.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Cristiano a Giovanni, con tono exasperado, probablemente por la ridícula conversación de Marissa—. ¿Tu esposa es capaz de quedarse sola un minuto?

Giovanni no perdió el ritmo.

—Sí, lo es, pero no lo estará. Estamos en una cita, y todos ustedes se están colando.

—Tengo algo importante de que hablar contigo —gruñó. Con un traje negro de diseñador y las mangas ahora dobladas por los codos, se parecía más al hombre de negocios multimillonario del que recuerdo haber aprendido cuando crecía. Aunque la mirada oscura y tormentosa seguía aferrada a sus ojos, insinuando que era mucho más que eso.

—Es un mal momento —indicó Marissa, apartando a su hermano—. Deja que disfruten de su cita. —Me lanzó una mirada de disculpa—. Te prometo que no sabíamos que era una cita. Solo pensamos…

Levanté la mano, haciéndole un gesto.

—No importa.

Giovanni los miró fijamente.

—No, claro que importa.

—Cristiano tiene algo importante que decirte. —Marissa se cruzó de brazos—. Pero como dije, no sabíamos que era una cita.

Declan se nos unió, doblándose las mangas de su camisa negra y acercando a Marissa a él.

—No deberíamos esperar —murmuró Cristiano, lanzando miradas acusadoras a sus hermanos—. Siempre pasa alguna mierda cuando esperamos.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó Giovanni.

Romeo le lanzó una mirada fulminante y Cristiano suspiró.

—Nada.

Parpadeé, estudiándolos en busca de alguna señal de lo que estaba pasando. Romeo se adelantó y me dio una cerveza Corona Light. Una vez que la tomé, se cruzó de brazos, compartiendo una mirada pasajera con sus hermanos, y la sospecha revoloteó en mi pecho.

—¿Cómo sabías que me gusta la cerveza?

—Fue una suposición. —Fue todo lo que me dijo, y eso no fue suficiente.

—Hay muy pocas personas que saben que bebo cerveza, por no hablar de la marca específica. —*«Y la mayoría de ellos están muertos»*.

—Un pecador me lo dijo, y puedo prometerte que nos encargaremos de esa persona.

Tragué un buen sorbo, con un sabor amargo en la lengua, y dejé la botella sobre la mesa.

—¿Qué significa eso? —exigió saber Giovanni, rodeándome la cintura con un brazo y acercándome aún más a su lado.

Romeo respondió:

—Significa, hermano mayor, que tenemos que limpiar la casa. —Su tono despreocupado me produjo un escalofrío—. Pero no esta noche. Ustedes dos disfruten de su cita, y discutiremos esto mañana.

—Bien, ya saben dónde está la puerta. —Fue todo lo que dijo Giovanni, con el ceño fruncido.

El grupo me lanzó una mirada extraña que no supe leer antes de que Romeo dijera:

—Hasta entonces, mantente alejado de madre.

Giovanni hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza. Luego su rostro se volvió inexpresivo, completamente ilegible.

—¿Te gustaría bailar con tu cuñado? —indagó Romeo, sonriéndome.

Los penetrantes ojos de Giovanni se clavaron en él.

—No, no le gustaría.

Empujé mi hombro contra el de Giovanni.

—Quizá sí me gustaría. —*«Claro que no»*. Giovanni era el único con el que quería bailar. El único con el que me sentía cómoda como para arriesgarme a hacer el ridículo, pero no me gustaba que hablara por mí.

—Todos tus bailes me pertenecen, Lia.

Había empezado a notar que Giovanni era posesivo, y también celoso. No es que me importara en absoluto. Por supuesto que no tenía nada por qué estar celoso, mas no dudé en utilizarlo a mi favor.

—¿Estás seguro? —inquirí juguetonamente.

Entrecerró los ojos, pero había un brillo en ellos.

—No me provoques.

—Entonces no me dejes esperando.

Su aliento era cálido en mi oído cuando agachó la cabeza y dijo:

—¿Puedo tener el honor de cada baile durante el resto de nuestras vidas, esposa?

La esperanza surgió de nuevo y lo abracé. No sabía qué me había poseído. No era mi comportamiento habitual, pero cómo no hacerlo. Era feliz por primera vez en mucho tiempo, tal vez en mi vida.

—Cada baile —musité, sonriendo contra su pecho.

—Ahora bailemos hasta que mis hermanos capten la indirecta y se vayan.

—Eso podría tardar un rato —bromeé, aunque ya estábamos bailando la siguiente canción. Me paré sobre sus pies y posó una cálida mano en la parte baja de mi espalda, aprisionándome y haciendo que el ajetreado club nocturno se desvaneciera.

—*Podría* dispararles —soltó.

—No bromees con eso. —Le golpeé el antebrazo con picardía.

Durante las dos canciones siguientes, me relajé y disfruté soltándome, sin importarme lo más mínimo que él llevara el ritmo. Al ser mi primera cita, no tenía ni idea de si lo estábamos haciendo bien, pero así lo sentí. Más tarde, nos dirigimos a nuestra mesa reservada en la esquina, donde Giovanni y yo hablamos de su infancia, de todas las travesuras en las que se metían su hermana y sus amigas y de su papel en la *Omertà*.

—Y Mateo aún te quiere al mando a pesar de no ser… —Me interrumpí, sin querer herirlo.

—Acordamos que yo dirigiría las operaciones hasta que su hijo tuviera edad suficiente. —

Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos, mas no había dolor en ellos. Estábamos sentados uno al lado del otro en la suave banca de terciopelo, y su cercanía me produjo escalofríos—. No obstante, estoy considerando poner a Romeo o a Cristiano al mando. Los negocios de Venezuela me absorben demasiado.

Hice una pausa, reflexionando.

—¿No tiene nada que ver con los *Acuerdos de Marabella* y el hecho de que te casaras con la mujer responsable de eso?

—Sería así independientemente de que me casara contigo o no. —Toda su atención estaba puesta en mí, y distinguí el afecto en su expresión—. Tal vez dentro de un año o dos, pero era inevitable. Además, nada es tan importante para mí como tu seguridad. —Su voz se volvió tensa y sus ojos se clavaron en mí—. Absolutamente nada, Lia.

Me quedé boquiabierta. Dios, este hombre. Ni en un millón de años habría pensado que un ser humano pudiera hacerme sentir tan protegida.

—¿Cómo puedes perdonar lo que he hecho? —Carraspeé, con la voz entrecortada.

La tenue luz sobre nosotros parpadeó y él se inclinó aún más.

—Lo hecho, hecho está. Queda en el pasado. Ahora tenemos que mirar hacia el futuro.

Hacía tanto tiempo que no tenía a nadie a mi lado que me sostuviera cuando estaba demasiado cansada para mantenerme de pie o luchar. Y lo había encontrado en Giovanni. Era reconfortante, aunque me daba miedo confiar en alguien, pero sabía que para que esto funcionara tendría que dejar de lado mis dudas y miedos.

—Gracias —murmuré, incapaz de encontrar mejores palabras para expresar mi agradecimiento.

Me levantó y me llevó de vuelta a la pista de baile, inclinándose para susurrarme al oído:

—Eso es lo que hacen los esposos. Nos cubrimos las espaldas mutuamente.

—Aún no te he cubierto las espaldas con nada —le recordé—. Ahora que lo pienso, nunca he sacrificado nada.

—No es verdad. Lo hiciste por Amara.

Atrapé la comisura de mi labio inferior entre mis dientes, luego lo solté.

—Es una niña, eso no cuenta.

Hizo una pausa, aparentemente sorprendido por mi afirmación, y luego su expresión se volvió sombría.

—Sí, ella cuenta. Y no olvidemos lo que hiciste para que Santiago creyera que eras Louisa. Tomaste el lugar de tu gemela, esposa, y apostaría a que tenías una buena idea de lo que eso te depararía. —Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Así que dime otra vez cómo es que nunca has sacrificado nada. —Me pasó las manos por los brazos, provocándome un escalofrío—. Desde mi punto de vista, lo has sacrificado *todo*, maldita sea.

—No importa porque…

La mano de Giovanni me rodeó la nuca y reclamó mis labios. Mi cuerpo se amoldó a sus curvas firmes mientras me besaba con dominio absoluto. Devoró mi boca con una intensidad que me dejó sin aliento.

Cuando se apartó, me fallaron las piernas y me agarró por la cintura para mantenerme en pie. Sus ojos chocaron con los míos, la tormenta que había en ellos me recordó a una noche con mucho viento en un bosque oscuro y verde.

—Cada vez que intentes decirme que lo que hiciste no importa, voy a besarte hasta que te quedes sin aliento.

Fue con esas palabras, en ese tono de voz cariñoso, cuando me di cuenta de que estaba

jodida.

Porque en algún momento entre las clases de natación y este baile, me había enamorado de este hombre.

TREINTA Y CINCO

LIANA



Horas después, estábamos de vuelta en casa. *En casa*.

Al crecer en Siberia, el recinto de mi madre era un lugar seguro a regañadientes de sus enemigos. El hogar de Santiago era un campo minado, y la prisión de Perez era un infierno. El complejo que había construido para Amara y para mí era un refugio seguro, pero ni siquiera entonces me había sentido como en casa. El concepto se me había escapado desde siempre.

Hasta ese momento.

Una vez que entramos a la habitación, Giovanni cerró el espacio entre nosotros y acunó mi rostro con suavidad.

—Estabas muy callada de camino a casa. —Su voz profunda me erizó la piel. Su mano se deslizó hasta un costado de mi cuello antes de agarrarme el cabello y jalarlo. Me acercó la boca a la oreja—. Quiero saber por qué. Quiero saber todo lo que pasa por tu mente brillante.

Intenté fingir que no acababa de llegar a una sorprendente revelación, que la cruda realidad de que estaba enamorada de este hombre no me estaba acelerando el corazón.

—No puedes exigirme que te diga lo que pienso —desafié, incapaz de contenerme.

Volvió a acercar su cara a la mía, soltándome el cabello.

—Sin embargo, te lo exijo, Lia. Quiero aliviar tus preocupaciones, ayudarte a realizar tus planes y, sobre todo, quiero asegurarme de que no…

Se interrumpió.

—Que no ¿qué? —Incapaz de contenerme, arqueé mi pelvis hacia adelante y lo animé a terminar esa afirmación. Cerré los ojos mientras él me rodeaba la espalda con el brazo y yo giraba las caderas contra su dura longitud.

—¿No estás pensando en huir? —Abrí los ojos sorprendida al ver su boca cerca de la mía—. Te daré lo que sea, mas necesito saber que no huirás. Mi brújula moral no llega tan lejos —gruñó.

Sus palabras deberían haberme hecho salir corriendo por la puerta, pero extrañamente no fue así. Me sentí bien y supe que la necesidad que sentía entre las piernas únicamente podía aliviarse de una forma: con él. Ya no había vuelta atrás.

Di un paso atrás, él dio uno adelante. Un paso. Dos pasos. Tres pasos. Mi trasero aterrizó en la cama y, sin pensarlo demasiado, separé las rodillas y el vestido subió por mis piernas desnudas.

Sus manos volaron a mis muslos, sus ojos encendidos por la necesidad que ardía dentro de

mí. Necesitaba a este hombre. El que sabía todas las cosas horribles que había hecho y aun así me deseaba. La villana.

—Te elijo a ti. A nosotros. *Esto.* —Me acerqué para pasarle un dedo por la frente—. No me iré a ninguna parte, Giovanni.

Me acarició la mejilla y luego me rodeó la espalda, inclinándose hacia mí mientras me desabrochaba el vestido con destreza. Se apoyó en sus rodillas a la par que tiraba de la tela por encima de mis caderas y bajaba por mis piernas.

Volvió a poner su cara en mi campo visual, me desabrochó el sostén y lo tiró al suelo.

Luego pasó una mano por mis mechones sueltos mientras dejaba caer su boca sobre mi oreja.

—Voy a follarte tan duro que estarás adolorida durante días.

—¿Por qué tardas tanto? —repliqué, incapaz de detener la provocación, excitándome con lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros ahora mismo.

Su mano fue directamente a mi garganta, aunque no la sujetó con fuerza. Apenas un ligero agarre mientras me besaba la concha de la oreja. No había ni una pizca de miedo en mí. Todo lo contrario, me encantó cada segundo.

Bajó la mano que tenía en la garganta y me pasó los nudillos por la clavícula.

—Debería haberte secuestrado hace ocho años —murmuró, casi como si hablara consigo mismo.

—Deberías haberlo hecho —susurré, con la voz entrecortada—. Sin embargo, parece que salvarme no estaba en los planes de nadie.

Pude ver un destello de sorpresa en sus ojos y la verdad se interpuso entre nosotros. La admisión de que quería que me salvaran hace ocho años. Que lo había deseado durante tanto tiempo.

Cerró los ojos con fuerza.

—¿Cómo puedes perdonarme por no haberte llevado lejos?

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Como dijiste, ahora está en el pasado. No se puede cambiar. No tiene sentido revivirlo. —Ladeó la cabeza y deslizó la mano por mi cuello antes de pasar el pulgar por la línea de mis labios—. Te deseo. —Cada parte de mí se despertó, incluso las que creía muertas—. Aquí y ahora. Es todo lo que sé.

Me tomó la cara entre sus manos y me besó. Su lengua devoró la mía. Cuando rompió el beso, apreté su camisa, rogándole que volviera.

Me agarré a él, enganchando mis tobillos alrededor de su espalda y anclándolos, aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello.

—Te deseo —susurré, nuestras respiraciones frenéticas entrelazadas mientras él me miraba.

—Me tienes. Cada parte de mí es tuya —comentó en un tono casi perezoso antes de volver a dejar caer su boca sobre la mía. Poseyéndola, mi cuerpo y cada emoción.

Su mano se dirigió a mi muslo y apretó antes de que su palma encontrara mi centro. Estaba tan mojada que mi excitación había empapado mis bragas.

—Mi mujer está necesitada —pronunció contra mis labios, y yo asentí frenéticamente. Se echó hacia atrás, sin apartar los ojos de los míos mientras se desabrochaba los botones de la camisa y la tiraba al suelo—. Necesito que te quites las bragas. Quiero verte desnuda y abierta en nuestra cama.

Se agarró la hebilla del cinturón y se lo quitó de un tirón, con un crujido como de electricidad que recorrió el aire al pasar el cuero por los aros.

Enganché mis pulgares bajo la cinturilla de mis bragas, empujándolas hacia abajo. El

cinturón se desenredó de su mano y cayó al suelo con un fuerte ruido metálico; me agarró por los tobillos y me abrió completamente las piernas.

Por un momento se quedó quieto observándome, desnuda y expuesta. Luego continuó desvistiéndose. Cuando estuvo gloriosamente desnudo, tomó su polla gruesa con su mano tatuada y le dio un tirón, una, dos veces, antes de soltarla.

Sus rodillas se apoyaron en el colchón, abriéndome aún más las piernas.

—He soñado con saborearte —confesó en un tono ronco mientras hundía la cabeza en mi entrepierna. Deslizó sus dedos hacia arriba, hacia el vértice de mis muslos, haciendo que la necesidad palpitara en mi centro. Deslizó un dedo a lo largo de mi raja y cerró los ojos un instante.

Se detuvo allí, atrayendo mi coño directamente a su boca, y no pude reprimir el grito que salió de mis labios. Besó suavemente mi entrada empapada. Un beso con toda su boca. Su lengua se deslizó por mi entrepierna y los gemidos que emitía, como si lo estuviera disfrutando tanto como yo, estuvieron a punto de llevarme al límite.

Me pasó las piernas por encima de los hombros para enterrar mejor su cara entre mis muslos y yo llevé mis manos a su espesa cabellera, apretándola con los puños. Introdujo dos dedos en mis estrechas paredes mientras me devoraba y empecé a restregarme contra él, con su vello facial haciéndome cosquillas en mi piel sensible, incitándome aún más mientras perseguía el orgasmo, aunque todavía no quería que llegara.

—Eso es. —Ronroneó contra mi clítoris—. Fóllame la cara.

Sus oscuras palabras vibraron contra mi piel. Seguí sujetando su cabello mientras hacía lo que me ordenaba y, en poco tiempo, el placer me recorrió y me precipité al vacío. Grité su nombre una y otra vez. Antes de que pudiera recuperarme, se cernió sobre mí, con mis tetas contra su pecho esculpido y mis manos por encima de mi cabeza.

—¿Estás lista para mí, esposa? —Me pasó la palma de la mano por el vientre lleno de cicatrices, luego deslizó un dedo entre mis piernas y me estremecí.

—Sí.

Me agarró por las caderas, con la polla en mi entrada.

—¿Estás segura?

—Sí, por favor, no me hagas esperar —supliqué.

Enganchó mis tobillos alrededor de sus caderas antes de poner una mano a lo largo de mi cuerpo. Tan cerca, podía sentir su corazón latiendo salvajemente mientras su corona se apoyaba en mi entrada palpitante. Entonces me penetró de golpe.

Jadeé y él se detuvo.

Las emociones se agitaron contra mis costillas, exigiendo salir y, por primera vez, me sentí bien. Como si hubiera estado entumecida y encerrada en la oscuridad durante tanto tiempo que esto era como ser arrastrada hacia la luz.

—¿Está bien? —inquirió, apenas manteniendo el control.

—No te contengas. —Respiré. Empezó a moverse, embistiendo lentamente, con sus músculos sólidos como rocas sobre mí, haciendo que me doliera el cuerpo y que el bultito de nervios entre mis piernas ardiera de necesidad. Podía sentir cada centímetro de él, penetrándome con una lentitud torturadora.

—¡Más fuerte! —rogué, inclinando las caderas contra las suyas.

Empezó a penetrarme más rápido y con más fuerza. Se retiró por completo antes de volver a arremeter, haciendo arder todas mis terminaciones nerviosas. Metió la mano entre nuestros cuerpos y jugueteó con mi clítoris, provocando chispas que me recorrieron la espalda.

Piel contra piel, mis gemidos y sus gruñidos rebotaban en las paredes de la habitación.

Con un salvaje impulso de sus caderas, me inmovilizó contra la cama y me folló. Con fuerza. Sin restricciones.

Me folló exactamente como yo necesitaba, su polla golpeando mi punto más dulce. Podía sentir otro orgasmo creciendo, embestida tras embestida, como si no me hubiera corrido lo bastante fuerte como para llorar hacía unos minutos.

—Oh… oh… a-ahí…

—Este cuerpo es mío —gruñó, sus caderas golpeando las mías. Me dio una nalgada y luego me frotó el trasero, sin aflojar sus movimientos—. Ahora vente para mí.

Y lo hice.

Un segundo orgasmo se abalanzó sobre mí mientras gritaba su nombre. Con la espalda arqueada y la cabeza apoyada en las almohadas, grité, sacudida por el placer por segunda vez esta noche. Me estremecí, con mi interior apretándose alrededor de su longitud, gimiendo y arañando su espalda mientras él seguía penetrándome. La sensación no cesó hasta que sentí que estaba a punto de desmayarme.

Unas cuantas embestidas más y los gruñidos de Giovanni llenaron el aire cuando se salió de mí y se corrió en todo mi vientre.

Esto debía ser lo que significaba ser follada a fondo.

Justo cuando pensaba que Giovanni iba a soltarme, su mano me rodeó la garganta. Me dijo al oído:

—Apenas acabamos de empezar, mi amor. —Y me dejé llevar una vez más.

TREINTA Y SEIS

LIANA



Rodé hacia un lado estirando mi brazo para descubrir que las sábanas estaban frías. Me incorporé de un salto y miré a mi alrededor, pero la habitación estaba vacía.

El sol entraba por las persianas y los rayos parpadeaban en el suelo. Levanté la almohada de Giovanni y me la llevé a la nariz, inhalando profundamente. El aroma amaderado y masculino se filtró en mis pulmones y, con un gemido, volví a caer sobre las sábanas. Me froté el pecho con el puño cerrado.

¿Por qué me sentía abandonada?

Sacudí la cabeza, dejando a un lado la decepción. Probablemente había salido a trabajar. Suspirando, busqué mi teléfono y encontré diez llamadas perdidas de José.

Me alarmé y lo llamé.

Contestó al primer timbrazo.

—Jesucristo, pensé que te había pasado algo.

—Lo siento, estaba ocupada. —Me estaban follando hasta los sesos. *Literalmente.*

—Encontré a la *Amante*.

Mis dedos subieron para cubrir mi boca, la sábana cayó a mi cintura.

—¿Dónde? ¿Quién es? ¿Cómo?

Se rio entre dientes.

—Me recuerdas a mi hijo con tantas preguntas.

Quise gritarle para que se dejara de tonterías, sin embargo, me recordé que la paciencia era una virtud.

—Tienes un hijo listo. —Suspiró, y algo en ello me puso en alerta. Algo estaba mal, me estaba dando largas—. Dime, José.

—¿Estás segura?

—Sí. —Apreté los dientes.

Mi corazón emitió tres latidos antes de que mi alma se rompiera en pedazos irreparables.

—Julia Agosti.

«No». Seguí negando con la cabeza, aunque él no podía verme. *«No, no, no»*.

Era imposible que lo hubiera escuchado bien. Tenía que ser un error. ¿O tal vez el apellido era una simple coincidencia? Tenía que ser un apellido bastante común. No obstante, sus siguientes palabras lo dejaron claro:

—La madre de Giovanni Agosti. La madre de tu esposo, Liana.

Me quedé paralizada, un ruido agónico salió de mis labios, mientras cada músculo de mi

cuerpo se bloqueaba en su sitio. Pero fue el torbellino en mi pecho y mi cráneo lo que me hizo sentir tanto. Demasiado. Me costaba respirar.

Sin embargo, años de enmascarar mis emociones hicieron efecto.

—Buen trabajo, José —declaré, mi voz extrañamente calmada—. Me tengo que ir.

Antes de que pudiera decir algo más, terminé la llamada y me puse de pie. Se me hizo un nudo en la garganta y la traición me quemó el fondo de los ojos. Salí de la habitación en dirección a la escalera de mármol que conducía al piso de abajo.

Entré al comedor, mis ojos recorrieron cada centímetro, pero no encontré nada raro. La gran mesa en la que habíamos cenado en familia a principios de la semana volvía a estar en perfectas condiciones, y un jarrón con flores frescas descansaba sobre la elegante mesa de centro. Temblorosa, pasé a la sala, la sábana que aún cubría mi cuerpo bordeaba el suelo, pero tampoco indicaba nada.

La siguiente habitación era la oficina de Giovanni, y en comparación con el resto de la casa, se notaba que pasaba aquí la mayor parte de sus días. Me apresuré hacia su escritorio, revisando sus cajones. Bloc de notas en blanco. Bolígrafos bien apilados. Un cargador extra.

Eché un vistazo a la oficina y lo único que vi fueron libreros llenos de libros de economía y negocios, un cuadro y marcos de fotos…

El sudor me resbalaba por la espalda mientras cruzaba la habitación con las piernas que apenas me sostenían. Levanté el marco dorado más cercano a su escritorio y me quedé mirando la foto sorprendida por las personas que aparecían en ella.

Me quedé observándola, con las imágenes pasando por mi mente. Un bosque oscuro. Un bebé en una bolsa de basura. Mis gritos.

Mis dedos agarraron el metal y empezaron a temblar, la boca se me llenó de saliva.

Era una foto de la familia Agosti, tomada tal vez unos años antes. Giovanni y sus hermanos, Mateo y su familia, y *ella*. La *Amante*.

Mi mente gritaba: *«¡Mata, mata, mata! ¡Mátalos a todos!»*.

—¿Qué haces aquí?

Me sobresalté, un gritito salió de mis labios mientras dejaba caer el marco al suelo, el sonido del cristal rompiéndose reflejando la grieta de mi corazón.

Cristiano me miró fijamente, con la indecisión reflejada en sus ojos verdes y una mano metida en el bolsillo del pantalón. Y allí estaba esa desconfianza familiar. Me recompuse rápidamente, apretando la sábana entre mis dedos.

—Vivo aquí —repliqué, con un tono misericordiosamente ecuánime—. ¿O acaso olvidaste que estoy casada con tu hermano?

—Con el debido respeto, tuvo que haberte dicho que su oficina está prohibida. —El desprecio en su tono me desconcertó, advirtiéndome que mantuviera mi guardia en alto—. A menos que estés aquí espiándolo.

Me observó fijamente, como si intentara arrancarme cada pensamiento del cerebro, mas no era rival para mí. Había tenido toda una vida para perfeccionar el modo de ocultarlos. Hice una mueca de desprecio, estudiándolo, fijándome en el hecho de que llevaba un cuchillo enfundado en la cintura. Y por la forma en que abultaba la parte trasera de su chaqueta, probablemente también llevaba una pistola.

—Lo único que sé que está prohibido es que me veas de forma indecente —lancé mientras salía de la habitación, con él pisándome los talones como un sabueso—. Y cuando dices respeto, en realidad no lo tienes. No por mí. Así que cierra la puta boca.

—¿Dónde está Giovanni? —Su voz me seguía de cerca, demasiado cerca, cuando salí de la

habitación y entré en el vestíbulo.

—Salió.

—¿A dónde? —exigió.

Giré sobre mis talones y lo miré fijamente.

—¿Parezco su cuidadora? Dije que salió, así que salió. Ahora lárgate tú también.

Me agarró del brazo, arrastrándome hacia adelante, y me estrellé contra su pecho. La sábana cayó al suelo, dejando al descubierto mi piel desnuda.

—No me provoques, Liana.

Reaccioné, dejándome guiar por mis instintos. Le quité el cuchillo de la funda y lo derribé contra el suelo, clavándoselo en el hombro y dejando escapar un siseo. Intentó maniobrar para ponerse encima de mí, pero mi mano agarró el cuchillo, retorciéndolo.

—Me viste desnuda —pronuncié, con el pulso regular y firme. José me había entrenado bien. Debería darle un aumento la próxima vez que lo vea—. Ahora voy a tener que matarte.

No parecía preocupado, ni siquiera afectado por mi estado de desnudez.

—Estás loca.

Mis labios se curvaron.

—Tomaré eso como un cumplido.

Sacudió la cabeza.

—Realmente no sé qué ve él en ti.

Le saqué el cuchillo del hombro, golpeé su sien con la empuñadura y su cuerpo quedó inerte sobre el suelo duro.

—Malditos hombres —murmuré, apartándome de él. Me puse de pie, desnuda, con las manos manchadas de sangre. Debería rebanarle el cuello y acabar con él. Tal vez debería eliminar a toda la maldita familia, acabar con el linaje de los Agosti.

Sin embargo, mientras permanecía allí como una diosa de la venganza, envuelta en *espinas de sangre*, me di cuenta de que no podía. ¿Por qué? Por el simple hecho de que me había enamorado de mi esposo.

TREINTA Y SIETE

GIOVANNI



Llegué a casa alrededor del mediodía.

Después de mis reuniones con Mateo y la *Omertà*, salí a toda prisa, dejándolo para que se ocupara de la logística de los próximos cargamentos de drogas y armas. Normalmente me quedaba con él, pero mi atención era constantemente robada por mi mujer, a la que había dejado durmiendo en nuestra cama esta mañana.

Entré a la casa, ansioso por ir a buscarla, cuando mis pasos se tambalearon. Allí, sangrando por todo mi suelo de mármol blanco, estaba mi hermano inconsciente. Llamé a gritos a los guardias, sin perderlo de vista mientras me quitaba la chaqueta y la arrugaba, apretándola contra su herida.

¿Dónde carajos estaban mis hombres?

—¿Giovanni? —La voz vacilante de mi hermano llegó hasta mí y bajé mi mirada hasta su rostro. Su piel estaba más pálida que su tez habitualmente bronceada.

—¿Qué está pasando, Cristiano? —Me arrodillé a su lado—. ¿Le pasó algo a Lia?

—Vine a buscarte y…

—¿Y qué?

—La encontré en tu oficina. Pensé que estaba husmeando. —Hizo una pausa y luego continuó con voz afligida—. Te juro que apenas la toqué, se le cayó la sábana y…

—¿La tocaste? —gruñí, de pronto empuñando mi pistola y apretándola contra su sien—. Lo juro por Dios, Cristiano, te voy a…

—Solo la agarré del brazo para que dejara de caminar, y luego me apuñaló.

Un suspiro de alivio salió de mi boca. Lia no estaba en peligro.

—No le gusta que la toquen —expliqué.

Mi hermano frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que su matrimonio es platónico?

Lo ayudé a levantarse antes de contestar.

—Yo puedo tocarla, nadie más puede.

Murmuró un par de maldiciones en voz baja.

—Escucha, Giovanni, tengo que decirte algo muy…

—¿Me llamó, jefe? —interrumpió una voz.

—Más tarde —le ordené a Cristiano.

Uno de los guardias apareció de la nada y le hice un gesto seco con la cabeza.

—Lleva a mi hermano con nuestro cirujano de guardia para que lo suture.

Sin esperar su respuesta, me dirigí al pasillo. Me aflojé la corbata al subir las escaleras y después giré el pomo de la puerta de nuestro dormitorio.

Demonios, la escena que me recibió era un completo caos. Todos los muebles estaban volcados, el colchón destrozado como si lo hubiera hecho un gato salvaje. Las mesas laterales de caoba, en su estado actual, solamente servían para hacer leña. Como mucho. La lámpara estaba hecha pedazos por toda la habitación, como si la hubieran destrozado en un arrebato de ira.

La ropa, tanto la mía como la de Lia, estaba tirada por el suelo, destrozada sin remedio.

—¿Lia? —llamé.

Al no obtener respuesta, entré. Apenas había dado unos pasos cuando algo se estrelló contra mi cráneo. Lia se lanzó detrás de mí, pero giré y la agarré por la muñeca, con cuidado de no hacerle daño.

—¡Maldito imbécil! —gritó, sacudiéndose contra mí, con sus mechones rubios volando en todas direcciones. Había vuelto a vestir Chanel negro, las líneas nítidas de sus pantalones y su blusa contrastaban con la habitación y la mirada salvaje de sus ojos.

La agarré por ambas muñecas y la puse contra la pared, dominándola.

—¿Qué demonios, Lia? —exclamé. Sus ojos dorados estaban llenos de angustia, y el enrojecimiento que rodeaba sus pupilas me decía que había estado llorando—. No era la intención de Cristiano tocarte. No sabía…

Me escupió en la cara, respirando con dificultad.

—Me marcho.

—No, no te irás. Vamos a hablar de esto.

Seguramente no podía ser su reacción a que Cristiano la tocara. Tenía que haber algo más, y si mi hermano me había mentido y había hecho algo más que tocarle el brazo…

Tuve que parpadear para que la niebla roja desapareciera de mi vista.

—Si no me dejas ir, te arrepentirás.

—¿En serio?

—No me subestimes, Giovanni. Llevo entrenando mucho más tiempo que tú. Puedo destruirte. Matarte.

—Entonces hazlo —reté, con la respiración entrecortada e irregular, pero los ojos brillando con pura determinación. No dudé ni un instante de que lo decía en serio—. Si tengo que morir, mejor que sea a manos de la mujer que amo.

Sus ojos se empañaron.

—¿Q-qué?

Nuestras miradas se cruzaron.

—Te amo, Liana. Eres mi hogar. Mi corazón. Mi alma. Amo tu vulnerabilidad. Amo tu independencia. Cada parte obstinada de ti. He hecho muchas tonterías y cosas imperdonables en mi vida, mas tenerte como esposa no es una de ellas. Quizá debí hacerlo de otra manera, aun así, no me arrepiento, porque eres mía y yo soy tuyo. Ahora respira y dime cuál es el verdadero problema.

—No, no, no. —Un sollozo ahogado se deslizó entre sus labios—. No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no?

—Simplemente no puedo. —Su voz se quebró, el sonido partiéndome el corazón en dos.

—¿Y qué hay de nosotros?

—No hay ningún nosotros. —Su voz se quebró, junto con mi corazón—. Solo tú. Solo yo. —*Yo sin ti*. Joder, eso dolía más que cualquier otra cosa—. Por favor… por favor, déjame ir, Giovanni. Por favor.

—Jamás.

Las palabras que nunca querría escuchar cualquier hombre obsesionado y enamorado de una mujer salieron de su boca.

—No te amo. Nunca te amaré.

Mierda, eso se sintió peor que una bala atravesándome el pecho.

Mis dedos se hundieron en su cadera y la agarré más fuerte de lo que pretendía.

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero no voy a dejarte ir.

—Te mataré. Mataré a tu familia.

Una lenta sonrisa se dibujó en mis labios.

—Hazlo, joder.

—Nuestra historia termina aquí, esposo.

Liberó una mano y, de la nada, sacó una pistola y la apuntó contra mi cráneo.

A partir de ahí, todo se volvió negro.

TREINTA Y OCHO

LIANA



«*La próxima vez que le abra mi corazón a un hombre, será durante mi autopsia*».

Fue la promesa solemne que me hice a mí misma mientras el motor del avión zumbaba a mis pies. Esto dolía tanto que parecía una herida interna mortal. Pero no, solo sangraba mi corazón débil.

No habría más de eso. No estaba hecha para esta mierda.

Me temblaban los dedos cuando agarré la botella de agua que tenía frente a mí y me la llevé a los labios.

Le di un buen trago y vi por la ventana, donde mi reflejo me devolvía la mirada. Afuera estaba oscuro, el vuelo nocturno fue el primero que pude tomar para llegar a New York City, donde vivían Killian y Emory. Era la misma casa en la que Atticus Popov había secuestrado a Emory no hacía mucho tiempo.

La parte razonable de mí sabía que había tomado la decisión equivocada, pero antes de desaparecer para siempre, tenía que ver a Amara. Una última vez.

Aunque eso me matara.

El viaje desde Boston fue corto; apenas despegó el avión, parecía que ya estaba aterrizando.

Hacía unos años, había investigado a fondo todo lo que había que saber sobre Killian Brennan Cullen y Emory DiLustro. Incluso los había incluido en mi testamento por si me ocurría algo. Aun entonces, cuando estaba completamente destrozada, me importaba que Amara pudiera encontrar el camino hacia ellos. Su bienestar siempre había sido mi principal preocupación.

La noche era completamente oscura y el resplandor plateado de la luna se abría paso entre las tinieblas cuando detuve el vehículo alquilado en la puerta principal de la mansión de Killian, una tenebrosa fortaleza situada a treinta minutos de la ciudad. Bajé la ventanilla y el guardia me saludó con la cabeza.

—Vengo a ver a Amara Vol… —Me falló la voz al darme cuenta de que probablemente no la conocían como Amara Volkov, sino como Amara Cullen. Me aclaré la garganta, consciente de que el guardia me observaba atentamente—. Vengo a ver a Amara. —Terminé por decir, incapaz de pronunciar el apellido *Cullen*.

Entrecerró los ojos.

—¿Y usted es?

Levanté la barbilla y enrosqué los dedos en torno al frío metal de mi pistola.

—Por favor, ¿puede decirle que madre Liana está aquí?

Asintió con indecisión, sacó el teléfono y marcó el número de la casa. Hablaba en voz

demasiado baja para que yo entendiera lo que decía. Probablemente estaba advirtiendo a Emory y Killian sobre mí para que me mataran en cuanto estuviera a su alcance.

Terminó su llamada.

—Adelante, señorita.

El portón comenzó a abrirse y, sin dudarlo, puse el auto en marcha y lo atravesé. Cuando el portón se cerró tras de mí, pensé que este viaje podría ser el de mi propia muerte.

Conduje más despacio de lo necesario, tratando de asimilar lo que estaba a punto de hacer. No es que supiera lo que estaba haciendo. Mi único pensamiento cuando inicié este viaje era ver a Amara.

Cuando llegué a la puerta principal, todo el mundo estaba allí.

Cada uno de los DiLustro, incluyendo a Emory. Killian Cullen. Sus esposas.

Debí haber elegido una maldita noche de bingo familiar para encontrarlos a todos aquí.

Con su atención puesta en mí y las manos visiblemente en sus armas, estacioné el auto. Lo apagué y metí mi arma en el bolsillo de mi chaqueta. Cuando di la vuelta al coche, me di cuenta de que todos me miraban.

Los hombres DiLustro vestidos con trajes negros me recordaron a Giovanni, y un dolor agudo me atravesó el pecho. Lo ignoré, apartándolo de mi mente, pero por desgracia no pude apartarlo de mi corazón.

Cada par de ojos me observaba con una vena calculadora, o tal vez asesina, probablemente planeando mi funeral. No es que pudiera culparlos.

Las mujeres tenían expresiones diferentes. Curiosidad. Cautela. Enfado. ¿Adivinen quién tenía esta última expresión en su hermoso rostro? Así es. Emory DiLustro. Ella y las otras esposas vestían *jeans* y las camisetas estampadas más ridículas con dichos obscenos: **Ven a buscarme, papi**; **Mamaré por diamantes**; **Lo lamí, es mío**.

¿A qué clase de bingo jugaban estas mujeres?

—¡Madre Liana!

Me quedé paralizada al escuchar la voz familiar y, un segundo después, un cuerpo pequeño se abrió paso entre trajes oscuros y camisetas subidas de tono, corriendo directamente hacia mí. Rizos oscuros más largos de lo que recordaba. Ojos azules capaces de derretir corazones helados y curar almas rotas.

No fue hasta que se lanzó por los aires que caí de rodillas, envolviéndola entre mis brazos.

—Estás aquí —murmuró contra mi pecho, y me tragué el nudo que tenía en la garganta—. ¿De verdad estás aquí?

—Te eché de menos, mi pequeña Mara —musité, apretándola contra mi pecho y dándole besos en la cabeza. Respiré profundamente, luchando contra las lágrimas—. Mi tesoro.

Me incliné hacia atrás lo suficiente para mirarla bien. Amara tenía las mejillas más regordetas, más sonrosadas, con un brillo vibrante en su piel, tan diferente del rostro pálido y frágil que recordaba.

El nudo en mi garganta me sofocó, la felicidad y la tristeza luchando dentro de mí.

—Eres tan hermosa —halagué, con la voz entrecortada y las lágrimas derramándose por mis mejillas—. Tan sana. Y… estoy tan feliz.

Sus pequeños dedos se alzaron y me quitaron la humedad.

—Estás triste.

El nudo en mi garganta creció. Cada latido de mi corazón era un recordatorio de lo que había perdido. Primero Amara. Ahora Giovanni. Tal vez era mi destino perderlos a todos. Tal vez me lo merecía, mis pecados exigían un pago.

—No, estoy feliz. —Carraspeé—. Muy feliz de poder verte. —*«Aunque sea por última vez»*.

Una sombra cayó sobre nosotras, y no me sorprendió encontrar a Killian y Emory rondando, con expresiones cautelosas en sus rostros.

—Tienes agallas para venir aquí después del numerito que montaste en Venezuela —indicó Killian, lanzándome una mirada fulminante.

¿Y qué si secuestré a Emory? Fue por el bien de Amara. ¿Por qué estaban todos empeñados en castigarme por ello?

—Bueno, si te hace sentir mejor —comenté mientras me enderezaba hasta alcanzar toda mi estatura, levantando a Amara para poder tenerla en mis brazos un poco más—, a mí también me secuestraron. Así que ya tuve mi karma.

—No es lo mismo —gruñó.

—Killian —advirtió Emory en un tono que indicaba claramente que no quería problemas—. Lo acordamos.

—No pasa nada —le aseguré a Emory. Por el ligero entrecerramiento de los ojos de Killian, me di cuenta de que no estaba precisamente encantado con lo que habían acordado, lo que me despertó la curiosidad. No es que me lo dijeran si les preguntara—. Sabía en lo que me podía estar metiendo, así que adelante, sácalo todo.

Killian me mostró una sonrisa despiadada.

—Estoy de acuerdo.

—No, no lo estás —intervino Emory, y luego se encontró con mi mirada—. Aunque te las arreglaste para armar un buen lío, Liana.

Miré a Amara, sus mejillas sonrosadas y sus brillantes ojos azules clavados en mí, y no pude encontrar en mi corazón el arrepentimiento. Tal vez la había perdido para siempre. Tal vez yo encontraría la muerte hoy, pero ella, la niña que me inyectó vida cuando más la necesitaba, viviría.

Volví a centrar mi atención en Emory y sonreí con pesar.

—Por desgracia, probablemente lo volvería a hacer, porque la pequeña Mara está sana.

—Podrías haberme contactado, ¿sabes? —Me reprendió Emory.

Me encogí de hombros.

—La confianza no es un lujo que pueda permitirme.

—Me costaste mi abogada… mi amiga. Gracias a tus jugarretas, Bogdan Dragović la tiene en sus garras.

Dejé escapar un suspiro sarcástico.

—Supongo que el Don serbio no pudo resistirse a un poco de venganza, ¿verdad?

—Eso no tiene gracia —dijo Killian entre dientes.

—No me estaba riendo —señalé secamente—. Pero si no consigues que Bogdan te la devuelva, puedo hacer que mi hombre lo investigue. Bogdan posee varios lugares aislados por todo el mundo. No me sorprendería saber que se la llevó a uno de ellos.

Los ojos de Emory brillaron con esperanza mientras su expresión permanecía reservada.

—Si le pasó algo…

—Sí, sí… me matarás. Ponte en la fila —murmuré, bajando mi mirada hacia Amara. Cielos, era como si hubiera crecido treinta centímetros desde la última vez que la vi. ¿Cuántas cosas me perdería de su vida? ¿Todo? ¿Los momentos más importantes?

—Entremos, madre Liana. —Amara fue la que interrumpió el momento de tensión—. Quiero que conozcas a todos mis tíos y tías. Son muchos. ¿Te parece bien, *Mamma*?

Mamma.

Hace apenas unos meses, esa palabra no formaba parte de su vocabulario, y ahora salía de sus labios con tanta naturalidad. Parecía que la sangre y la biología se habían impuesto, mas no podía sentirme triste por ello. Amaba a Amara y quería que fuera feliz, querida y adorada. Que tuviera la vida que le correspondía desde el momento en que respiró por primera vez.

Era consciente de la atención de Killian y Emory, no obstante, me obligué a apartar la mirada y fijarla en la familia DiLustro.

—Supongo que los conoces a todos —comentó Emory.

—Sé *de* ellos —repliqué.

Basilio DiLustro y su esposa, Wynter, patinadora olímpica sobre hielo. Coincidentemente, Wynter era la nieta de mi madre. No, bisnieta. Era difícil rastrear el árbol genealógico de Sofia Volkov.

Dante DiLustro, primo de Basilio, estaba de pie junto a ellos con su propia esposa, Juliette, que era hermana de Killian. Corría el rumor entre los criminales de que ella había matado a mi padre, Edward Murphy. Solía ser el jefe de la Mafia Irlandesa Murphy. También fue el hombre que nos abandonó a mi gemela y a mí en manos de Sofia e Ivan Petrov.

«Ya era hora», pensé.

No había lugar en este mundo para hombres que abandonaban a sus hijos.

Al otro lado de Basilio estaba *Priest*, pero él no me interesaba. En cambio, toda mi atención se dirigió a su esposa. Ivy DiLustro, apellido de soltera Murphy. ¡Diablos! Realmente no quería conocerla. Si bien mi gemela solía entusiasmarse con ella en aquella época, su asombro fue rápidamente sustituido por resentimiento, incluso odio. Nuestro padre nos dejó a merced de los lobos, las pocas veces que siquiera se molestó en visitarnos, mas no tuvo ningún problema en cuidar de sus otros hijos.

Una mujer pequeña, pelirroja y de ojos azules agarró la mano de *Priest*.

—Santo cielo, eres idéntica a tu hermana —afirmó Ivy. Acortó la distancia, arrastrando a Priest—. Me alegro mucho de conocerte por fin, Liana. —Luego, para mi horror, me abrazó. Apreté a Amara, usándola como escudo, mientras miraba con los ojos muy abiertos a su familia. Entonces dio un paso atrás y fulminó a su familia política con la mirada—. No van a dispararle, así que quiten sus manos de sus armas.

—Bien, esto es incómodo —soltó Juliette. *«Sí, no te equivocas»*, dije en mi mente.

—Entremos —animó Wynter, ofreciéndome una sonrisa y un saludo tímido con la mano—. Estoy segura de que tenemos mucho de que hablar.

Que Dios me ayudara con todas esas reuniones familiares.

TREINTA Y NUEVE

GIOVANNI



Me dejó.

Sentado en la terraza de la azotea del *penthouse* de mi cuñado, escuché la fiesta en pleno apogeo detrás de mí. Sonaba la música, fluía el *champagne* y parecía que la gente había viajado desde muy lejos para ponerse sus trajes más elegantes.

Todo estaba igual que esta mañana cuando me desperté, excepto que ahora estaba solo. Y estaba a medio emborracharme mientras bebía mi quinto vaso de *whiskey*. Me debatía entre cambiar a una botella y ahorrarme el esfuerzo de servírmelo. Para empeorar las cosas, o mejorarlas, dependiendo de cómo se mirara, hackeé la lista de reproducción de la fiesta y ahora todo era Eminem y Sarah McLachlan a todo volumen por los altavoces. No había mejor manera de darle a la gente un latigazo emocional.

—¿Sigues lamentándote? —Llegó la voz de mi hermana desde detrás de mí.

—Carajo —murmuré en voz baja.

—¿Te diviertes escuchando estas canciones de mierda? Porque ninguno de los otros invitados se divierte. ¿No podemos cambiar a algo normal?

—No son canciones de mierda. —¿No sabía que eran las favoritas de Liana?

Tomé otro trago de *whiskey* y continué mirando las luces de Boston. Este era mi hogar tanto como lo era mi yate, a pesar de que pasaba la mayor parte del tiempo en Italia, gracias a Mateo y su necesidad de estar más tiempo en casa con su esposa y su familia en crecimiento.

—¿De verdad te vas a quedar lamentándote? —La voz aguda de Marissa me estaba dando un dolor de cabeza—. ¿Realmente necesitas que te lo diga?

—¿Decir qué?

—Ve tras ella. ¡Tráela de vuelta!

—Ella lo dejó claro, ella no… —Joder, ni siquiera podía decir las palabras. Era un completo perdedor, incapaz de pensar en las palabras que me había arrojado a la cara. *No te amo. Nunca te amaré*.

—Tonterías.

—No puedo retenerla. Lia ya soportó bastante y la mantuvieron prisionera demasiado tiempo. —Marissa dejó escapar un suspiro exagerado, resoplando como hacía cuando era pequeña—. Y por el amor de Dios, deja de soplarme. No me estoy quemando.

—Pero eres un completo imbécil. —Entonces, como si necesitara enfatizar sus palabras, pateó mi silla. ¿Por qué atraigo a las locas?—. Eres mi hermano y te quiero, pero ahora mismo, estás siendo un idiota.

—Vete a la mierda, Marissa.

—Ella te ama, Giovanni —continuó como si yo no hubiera hablado—. Lo vi en su cara de amargada.

—Tiene un rostro precioso —murmuré—. Tan suave y…

—Jesucristo. Si vas a empezar a suspirar como un idiota enamorado, voy a vomitar, demonios.

Amaba a mi hermana, pero Declan tenía que ser un santo para poder lidiar con ella.

—Vete a vomitar —respondí—. Y haznos un favor a ambos, no vuelvas.

Se dio la vuelta, murmurando algo en voz baja, y salió furiosa del balcón, dejando la puerta abierta de par en par.

Me llegó el sonido de risas y carcajadas y fulminé mi mirada en esa dirección. Normalmente, me encantaban los niños. Los hijos de Brianna y Mateo eran mis pequeños favoritos, sin embargo, hoy me recordaban lo que no tenía.

Lo que nunca tendría.

—Hola, Giovanni —me saludó Aspen, la hija menor de Brianna, mientras Dante, su hermano mayor, y Emma, su hermana mayor, me observaban atentamente. Él era un cabroncito muy protector, como debía ser—. ¿Por qué estás tan triste?

—Estoy cansado —repliqué, manteniendo mi voz suave. Aspen se asustaba fácilmente con los movimientos bruscos y las voces fuertes. Sinceramente, me sorprendía que se estuviera tomando tan bien lo de Eminem, aunque a juzgar por la cara de su madre, no le hacía mucha gracia todo el contenido explícito. Por suerte, ese tipo escupía palabras demasiado rápido y furioso como para que ni Dante ni Aspen captaran algo.

—No estés triste, tío Giovanni. “No tienes otra oportunidad, la vida no es un juego de Nintendo”. —Fruncí el ceño. ¿Dante acababa de citar una canción de Eminem? Solté una carcajada. Tal vez ya había perdido la cabeza. Pero justo cuando llegué a esa conclusión, Dante añadió—: “Tal vez eso es lo que pasa cuando un tornado se encuentra con un volcán”. Tú y la tía Liana.

Me ahogué en más carcajadas, saqué mi teléfono del bolsillo y desconecté la lista de reproducción. Jadeos de alivio recorrieron el aire, haciendo que Dante pusiera los ojos en blanco.

—No escuches a Eminem —le advertí.

—Muérdeme —murmuró—. Voy a *rapear* las canciones de Eminem si quiero.

—Ya es suficiente —señalé con mi voz más firme—. ¿Entendido?

El pequeñín se encogió de hombros.

—¿Por qué? ¿No quieres que mi papá te descuartice?

Jesucristo. Tenía una mini Marissa con la actitud de matón de Mateo envuelta en el pequeño y muy tierno cuerpecito de un niño de diez años.

—Dante, tu papá no va a descuartizar a nadie. Deja de decir mierdas como esa. —Dejé la botella sobre la mesa y añadí—: Ahora, llévate a tus hermanas y ve a ver cómo están tus padres.

—Tan jodidamente mandón —replicó Dante mientras Aspen se despedía con la mano, sonriendo como si eso pudiera mejorar el mundo entero.

Me levanté y me acerqué a la barandilla, cerrando los ojos contra el viento de finales de otoño.

Estaba ahí afuera sin mí. Me abandonó, joder. Me noqueó con su pistola y me dejó como polvo en el viento.

Cuando recobré el conocimiento después de un rato, con la cabeza martilleándome como una puta mierda, levanté mi corazón del suelo y seguí con mi día. Incluso tuve una reunión sin matar

a nadie.

Luché contra el impulso de ir tras ella, porque sabía que no querría verme, así que después de descubrir adónde se dirigía, llamé a Louisa y la hice volar a New York. Ella mantendría a Lia a salvo, y ya era hora de que arreglaran las cosas.

Kingston vino temprano por las cosas de mi esposa. Lo que ella no había destruido. En lugar de dárselas, casi le disparo. No tenía idea de qué me había poseído, pero quería quedarme con todas sus cosas favoritas para que ella tuviera que regresar.

No importó que supiera que no estaba bien. Ella debería querer volver… por mí. Sin embargo, no lo hizo, y me temía que nunca lo haría.

La presioné demasiado. Quería demasiado.

Estaba tan seguro de que sentía lo mismo que yo sentía por ella, que podríamos resolverlo. Que no la perdería por completo. Qué jodidamente equivocado estaba.

Y en este momento, no sabía qué hacer.

Le había cortado las alas obligándola a quedarse conmigo. ¿En qué demonios estaba pensando? Dejé que mi corazón y mi deseo me dominaran. Dejé que mi corazón fuera tras lo que quería. Maldito estúpido corazón.

Mierda, necesitaba alejarme de esta fiesta antes de volverme loco. Tal vez podría conducir hasta New York, estacionarme frente a la mansión de Killian Cullen y quedarme mirando fijamente a la casa hasta que pudiera vislumbrar a escondidas a la mujer de la que me había enamorado.

Me aparté de la barandilla y entré a la casa, donde seguía la fiesta.

Antes de que pudiera salir por la puerta, mis hermanos me acorralaron. Cristiano estaba bebiendo una cerveza mientras Romeo sostenía un vaso de algo que parecía coñac.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Romeo—. Has estado ignorando todos mis mensajes.

—Y yo tengo que hablar contigo —siseó Cristiano—. Llevo intentando hablar contigo desde…

—Ahora no.

—¡Sí, ahora! —reviró Cristiano, con su ira dirigida hacia mí—. Creo que sé por qué se fue. —Eso sí que captó mi atención. Lo miré fijamente, esperando una explicación—. Madre fue la amante de Santiago Tijuana mientras él estaba casado con Liana.

Nada pudo haberme preparado para esa revelación.

CUARENTA

LIANA



Amara tomó mi mano y la de su *mamma* mientras entrábamos. Atravesamos el lujoso vestíbulo y Amara nos empujó hacia la parte trasera de la casa.

—Vamos a trasladar esta pequeña reunión a la sala —explicó Emory con una sonrisa tensa.

Entramos en la acogedora sala en tonos duales de marrón claro y oscuro, con música clásica sonando desde algún lugar, aunque toda mi atención se centró en las dos figuras familiares del lado opuesto. Mi hermana gemela y su amante de cabello y ojos oscuros, Kingston Ashford, que estaba tomando una bebida de color ámbar.

Mi siguiente paso titubeó y mi pie se congeló en el aire.

Nuestras miradas se cruzaron, sombras del pasado danzando a nuestro alrededor. Lou soltó un grito ahogado y corrió hacia mí.

En el siguiente suspiro, me abrazaba contra su pecho, me acariciaba el cabello y, de algún modo, los últimos ocho años se desvanecieron.

—Estás aquí. No puedo… —Se le quebró la voz—. Lo siento mucho. —Lloraba sobre mi cabello mientras repetía las palabras una y otra vez—. Lo siento mucho.

Y me derrumbé.

Solté la mano de Amara y abracé a Louisa con fuerza. Lloré de manera desconsolada, quizá por primera vez en mi vida. Todo el dolor, el sufrimiento y la pérdida de los últimos ocho años me deshicieron, o tal vez fue alejarme de Giovanni, de mi primer destello de felicidad, lo que me deshizo.

—Yo también lo siento —jadeé, con palabras entrecortadas llenas de desesperación. Si conociera mis pecados, mi traición, me daría la espalda—. He cometido tantos errores. Hice tantas cosas malas.

—No, Lia —gruñó. Se apartó, sacudiéndome ligeramente—. No te disculpes. Jamás. —Tomó mi cara con sus manos y fue como mirarme en un espejo—. Éramos solo unas niñas. Sobreviviste. *Sobrevivimos*.

Tragué saliva.

—Pero tú no sabes… —Mis ojos se posaron en la niña que se escondía detrás de Kingston y no fue difícil adivinar de quién se trataba. Su hija. Otra víctima de los *Acuerdos de Marabella*—. Hay tantas cosas que no sabes. —Fue todo lo que conseguí decir.

Era demasiado cobarde para decirle la verdad, y había perdido tanto. Simplemente quería aferrarme a esto… Amara…. Louisa… un poco más. Antes de que todo se convirtiera en cenizas.

Me recompuse un poco y di un paso hacia atrás.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Estábamos en New York, forjando alianzas, cuando Giovanni nos llamó y nos dijo que tal vez vendrías a visitarlos.

Claro que lo hizo, pero esa era la razón por la que lo amaba. Siempre hacía cosas para hacerme sentir mejor.

—Y hace tiempo que te esperábamos —añadió Emory.

Le lancé una mirada.

—¿Cómo es eso?

—Llevamos vigilándote desde que aterrizaste en Boston —explicó, lanzando una mirada cariñosa a Amara—. Sospechaba que intentarías visitar a mi… a *nuestra* hija. Giovanni me lo confirmó.

El dolor me atravesó el pecho al escuchar su nombre y tragué saliva, concentrándome en este momento.

—Sí, tu hija y la de Killian.

Sus ojos sostuvieron los míos, con una mirada que no pude descifrar en ellos.

—Y tuya. Reconozco que te debo… te debemos su vida. Ella no habría sobrevivido de no ser por ti.

Bajé la mirada hacia ella, lo mejor que había surgido de los acontecimientos más dolorosos de mi vida, y descubrí que me sonreía, con las mejillas sonrojadas. Parecía tan feliz y sana. Le esperaba un futuro brillante. Podía verlo en sus hermosos ojos azules. Podía ver en las miradas de sus padres que se asegurarían completamente de que nada, ni nadie, se interpusiera en su felicidad.

—No, fui yo quien no habría sobrevivido sin ella. —Carraspeé, con la voz entrecortada—. Me salvó tanto como yo a ella. Probablemente más. Porque me habría rendido hace mucho tiempo de no ser por esta hermosa niña.

Inhalé profundamente y luego exhalé, cuando por fin comprendí las palabras de mi hermana.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con que estaban forjando alianzas?

—Para matar a ese hijo de puta de Giovanni —siseó Lou, con la ira brillando en sus ojos.

Me puse rígida, miré fijamente a mi gemela, y mis siguientes palabras fueron como un latigazo contra la piel sensible.

—No lo tocarás. —Me miró sorprendida y di un paso más—. Prométemelo.

El silencio reinó en la habitación, el eco de la respiración de Louisa entrecortándose en su garganta mientras me observaba.

—Yo… —No sabía qué decir ni cómo explicárselo todo.

Sin embargo, finalmente Louisa sonrió, aunque ligeramente tensa.

—Tienes mi palabra —afirmó—. Si eso es lo que quieres, no le pasará nada.

—Gracias.

Después de eso, la tensión disminuyó. Amara me jaló hacia adelante, haciendo una línea recta hacia el sofá, y nos sentamos, Emory al otro lado de ella.

Lou y Kingston se sentaron con Lara entre ellos, una chica que rescataron de una red de trata de blancas. Los Capos DiLustro estaban estratégicamente situados en cada puerta y ventana, con sus esposas cerca.

No tenía sentido ofenderme. Al fin y al cabo, me lo merecía, mis acciones de los últimos años no habían sido precisamente honorables.

Decidí no enfocarme en lo malo, sino en memorizar cada línea del rostro resplandeciente de Amara. Estudié la felicidad de mi hermana y el amor que brillaba en sus ojos. Había tantas familias y parejas aquí, que habían alcanzado su final feliz, y yo me sentía grotescamente fuera de lugar. Me afectaba demasiado verlos prosperar con su amor. Del tipo que yo nunca tendría.

Con una profunda respiración, me levanté de un salto, sobresaltando a todo el mundo. Las manos de los capos volaron hacia sus armas.

—*Umm* tengo que irme —expresé—. Solo quería ver a Amara antes de… —Inhalé profundamente antes de exhalar lentamente—. Simplemente quería asegurarme de que la operación había salido bien.

—Quédate, madre Liana.

Mis ojos bajaron hacia la niña que era todo mi mundo.

—No puedo, mi tesoro. Pero espero… —Dirigí una mirada a sus padres—. Espero poder volver a visitarte. —Emory asintió, aunque a juzgar por la expresión de su esposo, no estaba muy entusiasmado—. Gracias por cuidarla. Sean buenos con ella. —Parecía una tontería agradecer a sus padres, pero no podía evitarlo. Aún la consideraba mía.

Me arrodillé y envolví a Amara en mis brazos, con la agonía abrasándome. No quería dejarla, no quería pasar ninguno de mis días sin ella, aunque no sabía lo que me deparaba el destino. Me mataba admitirlo, pero aquí era donde mi niña pertenecía.

—Eres tan amada, preciosa. Justo como sabía que lo serías. Sé fuerte y feliz, Amara. —Le di un beso en la frente—. Cuando me necesites, llámame. ¿De acuerdo?

Amara asintió sombríamente.

—¿Cómo te llamaré?

Solté una risita resignada. Echaría de menos a esta cosita tan lista.

—Es cierto. Le daré mi número a tu *mamma*. —Miré hacia Emory y Killian—. ¿Les parece bien?

—Sí, por supuesto. —Aceptó Emory antes de que Killian pudiera decir lo contrario. Buscó en su bolsillo y me dio su teléfono—. Killian y yo también queremos seguir en contacto contigo. Quiero saber todo lo que le pasó a mi hija en los últimos cinco años.

Sería una conversación difícil y dolorosa, y no la tendríamos ahora, ni cerca de Amara.

Así que me limité a asentir con la cabeza, introduje mi número en su celular y se lo devolví con una pequeña sonrisa.

—Ya está, ahora puedes enviarme mensajes cuando quieras.

Otro abrazo fuerte, luego me levanté, resistiendo las lágrimas que amenazaban con derramarse. Me fui, temiendo ponerme en ridículo y desmoronarme. No fue hasta que la fresca brisa nocturna me golpeó la cara que inhalé mi siguiente aliento.

Me apresuré por el camino de entrada y casi llegaba a mi coche cuando la voz de Lou me llegó por detrás.

—¿Huyendo, Lia?

Con una máscara fría firmemente en mi cara, me di la vuelta y me encontré con sus ojos que me juzgaban.

—No estoy huyendo —mentí.

—Entonces, ¿por qué no te quedas? Está claro que quieres pasar más tiempo con ella.

Me di la vuelta y agarré la manija de la puerta.

—Porque soy una mujer ocupada y tengo sitios en dónde estar.

—Ocho años separadas —soltó, claramente sin impresionarse—. Qué tonta fui al pensar que querrías pasar tiempo conmigo. Con Kingston.

Me di la vuelta, las palabras salieron volando de mi boca sin mi permiso.

—¿Por qué no viniste a buscarme? —lancé, con el pecho tembloroso. Todas estas emociones estaban empezando a ser demasiado, no obstante, parecía imposible evitarlas—. Esperé y esperé contra toda esperanza que, después de ocupar tu lugar, vendrías a buscarme, me arrancarías de ese infierno, pero no estabas por ninguna parte. Estabas disfrutando de tu vida feliz mientras yo me marchitaba.

Mis pulmones se encendieron con ese viejo sentimiento de traición, mas lo ignoré.

—Te habría buscado si lo hubiera sabido. Si Kingston y yo lo hubiéramos sabido, pero no lo sabíamos.

Si bien éramos gemelas idénticas, no podíamos ser más diferentes. Sin embargo, eso era lo bonito. Lo que a ella le faltaba, yo lo tenía. Lo que me faltaba a mí, lo tenía ella. Éramos piezas perfectas del mismo rompecabezas. El *Yin* y el *Yang*.

—¿Qué? —me burlé—. ¿Ustedes dos se dirigieron hacia el atardecer y pensaron que yo había encontrado el paraíso? ¿Mi propio final feliz? Nadie es tan ingenuo, y definitivamente tú no, Lou.

—Pensé que yo era tú. —Fruncí el ceño—. Nuestra madre… Sofia me torturó, utilizó técnicas de tortura específicas hasta que realmente creí, hasta lo más profundo de mi ser, que yo era tú. Liana. Me olvidé de Kingston, ni siquiera lo reconocí cuando volví a verlo hace un año. *Kingston.* —Abrió la boca para decir algo más, pero un sollozo fue todo lo que logró emitir. No es que importara. Sabía lo que significaba que hubiera olvidado al chico del que se enamoró cuando éramos demasiado jóvenes para comprender lo precioso y fugaz que era.

Buscó su teléfono y recorrió las imágenes hasta que encontró lo que buscaba. Cuando el vídeo empezó a reproducirse y mis ojos se centraron en la pantalla, la escena me produjo una nueva oleada de horror.

—¿Qué es eso? —exclamé, pero ya lo sabía. Era el vídeo de la tortura de la hermana de la doctora Freud.

—Creí que habías muerto. Madre me enseñaba este vídeo una y otra vez. —La pantalla frente a mi cara me acusaba de todos los agravios que habían ocurrido por mi culpa—. Me culpé a mí misma. Culpé al mundo entero, buscando a los responsables y matándolos uno por uno. —Su voz se quebró—. Pero si hubiera sabido que estabas viva, te habría buscado. Te prometo, Lia, que habría recorrido cada centímetro de esta tierra para encontrarte.

La voz de mi hermana me estaba rompiendo el corazón. Por fin la miré a los ojos y sentí que las comisuras de mis labios se levantaban por sí solas.

—No eres la Lou que recordaba.

—Lo mismo digo.

Las lágrimas corrieron por nuestras mejillas, dos cuerpos sintiendo un mismo dolor, y entonces nos estrechamos en los brazos de la otra, abrazándonos por todo lo que habíamos soportado durante los últimos ocho años.

CUARENTA Y UNO

GIOVANNI



Cuando llegué a casa de mi madre, estaba al borde de la ira.

«Deja que encuentre a todos los que le hicieron daño y se vengue. Creo que solo le falta una persona». Las palabras de Kian se habían estado repitiendo desde que supe la identidad de la *Amante*. Mi propia madre. Me hizo preguntarme si Kian lo sabía cuándo me condujo a Lia, si esa fue la razón por la que divulgó información sobre su ubicación en primer lugar.

Había necesitado una fuerza inhumana para no irrumpir y empezar a dispararle a todo el que estuviera a la vista y luego arrastrar a esa mujer por el cabello y entregársela a mi esposa con un moño en la maldita cabeza.

—Debería entrar contigo —comentó Cristiano mientras observaba la propiedad vacía con una pistola en la mano—. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

Negué con la cabeza.

—No, apégate al plan.

Mi hermano debía reunirse con Romeo en un muelle de embarque a las afueras de la ciudad donde estaba a punto de realizarse una transacción con el Cártel Cortes. No sería bueno que la familia Agosti no cumpliera, ni tampoco se reflejaría bien en la *Omertà*.

—¿Estás seguro?

—Sí. No me falles.

Y con eso, Cristiano me entregó la llave de la entrada trasera que mi madre solamente había compartido con él. El hijo favorito. Garantizaría una entrada y salida limpia.

Lo vi desaparecer en la noche, y pronto el motor de su automóvil aceleró en la distancia.

Era de madrugada, aún faltaba una hora para que amaneciera. Tres tazas de café me ayudaron a disipar la amargura de la revelación de la noche anterior. Le habría hecho una visita a esta zorra entonces, pero estaba demasiado borracho y enfadado para actuar racionalmente.

Atravesé el alambre de púas eléctrico que rodeaba la propiedad, quité el pestillo de la imponente puerta trasera y entré. Avancé sigilosamente por el inmaculado césped, el mismo que se esperaba que yo financiara, y me dirigí hacia la entrada del servicio, con pasos medidos y silenciosos.

Mi cuerpo se puso rígido a medida que me acercaba, y la misma pregunta que me había estado haciendo resonó en mis oídos. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta?

Con un rápido movimiento de la segunda llave, entré. Reinaba un silencio inquietante mientras avanzaba por la casa en la que crecí hacia el dormitorio de mi madre, en el ala norte. Le

gustaba dormir hasta tarde y contaba con que su sueño de belleza la mantendría joven y hermosa. Lástima que su interior fuera feo e irreparable.

Subí las escaleras, con la luz de la luna entrando por las ventanas. No tardé mucho en llegar a sus aposentos y pronto estuve ante su puerta.

Había algo raro. Había demasiado silencio. Estaba demasiado oscuro.

Mamá solía tener luces nocturnas iluminando los pasillos para...

Mis pensamientos se hicieron añicos cuando un repentino estruendo resonó y el suelo tembló bajo mis pies. La puerta de su habitación se abrió de golpe. Me tiré al suelo justo a tiempo para ver cómo estallaba un tiroteo, las balas pasaban zumbando y los casquillos repiqueteaban a mi alrededor como un granizo mortal.

Tomé mi pistola y disparé una vez, luego dos, eliminando a un hombre enmascarado con un rifle. Pero eso únicamente provocó otra ráfaga de balas en mi dirección.

—¡Quédate en el maldito suelo si quieres vivir!

Las severas palabras de mi madre resonaron en el aire y me hicieron detenerme.

¿Había caído en una trampa?

CUARENTA Y DOS

LIANA



Me sentía como en los viejos tiempos.

Ambas sentadas en la cama, con las piernas entrecruzadas mientras yo tecleaba frenéticamente en mi *laptop* y Lou mordisqueaba la punta de un lápiz, estudiando críticamente su dibujo. Sorpresa, sorpresa, era un dibujo de Kingston. Al parecer, seguía obsesionada con la cara de ese hombre incluso después de todo este tiempo.

Luego de dejar a Amara con sus padres, me registré en un hotel, y no me sorprendió encontrar a Lou llamando a mi puerta treinta minutos más tarde. Kingston estaba en la habitación de al lado y su hija adoptiva, Lara, en la *suite* contigua.

—¿Alguna vez dibujas otra cosa? —pregunté, con los ojos fijos en la pantalla de la *laptop* mientras intercambiaba correspondencia con José, quien insistía en que regresara a Venezuela, donde podría mantenerme a salvo.

—¿Qué quieres decir?

Escribí mi última respuesta a José, luego cerré la computadora antes de que pudiera contestar con algo más y levanté la cabeza para encontrarme con los ojos de Lou.

—Quiero decir que incluso cuando éramos niñas, lo único que dibujabas era el rostro de Kingston. —No estaba celosa de que tuviera su final feliz. Realmente no lo estaba, pero hizo que el dolor de mi pérdida fuera ligeramente amargo—. ¿Alguna vez dibujas algo más?

Se rio entre dientes.

—Bueno, supongo que podría intentar dibujar su polla.

Arrugué la nariz.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Te he dibujado a ti. —La sorpresa se apoderó de mí—. Cuando pensé que habías muerto y creí que yo era en realidad tú, seguí dibujando tu rostro.

—¿Quizá dibujabas el tuyo? Al fin y al cabo, tenemos la misma cara. —Intenté bromear, aunque mi voz seguía quebrándose.

—No, era la tuya. —Me miró, casi como si estuviera debatiendo si debía preguntarme algo. Esperé a que se decidiera hasta que por fin lo hizo—. ¿Por qué no acudiste a mí?

Me encogí de hombros.

—Estaba… destrozada. Necesitaba tiempo para que Amara mejorara, para mejorar yo. Además, pensaba que habías sido feliz con Kingston durante todos esos años, y yo no estaba preparada para verlo.

—¿Porque estabas enojada?

Me encogí de hombros, mirando el dedo que me faltaba.

—Más bien decepcionada. Celosa. Amargada.

—¿Qué te pasó en el dedo, Lia? —Su voz era cautelosa, casi como si estuviera tratando con un animal impredecible—. ¿Por qué terminó con Kingston?

Me aclaré la garganta.

—Después de que Amara y yo escapáramos de Perez, intenté ser… —Busqué las palabras adecuadas antes de decidirme por la única que conocía—. Normal. Lejos de todo lo que conocía. Era sirvienta en un *resort* y un día escuché el nombre de Royce Ashford. —Retorcí las manos, sabiendo lo loca que sonaría—. No estaba en un buen lugar mentalmente en ese momento. Así que, fruto de una loca desesperación, me corté el dedo meñique de la mano izquierda y lo dejé en la habitación de Royce Ashford con una nota, con la esperanza de que llegara a Kingston y… —Me encogí de hombros, sabiendo lo ridículo que sonaba todo aquello al pronunciarlo en voz alta —. No sé. Supongo que pensé que él vendría a salvarme.

Kingston Ashford.

No hubo un momento en que él y Lou no se amaran. Al principio era un afecto infantil, hasta que se convirtió en el amante de mi hermana.

—¿Por qué el izquierdo? —inquirió.

—Porque eres zurda. Creí que tal vez pensaría que eras tú y, contra toda probabilidad, Kingston captaría el mensaje y nos salvaría a Amara y a mí.

No lo hizo.

Desde entonces, aprendí a controlar mis expectativas sin dejar que la esperanza traicionera se apoderara de mí. No obstante, la esperanza siempre encontraba la forma de salir a la luz, al igual que en aquel entonces, que alguien vendría y nos salvaría a mi hija y a mí, aunque la idea moría tan rápido como nacía, junto con una parte de mí. Hasta que no quedó nada.

—Como dije, fue una estupidez —concluí. Merecía sufrir de todos modos, teniendo en cuenta todo el sufrimiento que había causado—. No estaba en un buen lugar, incluso contemplaba terminar con mi vida, pero Amara me necesitaba. Así que ya ves, ella realmente me salvó. Si no la hubiera tenido, habría muerto.

Lou asintió en señal de comprensión y el silencio reinó durante varios latidos.

—Lo hecho, hecho está. Te quiero, Lia. Pase lo que pase, esté bien o mal, siempre estaré a tu lado. Lo sabes, ¿verdad?

Mi corazón dio un vuelco, dándome cuenta de que era el momento de sincerarme.

—No estés tan segura, Lou.

Ella inclinó su barbilla.

—Pero lo estoy, y no hay nada que puedas hacer o decir que me haga traicionarte.

Tragué saliva empujando las siguientes palabras más allá de mis labios.

—Cuando fingí ser tú y me casé con Santiago, las cosas no iban bien, aunque eran tolerables. —Mis ojos se desviaron hacia la ventana del hotel, contemplando las luces de New York City que parpadeaban como estrellas. Cerré los ojos, con aquel antiguo dolor palpitándome en el pecho—. Luego perdí un bebé. No, me arrancaron a mi bebé y lo asesinaron. Las cosas se pusieron feas después de eso. Santiago consideró que yo y mi vientre no valíamos nada. —El suave jadeo de mi hermana llenó el aire, y abrí los ojos para ver si mis siguientes palabras volvían a destrozar mi mundo—. Entonces Amara llegó a mi mundo. Era mi oportunidad de tener a alguien que me amara incondicionalmente. Sin embargo, también era la oportunidad de que Santiago usara mi afecto por ella en mi contra. En mi mente, pensé que, si creaba algo grande, sería invaluable para él y su círculo del mal, así que se me ocurrió una mejora de los

Acuerdos de Marabella.

Esperé y esperé a que la cara de Lou pasara de la compasión a disgusto y decepción.

Estiró la mano y tomó la mía entre las suyas.

—Intentabas proteger a una bebé y sobrevivir. ¿De verdad creíste que te lo reprocharía?

—Pero, Lara, tu propia hija adoptiva…

—Madre la utilizó —me interrumpió—. Es la hija de Perez, y la utilizó, junto con muchos otros niños, para vengarse de aquellos a los que odiaba. Ya sea que usara a *Marabella* como excusa, no importa. Aun si ese concepto no existiera, Sofia Volkov le habría puesto las manos encima a Lara y le habría hecho la vida imposible.

Esas palabras deberían haberme hecho sentir mejor, mas no fue así. Tal vez mi conciencia culpable era mi crítica más dura.

—Lou, no fue únicamente Lara —susurré—. Fueron muchos.

—¿Y crees que todo recae sobre tus hombros? —espetó—. No, no es así, no te atrevas a culparte de todo. Todos hicimos mierda para sobrevivir. Todos tenemos pecados que expiar.

Mis labios se curvaron en una especie de sonrisa.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian.

Esta vez ella también sonrió.

—Tú me proteges, yo te protejo. Si alguien quiere venir tras de ti, yo iré tras ellos. Es lo que somos.

—Tal vez madre hizo algo bien —murmuré pensativamente.

Ella se burló, la amargura brillando en su expresión.

—¿Qué cosa?

—Nos enseñó a cubrirnos las espaldas. Aunque se equivocó contigo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Me entrenó para protegernos a ambas, pensando que tu corazón blando era tu debilidad, cuando en realidad era tu atributo más fuerte. —Me lanzó una mirada interrogante, así que le expliqué—: Cuando éramos más jóvenes, me llevaba a entrenar horas extras y me presionaba más. Le preocupaba que este mundo te tragara entera, y mírate. Estás prosperando.

Le costaba encontrar las palabras y yo la dejé procesar lo que acababa de enterarse. No encontró su voz hasta pasados varios minutos.

—Odiaba que te hubieran llevado a ti y no a mí —comentó—. Le das demasiado crédito porque incluso cuando estuvo frente al cañón de mi pistola, pensó que yo era débil.

Me paralicé.

—¿Tú mataste a madre?

—Sí, lo hice. —Me miró a los ojos con un desafío implícito, y sonreí.

Madre definitivamente se había equivocado con respecto a mi gemela.

—Un mal menos vagando por esta tierra —declaré finalmente—. Aunque fueron hombres crueles los que la crearon.

Lou asintió.

—Estoy de acuerdo, pero ella lo llevó demasiado lejos.

—Totalmente de acuerdo.

Mi teléfono sonó, y por un momento, me debatí en ignorarlo antes de decidirme a no hacerlo.

—Más vale que sea bueno, sea lo que sea —contesté, dando por hecho que era José.

—Soy Cristiano. —Me puse tensa. El hermano menor de Giovanni no debería tener motivos para llamarme—. Es Giovanni. Mi madre lo secuestró.

Salí disparada de la cama.

—Dímelo todo.

CUARENTA Y TRES

GIOVANNI



Goteo. Goteo. Goteo.

Abrí los ojos y me estremecí cuando me asaltaron unas luces fluorescentes parpadeantes. Estaba atado a una silla en una habitación que parecía y olía como si estuviera bajo tierra.

Inclinando hacia atrás mi cabeza punzante, me quedé mirando el techo bajo de yeso, estropeado por manchas de agua de color marrón, grietas irregulares y moho que se extendía. El hedor opresivo de la humedad y la orina flotaba en el aire y me costaba respirar. Mi mirada se posó en un fregadero de porcelana agrietado, cuyo grifo oxidado goteaba con un ritmo lento y constante, como si no se hubiera tocado en décadas. No había ventanas, tan solo la claustrofóbica certeza de una única salida: una puerta de metal color verde vómito, astillada y oxidada, que se erguía como la única forma de salir.

Sacudí la cabeza intentando recordar lo que había pasado, pero lo último que recordaba era la voz de mi madre antes de que alguien me dejara inconsciente.

Después de eso, nada.

La rabia se deslizó bajo mi piel, lenta y ardiente. Tuve que tomarme un segundo para tragarme la rabia ardiendo mientras toda la habitación se distorsionaba, mis náuseas eran casi insoportables. *«¿Qué tan fuerte me habían golpeado?»*.

Comprobé mis ataduras, intentando trabajar en ellas, mientras un tono rojo se adentraba en mi visión.

Justo en ese momento se abrió la puerta y entrecerré los ojos cuando entró mi madre con cuatro guardaespaldas que parecían luchadores de la MMA. Eran justo su tipo, jóvenes, tontos y machos. Encajaban a la perfección con la forma en que le gustaba pasar las tardes, de eso estaba seguro. Y mientras tanto, los utilizaba para sus propios intereses.

—Vaya, pero si es mi hijo mayor —saludó cuando se acercó a mí con un vestido blanco de diseñador, tacones rojos y el cabello recogido en un moño francés. Cruzó los brazos sobre su pecho, haciendo que los senos se le apretaran por el escote. Uno de sus guardias tragó saliva mientras los otros dos parecían hipnotizados por la vista. *«Jesucristo, dame un respiro»*.

—Me decepcionas, madre.

Me dio una bofetada.

—¡¿*Tú* estás decepcionado?! —gritó—. No tienes idea de lo que he hecho por ti. Para asegurar tu sucesión. —Otra bofetada en mi cara—. Soy yo quien está decepcionada, Giovanni. ¡Yo!

—Tan dramática como siempre —afirmé fríamente. La furia no me ayudaría ahora, pero la cabeza fría y la razón sí. Tenía que sacarla de sus casillas—. ¿Por qué estoy atado?

—Te casaste con esa zorra —siseó, fulminándome con la mirada. Actuaba con tanta altanería, como si casi alcanzara el cielo y al mismísimo Dios. La mandarían directamente al infierno, pero el hecho de que esta mujer pensara que se lo merecía me dejó pasmado—. Después de todo lo que he hecho para asegurar tu posición, te casaste con ella. De todas las mujeres de este jodido mundo, ¿por qué ella?

—Porque la amo. —Su espalda se tensó—. Porque es mi otra mitad. Fuerte. Independiente. De buen corazón. Tan jodidamente diferente a ti.

Otra bofetada.

—¡Insolente! Tu padre debe estar revolcándose en su tumba.

Enfrenté la mirada maliciosa de mi madre con la mía.

—¿Cuál padre? —pregunté con incredulidad, curvando cruelmente los labios—. ¿El que nunca conocí o el que me crio? Teniendo en cuenta tu historial, me temo que vas a tener que ser un poco más específica.

—Tú… tú… pequeño bastardo desagradecido.

—En eso tienes razón. Soy un bastardo —me burlé—. Ahora, ¿cuál es tu puto plan? ¿Matarme y apoderarte del Cártel Tijuana?

Echó la cabeza hacia atrás y empezó a cacarear como una psicópata enloquecida y desquiciada. Se reía y reía, y el sonido rebotaba contra las paredes.

—No, hijo mío —soltó una risita—. Tú eres la carnada.

Entonces caí en cuenta.

—Liana. Quieres a mi esposa. —Fue mi turno de reír, mirándola burlonamente—. Ella no vendrá. —Pero cuando liberara mis muñecas, partiría su frágil cuello por la mitad—. La jodiste, madre.

Su tez se volvió color carmesí, y prácticamente pude ver vapor saliendo de sus orejas.

—*Oh*, pero lo hará. Le dije que viniera sola o acabaré con todo y con todos los que le importan.

Me burlé.

—No vendrá.

—Mientes.

Me encogí de hombros.

—Como quieras, aunque si hubieras hecho bien tu tarea, te habrías enterado de que Lia ni siquiera está en Boston. Me dejó ayer.

—¿Esa zorra rusa te dejó? —se mofó, paseándose como un animal salvaje con tacones—. ¿Cómo demonios se atreve? Eres demasiado bueno para ella.

—No, ella es demasiado buena para mí —la corregí, clavándole mi mirada calculadora mientras seguía trabajando en mis ataduras—. Sobre todo teniendo en cuenta lo que le hiciste.

Se quedó quieta, el chasquido de sus tacones cesó.

—Todo lo que hice fue por ti.

No podía creer que la mujer fuera tan ilusa como para creerse sus propias palabras. Sin embargo, pronto se daría cuenta de que había metido la pata, porque los dos sabíamos que era una zorra egoísta. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Quería castigarme por no haber acabado con ella hace años, cuando me enteré de que había traicionado al hombre que me había criado como si fuera su hijo. Debería haber sabido entonces que el ansia de poder de mi madre no terminaría con tener un hijo en línea para gobernar el

Cártel Tijuana.

—Estás delirando —lancé cuando se acercó a mí—. No es una buena imagen para una mujer de tu edad.

Esta vez toqué una fibra sensible. Lo vi en sus ojos.

—Piensas que ella es tan buena, pero esa chica es una puta. —Se inclinó hacia delante para que su cara estuviera a la altura de la mía—. Ella iba a eliminar tu reclamo al cártel. Yo la detuve. *Yo*. Tu madre.

Escupí en su cara maliciosa.

—Mataste a un bebé inocente, zorra narcisista. Si crees que alguna vez quise eso, estás delirando.

Cerró sus ojos, limpiándose la mejilla con el dorso de la mano, luego me abofeteó, mis músculos se tensaron contra mis ataduras. Un gruñido vibró en mi pecho, el sonido casi animal en el silencio de la habitación, y mis ataduras finalmente cedieron.

Estaba a punto de retorcerle el cuello cuando uno de sus hombres dijo:

—La mujer está aquí.

La puerta se abrió para revelar a Lia de pie al otro lado. Cada uno de mis hermanos la sujetaba de un brazo, y apenas podía reconocerla con los *jeans* y la camiseta negra sencilla que decía *Muérdeme*. Era tan diferente de la mujer arreglada que creí conocer mejor que a mí mismo.

No tuve tiempo de reflexionar sobre su atuendo porque la traición de mis hermanos me provocó una rabia sin precedentes. Fulminé con la mirada a Cristiano y Romeo, diciéndoles sin palabras que estaban muertos.

¿Había estado ciego también cuando se trataba de mis hermanos? ¿Me estaban aplacando durante las últimas semanas mientras conspiraban en mi contra? Sabía que no siempre estábamos de acuerdo, pero que me traicionaran de la peor manera posible era imperdonable.

Lógicamente, podría haber un millón de explicaciones para esto, no obstante, mi mente ya se desviaba en la dirección de su veredicto culpable.

Los mataría a todos.

Me disponía a actuar cuando Lia me miró y… me guiñó un ojo.

Fruncí el ceño. ¿Qué estaba pasando aquí exactamente?

CUARENTA Y CUATRO

LIANA



—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Me tensé al instante, aquel tono familiar que llevaba años intentando olvidar demasiado cerca para mi comodidad. Mis cuñados me empujaron hacia adelante, interpretando perfectamente el papel de mis verdugos—. Es la puta rusa. Mátenla.

Romeo y Cristiano se pusieron tensos a mis lados, aunque por suerte su madre no se dio cuenta. Giovanni, por el contrario, gruñó por lo bajo en su garganta, todo su cuerpo moviéndose hacia adelante como si se preparara para atacar a su propia madre.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunté con calma.

Los labios de Julia, Dios, era difícil pensar en ella de otro modo que no fuera la *Amante*, se curvaron en una sonrisa, esa sonrisa maliciosa y de superioridad que yo recordaba tan bien. Sentí que Romeo y Cristiano se ponían rígidos a mi espalda, y una parte de mí estaba jodidamente agradecida por ellos en ese momento.

Los ojos de Julia estaban clavados en mí mientras se dirigía a sus hombres.

—Maten a la chica. Dejen vivos a mis hijos.

Mis ojos se desviaron hacia Giovanni. Noté la huella roja de una palma en su hermoso rostro, pero aparte de eso, estaba ileso. Nuestras miradas se cruzaron sin palabras y él asintió ligeramente, como si pudiera leer mis pensamientos. Realmente esperaba que pudiera. Lo dejé para mantenerlo a salvo, no quería causarle más daño, pero al final, su madre lo lastimó de todos modos.

Las comisuras de sus labios se levantaron y su mirada me lo dijo todo: *Te amo. Creo en ti. Lo solucionaremos juntos.*

Volví a mirar a la mujer que tenía enfrente y que tanto dolor y humillación me había causado.

—Sabes, si no hubieras sido tan codiciosa, nunca se habría enterado de lo verdaderamente malvada que eres —comenté con indiferencia—. Cometiste un terrible error al secuestrar a mi esposo.

—¡Es mi hijo! —bramó.

—¿Qué mano? —pregunté, manteniendo la calma a pesar de la rabia que corría por mis venas. Me miró sin comprender—. ¿Con qué mano lo tocaste? Porque será la primera parte de ti que rebanaré.

Julia me fulminó con la mirada, luego se movió y abofeteó a Giovanni en la cara con tanta fuerza que su cabeza voló hacia la izquierda. Me estremecí por el impacto, pero mantuve mi expresión indiferente mientras la miraba.

—Mano derecha, anotado.

—¿Y qué piensas hacer? Puede que seas una princesa de la mafia, supuestamente intocable, pero eso en realidad nunca te ha ayudado, ¿verdad? Siempre pierdes. Llevas ocho años perdiendo. —Cacareó como una bruja de Salem enloquecida—. Y ahora has metido a mi hijo en esto.

Me reí entre dientes. Nunca había visto a una madre desechar a su hijo tan rápidamente, quizás aparte de Sofia Volkov. Ese par de mujeres deberían estar juntas en lo más profundo del infierno.

—¿De verdad lo crees? Porque desde mi punto de vista, tú pareces la perdedora.

Se pavoneó hacia mí, y se me ocurrió lo agradable que sería ver su caída en tiempo real. Porque por primera vez, pude ver lo insegura que era. Asustada y sola. Esta vez, fue a mí a quien abofeteó.

Una rápida mirada a mis cuñados y el resto pasó rápidamente. Cristiano y Romeo saltaron hacia adelante, atacando a los dos guardias más cercanos mientras Giovanni atacaba a los otros dos. Julia, tan típico de ella, salió corriendo de la celda.

No podía preocuparme por quién podría defenderse aquí, en lugar de eso fui tras ella, y antes de que pudiera llegar al final del pasillo, la agarré por el moño y la jalé hacia atrás.

—No tan rápido —pronuncié—. No hemos terminado aquí.

Se escucharon disparos desde el interior de la celda, pero los bloqueé. Me enfoqué en la mujer que mató a mi bebé, que me robó mi dignidad.

La empujé hasta ponerla de rodillas y la abofeteé tan fuerte que se cayó y su cabeza golpeó la piedra mugrienta. Le agarré la mano derecha y sonreí con maldad.

Empezó a gritar y la golpeé con fuerza, rompiéndole la nariz en el proceso.

—Después de todo, una promesa es una promesa. —Ronroneé.

Saqué el revólver que llevaba en la parte trasera de mis *jeans*, pero antes de que pudiera dispararle en la mano derecha, un guardia me atacó por detrás. Instintivamente, le di un puñetazo en el esternón, luego un golpe en los riñones y, por último, una patada en la rótula.

Se quejó, no obstante, fui más rápida que él. Me enderecé y le di una patada en el pecho, haciendo que su cuerpo saliera volando hacia atrás.

Volví mi atención hacia Julia, que intentaba alejarse arrastrándose mientras gemía de dolor. Levanté los brazos, empuñando el arma, y apunté.

Bang.

Su grito atravesó el aire y se llevó la mano ensangrentada al pecho, acunándola como si fuera un bebé.

—La venganza es más dulce de lo que jamás hubiera imaginado —afirmé, curvando los labios en una sonrisa. Levanté el pie y se lo clavé en el abdomen—. Por Giovanni y mi bebé.

Sus ojos se abrieron con miedo mientras gorgoteaba, ahogándose en su dolor. El sonido era mejor que el de cualquier canción de Eminem o Sarah McLachlan, mejor que el de las sinfonías de Beethoven o Mozart.

—Llevo mucho tiempo soñando con esto. —Arrastré las palabras—. Después de lo que hiciste.

—Aseguré el puesto de mi hijo en el cártel —siseó.

Me burlé.

—Nunca lo quise.

—Pero tu hijo lo habría ocupado.

—No… —Mi voz se quebró mientras entrecerraba los ojos—. Si me hubieras dejado, habría

desaparecido. Me dejaste creer que podía, me dejaste correr por el bosque teniendo ocho meses de embarazo, maldita sea. —Cerré los ojos, pero no la dejaría ganar—. Podrías haber tenido a tu preciado amante y al cártel para tu hijo.

Soltó un suspiro estrangulado, como si no me creyera. Aunque no importaba, porque su vida estaba acabada. Pagaría por matar a mi bebé y por atreverse a golpear a Giovanni.

Respiré profundamente y le apunté al cráneo.

—¿Algún último deseo?

Sus ojos, tan parecidos y a la vez tan diferentes a los de sus tres hijos, se alzaron hacia mí con tanta despreocupación que me sorprendió.

—La pregunta es… ¿tú tienes algún último deseo? —Fruncí el ceño y ella soltó una risita. Mi dedo se tensó en el gatillo y me dispuse a terminar con esto de una vez por todas, mas ella siguió hablando—. Quizás algún día conozcas a tu hijo. —Me paralicé, mi cerebro era incapaz de procesar sus palabras. Me observó, riéndose—. Aunque tal vez sea mejor que no fuera así, porque será complicado explicarle al niño que te casaste con el sobrino de su padre.

Mi cara palideció mientras miraba a Julia. *Un hijo*. Yo tuve un hijo. Lo había supuesto, sin embargo, nunca lo supe con certeza. Las lágrimas quemaron mis párpados mientras mi mente giraba como un ciclón. Entonces comprendí el significado de sus palabras. Lo dijo como si mi bebé estuviera… vivo.

«Es mentira. Está mintiendo».

Clavé los pies en el suelo de piedra, anclándome en el presente. *No*. Yo sabría si mi bebé estuviera vivo.

—Estás mintiendo. —La voz de Giovanni llegó desde detrás de mí, haciéndose eco de mis propios pensamientos. Me giré y lo vi erguido, aunque con un aspecto un poco desmejorado. Él y sus hermanos vinieron a rodearme para protegerme, con las miradas clavadas en su madre—. ¿De verdad no tienes decencia, madre? ¿Después de todo el daño que has causado?

La expresión de Julia era fría, todo su cuerpo estaba quieto.

—¿Estoy mintiendo, Giovanni? —pronunció—. ¿Crees que soy capaz de matar a un bebé?

—Sí —respondieron unánimemente los tres hermanos.

—Te vi… —Me estremecí con el recuerdo. Mi voz se quebró y me tambaleé, mas la mano de Giovanni me rodeó la cintura, ofreciéndome apoyo—. Te vi… te vi arrojarlo dentro de una bolsa de basura.

El corazón se me encogía en el pecho. Julia me había engañado tantas veces, se había aprovechado de mí y había matado cualquier parte decente de mí con su crueldad. Este tenía que ser otro de sus planes. Una forma de prolongar su vida que no merecía.

—Es un pequeño cabrón resistente —comentó despreocupadamente, como si se refiriera a un cachorro de la perrera—. Cuando llegué al coche, no se callaba, no paraba de llorar, así que lo saqué y decidí que podía usarlo para sacar algo de provecho.

—Que… —Cuando hablé a continuación, mi voz era apenas audible—. ¿Dónde está?

—*Ahhh.* —Se rio burlonamente—. ¿No te gustaría saberlo?

—¡Madre! —Romeo siseó.

—Perra enferma —gruñó Cristiano.

Giovanni se puso frente a su madre, presionando su propia pistola contra su cráneo, y la empujó con tanta fuerza que su cabeza cayó hacia un lado.

—Nos dirás dónde está el niño.

Oh. Dios. Mío.

Me temblaron los labios. Las lágrimas corrían por mi rostro, cada articulación de mi cuerpo

se congelaba mientras un pensamiento me golpeaba repetidamente. *«Abandoné a mi bebé. Ha estado solo durante años y ni siquiera lo busqué. Jugué al escondite como una cobarde mientras él esperaba que lo salvara»*.

—Maldita sea, mátala, y nosotros encontraremos al niño —insistió Romeo, mirando a su madre con el ceño fruncido—. Todo lo que suelta esa mujer es mentira. Nos dará largas hasta que pueda acabar con todos nosotros.

La expresión sombría de los hermanos Agosti me decía que hablaban en serio.

Sin embargo, yo seguía boquiabierta mirando a la mujer, hambrienta de información. Era mi última oportunidad de saber algo, cualquier cosa sobre mi hijo.

Cristiano la fulminó con la mirada y sacó su propia pistola.

—¡No! —exclamé. Los hermanos intercambiaron una mirada de duda, pero permanecieron en su lugar—. No, necesito saber dónde está.

Julia sonrió victoriosa. Esa misma sonrisa que me decía que me tenía exactamente donde quería. Un paso adelante de mí.

—Alejen esas armas de mi cara —reviró con una determinación serena.

De repente, estalló el caos. Un guardia apareció tambaleándose, ensangrentado y desorientado, con el arma temblando mientras nos apuntaba. Sin dudarlo, Giovanni me empujó detrás de él, protegiéndome con un gruñido feroz.

—¡Noooo! —grité mientras el guardia apretaba el gatillo sin dudar. Mi corazón tomó la decisión por mí. Lo empujé lejos de mí. *Pop. Pop. Pop*.

Conmoción. Gritos. Sangre.

El mundo daba vueltas. Me zumbaron los oídos y me toqué el estómago, con una mueca de dolor. Miré hacia abajo confundida y vi que salía sangre de mí.

Alguien gritó mi nombre, pero no pude enfocar.

Entonces todo quedó en silencio y agradecí que el mundo dejara de girar mientras caía en una fría oscuridad.

CUARENTA Y CINCO

LIANA



Llantos de bebés. Esposos, viejos, jóvenes.

Sangre. Me tambaleo, jadeando y ahogándome en ella.

Muerte.

—Por favor, despierta, Lia. —La voz familiar se abrió paso a través de mis sueños. No, no la voz. La demanda. Una necesidad—. *Flor Salvaje*, vuelve a mí… por favor.

Inhalando entrecortadamente, me obligué a abrir los ojos, con la mirada perdida mientras los últimos sucesos que recordaba me atravesaban el cráneo. Encontré a Giovanni a mi lado, con su mirada inyectada en sangre clavada en mí.

Sus hermanos estaban a su lado, y sus expresiones habitualmente arrogantes se habían transformado en compasivas.

—Lia… Carajo, creí que te había perdido. —Una mirada verde y torturada se clavó en la mía durante un largo instante. Las alarmas se encendieron en mi cabeza e intenté moverme—. No, no te levantes.

Fue entonces cuando vi la sonda intravenosa clavada en mi brazo.

—¿Dónde…? —Sonó un doloroso tambor en mi cabeza y tuve que cerrar los ojos para aliviar el dolor. Volví a abrir los párpados lentamente.

—Estamos en un hospital —murmuró en voz baja, pero había una tormenta en sus ojos. Miró a sus hermanos y me pareció que decía—. Llamen a su hermana.

Le hicieron un gesto seco con la cabeza.

—Me alegro de verte de vuelta —dijo Romeo.

—Lamento todo lo ocurrido. —Fueron las palabras de Cristiano mientras los dos salían de la habitación, dejándonos solos.

Tras el suave chasquido de la puerta del hospital se hizo el silencio y me quedé sosteniendo la mano de Giovanni, cuya palma empequeñecía la mía. Tenía puesto un traje Brioni arrugado y los ojos cansados, y me di cuenta de lo mucho que amaba a este hombre. Estos sentimientos que nunca antes había experimentado eran como un cálido resplandor en mi pecho, calentándome el alma.

A pesar de todo, no me arrepentí de nada. Porque, por retorcido que fuera, este camino maldito y doloroso me había llevado hasta él. Fue un proceso largo y tortuoso, pero no podía imaginar un resultado diferente.

—¿Por qué pareces enojado?

—Porque recibiste un balazo —gruñó, mirándome con una mezcla de incredulidad y rabia—. Por mí.

Lo ignoré y lo observé fijamente.

—¿Dónde está Julia?

—*Nunca* vuelvas a hacer eso. No puedes ponerte en peligro así. —Sacudí la cabeza y sus ojos centellearon—. No puedo sobrevivir sin ti. Así que, por favor, por el amor de Dios, no te me mueras, joder.

—Siento… —Mi tono ahogado no pudo ocultar ninguno de mis sentimientos. Tragué saliva mientras una lágrima resbalaba por mis ojos—. Siento haberte dejado de la forma en que lo hice.

—Creo que entiendo por qué lo hiciste. —Su voz se quebró—. Solo desearía que…

—Que hubiera hablado contigo al respecto —concluí por él.

—Que confiaras en mí —me corrigió suavemente.

Los acontecimientos del pasado que nos habían convertido en algo que nunca quisimos ser, reverberaron en el silencio. El jefe del cártel. La princesa de la mafia que ocupó el lugar de su gemela, esperando que fuera más lista que el mundo.

—¿Dónde está Julia? —repetí mi pregunta anterior.

—Está enterrada a dos metros bajo tierra —respondió Giovanni, apretándome la cara con fuerza, aunque no lo suficiente como para hacerme daño.

Me invadió una sensación de alivio, pero también de decepción. Tristeza. Una finalidad que hizo que un fragmento de cristal atravesara mi corazón al saber que había perdido a mi hijo. Para siempre. Fue casi como volver a perderlo de nuevo.

Solté un largo suspiro antes de moverme en la cama del hospital.

—¿Ella…? —Estudié su rostro, la vieja desconfianza parpadeando. Burlándose de mí—. ¿Dijo algo más sobre mi… hijo?

—El médico dijo que necesitas descansar. —La duda empezó a asaltarme por dentro. Tal vez había calculado mal y él quería que mi hijo permaneciera oculto al mundo para siempre.

Le agarré la mano.

—Sobre tu madre…

Levantó un hombro.

—Esa mujer me importa una mierda. Y me aseguré de que lo supiera antes de extraerle la información sobre tu hijo. Una vez que la tuve, acabé con su miserable existencia.

Se me revolvió el estómago.

—¿Él está bien? *Oh*… *oh*, Dios mío. ¿Realmente está vivo?

—Realmente deberíamos esperar hasta que te sientas mejor —opinó, rozando sus labios sobre mis nudillos.

—No, por favor —solté, ahogándome de esperanza y desesperación. No sabía de dónde había sacado el valor para empujar la mano de Giovanni—. He esperado demasiado. No puedo…

Me invadía una gran nostalgia: la verdad sobre mi hijo, el amor de Giovanni, que me tocara y me asegurara que no le importaba que un niño pudiera ser su rival en el Cártel Tijuana.

Apretó los dientes.

—Quiero que entiendas una cosa, Lia. —Su mirada se clavó en la mía—. Te ayudaré a encontrar a tu hijo. Hasta mi último aliento, velaré por ambos. No me importa el poder, el cártel, la *Omertà*, nada de eso. Solo te quiero a *ti*. Como mi esposa. Como mi confidente. Como mi amante.

Mi corazón se hinchó al ver la verdad en sus ojos. Su frente se apoyó en la mía y aspiré su

aroma, dejando que me envolviera.

—Cuéntamelo todo —supliqué en voz baja—. Por favor.

Se enderezó, luego apartó la mirada, pero no antes de que viera dolor en sus ojos, entonces empezó a hablar.

—Mi madre… puede que haya mentido en algunas cosas, así que tómate todo lo que te diga con cautela. ¿De acuerdo? —Giró la cabeza para mirarme a los ojos y asentí lentamente—. Contrató a una familia para que cuidara del bebé, sin embargo, cuando el niño cumplió tres años… —Vaciló y me preparé para lo peor—. Lo vendió utilizando los *Acuerdos de Marabella*.

Una inhalación aguda llenó el espacio y me di cuenta de que era la mía. «*Dios, ¿por qué serías tan cruel?*».

—¿A quién? —susurré.

—Ella no lo sabía. No mantuvo un registro, temerosa de que Santiago pudiera olfatear el hecho de que ella le arrebató su propia sangre delante de sus narices.

Se me desinfló el pecho y se me llenaron los ojos de lágrimas mientras colocaba una mano sobre mi estómago.

—No puedo tener más hijos. —El temblor comenzó en mis dedos y se extendió por cada centímetro de mi cuerpo—. Giovanni, este bebé… Es mi última oportunidad de tener una familia. De tener a alguien que no me abandone.

Giovanni exhaló profundamente antes de acunar mi mandíbula.

—Estoy aquí, Lia. No iré a ninguna parte. —Su voz era dura y autoritaria—. Te amo, en la salud y en la enfermedad, en las buenas y en las malas. Encontraremos a tu hijo. —Las lágrimas se me quedaban en las pestañas, pero no encontraba las palabras. No sabía qué decir—. Lo criaremos juntos. Mas no puedes perder la esperanza. No te lo permitiré. ¿Entendido?

Mi pecho se expandió de alivio al escuchar sus palabras. Todo lo que este hombre hacía y decía era exactamente lo que necesitaba.

—Yo… —Me quedé a medias, sin saber qué decir.

Los tatuajes oscuros se asomaban desde su mano mientras lo miraba fijamente, intentando encontrar la forma de pronunciar las palabras que nunca antes había pronunciado mientras las emociones me obstruían la garganta. Aunque odiaba la sensación de ser tan vulnerable, mi corazón, mi alma y mi cuerpo sabían que podía confiar en él.

—Si quieres el divorcio, te lo daré —aseguró—. Y aun así seguiré ayudándote.

—¿Por qué? —Me estremecí, toda mi confianza flaqueaba. Quizá me había equivocado. Pero él dijo… dijo que me amaba.

—Porque no quiero que te quedes conmigo solamente para que te ayude.

—*Oh*.

—Quiero que te quedes si me amas. —Volvió a tomar mi mano entre las suyas—. Pero no cometas el error de pensar que no lucharé por ti. Te dejaré ir, mas no me alejaré mucho. Encontraré la manera de seducirte para que salgas conmigo. Encontraré la manera de que te enamores de mí y me ames tanto como yo a ti. Haré lo correcto.

—Te amo. —Se me cerró la garganta y parpadeé furiosamente—. Te amo tanto que perderte me pareció mejor opción que hacerte daño en cuanto me di cuenta de quién era tu madre. —Un estremecimiento de cuerpo completo se apoderó de mí—. Nunca volveré a dejarte ir, esposo. —Estas emociones serían mi muerte, pero continué. No podía parar ahora que la presa se había abierto—. Irrumpiste en mi vida, metiste luz y esperanza en mi corazón, y ahora no sé cómo vivir sin eso.

Gruñó de satisfacción y me besó tan profundamente que me dejó sin aliento. Su amor me

encendió, me infundió vida.

—Lo eres todo para mí —murmuró contra mis labios—. Llevo ocho años enamorado de ti. Destruiría el mundo, las alianzas, *todo* por ti. No hay nadie más para mí que tú, Lia. Tú lo eres *todo* para mí. Mi único y más grande amor.

Pertenecíamos el uno al otro. Para bien o para mal, como él había dicho.

CUARENTA Y SEIS

GIOVANNI



Una semana después

Bip. Bip. Bip.

Nuestro viaje comenzó con estos sonidos, pero desde luego no terminaría así. El monitor cardíaco decía que mi mujer estaba recuperándose rápidamente, que su fuerza interior y su determinación brillaban.

Viviría. Por mí. Por su hijo.

Miré a la mujer que dormía en la cama del hospital, le acaricié suavemente la boca con el pulgar y sus labios se entreabrieron mientras dormía.

«Incluso medicada y con una herida de bala, responde ante mí», pensé con satisfacción.

Nunca acabaría mi obsesión, la necesidad de esta mujer que respiraba dentro de mí. Durante los ocho años transcurridos desde que me crucé con ella en su boda con Santiago, me había consumido. Incluso cuando yo y el mundo la creíamos muerta y sin vida, era imposible olvidar a esta mujer.

Aquella joven de dieciocho años irrumpió en mi vida hace ocho, pero fue la mujer de veintiséis la que me cautivó por completo.

«Irrumpiste en mi vida, metiste luz y esperanza en mi corazón».

Mi mujer había sufrido mucho, sin embargo, lo que no veía era que, aunque esos acontecimientos la habían moldeado, ella no era la villana. Era una actriz que escondía un corazón de oro y una luz que brillaba bajo su piel de porcelana. No obstante, si la observabas de cerca, veías las grietas que sufría por aquellos a los que amaba.

Su gemela. Su cuñado. Su protegida. Y por mí.

Me amaba.

No habría forma de alejarme de ella ahora. Estaba enganchado de por vida. Sabía que necesitaba más tiempo para sanar, física y mentalmente, pero estaría a su lado en todo momento. Y si alguien intentaba hacerle daño a mi esposa, tendría que vérselas conmigo.

Respiré profundamente, abrí mi teléfono y revisé un hilo de mensajes. Había una posible pista sobre dónde había ido a parar el hijo de Liana tras ser vendido a través de los *Acuerdos de Marabella*, mas era demasiado pronto para contárselo a Liana. No quería darle falsas esperanzas hasta estar seguro de que la pista era legítima.

Había dos mensajes. Dos pistas.

Al abrir el primero, mis ojos escudriñaron las palabras y me quedé estupefacto.

¡Jesucristo! *Mellizos.*

Liana había tenido mellizos. Mi madre sobornó al médico de Santiago y lo convenció de que no compartiera ese pequeño detalle con nadie.

Si había alguna duda de que mi madre no era una perra cruel y mentirosa, se borró en ese mismo momento. A pesar de enfrentarse a la muerte, Julia me mintió a la cara, casi como si quisiera mandarle un último *vete a la mierda* a mi mujer.

Pasando al siguiente correo electrónico, no fue menos sorprendente. No eran buenas noticias en absoluto. Joder. Joder. *¡Joder!* Me quedé mirando el mensaje, apretando los dientes ante la única palabra que aparecía en el título y en el cuerpo del mensaje.

Albania.

Al parecer, tratar con la Mafia Albanesa sería el siguiente capítulo de nuestras vidas. ¡Carajo! Esos hijos de puta estaban locos, no se sabía qué demonios harían con un niño.

—¿Giovanni? —La suave voz susurrada devolvió mi mirada a mi esposa—. ¿Todo está bien?

Sonreí.

—¿Qué te hace pensar que algo no lo está?

—El ceño fruncido en tu cara y una mirada que promete muerte —lanzó, tratando de moverse en la cama de hospital.

Borré mi expresión, ocultando mis problemas tras una máscara. Por el momento. Hasta que Lia sanara. Entonces iríamos juntos a buscarlos.

—No es nada que no pueda esperar un día más —aseguré, metiendo el teléfono en mi bolsillo, tomando su mano entre las mías y apretando los labios contra su piel.

Se movió en la cama, dando palmaditas en un lugar a su lado.

—De ninguna puta manera —repliqué. Le lancé una mirada llena de incredulidad, lo que hizo que se riera suavemente y que otro pedazo de mi corazón se desprendiera de mi pecho y volara hacia ella.

—Podemos caber.

—Sí, y el personal del hospital podría echarnos.

Se encogió de hombros, aun sonriendo.

—Es una forma de volver a casa.

Dios, cómo me gustaba ver una sonrisa en su rostro, ese corazón de oro brillando a través de sus ojos dorados. ¿Cómo podía alguien pensar que era tan cruel como Sofia Volkov? No se parecía en nada a ella.

A pesar del sentido común, me deslicé a su lado con la mano rodeando su cintura con cuidado y abrazándola, la cama protestando bajo nuestro peso.

—¿Dónde es casa para ti? —pregunté.

—Dondequiera que estés —murmuró, y su hermosa sonrisa hizo que me pesara el pecho. Cerré los ojos una fracción de segundo al oír esas palabras, aún sin creer que fuera mía—. Ahora dime qué te preocupa. —Como si pudiera ver mi angustia, añadió—: Recuerda, igualdad.

—Quería esperar a que te recuperaras.

Se tensó en mi abrazo.

—Eso no suena bien.

Ya estaba al descubierto y no tenía sentido mantenerlo en secreto. Su mente conjuraría cosas peores de lo que mis palabras podrían.

—Tengo una pista sobre tu… —Mierda, ¿cómo se daba una noticia así?

—¿Mi hijo? —Un suave jadeo salió de sus labios—. ¿Tan pronto?

Dejé escapar un suspiro sarcástico.

—En realidad, no. Me llevó una maldita semana entera.

Sacudió la cabeza.

—Busqué a la *Amante*… a tu madre… durante años.

Al recordar el papel que mi madre había desempeñado en la vida de mi esposa, me invadió la furia y luché por contenerla. Como si pudiera sentirlo, Lia acercó la palma de la mano a mi mejilla y la tomó.

—No elegimos a nuestros padres.

Tenía toda la razón, aunque no por ello me dolió menos saber por lo que mi madre había hecho pasar a esta mujer. Pero yo lo arreglaría. Encontraría a los niños que Julia le había robado y los amaría como si fueran míos.

—Albania. —La preocupación apareció en sus ojos y solté un largo suspiro antes de decir—: Creo que la mafia albanesa lo tiene. Pero eso no es todo. —Mirándola fijamente, me preparé para la siguiente reacción—. Tuviste mellizos, Lia.

—No, no, no… Eso es… —Negó con la cabeza, un suave temblor recorrió su cuerpo en proceso de recuperación, y yo me maldije internamente—. Yo lo sabría. Como madre, lo sabría.

Se le quebró la voz y se me apretó el pecho por ella. Odiaba ser el causante de su dolor, pero sabía que no debía mentirle. Se merecía algo mejor.

—Un niño y una niña.

Su expresión era pálida.

—¿Mellizos?

—Sí, *Flor Salvaje.* —Una variedad de emociones jugaron en su expresión, otra grieta en su piel de porcelana, y deseé que hubiera una manera de poder quitársela. Su corazón de oro no merecía sufrir más—. Los encontraremos.

—P-pero… ¿Albaneses?

La Mafia Albanesa era famosa por su crueldad y locura, mas no podíamos centrarnos en eso ahora. Rezaríamos para que quienquiera que los hubiera comprado tuviera al menos algo de decencia por dos niños inocentes.

—Probablemente no sepan que son los herederos del Cártel Tijuana o del imperio Volkov —comenté—. Ese pequeño hecho, a pesar de la intención de mi madre, probablemente los protegió.

Enterró su cara en mi pecho y se derrumbó, aferrándose a mí. Lloró lágrimas amargas y la abracé en silencio hasta que aquellos sollozos se calmaron.

Acaricié su rostro y clavé mis ojos en los suyos durante varios latidos, sabiendo que nuestros mundos cambiarían pronto.

—Gracias —susurró, con el rostro húmedo de lágrimas que me rompieron el corazón. Era la mujer más fuerte que había conocido y se merecía mucho más.

—Sean cuales sean los obstáculos, recuperaremos a los mellizos —prometí—. Nadie nos detendrá.

Y si alguien lo intentaba… sería su fin.

CUARENTA Y SIETE

LIANA



Dos meses después

Una brisa perezosa y cálida empujaba la cortina a través de la ventana abierta del hotel mientras el sonido de las suaves olas que se deslizaban por la costa llenaba la habitación.

Miré al hombre que dormía a mi lado, de cuya boca salían suaves ronquidos mientras la suave luz de la mañana se reflejaba en su cabello oscuro.

Nunca había soñado con encontrar el amor o cualquier tipo de felicidad. El trauma de los años con mi primer marido y luego con Perez siempre estaría ahí, manifestándose de distintas formas a lo largo de nuestras vidas, no obstante, Giovanni lo aceptaba. Me aceptaba tal como era.

Me había dado un hogar, un propósito, y se convirtió en mi ancla. Pero lo más importante era que me quería a mí y a los dos pequeños seres humanos que había dado a luz, aunque aún no los conociéramos, junto con mi Mara, que eran extensiones de mí. A diferencia de su madre, no estaba hambriento de poder. Con gusto renunciaría a todo, solo para permanecer conmigo, y eso... eso decía mucho en mi lenguaje de amor. Y luego estaba el hecho de que estaba haciendo todo lo posible para devolverme a mis bebés.

Mellizos. Dios, todavía me costaba hacerme a la idea. Yo era madre de un niño y una niña en algún lugar por ahí. ¿Estaban asustados? ¿Alguien se apiadó de ellos y los protegió de este mundo cruel?

Eso esperaba.

En ese momento, nuestros teléfonos sonaron con un suave *ping*. Era la hora.

La costa albanesa era impresionante, las aguas azules cristalinas unas de las más bellas que había visto en mi vida. Pero mi mente preocupada no podía apreciar la belleza. Lo único que quería y necesitaba era llegar hasta mis hijos y llevarlos a la seguridad de nuestro hogar.

Los dos últimos meses habían sido un viaje de altibajos, rastros sin sentido y pistas que al final nos habían conducido hasta aquí.

Vlora, Albania.

Una antigua ciudad fundada en el siglo VI y situada en una bahía donde el mar Jónico se fundía con el Adriático. Una ciudad que no estaba en el radar de nadie y, sin embargo, cuando la investigamos a fondo, había muchas organizaciones trabajando en las sombras. Pero por encima de todas ellas, había una organización que ocultaba a los hombres, o mujeres, más poderosos del mundo criminal.

Y de alguna manera, mi hijo y mi hija estaban conectados a ella.

Dejé caer un beso sobre su mano tatuada y tarareé:

—Despierta, dormilón.

—*Hmmm*. —Su voz era áspera por el sueño mientras parpadeaba con sus ojos verdes, alerta en ellos—. ¿Alguna novedad?

—Acaba de llegar algo —notifiqué, deslizándome fuera de la cama y corriendo hacia nuestros teléfonos que yacían sobre la mesa del hotel.

Giovanni se apoyó sobre sus codos, observándome mientras abría el mensaje. Tomé su teléfono y volví hacia él, deslizándome en la cama mientras le entregaba su móvil.

Leyó su mensaje y luego el mío.

—No irás sola.

No me sorprendió. Giovanni era predecible, aunque eso era lo que me gustaba de él.

—Tenemos cuarenta y ocho horas. Deberíamos vigilar el lugar de reunión y los alrededores. Llamaré a Lou. Ella y Kingston podrían…

Me empujó sobre mi espalda, tragándose mis siguientes palabras con un profundo beso. No fue hasta que jadeé debajo de él que murmuró contra mis labios,

—Ya están aquí.

—Dios, te amo —musité.

—Yo te amo más.

Y entonces me demostró exactamente cuánto.

CUARENTA Y OCHO

GIOVANNI



El lago estaba rodeado de colinas, lo que le proporcionaba intimidad lejos de la turística ciudad playera de Albania. Apenas eran las seis de la mañana, y lo único que podía escuchar eran nuestras respiraciones entrecortadas y el despertar del bosque.

Y a mis malditos hermanos que no paraban de hablar.

—¿Cómo puedes saber su estado de ánimo? —le preguntó Cristiano a Romeo. Mi hermano menor había estado intentando reconciliarse con Liana tratando de conocerla, pero no se lo estaba poniendo fácil. Sabía que ella no le guardaba rencor, al menos no como antes, así que sospechaba que se había convertido en una especie de juego entre esos dos.

—Bueno, hermano. —Empezó Romeo, hinchando el pecho como si fuera un experto en todo lo relacionado con Lia. Si lo fuera, estaría muerto, porque a nadie se le permitía estar más cerca de ella que a mí—. Está el pequeño hecho de que está sosteniendo una ametralladora, lo que nos dice que está demasiado feliz ahora mismo.

—Joder, espero de verdad que no esté enfadada con nosotros —murmuró Cristiano.

«Estoy rodeado de Einsteins».

Puse los ojos en blanco y mi mujer también, aunque la comisura de sus labios se contrajo.

Louisa y Kingston permanecían ocultos en las sombras por si se necesitaban refuerzos, mientras que mis hermanos estaban con nosotros al aire libre. No tenía sentido fingir que estábamos solos, y sospechaba que nuestro contacto lo sabía.

Sopló una ráfaga de viento que refrescó ligeramente las temperaturas primaverales de Albania. Las hebras de Lia se enredaron en la brisa, enviándome su aroma a flores silvestres, y no pude resistir la tentación de tomar su mano entre las mías.

Entonces, el sonido de un motor recorrió el aire y todo el jugueteo terminó. Con las armas en mano, mis hermanos y yo rodeamos a Lia.

—Por el amor de Dios —refunfuñó mi esposa—. Saben que puedo defenderme sola.

—Lo sabemos —protestó Cristiano—. Pero hazlo después de que sucumbamos. Hasta entonces…

Sí, mi hermano estaba adulándola. Pero no tuve tiempo de pensar en ello, porque un Jeep verde militar con vidrios polarizados apareció delante de nosotros y se detuvo.

—¿Puedes ver quién es? —susurró Lia—. No puedo ver una mierda a través de ese polarizado.

Entrecerré los ojos y, antes de que pudiera responder a mi mujer, se abrió la puerta y salió una persona conocida. Lia interpuso su baja estatura entre Romeo y yo, mirando al hombre con

barba incipiente, gafas de sol oscuras y la cabeza llena de cabello canoso.

—Kian, hijo de puta…

La jalé hacia atrás, acercándola más a mí y apuntando mi arma a Kian. En ese momento, no estaba seguro de si Kian era un amigo o un enemigo.

—No sabía que eras albanés —siseó Cristiano, apuntando a Kian con su pistola—. Pensé que eras brasileño.

El arma de Lia también le apuntaba a él, sus ojos brillaban con una furia que enorgullecería a los Titanes.

—¡Bajen las malditas armas! —ordenó Kian—. No quiero que los niños se asusten.

Lia se quedó paralizada, sus ojos se desviaron hacia el coche y luego volvieron a él.

—¿Q-qué? ¿Qué niños?

Kian dio una orden en voz baja a alguien del vehículo y se dirigió hacia nosotros. Sus ojos estaban clavados en Lia cuando habló,

—Te daré una oportunidad de adivinar.

—Pero los albaneses…

Kian soltó una risita oscura, con los ojos arrugados.

—Como sabes, Perez y yo no tuvimos la misma madre. La mía era albanesa.

—¡Vete a la mierda! —refunfuñó Romeo—. ¿Así que diriges la Mafia Albanesa?

—Yo no he dicho eso, ¿verdad? —replicó Kian.

Una sensación inquietante se apoderó de mi estómago. Ser jefe del Cártel Cortes era poder, pero encabezar a los albaneses encima era un superpoder. Además, era un hecho conocido que Kian había estado recolectando favores de un gran número de organizaciones y gente poderosa de todo el mundo.

—Me importa un carajo lo que dirijas —indicó Lia, dando un paso hacia adelante, para mi consternación. Me puse detrás de ella, manteniendo mi arma apuntando al hombre que era un misterio—. Quiero saber dónde están mis hijos.

Su voz se quebró, al igual que mi corazón. No se merecía más dolor después de todo lo que había pasado.

—Están aquí. —Kian inclinó la barbilla hacia el auto—. Y están ilesos.

Los ojos de Lia se clavaron con anhelo en el Jeep.

—¿Los tuviste todo este tiempo? —cuestioné—. Eso es una movida bastante jodida.

—Los mantuve a salvo, igual que tú mantuviste a salvo a Amara —razonó Kian.

Los ojos de Lia se entrecerraron.

—¿Así que eran tu garantía de que devolvería a Amara a sus padres?

—Al principio, no. Solo eran inocentes que necesitaban ser rescatados, y yo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Sabía que no sería seguro revelarlos mientras Sofia Volkov o la madre de Giovanni estuvieran vivas. Pero una vez que ella murió, sí… Seguí esperando a que te pusieras en contacto con Emory DiLustro bajo tus condiciones.

La sorpresa inundó a Lia, con la mirada desorbitada.

—Si me lo hubieras dicho… —Miró fijamente al hombre, dando un paso adelante. Era bastante más baja que Kian, aunque por la forma en que se erguía, parecía igual de alta y fuerte —. Deberías habérmelo dicho.

—Pero no lo hice.

—Cuando me rescataste, ¿lo sabías? —Asintió con la cabeza, y los labios de Lia se curvaron en una sonrisa amarga—. Y aun así me diste información inservible que no debía compartir.

Kian dejó escapar una risita tenebrosa.

—El *Líder del Sindicato* no es información inservible. Es el poder. Es lo que salvó a tus hijos.

Lia bajó lentamente el arma a su lado, con los ojos brillando por las lágrimas.

—¿Qué quieres, Kian? —exigí saber—. Supongo que hay algo que quieres de nosotros a cambio de los mellizos.

Sonrió, dirigiendo una mirada penetrante a mis hermanos.

—Bajen sus armas, luego hablaremos. —A mi orden sin palabras, mis hermanos bajaron sus armas y Kian asintió satisfactoriamente.

—Ahora habla, Kian —pronunció mi esposa, con voz frígida y su máscara firmemente puesta—. Dime qué quieres de mí.

—Muy bien. —Aceptó. Me mantuve cerca de Lia, garantizando su seguridad, mas dejándola dirigir. Este era su momento, de nadie más—. Quiero que dirijas el negocio de tu madre.

—¿Por qué? —pregunté.

—Sí, ¿por qué? —Lia repitió—. Ya hay un tipo que dirige una organización criminal en Rusia. Ciertamente no hace falta otro.

—Correcto, pero verás, hay que mantener a raya a los criminales. Illias Konstantin es el *Pakhan* y dirige su imperio de forma justa, pero puede que sus hijos no lo hagan.

—Bueno, preocúpate por esa mierda cuando sus hijos crezcan —gruñí—. ¿Por qué demonios nos estamos preocupando por eso ahora?

—Porque el *Líder del Sindicato* vela por los controles y equilibrios. En lugar de esperar a que sea demasiado tarde, Liana dirigirá el imperio de Sofia Volkov y mantendrá a raya al *Pakhan*. Esto también protegerá a sus hijos.

—Podemos mantenerlos a salvo —protesté.

—Esto es ridículo —murmuró—. Y Atticus, ¿dónde entra él en el juego?

—No te preocupes por Atticus. Lo tengo controlado. —Se aclaró la garganta—. Los mellizos necesitarán mucho más que tu protección, Giovanni. Necesitan al *Sindicato.*

—¿Y si me niego? —Lia preguntó.

—No te conviene hacerlo —advirtió Kian en voz baja—. La vida de tus hijos depende de ello.

Mi brazo se levantó de golpe y le apunté directamente.

—¿Estás amenazando a sus hijos, maldición?

Se rio, completamente imperturbable.

—Teniendo en cuenta que soy yo quien ha velado por su seguridad todo este tiempo, no. Sus nombres y su asociación con Sofia Volkov harán que sean buscados en todo el mundo. El hecho de que Lia participara en los *Acuerdos de Marabella* y proporcionara la lista de candidatos hará que los mellizos sean despreciados y perseguidos. Como dije, para que Liana y tú puedan mantener a salvo a los mellizos, tendrán que asumir el imperio de Sofia Volkov y participar en el *Sindicato*. Vamos a desmantelar el tráfico de personas en todo el mundo.

—Pensé que se trataba de controles y equilibrios —señalé.

—Así es —confirmó Kian—. Y sobre el *Sindicato*.

—¿Qué papel juega el *Sindicato* en todo esto? —inquirió Lia—. Si quieres que te apoyemos, deberíamos saber a qué nos estamos comprometiendo.

Kian clavó su mirada en Lia.

—El *Sindicato* trata de eliminar el tráfico de personas. Tú y yo tenemos mucho que expiar. —Lia palideció, los pecados de su pasado la desgarraban viva—. Tengo que deshacer los pecados de mi hermano. Tú tienes que deshacer…

—Mis pecados —concluyó, con los ojos fijos en el dedo que le faltaba.

—Al formar parte del *Sindicato,* ofrecerás una capa adicional de protección a Jet y Elira, pero también a otros niños que no son tan afortunados de tener padres o familiares que los busquen.

El silencio se prolongó durante varios latidos cuando Lia susurró.

—¿E-esos son sus nombres? —Sus manos empezaron a temblar, las lágrimas se acumulaban en sus ojos mientras se aferraba a esos dos nombres que serían su primera conexión con sus hijos. *Nuestros hijos*.

Kian asintió.

—Sí, Jetmir, que significa buena vida, y Elira, ser libre. Son nombres albaneses y parecían apropiados.

—¿Tuvieron una buena vida, Kian? —Se le quebró la voz—. ¿Una vida libre?

Kian sonrió.

—Puedes preguntárselos tú misma, pero yo creo que sí.

Lia soltó un suspiro tembloroso, luego se dirigió a mí y susurró,

—¿Estás dispuesto?

Esperó mi respuesta, respirando con dificultad. No se me escapó el temblor de sus manos, y sonreí a esta mujer hermosa y fuerte que era toda mía.

—Esposa, estoy dispuesto a todo. Mientras seas feliz y estés conmigo, iré al fin del mundo contigo.

Liana

Kian tenía razón. Tenía que expiar mis pecados, y si continuar con el legado de mi madre lo requería junto con la participación en este *Sindicato* que aún no comprendía, que así fuera.

Mientras tuviera a Giovanni y a mis mellizos a mi lado.

Se me hizo un nudo en el estómago y las emociones se me retorcieron en el pecho mientras veía a Kian dirigirse a su Jeep.

Alguien podría preguntarse por qué quería a mis bebés, sobre todo teniendo en cuenta quién era su padre. Pero para mí, ellos no representaban a su padre ni el sufrimiento que soporté bajo su cautiverio o el de Perez. Para mí, mis bebés eran la esperanza del futuro, del amor, de la felicidad.

Giovanni me había dado eso, pero sin los mellizos, ahora que sabía que estaban vivos, esa felicidad nunca estaría completa. No a menos que estuvieran conmigo.

Me temblaban las manos y mi corazón se estremecía. Una gran parte de mí seguía teniendo miedo de que algo saliera mal y volviera a perder a mis mellizos. Dios, todavía me parecía tan irreal. *Tengo mellizos, un niño y una niña*.

Cristiano me quitó la pistola de las manos mientras yo mantenía la mirada fija en el vehículo, temiendo perderme algo. De que pestañeara y Kian desapareciera con mis bebés.

Dos pares de pies aparecieron por debajo de la puerta que bloqueaba sus pequeños cuerpos y contuve la respiración. Mis rodillas se doblaron y Giovanni me agarró, manteniéndome erguida.

Respiré su aroma en mis pulmones, empapándome de su fuerza, y esperé.

Entonces la primera cabeza llena de cabello oscuro se asomó por detrás de la puerta, seguida pronto por los rizos rubios, y me llevé la mano a la boca para ahogar un sollozo.

Con pasos vacilantes, comenzaron a caminar, mientras yo luchaba por mantener la compostura. Las lágrimas me ardían en el fondo de los ojos y luché contra el impulso de correr hacia ellos. No quería asustarlos.

Kian justo a sus espaldas, los siguió hasta que los tres llegaron a pararse frente a mí.

—Sabía que no serían mellizos idénticos, pero parecen opuestos —indiqué, incapaz de pensar en algo mejor.

—Sí, lo son —confirmó Kian, mientras sus ojos se desviaban detrás de mí, donde Lou y Kingston permanecían en las sombras—. Mas no por ello están menos unidos, como tú y tu gemela.

Sin embargo, mis pensamientos no estaban con mi gemela en ese momento. Estaban con dos pares de ojos que me estaban estudiando, decidiendo si yo era digna de su confianza.

Bajé lentamente hasta su altura, tragando un nudo en mi garganta.

—Hola, Jet y Elira. Soy… —*«Su madre. Y los amo tanto»*. Mas tenía miedo de pronunciar esas palabras, temiendo ser rechazada.

—Eres nuestra mamá —concluyó Jet—. Somos tu propia sangre.

Mis ojos se desviaron hacia Kian, dándole las gracias en silencio, y él asintió escuetamente en señal de reconocimiento.

—Kian nos contó todo sobre ti —añadió Elira—. Estábamos deseando conocerte.

Un sollozo estrangulado brotó de mis labios y, apenas abrí los brazos, ellos cayeron en ellos y los envolví con fuerza alrededor de sus cuerpecitos.

—Y yo he estado soñando con conocerlos —gimoteé, dándoles besos por toda la cabeza—. Siento no haber venido antes.

—Pero vinimos en cuanto pudimos —intervino Giovanni, con su mano en mi espalda infundiéndome fuerza—. Soy Giovanni, el esposo de su mamá, y me da mucho gusto conocerlos.

Jet enderezó los hombros y extendió su mano.

—El placer es nuestro, señor.

Mi esposo tomó su mano, bajando a la altura de los ojos de mi hijo.

—Llámame Giovanni, Jet. Y bienvenido a nuestra familia.

—¿Su familia es grande? —cuestionó Elira, sus ojos observando a todos. Mi gemela y su esposo abandonaron sus posiciones y se unieron a la reunión—. Hay tanta gente aquí.

—Nuestra familia, que los incluye a ti y a Jet, sí que es grande —respondió Giovanni, ahora estrechándole su mano. Elira le dirigió una mirada preocupada a Jet, quien le hizo un gesto silencioso de aprobación y ella siguió a Giovanni, con su pequeña mano en la grande y fuerte de él, mientras él le presentaba a sus hermanos, luego a su tío Kingston, dejando a mi gemela para el final.

Al verlo así, con mí, *nuestra*, familia, me resultaba más difícil mantener la compostura.

Igual que yo, Lou se arrodilló y abrazó a Elira, con su labio tembloroso.

—Soy tu tía Lou, cariño, y tú y yo vamos a ser las mejores amigas.

Elira estiró su mano y le tocó la cara.

—Te pareces a mi *mamma*.

—Nosotras también somos gemelas —dijo mi hermana con dulzura—. Como tú y tu hermano.

Mi hija me miró a mí y a Jet, que seguía a mi lado, observando a su hermana como un hermano sobreprotector.

Volvió a mí, su pequeña palma acercándose a mi mejilla.

—Tienes una gran familia —susurró Elira tímidamente, su mirada se movía titubeante entre Giovanni y yo, luego se desviaba hacia sus hermanos y mi hermana, para volver a mí.

—Tenemos una gran familia —murmuré—. Ustedes dos también son nuestra familia. —Era imposible contener las lágrimas, así que las dejé caer, riendo y llorando al mismo tiempo—. Y

me han hecho… —Miré a mi esposo, que había estado conmigo en todo momento desde que irrumpió en mi vida con amor y gratitud—… *Nos* han hecho estar completos.

Luego los abracé, y los brazos de mi esposo nos envolvieron a todos como un manto protector.

Mi pecho brilló y, por primera vez en mi vida, experimenté por fin lo que significaba ser plenamente feliz. No importaba lo que la vida nos deparara, porque finalmente tenía lo que había anhelado durante tanto tiempo.

Amor. Familia. Felicidad.

EPÍLOGO

GIOVANNI



Dieciocho meses después
Boston

Los narcisos simbolizan el renacimiento y la esperanza, pero también la tenacidad, y eso era exactamente lo que era nuestra familia.

Como le había prometido a mi esposa, había ido tachando poco a poco todos y cada uno de los tatuajes de su lista de deseos.

Este era otro. Bailar descalza por un campo de narcisos.

Mi mujer quería caminar por un campo de ellos, con más fuerza que nunca, y yo me encargué de hacerlo realidad. Compré terreno alrededor de nuestra casa y planté narcisos para que ella siempre pudiera correr descalza por ellos. Y lo hacía, una y otra vez, luego volvía corriendo hacia mí y me daba besitos por toda la cara, para luego volver a correr sobre ellos. Y ahora estaba bailando en ellos.

Feliz. Fuerte. Y más hermosa que nunca.

Apoyado en el marco de la puerta de nuestra terraza, con las manos en los bolsillos, observé a mi familia correr descalza sobre las flores. Jet, Elira y Lia formaban un círculo de baile con sus primos, Lou, Lara y Kingston, y mis hermanos, que refunfuñaban diciendo que se veían ridículos.

Tenían razón, así era.

Pero a juzgar por los rostros sonrientes de todos, mis hermanos seguirían haciendo el ridículo.

Verlos a todos así, hacía que el viaje para llegar a este momento valiera la pena, maldición.

La vida era buena, tan jodidamente buena que a veces tenía que pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando.

Nuestra familia pasaba el año entre Siberia, Venezuela y Boston, haciendo de mediadores entre tres organizaciones criminales: el Cártel, la *Omertà* y el *Sindicato*. Nuestra relación con la *Omertà*, los Capos y el Cártel era más fuerte que nunca. El *Sindicato* estaba progresando en el desmantelamiento del tráfico de personas. Y mi esposa… estaba tan jodidamente feliz, que resplandecía.

Tener a los mellizos, Amara y Lou de vuelta en su vida produjo un cambio extraordinario en Lia. Los niños, siendo cercanos en edad, se volvieron amigos íntimos y extremadamente unidos.

Y también mi mujer y Emory. Lia seguía visitando a la doctora Freud, aunque no con tanta frecuencia, y la mayoría de las veces se trataba de una visita social más que profesional. Ambas habían entablado una amistad inesperada.

La vida funcionaba de maneras misteriosas.

—Lo hiciste bien, Giovanni. —La voz de Mateo llegó desde detrás de mí y lo miré—. Tengo que admitir que cuando me enteré de que te ibas a casar con Lia, no estaba muy seguro de la unión. —Puse los ojos en blanco y continuó—: No es que hubiera importado. En eso te pareces mucho a mí.

—Sigues olvidando que no soy de tu sangre —le recordé.

—No importa, sigues siendo familia.

Kian nos interrumpió, apareciendo de repente.

—Siento llegar tarde. —Su mirada se desvió hacia el circo de pies descalzos—. O tal vez no. ¿Por qué andan todos descalzos?

Me encogí de hombros.

—Es la lista de deseos de mi esposa.

—¿Caminar descalza? —preguntó Kian, frunciendo el ceño.

—Sí, por el campo de narcisos. —Giré la cabeza hacia él—. ¿Tienes algún problema con eso?

Levantó las manos como si se estuviera rindiendo.

—En absoluto, me parece tierno —comentó con ironía—. Veo que mi sobrina, Lara, también lo disfruta.

Sonreí.

Lara, la hija adoptiva de Kingston y Lou, se había convertido en una pieza clave de nuestra familia peculiar.

—¿Sabes que tiene su propia lista de cosas que hacer antes de morir? —informé.

Kian me miró sorprendido.

—¿No es demasiado joven para tener una lista de cosas que hacer antes de morir?

Puse los ojos en blanco, pero por suerte Mateo me ahorró la respuesta.

—Nunca se es demasiado joven o viejo para una lista de cosas que hacer antes de morir.

—Deberías intentarlo —repliqué secamente.

Kian era un maldito adicto al trabajo. Una maldita máquina que se negaba a dejar de trabajar. Cuando no estaba dirigiendo el *Sindicato* y siendo un dolor de cabeza para todo el mundo, dirigía una empresa de seguridad y el Cártel Cortes. Sinceramente, no estaba seguro de dónde sacaba la energía.

—¡Giovanni! —vociferó Jet, corriendo hacia mí. Saqué las manos de mis bolsillos y las abrí mientras él se lanzaba a mis brazos.

—Hola, amiguito. Parece que te estás divirtiendo.

—Simplemente estoy siguiéndoles la corriente, haciendo felices a las niñas —dijo, poniendo los ojos en blanco, aunque la sonrisa de su rostro decía todo lo contrario. Lo estaba disfrutando tanto como las niñas.

—Quizás yo también debería seguirles la corriente —propuse.

Se le iluminó el rostro.

—Sí, eso hará feliz a mamá.

Sonreí.

—Entonces vamos a hacer feliz a tu mamá.

—Sí. —Sonrió y tomó mi mano entre las suyas, alejándome de la puerta y llevándome hacia

el campo.

Como si pudiera sentirme, Lia levantó la cabeza y me atrapó con sus hermosos ojos. Su larga melena rubia le caía por la espalda, sus rizos rebotaban mientras bailaba libremente. Era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. No creí que pudiera enamorarme más de ella, pero estaba tan jodidamente equivocado, porque cada día que pasaba, caía más y más bajo su hechizo.

Se encontró conmigo a mitad del campo, le dio un beso en la cabeza a Jet y luego me puso la mano en el pecho, poniéndose de puntitas.

—Muchas gracias —musitó contra mis labios.

—Para que lo sepas, Jet me ayudó a plantar los bulbos el otoño pasado —admití.

—*Awww*, gracias, Jet —le agradeció, presionando otro beso en su mejilla—. Lo adoro muchísimo, y te adoro a ti aún más.

Jet, siendo un típico niño, se retorció, aunque no se apartó.

—De nada, *Mamma*.

Luego sonrió y se fue a jugar con sus primos, dejándome a solas con mi mujer. Aproveché para acercarla a mí y apretar sus pechos contra mí.

—Hoy es casi perfecto, esposo. Gracias.

Arqueé una ceja.

—¿Casi?

Eso no era suficiente. Necesitaba todo absolutamente perfecto para mi esposa.

—Solo nos falta Mara —murmuró—. Quería practicar natación con ella y se perderá las flores. Probablemente se mueran todas.

Mi esposa estaba eliminando su lista de deseos lentamente, pero con certeza, dejándola con una última cosa por completar. Su licenciatura. Ahora estaba trabajando en ello, decidida a vivir al máximo, y yo no podía estar más orgulloso de ella.

—Lo sé, *Flor Salvaje*, sin embargo, estará aquí la próxima semana. Importaré un camión lleno de narcisos y los plantaré si estos se mueren, y todos podremos correr descalzos y bailar.

Se rio suavemente.

—¿Tú también?

Sonreí.

—Claro que sí.

—¿Cómo es que tengo tanta suerte? —indagó con voz suave.

—No me disparaste cuando tuviste la oportunidad —bromeé.

—La mejor decisión de mi vida. —Me rodeó el cuello con los brazos, sonriendo, y luego me besó en los labios—. Estoy tan enamorada de ti, y la vida sin ti sería miserable.

Me reí entre dientes.

—Yo también te amo, *Flor Salvaje*.

Empezamos a bailar, con las risas de nuestra familia rodeándonos, y el mundo nunca había estado tan bien como ahora con esta mujer en mis brazos. Me hacía sentir orgulloso y feliz, y me amaba incondicionalmente.

Yo era suyo. Ella era mía.

En la salud y en la enfermedad. En la riqueza y en la pobreza.

Hasta que la muerte nos separe.

FIN

¿QUÉ SIGUE?

*Muchas gracias por leer **Espinas de Sangre**. Si te gustó, por favor, deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.*

*Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, **Eva's Soulmates** (https://bit.ly/3gHEe0e).*

*El siguiente libro de la serie es, **Espinas de Traición** (https://a.co/d/08CFMClx).*

ACERCA DEL AUTOR

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí.
Libros de Eva Winners: https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también ellos necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están impregnados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión abrasadora.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/